HERNÁN TORO

CIUDAD VAGA

REPORTAJES

Universidad del Valle

Programa Editorial

Este libro contiene una selección de reportajes escritos en las cuatro primeras ediciones de la revista Ciudad Vaga, acompañada de una introducción de su Director, el profesor Hernán Toro. Esta revista, editada por la Escuela de Comunicación Social de la Facultad de Artes Integradas de la Universidad del Valle, está dedicada enteramente al reportaje, ya sea de publicación de este tipo de textos o de materiales conceptuales sobre el género; abriga, en su mayor parte, reportajes escritos por estudiantes de la Escuela de Comunicación Social, pero también textos de grandes reporteros nacionales o internacionales (algunos de estos últimos inéditos en español). La revista ha sido concebida por el grupo de Investigación sobre Periodismo e Información.

Esta selección muestra ante todo la constitución de voces propias de escritura. Sus autores han abordado la compleja realidad de la ciudad –el nombre de la revista y su subtítulo ("Ciudad Vaga. Un viaje por la ciudad difusa") son en tal sentido bien significativos– visitada en sus zonas más ocultas y ocultadas, los pliegues de una realidad mantenida en silencio por los que detentan la hegemonía de la información. Esta es una escritura alternativa, con todo el riesgo y el desafío que esta afirmación implica.

Universidad del Valle

Programa Editorial

CIUDAD VAGA

REPORTAJES

Colección Artes y Humanidades

HERNÁN TORO
Tuluá, 1948

Titulado en Letras por la Universidad del Valle. Ha hecho estudios de Maestría y un Diploma de Estudios avanzados en las universidades París VIII y Sorbonne-Nouvelle, respectivamente, en Literaturas Hispanoamericanas; ambos bajo la dirección de Saúl Yurkievich. También ha realizado estudios de Teoría e Ideología de los Discursos en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París, bajo la dirección de Eliseo Verón. Alternó sus estudios en Francia con el ejercicio del periodismo. Está vinculado a la Universidad del Valle desde 1982; en el 2011 fue Decano de la Facultad de Artes Integradas (cargo que también había ocupado entre 1995 y 1998) y es profesor (Titular) de la Escuela de Comunicación Social.

Ha publicado los libros de cuentos Ajuste de cuentas (Oveja Negra, Bogotá, 1986), A velas abiertas (Mosca Azul Editores, Lima, 1990), Las horas cantadas (Universidad del Valle, Cali, 2003) y Ceremonias privadas (Universidad del Valle, Cali, 2008); su cuento El luto del vecindario da título a la colección de cuentos homónima (Ediciones Testimonio, Pasto, 1983).

Como investigador de discursos informativos ha publicado, aparte de diversos artículos en revistas académicas, los libros La ilusión informativa (1992), Los anima-les sólo viven en el presente (1997), El reportaje: un género estallado (2003) y La lectura vertical, editados por la Universidad del Valle. Fue director de la editorial de la Universidad del Valle (1982-1984 y 2001-2005), en su último período trazó las políticas editoriales de esa institución y editó más de 70 títulos. Fue fundador y director de las revistas Entreartes de la Facultad de Artes Integradas (desde su creación en el 2002 hasta el 2006), Nexus de la Escuela de Comunicación Social de la Universidad del Valle (hasta la edición 9), Ciudad Vaga, publicación consagrada al reportaje (hasta la edición 9) y ¡Danza Conmigo! publicación cuatrimestral (hasta la fecha van 6 ediciones), enteramente dedicada a la difusión del ballet y a su crítica, hecha por Incolballet (Instituto Colombiano de Ballet).

Hernán Toro

CIUDAD VAGA

REPORTAJES

Colección Artes y Humanidades

Toro, Hernán, 1948-
Ciudad vaga : reportaje / Hernán Toro. -- Santiago de Cali :
Universidad del Valle, 2011.
ISBN: 978-958-670-950-7
276 p. ; 24 cm. -- (Colección Artes y Humanidades)
1. Periodismo - Técnicas 2. Reportajes - Técnicas
3. Comunicación - Aspectos sociales I Tít. II. Serie.
070.43 cd 22 ed.
A1320490
CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

Universidad del Valle
Programa Editorial

Título: *Ciudad Vaga, Reportajes*
Compilador: Hernán Toro
ISBN: 978-958-670-950-7
ISBN PDF: 978-958-765-721-0
DOI: 10.25100/peu.219
Colección: Artes y Humanidades - Comunicación Social
Primera Edición Impresa diciembre 2011
Edición Digital junio 2018

Rector de la Universidad del Valle: Édgar Varela Barrios
Vicerrector de Investigaciones: Jaime R. Cantera Kintz
Director del Programa Editorial: Omar Díaz Saldaña

© Universidad del Valle
© Hernán Toro

Diseño de carátula y diagramación: Hugo H. Ordóñez Nievas
Fotografía de carátula: Diana Castro

Este libro, o parte de él, no puede ser reproducido por ningún medio sin autorización escrita de la Universidad del Valle.

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión del autor y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad del Valle, ni genera responsabilidad frente a terceros. El autor es el responsable del respeto a los derechos de autor y del material contenido en la publicación (fotografías, ilustraciones, tablas, etc.), razón por la cual la Universidad no puede asumir ninguna responsabilidad en caso de omisiones o errores.

Cali, Colombia, junio de 2018

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN: LA EXPERIENCIA DE CIUDAD VAGA 13

CONCEPTOS SOBRE EL REPORTAJE 71

ELEMENTOS DEL REPORTAJE 92

REPORTAJE Y LITERATURA 34

Reportajes

CHICHI Y *LA MARQUESA* VAN SOLAS AL CINE
Alexander Amézquita Pizo 65

SURAMÉRICA EN CALZONCILLOS
Alex Sterling 75

OLGA, ESTUDIANTE Y EXPENDEDORA DE DROGA
Alexander Camacho 105

TUMACO, SAL Y TABACO
Ana Paola Angulo 111

¿POR QUÉ *EL TOSCO* BAILA TAN TRISTE?
Andrés Felipe Castañeda Morales 117

TRES PERSONAJES, MUCHOS PESCADOS, UN SOLO MAR
Angélica María Ortiz Almario 125

EL MANIQUÍ
Andrés Camilo Osorio 131

AVENTURAS DE UN CIBERANALFABETA
Carlos Grisales 135

CUANDO LOS GALLINAZOS NO VUELAN
Carolina Cuadros 141

DESTINO: COLOMBIA
Erika Hurtado 147

LA RELLENA TIENE SU COSA, CABALLERO
Hernán Toro 155

LOS CERDOS TAMBIÉN LLORAN
Hernán Toro 161

TUMBAS DE AGUA
Jaime Salazar y Vinci Belalcázar 169

"EL OLVIDADO ASOMBRO DE ESTAR VIVO"
Jaime Salazar Corrales 177

EL VIAJE DEL ÚLTIMO REY
Juan Camilo Martínez 189

VISONES DE "LA ANDREA", ESCUELA INDÍGENA
DEL RESGUARDO CANOAS, CAUCA.
Mónica María Mondragón 195

ESTA FELICIDAD ETERNA QUE ME DISTE
EN ESTA GLEBA MONGÓLICA
Katherine Bolaños 199

OJOS, TESTÍCULOS Y OTRAS MENUDENCIAS
Katherine Muñoz Osorio 209

TIERRAS SIN NORTE
Kevin Alexis García 215

SE NECESITAN DOS PARA BAILAR UN *SON*
Luz Karime Figueroa 223

TRES CONVERSACIONES, TRES MAESTROS
Miguel Tejada 229

¡SON DE MÁQUINA, MARÍA!
Miguel Varela 247

JENNY BAILA ENTRE COLORES
Nathalia Ríos López 251

TANGO
Nora Elena Zúñiga Buitrago 255

BLOGS: LAS VOCES INFILTRADAS
Paola Ochoa B. 259

TANGO ENANO
Stephanie López 265

ADDO OVED POSSÚ: LUTHIER NEGRO
Susana Caldas 269

PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA

…cuanto más he escrito menos he logrado distinguir los géneros del periodismo […]
Nunca se aprenderá a distinguir a primera vista entre reportaje, crónica, cuento y novela. Pregúnteselo a los diccionarios y se dará cuenta de que son los que menos lo saben. Es un problema de métodos: todos los géneros mencionados tienen sus puertos de abastecimiento en investigaciones y testimonios, en libros y documentos, en interrogatorios y encuestas, y en la creatividad torrencial de la vida cotidiana. Y sobre todo en entrevistas hechas no para publicar dentro de los formatos convencionales del género, sino como viveros de creación y de vida de todos los otros. Y dicho esto habría que reconocer que la entrevista es el género maestro, porque en ella está la fuente de la cual se nutren todos los demás.

Gabriel García Márquez[1]

[1] Ver: García Márquez, Gabriel. *Sofismas de distracción.* Recuperado de www.saladeprensa.org/art201.htm

PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA

INTRODUCCIÓN

La experiencia de Ciudad Vaga

A lo largo del año 2006, una propuesta originalmente formulada por mí dentro del Grupo de Investigación en Periodismo e Información[2], consistente en hacer una revista dedicada enteramente al reportaje, comenzó a concretarse. Tras diversos avatares, propios de estos procesos, tan complejos cuando surgen en instituciones públicas, el primer número de la revista *Ciudad Vaga*[3] apareció en mayo del 2007, y desde entonces, a ritmo semestral, hemos publicado hasta ahora (octubre de 2011) un total de 9 números. Aunque hemos querido[4] publicar textos conceptuales diversos y materiales de escritores reconocidos[5], todos en torno al reportaje, y aunque han aparecido escritos (poquísimos) de algunos profesores participantes en el proceso, hemos privilegiado en altísimo porcentaje reportajes

---

2 Este grupo, adscrito a la Escuela de Comunicación Social de la Facultad de Artes Integradas de la Universidad del Valle, está conformado por los profesores Julián González, Patricia Alzate, Kevin Alexis García y por el autor de esta selección de reportajes.

3 Su nombre surgió de la consulta entre los miembros del Comité Editorial de una lista propuesta por mí. El apoyo dado por los profesores de la Escuela de Comunicación Social fue decisivo, en particular el del entonces Director suyo, el escritor Carlos Patiño. La relativa y juguetona transgresión del nombre de la revista fue mitigada con un tranquilizador subtítulo: "viaje por la ciudad difusa".

4 "Hemos": los directores de la revista hemos sido la profesora Patricia Alzate y yo.

5 Algunos capítulos de *Chez les fous*, de Albert Londres, han sido publicados, así como, gracias a la generosidad de Jean-Paul Mari (Premio Albert-Londres 1987), de Gilles Anquetil y de la revista francesa *Le Nouvel Observateur*, traducciones de textos suyos. También hemos incluido reportajes de escritores colombianos: Juan José Hoyos, Alberto Salcedo Ramos, Álvaro Sierra y Fernando Mora Meléndez.

(escritos y fotográficos) de los estudiantes del programa académico de Comunicación Social de la Universidad del Valle.

Esta última decisión no es gratuita. En efecto, el propósito fundamental de esta revista ha sido hacer visible la escritura de los estudiantes bajo la idea de que sólo su exposición pública tras procesos reales de producción les permite poner a prueba su experiencia. Es verdad que Internet ha facilitado la visibilidad de los jóvenes (¡y de qué manera!), pero no específicamente a través de formas clásicas de escritura informativa, como es la del reportaje; no se trata de una queja, apenas de una constatación. Al optar por el reportaje, *Ciudad Vaga* quiere reconocer en esta escritura el formato por excelencia de los llamados discursos informativos. Su vida íntima con la literatura es quizás la razón que le confiere a este género su condición de privilegio: que grandes autores literarios se hayan reconocido como reporteros con igual orgullo y dignidad que como escritores (Hemingway, García Márquez, entre los más notables) es acaso la mejor prueba de este concubinato de amor loco. La revista cumple un papel de estímulo y soporte a la construcción de voces propias y a la construcción de la autonomía –fin supremo, a mi entender, de la pedagogía–: pues si algo digno nos queda a los adultos con respecto a los jóvenes, es facilitarles su propia expresión. Hay en el cuerpo de textos que integran este libro una cierta muestra representativa de la sensibilidad de estos estudiantes, de sus tendencias de escritura y de la época en que vivimos. No se trata de un balance narcisista sino de la exposición de una muestra. El país supura y respira allí en carne viva: violencia, narcotráfico, prostitución, música popular, baile, cultura indígena, alimentación, el cuerpo, viajes, rituales religiosos, etc. La actitud es de búsqueda (de lenguaje, de historias, de perspectivas, de voces narrativas: en esta diversidad se hace evidente la extraordinaria fuerza joven de sus autores), sin que ningún tema sea considerado tabú ni ningún acento desechado a priori. Su orgullo es su libertad.

La selección obedece exclusivamente a mis criterios y a mis gustos, y no recoge, por restricciones editoriales, más que reportajes escritos. De los excluidos agradeceré la benevolencia: debí elegir. La muestra está precedida de un ensayo de mi autoría en torno al reportaje, como una forma de ofrecer un entorno conceptual a los textos de los estudiantes[6]. Pero el mérito de esta publicación –si mérito hay– debe recaer enteramente en los

[6] Hay en el propósito central del libro una resonancia de *El Nuevo Periodismo* de Tom Wolfe (1976), aunque sólo sea por su estructura. Una buena parte de estas notas proviene, con algunas modificaciones, de mi libro *El reportaje: un género estallado* (Toro, 2002). Para el capítulo III (Elementos del reportaje), los aportes del libro de Oliver Boyd-Barret y Michael Palmer (1981), del de Jacques Attali (1985) han sido claves. Pierre Assouline con *Vie et mort d'un grand reporter* (1989) me dio elementos de mucha importancia, en especial los relativos a la vida y obra de Albert Londres, el reportero por excelencia (de quien ese libro es una biografía).

reportajes escritos por los estudiantes; mi intervención es puramente circunstancial, y, en rigor, podría prescindirse de ella, como es apenas obvio que piense un admirador de la obra de Jorge Luis Borges.

PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA

CONCEPTOS SOBRE EL REPORTAJE

El reportaje es una entre las diversas formas que el hombre tiene para apropiarse del mundo. No produce un conocimiento de la misma manera que lo hace el método científico, pero los haces de luces que arroja sobre la realidad permiten al lector comprender mejor lo que acontece consigo mismo y en la sociedad y, en consecuencia, le provee de elementos situacionales, necesarios para clarificar su condición de ciudadano y de ser humano.

Una de sus grandes virtudes consiste en la extraordinaria capacidad para hacer suyos los recursos tradicionalmente pertenecientes a la literatura en provecho de otra manera de acercarse a la realidad y de apropiársela.

Toda reflexión sobre el reportaje debe estar precedida de una serie de interrogaciones sobre el papel actual de la información, la naturaleza del sentido que ésta conlleva y su manera de inserción en los fenómenos sociales contemporáneos para que no se vea reducida a ser un mero trabajo empírico. Nada se ganaría con un trabajo de orden descriptivo si no se inscribe de inmediato en un universo de problemas más amplio, ramificado, densificado por una voluntad de complejidad, con conexiones hacia el funcionamiento de lo social. Estas interrogaciones no asumen sus objetos de manera frontal sino oblicuamente, los cruzan transversalmente, los interpelan en filigrana. No existe, sin embargo, una teoría sobre el reportaje. Lo que se encuentra es un conjunto disímil de miradas producidas desde diversas perspectivas, la agregación quizás ecléctica de puntos de vista, reflexiones de naturaleza diversa. Lo que se constata sin duda alguna es que el reportaje es una de las formas del discurso informativo. Comparte con todas ellas su naturaleza primordial: informar. Sin embargo, difieren en la manera de hacerlo pues cada una de las especies de los discursos informativos tiene sus formas particulares de estructurarse. Ahora bien, el reportaje igualmente comparte con

esas diversas formas la estrategia de persuasión sobre la base de que todos esos discursos buscan producir un efecto de verosimilitud para legitimarse y ser ideológicamente avalados y asimilados por el consumidor. También comparte con ellas, en consecuencia con lo anterior, el hecho de que vehiculan una percepción de los acontecimientos y de las relaciones que los sujetos establecemos dentro de una sociedad.

En su condición de discurso de la información, el reportaje participa de la misma guerra global por la imposición de los sentidos sociales que libran las otras formas de los discursos informativos. No lo hacen de la misma manera que lo hacen otros formatos que obedecen a la misma estrategia de la información –noticias, artículos analíticos, etc.– porque su estructuración es distinta, así como pueden favorecer diversas estrategias de poder o ser servidores de distintos conceptos de periodismo. Pueden, en efecto, serlo del periodismo informativo, como es la perspectiva desde la cual opera este trabajo; pero pueden serlo también desde otras ópticas, como el periodismo "ideológico" o el periodismo "complejo"[7].

Polifonía de la escritura

La escritura periodística hoy en día es polifónica. Todo texto está cruzado por elementos provenientes de géneros diferentes, creando de esa manera una hibridación expresiva. Los intentos por establecer una tipología del periodismo basada en su evolución en el tiempo chocan contra la imposibilidad de circunscribir especímenes puros puesto que lo propio de los procesos es la asimilación paulatina de lo que va dejando de tener primacía al mismo tiempo que sedimenta sus rasgos particulares. Los procesos dan como resultado formas híbridas, superpuestas, traslapadas, de la misma manera que en nuestra contemporaneidad social convivimos con formas premodernas o caducas, y todas ellas encuentran la voz en que hablan. Ahora bien, si es plausible hablar de géneros, sólo lo sería a condición de que se reconozca su naturaleza esencialmente impura, es decir, la dominancia de ciertos rasgos sobre otros, la primacía de, si cabe decir, ciertos genes que le imprimen a esos productos genéricos un fenotipo distinguible. Si hemos hablado de "polifonía" para referirnos al carácter de la escritura periodística usando una metáfora tomada en préstamo del campo de la música, diríamos, para mantener la consistencia de la figura, que en los géneros informativos actuales nadie canta *a capella*.

[7] Ver: González, Julián (2004) *Repensar el periodismo. Transformaciones y emergencias del periodismo actual.* Programa Editorial, Universidad del Valle. Cali. Este trabajo está estructurado en torno a una evolución entrópica del periodismo, proceso de acuerdo al cual este campo habría pasado por tres etapas históricamente ubicables, cada una de las cuales permitiría distinguir tres tipos de periodismo: ideológico, informativo y complejo.

Credibilidad, Verosimilitud, Verdad

1. Aunque las afirmaciones hechas en un reportaje deban ser demostrables en la realidad, el problema de su escritura plantea ante todo el problema de la verosimilitud, que es intrínsecamente diferente al de la verdad. La búsqueda de la verdad es ante todo un problema ético (es decir, filosófico), el de la verosimilitud es básicamente retórico (cómo persuadir). Gabriel García Márquez lo dice a su manera: "…el problema esencial de los comunicadores no es ni siquiera que nuestro mensaje sea verdad, sino que nos lo crean"[8].

2. En un reciente artículo aparecido en *Le Monde* a propósito de las informaciones en los Estados Unidos después de los atentados del 11 de septiembre, se cuenta cómo un renombrado periodista erosionó la credibilidad de la cadena CNN cuando, en reportaje en directo desde Afganistán, se equivocó al mencionar el lugar en donde se encontraba[9]. Tal vez esta anécdota sirva para demostrar cómo la credibilidad informativa se basa en la verosimilitud, no en la verdad; ésta es aleatoria. Si los datos que ayudan a la configuración de la primera en la mente de los consumidores pierden coherencia, el efecto de verosimilitud se torna esquivo. La equivocación acerca del lugar desde donde se informa es un golpe rudo en la formación del sentimiento de verosimilitud no porque intrínsecamente sea un error informativo sino porque los espectadores lo supieron; si el dato del sitio no hubiese sido relevante, que fuese verdadero o falso no habría importado. Recuérdese que a Gabriel García Márquez le gusta contar que fue enviado por el periódico *El Espectador* a informar sobre un incendio en Quibdó que en realidad nunca había ocurrido pero del que, de todas formas, escribió un reportaje. La verosimilitud de este reportaje, sobre un hecho que nunca tuvo lugar, fue sin embargo alcanzada en virtud, claro, de los datos aparentemente verdaderos que contenía, pero también de la imposibilidad para los lectores de comprobar si había acontecido o no: no era relevante su ocurrencia real. Hay que imaginar un poco la situación: si Quibdó queda hoy en día en otro continente a los ojos de nuestra mirada centralista, a finales de los años cincuenta debía hallarse en otra galaxia. Los detalles hacen la credibilidad (y, en consecuencia, la verosimilitud) aunque no sean ciertos. Ello explica las informaciones saturadas de pormenores, insignificantes desde el punto de vista de los datos necesarios para el avance diegético del relato pero cargadas de sentido para la eficacia de la verosimilitud: el número de

---

8 García Márquez, Gabriel. *Sofismas de distracción.* Recuperado de www.saladeprensa.org/art201.htm

9 Ver: Mulard, Claudine (2002) *La guerre des infos redouble d´intensité sur le cable aux Etats-Unis*. *Le Monde*, París, 13 de febrero.

la placa de un carro-bomba, la dirección de una caleta de lavadores de dólares, la edad de un asaltante de bancos, los kilos de marihuana incautados en una redada policial. ¿Qué nos dicen ese número, esa dirección, esa edad, esos kilos? Sobre todo, nos dicen: *yo, periodista, estuve allí.* ¿La prueba de esta permanencia? El detalle reportado. Sólo alguien que ha presenciado de manera directa un acontecimiento puede referir una minucia tan precisa. El efecto de verosimilitud se incrementa en la medida en que el periodista que informa ha sido testigo de las informaciones que nos reporta. En tal sentido, esos datos cumplen un papel similar al de la fotografía, al del video, al de la información obtenida a través de un instrumento mecánico: pasan por ser objetivos (porque, al no ser humanos, no tienen sentimientos) y, por lo tanto, incuestionables.

3. Al comentar el conocido episodio del tren que conducía los "3.286 muertos" (menciono este número de memoria) de la matanza de los obreros de las bananeras, según lo relata en su novela *Cien años de Soledad*, Gabriel García Márquez subraya la importancia de utilizar cifras (y en general datos) que produzcan la idea de precisión para que el texto pueda provocar, no obstante ser pura ficción, un efecto de verosimilitud. Al proyectar sobre la cifra algo así como un haz de luz, el detalle se aísla y emerge con mayor fuerza significativa y de credibilidad. No es posible saber si en algo semejante pensaba Ray Bradbury cuando afirmaba que "Se puede convencer a la gente de cualquier cosa intensificando los detalles"[10], pero la similitud entre las dos ideas parece evidente. La utilización de este recurso, que es, como parece serlo, válido en la ficción, lo es también en los discursos informativos pues no de otra forma podría entenderse porqué se citan números de placas de automóviles cuando ha habido un accidente o las direcciones de las casas que, por ejemplo, han sido tomadas en algún asalto sorpresivo de las autoridades. Revelar un número de cédula de ciudadanía o la edad exacta de un delincuente hace parte de estos recursos de legitimación y verosimilitud que usan los discursos informativos para que sean asimilados sin objeciones, "naturalmente".

Objetividad/Subjetividad

Es insostenible, hoy en día, una distinción entre los géneros informativos basada en la dicotomía objetivo/subjetivo. La información contiene una mezcla de ambos componentes, pero no como un agregado de dos entidades que mantienen autónomamente su identidad sino como una nueva entidad que recoge las dos que le dan nacimiento pero que se constituye de mane-

[10] Bradbury, Ray. Citado por Virilio, Paul (1988). *La machine de vision*. París. Galilée. 1998:40.

ra propia y distinta. ¿Hablar, por ejemplo, de la noticia como un género objetivo o de la crónica como un género dominado por la subjetividad se corresponde realmente con una descripción de lo que acontece con certeza en la realidad?

Como lo dice con justeza Félix Guattari[11], "La información no puede ser reducida a sus manifestaciones objetivas: ella es, esencialmente, producción de subjetividad, captación de la consistencia de universos incorporales. (...) La verdad de la información remite siempre a un acontecimiento existencial en aquellos que la reciben. Su registro no es el de la exactitud de los hechos sino el de la pertinencia de un problema, de la consistencia de un universo de valores". Esta cita de F. Guattari opera en el mismo registro de lo que se ha venido afirmando en este texto. En primer término, en efecto, la información, que contiene elementos objetivos en tanto parte de y se refiere a una realidad, está cruzada también por elementos subjetivos que provienen de quien o quienes producen esa información. Pretender entonces que la información es sólo objetividad implica desconocer estas dimensiones de la subjetividad inevitablemente presentes en ella. En segundo lugar, se sostiene en este trabajo la idea según la cual la referencia a la realidad puede y debe ser hecha con procedimientos y elementos imaginativos, propios pero no exclusivos de la escritura de ficción. La razón: justamente lo que puede ir en tercer término: lo que finalmente importa cuando se informa es lo que Guattari llama "la consistencia de un universo de valores": el conjunto de valores con los cuales se aprecia la realidad, constitutivo de quienes son responsables de la información. En la información –en la práctica real– importa menos informar sobre una realidad externa que sobre la manera como entienden los periodistas la realidad y el funcionamiento de la sociedad.

Representación de la realidad

1. Si los acontecimientos se vuelven trascendentes sólo si se hallan inscritos en una red de significación, es válido entonces plantear que ellos sólo existen en la medida en que sean representados, es decir, en tanto sean mediados por los discursos. Un incendio devastador pero no percibido que ocurra en las profundidades de la selva amazónica carecerá de sentido para los hombres si no hay de él una representación discursiva. Lo que equivale a decir que sólo el lenguaje da a los acontecimientos una dimensión humana. El problema de la visibilidad social de los hechos a través de los discursos informativos es un asunto de orden político, pero es también, en sus niveles más primarios y fundamentales, de constitu-

[11] Ver: Guattari, Félix (#52). *Pour une refondation des pratiques sociales, Le Monde Diplomatique.* París.

ción a través del lenguaje. El silencio, el olvido, el desconocimiento, que son formas de censura, son también formas de negación de lo humano. No se trata de una concepción solipsista de la realidad (de acuerdo a la cual, entonces, no habría nada que existiera por fuera de la mente) puesto que nada de lo dicho supone que lo percibido sea resultado de la imaginación. Aquí, lo percibido resulta no de la imaginación sino del acto esencial y fundador del lenguaje (Émile Benveniste).

En oposición a la anterior manera de entender las cosas, puede ser citado el sofisma de las nueve monedas de cobre "ideado por un heresiarca del undécimo siglo", imaginado por Jorge Luis Borges en su cuento *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius* [12] y de cuya narración extraemos el siguiente fragmento:

> *El martes, X atraviesa un camino desierto y pierde nueve monedas de cobre. El jueves, Y encuentra en el camino cuatro monedas, algo herrumbradas por la lluvia del miércoles. El viernes, Z descubre tres monedas en el camino. El viernes de mañana, X encuentra dos monedas en el corredor de su casa.* El heresiarca quería deducir de esta historia la realidad –*id est* la continuidad– de las nueve monedas recuperadas. *Es absurdo* (afirmaba) *imaginar que cuatro de las monedas no han existido entre el martes y el jueves, tres entre el martes y la tarde del viernes, dos entre el martes y la madrugada del viernes. Es lógico pensar que han existido –siquiera de algún modo secreto, de comprensión vedada a los hombres– en todos los momentos de esos tres plazos.*

¿Un incendio devastador pero no percibido que ocurra en las profundidades de la selva amazónica –como ha sido dicho arriba– carecerá de sentido para los hombres si no hay de él una representación discursiva?

De esta cita de J. L. Borges podría ser puesto de relieve el problema de la identidad, tan caro justamente a este escritor argentino. A este Borges, justamente, le asombraba que un perro visto a las tres y catorce de frente fuera considerado el mismo visto de perfil a las tres y quince. Interpolado el problema de la identidad al consumo de las informaciones periodísticas, podría asegurarse que Borges también se asombraría al saber que un reportaje leído anoche fuera el mismo leído hoy, o que el mismo reportaje leído hoy por un noruego fuera el mismo leído simultáneamente por un indígena *Embera Chamí.* Todo esto remite a las situaciones de contexto en las que los discursos informativos son consumidos, que determinan el tipo de lectura que se haga y el sentido que de esa lectura se derive.

12 Ver: Borges, Jorge Luis (1979). "Tlön, Uqbar, Orbis Tertius" en *Ficciones*. Madrid. Alianza.

2. Dice Roland Barthes: " 'lo que ocurre' en el relato no es, desde el punto de vista referencial (real), literalmente *nada*; 'lo que ocurre' es sólo el lenguaje, la aventura del lenguaje"[13]. Pero decir que ocurre sólo el lenguaje y pensar que esa ocurrencia es *nada* es sólo una forma irónica de querer significar su contrario: *todo ocurre.* Pues, en efecto, el lenguaje lo es todo pues es de él que estamos constituidos como sujetos y es el zócalo sobre el cual se edifica toda nuestra subjetividad (Emile Benveniste). Sin el lenguaje no seríamos estrictamente nada. Quítesenos el lenguaje a los humanos y quedamos convertidos en objetos, en seres inanimados, en plantas, en un montón de rocas y huesos, en un simple tracto digestivo; es cierto, no desprovistos de significación en nuestra nueva condición de objetos, por lo tanto sí inscritos en la red de sentido de aquellos que sí hayan conservado este instrumento fundamental de significación. Lo que muy probablemente Barthes quiere decir con esta afirmación es que la referencia a la realidad no es la condición de la validez del relato; lo que vuelve a éste pertinente desde el punto de vista del interés humano (y por tanto social) es la realidad que él mismo instituye. Es quizás éste el sentido de lo que quiere decir Gustave Flaubert cuando afirma que "todo lo que se inventa es verdad"; o lo que de Marco Polo, el mítico viajero, dice Jorge Luis Borges: "Marco Polo sabía que lo que imaginan los hombres no es menos real que lo que llaman la realidad"; o, también de J. L. Borges, acerca del tango: "El tango crea un turbio pasado irreal/ que de alguna manera es cierto": lo inventado adquiere autonomía y *status* de verdad sin tener que recurrir a la realidad referencial y externa para que sea legitimado. No otra cosa dice Gabriel García Márquez[14] cuando afirma que "La realidad para nosotros [los escritores] no es sólo lo que sucedió, sino también y sobre todo, esa otra realidad que existe por el solo hecho de contarla". El lenguaje, que instituye su propia verdad y se erige como su propio referente, no es la realidad y ni siquiera su sinónimo o su homólogo. Pensar lo contrario es adoptar una actitud mágica: puesto que pinto un bisonte derribado y atravesado por lanzas en la pared de la cueva, estoy, con el mismo gesto, cazándolo; la resolución en un relato de las penosas condiciones de hambruna que puedan asolar a ciertos pueblos no resuelve el problema del hambre en la realidad; *Tirofijo,* tantas veces muerto en las páginas de los periódicos, no moría, empecinado, por lo tanto, en las montañas de Colombia: hubo que esperar que un cáncer lo derribara. En otras palabras, el lenguaje, que es fundamentalmente re-

[13] Ver: Barthes, Roland (1977). "Analyse structurale des récits" en *Poetique du recit*. París. Seuil.

[14] Ver: Sala de prensa. Web para profesionales de la comunicación iberoamericanos. Recuperado de www.saladeprensa.org el 29 de marzo de 2001. La frase citada es una respuesta dada por García Márquez a una pregunta vía Internet hecha por la revista *Cambio*.

presentación, no es lo representado. Ahora bien, al no ser el lenguaje lo que él representa, el péndulo de la interrogación se desplaza entonces hacia la representación y, por contragolpe, hacia el sujeto que la produce: ¿Cuál es el estatuto de la representación? ¿Quién habla cuando hay representación?

Estética del reportaje

1. Con el reportaje, a diferencia de los otros formatos informativos, el lector está frente a un producto que, además de contener una serie de datos que dan forma y sentido a un asunto específico (gracias a los cuales, por lo demás, se establecen las bases para que, más allá de sus particularismos, los mencionados formatos sean considerados miembros de una misma gran familia), contiene otros elementos que sin dificultad podrían ser llamados *estéticos*. Del reportaje podemos decir que conlleva una dimensión estética por la presencia en él de una forma elaborada de lenguaje que expresa ante todo la sensibilidad del que lo escribe. Si los problemas de la sensibilidad se consideran legítimamente propios del campo de la estética[15], es ésta la que, por lo menos parcialmente, se debe también ocupar del reportaje en la medida en que éste los manifiesta a través del lenguaje. Aunque sabemos que, por ejemplo, una noticia, por más aparentemente desligada de la sensibilidad que sea (¿no abusa hasta la exasperación la industria periodística con el calificativo *objetiva* cuando se refiere a la noticia?), no deja de expresar un sesgo subjetivo que podría ser confundido con la sensibilidad, habría que decir que, en el caso de la noticia, este rasgo de la personalidad del periodista pertenece radicalmente al campo de lo ideológico, que es el terreno de las opiniones, y no al de la estética, que es el de lo que comúnmente se denomina el campo de la belleza. El trabajo sobre el lenguaje que se efectúa en el reportaje quiere ser eficiente desde el punto de vista de lo que se quiere informar, es cierto, pero adicionalmente busca alcanzar un cierto sentido de la perfección expresiva. Uno y otro se diferencian fundamentalmente por sus fines primarios, pues mientras el primero pretende ante todo ofrecer una visión en torno a un determinado asunto, el segundo busca básicamente dar placer. No de otra manera podemos explicarnos el sentimiento que experimentamos al leer los reportajes clásicos de, por ejemplo, Albert Londres, de Truman Capote, de Tom Wolfe, de Gabriel García Márquez. Su lectura nos proporciona un placer semejante al que experimentamos cuando leemos un buen cuento, una buena novela. ¿Puede decirse lo mismo de la lectura de una noticia?

[15] "Anestesia", que significa pérdida de sensibilidad, nace de la misma raíz de la palabra "estética" (el vocablo griego *aiestesis*), que es sensibilidad: "anestesia" y "estética" son, pues, hermanas.

El hecho de considerar que un reportaje conlleva elementos estéticos forzosamente conduce a colocar este género al lado de los productos artísticos sin que, por lo tanto, ello baste para que sea considerado de manera plena como uno de ellos. Admitámoslo: un reportaje de Truman Capote, por más bello que sea y por más que su lectura nos reporte un placer estético, no puede ser considerado una obra literaria en el sentido clásico del término. Su dimensión estética se encuentra lastrada por su servilismo a la realidad, y este carácter cortesano obra como una culpa original frente a la literatura, que es, en el polo opuesto, el reino de la libertad absoluta, que no le debe dar cuentas a nadie, que puede prescindir de la realidad con el más absoluto desparpajo. Este cariz artístico propio del reportaje no impide que la industria informativa lo absorba plenamente, más allá de la contradicción que pueda estar representada en el hecho de que lo industrial tiende hacia la uniformización de sus productos, lo que es contrario justamente a la naturaleza de lo artístico, fundada en el carácter singular –y, por lo tanto, irrepetible– de sus productos. Si la industria (en este caso informativa) puede refuncionalizar el reportaje a pesar de su dimensión artística es porque él contiene ese otro rasgo informativo constitutivo y distintivo. Es cierto también que la industria refuncionaliza a la literatura, pero esa entrada en el territorio de lo industrial se hace con el objeto literario como mercancía, no como constructor de sentido. Es decir, se hace con el libro pero no con la literatura.

2. La relación profunda que existe entre el reportaje y la literatura provoca efectos de diverso tipo. Uno de ellos tiene que ver con el ejercicio de una pedagogía del reportaje. Si la relación es cierta, es impensable una pedagogía y una práctica del reportaje sin una pedagogía y una práctica de la literatura. No se puede escribir reportajes si quienes lo intentan no tienen una formación en literatura, tanto en sus aproximaciones teóricas como en su práctica. En términos lógicos, esta familiarización con la literatura debe preceder a la formación pedagógica en reportaje.

Reportaje y globalización

Que los mil espectadores de la sala de cine sean, en realidad, uno solo, es un efecto que, como dice Virilio, "las técnicas de comunicación" han extendido hasta convertirla en una "*soledad múltiple"* de millares de individuos. La globalización de las comunicaciones ha unificado al público; sus productos son elaborados con estándares muy generales, de tal manera que a ellos tengan acceso el mayor número posible de consumidores. Somos como una hiedra al revés: una sola cabeza con miles, millones de cuerpos. Si una de las hipótesis que pretenden explicar la desaparición de los dinosaurios pre-

sume la existencia de dos cabezas en estos animales, las que, al emitir cada una de ellas órdenes distintas a su único cuerpo lo envararon y, como consecuencia de este entrabamiento sobrevino su muerte, se podría decir simétricamente que estos millones de cuerpos podrían enloquecer a la única cabeza adoptando comportamientos distintos. Es, sin embargo, improbable, pues el efecto inevitable de esta unificación de públicos en su origen diversos es la homogenización, es decir, la pérdida de la diversidad y, por lo tanto, de la identidad. Porque la identidad sólo se da por diferencia, por oposición, por comparación, no por asimilación o por unicidad. El conocido proverbio que dice "Divide y reinarás" queda así convertido en "Unifica y reinarás".

Reportaje y entrevista

1. Como se sabe, uno de los pasos metodológicos que allegan información para un reportaje es la entrevista. ¿Existe algún tipo de relación entre esta entrevista –que supone el encuentro entre dos personas– y esa otra entrevista que remite a un fenómeno de visión –el hecho físico de mirar de manera difusa–? Quizás el primer sentido no es ajeno al segundo: el encuentro entre dos personas, con el objeto de que la primera interrogue a la segunda, no deja de ser un encuentro en el que la primera, por el contacto apenas tangencial en el lapso acordado, sólo alcanza a ver a la segunda de manera brumosa. Entrevistar a alguien es entreverlo, no verlo de manera plena. Hay algo físico en la entrevista.

2. De otra parte, este acopio de información que provee la entrevista es apenas un paso para la obtención de la información global que requiere la escritura de un reportaje. La entrevista *per se* no es un género pues ella alimenta la realización de los otros. Es un medio, más que un fin. "La entrevista, como dice García Márquez, –no como género sino como método– es el hada madrina de la cual se nutren todos"[16]. Y más adelante: "…habría que reconocer que la entrevista es el género maestro, porque en ella está la fuente de la cual se nutren todos los demás [géneros]".

Peso de la imagen

Tanto el reportaje como el cuento, al estructurarse en torno a imágenes (así esas imágenes sean de naturaleza distinta según si el medio es verbal o televisivo), tienen la capacidad, como lo dice Pierre Bourdieu a propósito de la imagen apoyándose en los críticos literarios, de "producir un *efecto de real,* puede hacer ver y hacer creer en lo que ella hace ver"[17]. Sin embargo,

16 García M., Gabriel. *Sofismas de distracción.* Recuperado de www.saladeprensa.org/art201.htm

17 Bourdieu, Pierre (1996). *Sur la television*. París. Raisons d´agir. p. 20.

el reportaje televisivo ocupa un lugar privilegiado frente al reportaje escrito o frente al cuento en la medida en que cada día se hace más fuerte la primacía de lo visual sobre lo escrito, de una parte, y que, de otra, en el sentido común de las gentes la imagen televisiva es por excelencia La Imagen, contrariamente a las que provienen de lo escrito, difícilmente asimiladas como tales en el imaginario ordinario de esas personas. P. Bourdieu advierte este peso de lo televisivo en el mismo texto anteriormente citado:

> [...] la televisión, que pretende ser un instrumento de registro, se convierte en un instrumento de creación de realidad. Se avanza cada vez más hacia universos en los que el mundo social es descrito-prescrito por la televisión. La televisión se convierte en el árbitro del acceso a la existencia social y política[18].

Reportaje y nuevas tecnologías

1. La amenaza más grande para la sobrevivencia del reportaje proviene hoy en día de las nuevas tecnologías. Si las formas tradicionales de los discursos informativos han sido radicalmente transformadas por la incidencia de estas tecnologías, en el caso del reportaje estas transformaciones adquieren el estatuto de verdaderas mutaciones. El reportaje, como se sabe, es un género que se inscribe en la duración en la medida en que su cuerpo se construye a partir de la investigación, es decir, a través del tiempo. Los otros géneros requieren, por supuesto, búsquedas, pero éstas se caracterizan por ser de hechos constatables, datos que la realidad les aporta de manera más o menos inmediata. En el caso del reportaje, la búsqueda está acompañada de un trabajo de interpretación, de análisis, de aporte a través del pensamiento, e inclusive de creatividad, lo que implica lo que ya hemos llamado una inscripción en la duración. Ocurre, sin embargo, que las nuevas tecnologías, que operan en un tiempo real, son extrañas, por lo mismo, a la duración. Excluida ésta de la manera de operación de las nuevas tecnologías, se vacía de contenido el método con el cual se produce el reportaje. La simultaneidad, que es la forma temporal propia de las nuevas tecnologías, es excluyente con respecto de la duración, que es la condición del reportaje. Paradójicamente, sin embargo, la vitalidad del reportaje en los momentos actuales es enorme. ¿Será, sin embargo, un canto agónico de cisne? Los botánicos conocen muy bien un comportamiento bastante *sui generis* de los árboles moribundos: su más hermosa floración anuncia su muerte inminente.

[18] *Ibíd*, p. 21.

2. Lo que se está produciendo en la actualidad con la entrada en la escena de las nuevas tecnologías es el trastocamiento profundo de las nociones de representación. Hoy en día se representa de otra manera, nueva, inédita. Hay productos que sólo pueden ser representados a través de estas tecnologías. Y hay otros que son representables a través de sus formas clásicas, pero *también* a través de las nuevas tecnologías, lo que les fuerza a mirarse diferentemente y a trazarse expectativas distintas a las tradicionales. ¿Puede pensarse hoy en día, por ejemplo, un discurso audiovisual sin las implicaciones expresivas que potencialmente le confieren las nuevas tecnologías? Para no mencionar las implicaciones de orden político a través de los mecanismos de globalización... Véase también cómo las versiones digitales de publicaciones en papel que tratan de mantener entre ambas una semejanza están destinadas al fracaso pues no contemplan que son dos medios expresivos distintos, dos lenguajes diferentes.

3. El sentimiento más fuertemente acentuado por las nuevas tecnologías es el de la ubicuidad. A la desaparición del espacio (y de su correlato forzoso: el tiempo), de la que ya hemos hablado, habría que agregar otros aspectos. Por ejemplo, el solo hecho de estar viendo imágenes contiene en embrión este sentimiento: ver *aquí* lo que sucede *allá,* que implica vivir en acto y simultáneamente la coexistencia de dos espacios. La oferta de canales televisivos multiplicada hasta cantidades hasta hace poquísimos años inconcebibles coopera en la formación de este sentimiento pues provee a los televidentes la ilusión de poder estar en varios sitios simultáneamente, como si todas las realidades que vienen a través de cada canal fueran paralelas pero unidas por pasarelas tecnológicas. A esta ilusión contribuye también el *zapping*, el dispositivo que facilita la visita simultánea a esas realidades paralelas, o las imágenes simultáneamente presentadas sobre una misma pantalla a través de ventanas. Las imágenes imbricadas, el encajamiento, las consultas de informaciones distintas aparecidas sobre una misma imagen de pantalla apuntan también a reforzar el sentimiento de que el espectador puede ser ubicuo. El televidente es concebido como un ser estallado cuyos pedazos la tecnología recoge y une. La lectura de una pantalla obliga a la fragmentación del lector. Ya no hay linealidad, que es condición de lo sucesivo, contrario a la simultaneidad, que es condición de la ubicuidad.

ELEMENTOS DEL REPORTAJE

Para poder entender mejor cómo las dimensiones que han sido presentadas en el capítulo anterior se relacionan con el reportaje, parece conveniente dar algunos elementos de orden más bien histórico que puedan actuar como anclaje empírico. Como trataré de desarrollarlo más explícitamente en las páginas que vienen, el concepto de clasificación por géneros contiene algunos aspectos discutibles; el uso del término *reportaje* se realiza entonces con reservas.

1. Aunque el peso tradicional de ciertos términos hace inevitable su uso a pesar de que el autor sospeche su insuficiencia, su perversión o su anomalía, en ocasiones, como es el caso en este trabajo con las tipologías de los discursos informativos, vale la pena interrogarse sobre las razones de esa aprensión. Clasificar estos géneros, como, por ejemplo, lo hace Mariano Cebrián[19], en "dialógicos/apelativos, expresivo/testimoniales y expositivo/referenciales" [¿apoyándose quizás en las funciones del lenguaje tal como han sido definidas por Roman Jakobson?[20])], proyectando una cierta idea no confesada de que cada una de estas categorías constituye una matriz hipostática de la cual son expresiones particulares los géneros concretos (entrevista, reportaje, noticia, etc), significa ignorar que semejante taxonomía da a suponer que sus bases (diálogo, testimonio, constatación, respectivamente) se presentan al consumo como si fueran algo así como *químicamente* puras. ¿Significa ello entonces que cuando hay testimonio no hay constatación? ¿En

---

19 Ver: Cebrian, Mariano (1992). *Géneros informativos audiovisuales*. Madrid. Ciencia 3.

20 Ver: Jakobson, Roman (1984). *Ensayos de lingüística general.* Barcelona. Ariel.

una entrevista sólo hay diálogo? ¿Una entrevista se construye sólo con interrogaciones? ¿Un reportaje no contiene elementos testimoniales? ¿No contiene diálogos? Todas las respuestas a los anteriores interrogantes hacen converger la idea según la cual lo que se encuentra en la realidad de los discursos concretos es una fecunda mixtura y traslape de elementos surgidos de distintos horizontes, que, clasificados por Cebrián, parecería que fueran distintos e independientes. Recuérdese que una reserva semejante a la que se manifiesta en este trabajo ya la había expresado el mismo R. Jakobson en el artículo ya mencionado al advertir que las funciones, de una parte, no siempre se encuentran todas en discursos particulares, de otra, no tienen una existencia pura, y que, finalmente, en los discursos predominan unas sobre otras. Advertencia semejante no parece encontrarse en la clasificación de Cebrián. Más allá de estos intentos taxonómicos, lo que realmente parece suceder es que habría una disolución de los géneros que borra las diferencias por integración, por refundición, por mutación y da lugar a la aparición, de cierta manera, de un nuevo lenguaje que, en virtud de su especificidad, demanda una consideración singular. Ahora bien, si a pesar de reservas tan fuertes se usan en este trabajo los términos descalificados, habría dos razones poderosas para hacerlo. La primera: las eventuales mutaciones no han encontrado aún una teoría que les confiera una identidad conceptual; por el momento flotan vagas, como nebulosas indefinidas. La segunda: dada la situación anterior, el espacio conceptual pasa a ser ocupado por el peso de términos tan utilizados e ideológicamente acreditados, y el criterio que finalmente decide es la respuesta a la pregunta: ¿a qué es lo que socialmente llamamos reportaje, noticia, entrevista, etc.?

2. Al querer hacer "un periodismo que se leyera igual que una novela"[21], los reporteros que habrían de ser considerados los representantes y mentores de lo que terminó llamándose "Nuevo Periodismo" (décadas de los años sesenta y setenta en los Estados Unidos) daban ya algunas pistas sobre la relación que veían entre sus reportajes y la literatura. La archiconocida introducción escrita por T. Wolfe sobre el "Nuevo Periodismo" reconoce en la literatura y en los grandes escritores de las corrientes realistas a los maestros paradigmáticos en los cuales esta nueva forma de periodismo se habría alimentado. Al calificar sus textos como "no-ficción" estaban también, a su manera, indicando qué tipo de filiación sostenían los reportajes con la literatura: la ficción, aún por la vía de su negación, era el referente obligado, como si se dijera que estos reportajes eran una "no-literatura". "¿Qué demonios pasa?, se pre-

[21] Ver: Wolfe, Tom (1976). *El nuevo periodismo*. Barcelona. Anagrama. p. 18.

gunta Wolfe, en efecto, a propósito de la lectura que acababa de hacer del artículo titulado *Joe Louis: el Rey hecho Hombre de Edad Madura*. Con unos cuantos retoques, todo el artículo podía leerse como un relato breve (...) El artículo se podía transformar en un cuento con muy poco trabajo"[22]. En la concepción de Wolfe, la relación no se limitaba a los aspectos formales, los que permitirían establecer nexos entre reportaje y literatura; o al hecho de que en el periodismo se pudieran utilizar "técnicas propias de la novela y el cuento" o que se pudiera "recurrir a cualquier artificio literario"[23]. Incluso, Truman Capote, a propósito de *A sangre fría*, habló de una nueva forma de literatura, y no –detalle importantísimo– de una nueva forma de periodismo. Un poco antes en la introducción sobre el "Nuevo Periodismo"[24], Wolfe parece dar los elementos para entender lo específico de esta relación: "La resolución elegante de un reportaje era algo que nadie sabía cómo tomar, ya que nadie estaba habituado a considerar que el reportaje tuviera una dimensión estética". Tal vez la cosanguinidad entre el reportaje y la literatura, más que en sus aspectos formales, resida en que ambos comparten una dimensión estética, ausente, por diferencia, cuando se está, por ejemplo, frente a una noticia o frente a un artículo analítico. Lo de T. Wolfe es probablemente el esfuerzo más meritorio por desarrollar una concepción en torno al reportaje que no nazca de esquemas abrumadoramente rígidos sino de consideraciones globales de cultura.

A contrario, el prólogo de Norman Sims al libro *Los periodistas literarios o el arte del reportaje personal* es un intento por crear artificialmente una categoría de reportaje nueva con base en criterios francamente deleznables. No hay nada novedoso en decir que la supuesta categoría de "periodistas literarios" requiere, para que sus agentes sean considerados como tales, que sus textos estén caracterizados por "inmersión, estructura, voz y exactitud"[25]. Y, detalle supremo, agrega que "conjuntamente con estos términos, caracterizan al periodismo literario contemporáneo un sentido de responsabilidad hacia los temas y una búsqueda del significado fundamental del acto de escribir"[26]. Uno siente piedad con N. Sims al ser testigo de los esfuerzos denodados por establecer una categoría que haya de asegurarle una especie de renombre perdurable... claro, comercialmente hablando. Un tufillo de

22 *Ibíd,* p. 20.
23 *Ibíd,* p. 26.
24 *Ibíd,* p. 21.
25 Sims, Norman (1996). *Los periodistas literarios o el arte del reportaje personal*. Bogotá. El Ancora. p. 17.
26 *Ibíd,* p. 17.

envidia recorre el texto de N. Sims, lo que sería poco si, por añadidura, no librara una batalla con rivales en su mayoría... ya fallecidos.

3. El que es considerado el más grande de los reporteros del siglo veinte en Europa, Albert Londres, moría en el año de 1932 en el incendio desatado a bordo del barco *Georges-Philippar* cuando regresaba de China a Francia, su tierra natal, después de haber permanecido en aquel país por casi un año adelantando una investigación que habría de concluir (todo el mundo así lo esperaba) en un nuevo reportaje. Las circunstancias de esa muerte resumen en mucho la situación del reportaje en ese momento particular, quizás el período de mayor consideración y prestigio de ese género clásico del periodismo, y muestra, por contraste, la evolución histórica que ha vivido desde entonces.

   ¿Podría, en efecto, imaginarse características y condiciones de trabajo más diferentes a las que tienen hoy en día los periodistas? En primer lugar, A. Londres venía. Sí, venía. Después de haber estado en China, A. Londres venía, lo que significa que había efectuado un desplazamiento espacial para adelantar su investigación, cumpliendo de esa manera con lo que quizás sea la condición mínima constitutiva de la definición primaria del reportaje: reportar, traer. Obviamente, la operación de reportar es impensable sin que medie una distancia porque sólo se reporta aquello que está en otra parte. Ahora bien, con la introducción de las nuevas tecnologías, el concepto de distancia aplicado a las informaciones ha desaparecido: cualquier acontecimiento, ocurrido en cualquier lugar del mundo, puede ser abordado sin que sea necesario desplazarse físicamente hasta el lugar donde ocurra. Los reporteros enviados a *cubrir* la Guerra del Golfo Pérsico en 1991 fueron los primeros en la historia del periodismo en experimentar este hasta ese momento desconocido escamoteo de la distancia; confinados en un hotel de El Cairo (es decir, de ninguna manera en el Golfo Pérsico, lugar donde se desarrollaban los acontecimientos), "reportaban" lo que la televisión en directo les traía, a ellos y a todos los telespectadores y reporteros del mundo entero, que de esa manera no habían tenido la necesidad, estos últimos, de efectuar un desplazamiento innecesario: ¿para qué viajar hasta El Cairo, Egipto, si lo mismo podía ser visto desde Cali, Colombia, lugar de mi residencia y de mi trabajo?[27].

   En segundo término, Londres venía en barco. Semejante forma de movilizarse, exótica en nuestros días, ofrecía en aquel entonces la posibilidad al reportero de trabajar su material con lapsos de tiempo consi-

[27] Ver: Virilio, Paul (1991). *L´ecran du desert*. Galilée. Ver en especial el capítulo titulado "La guerre des dupes" (La guerra de los engañados), p. 143.

derables. Es cierto que buena parte de los reportajes de aquel entonces se remitían a través del telégrafo (A. Londres también lo había hecho con reportajes anteriores)[28]; (no olvidemos que el sentido literal de la palabra "telégrafo" es "escritura desde lejos"), pero, aparte de que A. Londres pensaba no fragmentar el reportaje en artículos, como antes lo había hecho con los otros reportajes antes de convertirlos en libro, y más bien sólo escribir un libro unitario, la naturaleza de la información que había recopilado en China la había guardado celosamente, inclusive frente a su hija, Florise Londres, depositaria de sus confidencias más íntimas. El hecho es que un viaje en barco –Shanghai-Marsella aún en nuestra época no dura pocos días; ni qué pensar en 1932– después de haber acopiado la información fundamental permitía al reportero un tiempo para la maduración de sus análisis diametralmente opuesto a la consecuencia obvia de la desaparición de la distancia anotada en líneas anteriores: la desaparición del tiempo. Porque si la distancia no existe, tampoco existe el tiempo, que es su contraparte lógica[29]. La duración del recorrido de toda distancia se mide en unidades de tiempo, que no pueden ser aplicadas si no hay distancia que recorrer. La simultaneidad entre los acontecimientos y su narración en forma de reportaje (o en cualquiera otra) trae como consecuencia no sólo la desaparición de la distancia sino también la del tiempo. Los efectos de esa doble desaparición (del espacio, en provecho de la inmediatez, y del tiempo, en provecho de la simultaneidad) en la forma de percibir la realidad son graves pues cambian de manera radical los parámetros con los cuales hemos entablado tradicionalmente las relaciones con la realidad en las sociedades occidentales[30].

En tercer lugar hay que resaltar el hecho de que A. Londres había permanecido varios meses en China recogiendo la información que requería. Esta disposición de tiempo, que de alguna manera confluye en el mismo problema señalado renglones arriba, antagoniza con la precaria disposición de tiempo que dispensa el ritmo acelerado de producción de las informaciones en esta época neoliberal en la que prima la

[28] Buena parte de la información acerca de Albert Londres ha sido tomada de la biografía escrita por Pierre Assouline (1989), titulada *Albert Londres. Vie et Mort D´Un Grand Reporter.* También de la entrevista amablemente concedida por el señor Henri Amouroux, Presidente de la Fondation Albert Londres.

[29] No hablo de la dimensión temporal interna del relato, condición *sine qua non* del reportaje en la medida en que este género funciona sobre la base de la relación clásica entre el discurso y la historia; hablo, en cambio, del tiempo transcurrido entre los hechos y su referencia discursiva.

[30] Más adelante trataré de desarrollar esta afirmaciones cuya naturaleza dura reconozco. Ver también Virilio, Paul (1988). *La machine de vision*. París. Galilée.

maximización de los rendimientos sobre cualquier otro aspecto[31]. Un Albert Londres quedándose durante varios meses en un lugar remoto mientras recoge información para un reportaje es totalmente impensable hoy en día cuando los procesos de fabricación de las informaciones se producen bajo la tiranía de los plazos vertiginosos.

4. Es pertinente reseñar que el término "reportar" fue aceptado por la Academia Francesa (fue la primera entidad oficial en hacerlo) en el año de 1879[32] y que Victor Hugo (1802-1885), el considerado más grande escritor de la historia francesa, se vio rechazar por su editor el título *"Reportages"* al libro de crónicas que en adelante y póstumamente pasó a llamarse *"Choses Vues"* ("Cosas Vistas"). Los dos hechos son significativos para señalar cómo sólo hacia finales del siglo diecinueve el reportaje estaba intentando adquirir una especie de carta de ciudadanía, negada hasta entonces quizás porque las condiciones históricas en las que este género habría de nacer y prosperar no estaban suficientemente maduras. Fue necesaria la confluencia estructural de muchos factores para que el reportaje como género apareciera hacia finales del siglo diecinueve y comienzos del veinte, y le fuera reconocida en consecuencia una identidad, entre los cuales podrían ser citados escuetamente los siguientes:

   a. Un fuerte expansionismo económico y político de las grandes potencias de la época (Inglaterra, Francia, Estados Unidos), que trajo consigo la necesidad funcional a sus fines de una fuerte implantación ideológica –reflejo históricamente constante de toda potencia política–. Si los dos primeros países basaban su expansión creciente en el perfeccionamiento perverso de los mecanismos de colonización ante todo en los países africanos y en el control político y militar de los países árabes, del subcontinente indio y de China, el último, en cambio, se apoyaba principalmente en la puesta en práctica de las doctrinas del libre comercio. Como sea, tal cual ocurre con los imperios que tratan de consolidar su poder, era necesaria una justificación ideológica que hiciera aceptables, inclusive para los dominados, las condiciones de sujeción que esa dominación creaba. En ese contexto, la prensa jugó un papel clave.

---

31 A igual tensión temporal son sometidas las (desafortunadamente arcaicas) formas productivas de la artesanía, cuya duración de fabricación no entra como factor de determinación de su valor (¿Qué destino le espera a un indígena que vive de tejer por semanas una bufanda, un pasamontañas, un gorrito multicolor para bebé?) y los productos artísticos, en cuya valoración no entra el tiempo de producción aunque sí, en cambio, como compensación alta y a diferencia de los artesanos, otros factores como, por ejemplo, el prestigio. Por supuesto, esta concepción luterana del trabajo artístico no podría entender la afirmación de Gabriel García Márquez, para quien "nadie trabaja más que un novelista cuando está acostado boca arriba en una playa".

32 Ver: Assouline, Pierre. *Op. cit.* p. 70.

b. Desarrollo intenso de las tecnologías de la información, con la implantación extensiva del telégrafo (el primer mensaje de Morse se produjo en enero de 1838) y del teléfono. Como toda innovación tecnológica, la invención del telégrafo y del teléfono apuntaló la distribución de las fuerzas del poder político y económico que se escenificaban en el campo de lo social. Estas dos innovaciones sólo podían beneficiar la consolidación de las jerarquías de poder que regían efectivamente. Tanto el teléfono como el telégrafo se insertaron de manera rápida en las prácticas productivas de la información en general (política, económica, financiera, etc.) y también, por supuesto, en la periodística.
c. Un acelerado desarrollo del transporte terrestre con el tren. Este desarrollo, que va aparejado con el del telégrafo, se inscribía dentro de las políticas de expansionismo territorial y sus consecuencias obvias más inmediatas: el crecimiento del poder político, militar y económico. El transporte de mercancías por tren lubricaba los mecanismos de circulación de materias primas y de productos acabados, con lo cual la maquinaria de la doctrina económica que le daba sustento se fortalecía. Como lo dice contemporáneamente Paul Virilio: "Quien controla la velocidad, controla el poder"[33].
d. El establecimiento de un sistema horario universal *(Greenwich Meridiam Time)* que corrigió las contradicciones en la apreciación de la duración de los transportes y del tiempo de la llegada de las informaciones según regiones ubicadas en meridianos diferentes, y un salto cualitativo importante en lo tecnológico que dio lugar, entre otras cosas, a la proliferación masiva y personalizada de los relojes[34]. "El tiempo es oro", fundamento de la doctrina lincolniana para las relaciones entre los hombres, puso, si puede decirse así, a todos los relojes sociales a la misma hora.
e. Vulgarización relativamente amplia del uso de las técnicas fotográficas concebidas por Jacques Daguerre (1787-1851) a partir de los trabajos de Nicéphore Niepce (1765-1833) (con el Daguerrotipo –1839–, una imagen única podía ser reproducida sobre una placa) y por el físico inglés William Henry Fox Talbot (1800-1877) (el Calotipo –1841– permitía por primera vez una multiplicación masiva al apoyarse en el positivo y el negativo[35].
f. Con base en el anterior nacimiento y desarrollo de las técnicas de la fotografía, aunado al también gradual pero rapidísimo perfeccionamien-

---

33 Concepto disperso en la obra de Paul Virilio, pero desarrollado con mucho énfasis en "La perte du monde ou comment retrouver le corps propre" en C*ybermonde, la politique du pire* (1996). París. Textuel.

34 Ver: Attali, Jacques (1985). *Historias del tiempo*. México. Fondo de Cultura Económica.

35 *Le Monde Hebdomadaire* (Referencia completa perdida).

to mecánico de la imprenta, se genera un proceso de mejoramiento e industrialización de la fotomecánica y de las técnicas de impresión.

g. Desarrollo de los medios de información con el aumento de los tirajes de los diarios hasta cantidades que en muchísimos casos rebasaban el millón de ejemplares. Aunque todavía bajo el influjo del "periodismo ideológico", los diarios iniciaron su giro trasatlántico hacia el "periodismo informativo"[36], operación que casaba bien con la idea de "objetividad" informativa que entonces comenzaba a prosperar. Sin embargo, las fronteras de uno y de otro periodismo han sido siempre flexibles, lo que explica, por ejemplo, que el primer gran reportaje de A. Londres, *Au Bagne* ("En el calabozo"), escrito dentro de los cánones del periodismo "informativo", haya suscitado en Francia un intenso debate político e ideológico en torno a las condiciones de reclusión en las cárceles de la Guyane francesa –que era el tema central del reportaje–.

h. Desarrollo de los grandes carteles de la información con el fortalecimiento de Reuter, Havas y AP, agencias informativas ligadas directamente a los poderes de las potencias dominantes en ese período (respectivamente, Inglaterra, Francia y Estados Unidos)[37]. Como ha sido constante en la historia, todo poder en ejercicio trata siempre de homogenizar la información con el objeto de imponer al conjunto de la sociedad su percepción de los hechos que constituyen la realidad. Las agencias de noticias, al producir un mismo texto para diversos periódicos publicados en distintos países, ampliaban el radio de su percepción acorde con los intereses de la expansión de las sociedades en las cuales habían nacido.

i. Una percepción romántica de parte de los ciudadanos pertenecientes a las grandes potencias europeas hacia las regiones del mundo apartadas de su entorno inmediato y de su experiencia cercana, que favorecía la simpatía hacia el reporte de lo que allá ocurría. Por primera vez, los habitantes de los países más poderosos tenían tan al alcance de su mano lo que ocurría en lugares tan remotos y tan exóticos. Gustave Flaubert es, por ejemplo, un gran viajero, y esa condición lo hace más notable en su sociedad.

j. Desarrollo de corrientes estéticas de carácter naturalista en la literatura y el arte, entre las cuales quizás la que más fuerza tenía en ese momento era la representada en las novelas de Émile Zola (1840-1902). Digamos de paso, a propósito de E. Zola, que esa traslape de las etapas del periodismo –político, ideológico, informativo– se manifiesta también en la superposición de los roles de los individuos. Zola, por

36 Ver: González, Julián. *Op. cit.*

37 Ver: Boyd-Barret y Michael Palmer (1981). *Le traffic des nouvelles*. París. Alain Moreau.

ejemplo, es, como se sabe, el gestor de uno de los hechos políticos más trascendentes de la historia de Francia con el célebre artículo *J´accuse*, escrito en el marco de lo que se llamó *L´Affaire Dreyfus.*

k. Un fuerte desarrollo de la concepción individualista de la sociedad, de acuerdo a la cual priman los éxitos de cada cual como prueba de las bondades del sistema político-económico imperante.

Ninguno de los elementos arriba reseñados brevemente podría ser considerado de manera aislada como determinante de la aparición y de la legitimidad social del reportaje. Todos ellos conforman una estructura en la que hay una codeterminación permanente y la que produce solidariamente un mismo efecto. Cuando A. Londres escribe su primer gran libro de reportajes (*Au Bagne*: "En el calabozo", una serie de artículos que publica primero en diarios y luego reformula en forma de libro, todo escrito tras haber visitado las espantosas prisiones francesas de Guyana), todas las condiciones enlistadas arriba se encuentran ya suficientemente evolucionadas para que el reportaje, personificado en este autor, tenga total aceptación social. No es el único, por supuesto, en hacer figura de héroe nacional[38], pero su caso tipifica bien la evolución del reportaje y la visión social que sobre esa actividad se fue cristalizando. A. Londres es el reportero por antonomasia, y los años diez y veinte del siglo veinte constituyen la edad de oro del reportaje.

5. No puede olvidarse que *Tintín*, la tira cómica del creador belga Hergé que sentó los fundamentos sobre las cuales habría de levantarse luego todo el fenómeno cultural del *comic*, está basada principalmente en el personaje epónimo, un reportero que al mismo tiempo que *cubre* acontecimientos históricos particularmente significativos resuelve los conflictos policiales allí implicados. El gran desarrollo del reportaje como género, manifiesto en todos los grandes diarios en la primera mitad del siglo XX, está sin duda en la base del éxito de los reportajes de *Tintín.* Por supuesto, no es el único factor determinante para el auge de la tira cómica de Hergé, pero su grado de incidencia es de tenerse en cuenta.

6. ¿Buenos viejos tiempos ya caducos? Albert Londres, el reportero por antonomasia, replicaba al director de un periódico, que le reprochaba no seguir la *línea* del periódico, que "la única *línea* que debe seguir un reportero es *la línea del ferrocarril*". Y Paul Bowles, el escritor norteamericano que se erigió en el prototipo del escritor viajero, decía que

[38] Algunos de los grandes reporteros eran también escritores reconocidos: Joseph Kessel (autor de la novela *Belle de jour*, base del guión de la película homónima de Luis Buñuel), Edouard Helsey, Béraud, Louis Roubaud, Pierre Mac Orlan.

"sólo los hombres de negocios debían tomar el avión; las personas que verdaderamente aman viajar se arreglan siempre para utilizar otro medio de transporte"[39]. El viaje es duración.

7. El reportaje integra a sus dinámicas métodos propios de géneros adyacentes (el retrato, el perfil, la entrevista), de técnicas vecinas (investigación de campo propia de la Sociología), de géneros cosanguíneos (literatura, teatro, cine, documental). El reportaje es una máquina devoradora y asimiladora insaciable que hace suyos los procedimientos, las técnicas, los métodos originalmente pensados y elaborados para otros géneros, para otros campos, para otros contextos. El reportaje no se mueve dentro de linderos claramente trazados; sus límites son flexibles, sus horizontes móviles, sus fronteras elásticas, su piel porosa. El reportaje funciona con una gramática abierta, es un *Cubo de Ruby,* construible en cada caso singular de su realización. Sus dispositivos actúan como en estallido, se reconfiguran, se adaptan.

8. Inspirándonos de cerca en lo planteado por Roman Jakobson acerca de las funciones del lenguaje[40], cuatro podrían ser las que caracterizarían al discurso informativo cuando adquiere la forma del reportaje. Hay, en primer término, una función *referencial*, en la medida en que habla de una realidad objetiva que le es exterior. En segundo lugar, se caracteriza por tener una función *emotiva*, ya que esas referencias a la realidad se encuentran teñidas por perspectivas ideológicas y por rasgos de la sensibilidad propios del periodista (o del equipo de personas) que produce el reportaje. Tercero, se encuentra una función *metalingüística* dado que hay un trabajo sobre el lenguaje. Hay, por último, una función que podría ser llamada *analítica* puesto que, en el intento por comprender la realidad a la cual hace referencia, el reportero introduce una dimensión argumental y lógica que quiere presentarse como un análisis del fenómeno reportado. No es la función analítica similar a la emotiva ya que ésta es la manifestación de una subjetividad (y como tal caracterizada por ser arbitraria, nacida del albedrío soberano de cada cual), mientras que la primera debe explicar racionalmente el hecho reportado. Ambas nacen de la actitud del reportero, pero mientras la emotiva sigue el curso que la emoción dicta, la analítica obedece esclavizada a la razón. El análisis no es sinónimo de subjetividad.

9. En los orígenes del reportaje se encuentra la necesidad industrial y política de cualificar el trabajo que tradicionalmente venía siendo realizado

39 Bowles, Paul (1999) *Memoires d´un nomade*. París. Seuil, pp. 472-473.

40 Ver: Jakobson, Roman. *Op. cit.*

bajo el formato de la noticia (siempre escueta, telegráfica, seca) a través de textos de mayor envergadura y alcance que no solamente se contentaran con reportar acontecimientos ocurridos lejos del lugar de donde habrían de ser publicados sino que también utilizaran una escritura depurada, fina, efectista. En otras palabras, una escritura que tomara sus recursos de la escritura literaria, no sólo aquellos más evidentes (narrador, personajes, acciones, espacio, tiempo) sino también el cuidado estilístico, el conocimiento de las herramientas retóricas, un buen repertorio lexical, imaginación, etc. Ahora bien, la pérdida de credibilidad que sufren las agencias internacionales de información ante el público como consecuencia de su evidente toma de partido por las políticas adelantadas por los países en los que ellas habían nacido, conduce a algunos medios a desarrollar una política de información autónoma. Si las agencias, que hasta entonces habían sido las encargadas de reportar la información de origen lejano, ya no eran confiables, había que, entonces, enviar periodistas propios a informar desde aquellos territorios distantes para que esa confianza retornara por la vía directa del medio mismo. Ahora bien, estos periodistas no se limitaban a esperar su llegada al sitio de destino sino que iban informando de las vicisitudes de su propio andar –que era forzosamente lento pues los medios de transporte no lo permitían de otra manera–. Con lo cual era inevitable que los acontecimientos, grandes y pequeños, se personalizaran. Los lectores ven los acontecimientos marcados por la visión personal y por el estilo propios de ciertos reporteros, los que comienzan a gozar ante el público de un prestigio y de un renombre notables. Ahora bien, si los grandes diarios se liberaban de esta manera de la dependencia de las grandes agencias informativas, al mismo tiempo se liberaban de la dependencia de las fuentes oficiales, principalmente de funcionarios de los ministerios de relaciones exteriores, únicas instituciones (agencias y fuentes oficiales) que hasta entonces se encontraban en capacidad de dar versiones sobre los acontecimientos ocurridos más allá de las fronteras donde tenían su sede –versiones que, por vocación inherente de las agencias y de las fuentes, no estaban interesadas en difundir puntos de vista que desafinaran frente al interés oficial–.

10. El reportaje va asociado, sin duda, a la evolución del periodismo. Los diarios, en un primer momento estrechamente relacionados con los grandes debates políticos y expresivos de una situación social conflictiva, pero de todas maneras muy cerrados en un contexto inmediato, dan un paso cualitativamente distinto cuando asumen el reportaje como una nueva modalidad informativa. “En la profesión [de periodista], dice Pierre Assouline, se asiste [en 1923] a una ruptura. Los criterios de calidad se deslizaron de un género a otro. Al comienzo del siglo, los grandes periodistas eran talentosos polemistas, muy comprometidos [con las cau-

sas sociales] (...) Brillantes, pero casi no se movían de sus escritorios. Después de la finalización de la guerra [1914-1918], la conmoción moral, la apertura del imperio y la confrontación internacional desplazaron un poco las prioridades. Los grandes periodistas son ante todo grandes viajeros, hombres de pluma y de terreno"[41]. La internacionalización de los conflictos y de las sociedades y el intercambio que entre ellas se produjo fueron razones para que se produjera esta ruptura que, en cierto grado, fue también una mutación.

11. La mutación a la cual se hace referencia en el literal anterior exige de los reporteros una actitud particular, tan nueva como la forma de periodismo que entonces aparecía. El reportero debía ser alguien sensible a las realidades más ordinarias, pero al mismo tiempo más reveladoras de la condición humana; debía ser alguien también ajeno a los juegos de poder, crítico, externo a los intereses de poder. Para Albert Londres, hacer reportaje significaba:

> Mire el envés de la sociedad, mézclese con los hombres, devele los móviles de los poderosos, toque las heridas de los humildes; observe desde bastidores las tragedias del mundo y sus comedias, erre en las ciudades de cristal donde se ven los negociantes en sus oficinas, los obreros en sus suburbios, los curas en sus presbiterios, los politiqueros en sus corredores, los asesinos frente a la guillotina, los diplomáticos presas del vértigo de la nada, y los grandes hombres en la miseria de su gloria[42].

12. Las posibilidades de sobrevivencia del reportaje se reducen aún más si se piensa que el campo de las informaciones está supeditado al criterio de la actualidad inmediata, mientras que el reportaje requiere una cierta inscripción en un orden temporal relativamente largo. Este concepto de actualidad se ha pervertido hasta hacer de la *chiva* (anticiparse a los otros medios en la revelación del acontecimiento más recientemente ocurrido y supuestamente más importante) el modelo por excelencia de la información y, de esa manera, hacer "inclinar a los periodistas hacia la producción de una representación instantaneista y discontinua del mundo"[43]. La actualidad como criterio informativo no es, sin embargo, forzosamente equivocado. Se trata de criticar un concepto de actualidad sin contexto, *fast information,* (con un sentido semejante al de *fast food),* relación de hechos desligados de toda explicación, mágicos, fragmentados, sin historia, arrancados de la situación que les da sentido,

41 Assouline, Pierre. *Op. cit.,* p. 286.

42 *Ibíd,* p. 354.

43 Bourdieu, Pierre (2001). "La televisión, le journalisme et la politique" en *Contre-Feux 2*. París. Raisonsd´agir. p. 82.

producidos todos para que sobrevivan escasamente en el breve lapso de vida que cada medio concede a sus informaciones. Los asuntos tratados como información por los medios pueden ser de actualidad, desde luego, pero en la mayor parte de las oportunidades esa actualidad es inferible de hechos ocurridos mucho tiempo atrás y no forzosamente de lo que ocurrió en las últimas veinticuatro horas o en la semana que acaba de terminar. El reportaje habla de acontecimientos de actualidad, es verdad, pero, de una parte, ésta no se encuentra determinada por lo que acaba de ocurrir; de otra, exige un tiempo de elaboración porque su estructura es una trama construida y no un hecho espontáneamente transvasado de la realidad.

13. Paul Virilio confirma nuestra hipótesis, según la cual la desaparición del espacio como derivación de las nuevas tecnologías conlleva la desaparición del reportaje: "la 'literatura a largo término'[44] se agotó al mismo tiempo que las distancias geográficas, con el efecto de encogimiento provocado por la aceleración de las técnicas de transmisión y de transporte"[45].

14. La suerte del reportaje parece ya echada en su contra por causa de la primacía de lo inmediato. Para P. Virilio, esa suerte está echada para toda la información:

> [...] Si simplemente se volviera a ese *maelström* de la información en el que todo cambia, se intercambia, se abre, se hunde, se desfonda, se raja, se levanta, se expande y finalmente se pierde al cabo de veinticuatro horas, y a partir de ahora mucho menos, en el instante mismo, se podría decir, cuando esa información surge en tiempo real, las veinticuatro horas del día, que aparece claramente que la duración es tan naturalmente enemiga de los medios como el agua del incendio [...][46].

44 La expresión la toma Paul Virilio de Pierre Assouline en su biografía de Albert Londres ya citada y es equivalente a *reportaje.*

45 Virilio, Paul (1993). "L´effet de rapetissement" en *L´art du moteur*. París. Galilée. p. 68.

46 *Ibíd,* p. 75.

PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA

REPORTAJE Y LITERATURA

A diferencia del capítulo II, más de orden abstracto, y del capítulo III, centrado sobre todo en datos históricos, este capítulo busca tendencialmente ejemplificar aseveraciones diversas y moverse en un terreno de hechos concretos.

1. Si fueran sometidos a un ejercicio de cruces y superposiciones un cuento y un reportaje, ¿qué semejanzas y qué diferencias podrían ser encontradas? ¿Qué cruces e interferencias podrían detectarse? De acuerdo a la evidencia, puede decirse al menos:
   a. Que los dos relatos van siendo presentados por la voz de un narrador;
   b. Que esa narración está constituida por acciones y hechos diversos que se van encadenando según una lógica de dependencias, opciones y determinaciones que le imprime ese narrador[47];
   c. Que las acciones están encarnadas en personajes;
   d. Que esos personajes sostienen entre sí relaciones conflictivas (condición que le permite al relato avanzar pues el acuerdo, es decir, la anulación del conflicto, contrariamente, detiene las acciones, las vacía de su naturaleza misma, que es el andar, el movimiento perpetuo, así como, *mutatis mutandis*, las reflexiones del narrador congelan la duración en ese tiempo coagulado del pensamiento);
   e. Que esos personajes y esas acciones se desenvuelven en unos espacios determinados;
   f. Que esos personajes se movilizan de acuerdo a una cronología discursiva propia que no corresponde congruentemente a la de la histo-

47 Barthes, Roland (1977). "Analyse structurale des récits" en *Poetique du recit*. París. Seuil.

> ria contada (es toda la diferencia que hay entre el discurso, que organiza su propia temporalidad porque es el resultado de la intervención del narrador, y la historia, que no construye su tiempo sino que, de alguna forma, le está asociado de manera inherente a los hechos que la componen)[48].

De manera simplificada, allí están en su totalidad los elementos materiales canónicos que componen un relato, más allá inclusive del hecho contingente de que se haga referencia particular a un cuento y a un reportaje determinados: narrador, acciones, personajes, relaciones entre éstos, espacio, tiempo. Ahora bien, es necesario subrayar el hecho de que hablamos de "los elementos materiales canónicos", dejando deliberadamente por fuera de esa consideración y de la comparación entre cuento y reportaje, al menos por ahora, otros elementos que, ya sea gozando de otro tipo de materialidad, ya sea no teniendo consistencia material, intervienen significativamente (produciendo significación) según si se les mira desde otra perspectiva de investigación, sin duda complementaria a la presente. De manera global, nos referimos, en lo concerniente a los elementos que tienen una materialidad distinta a la señalada arriba, a los recursos retóricos, y en lo tocante a los elementos que no tienen esa consistencia material, a los niveles ideológicos, axiológicos, morales, mitológicos (y otros) que se encuentran implicados tanto en el cuento como en el reportaje (como, por lo demás, en cualquier texto).

Desde el punto de vista estructural, pues, las comparaciones materiales terminarían allí y, en consecuencia, las que en un principio se plantearon como dos entidades diferentes, el cuento y el reportaje, terminarían no siendo sino una, ya que comparten la totalidad de los elementos descritos, incorrectamente separadas entonces por prejuicios conceptuales puesto que nada habría que las distinguiera. Pero esta incorrección sólo sería supuesta puesto que, de una parte, ella no tiene en cuenta la existencia de los otros niveles comparativos que hemos mencionado y que rompen la simetría establecida entre cuento y reportaje y, de otra, ignora que la justificación histórica de la igualdad se ha expresado socialmente (¿ideológicamente?) en el hecho de que ambas formas narrativas están incluidas en una categoría superior llamada "relato". Es, en efecto, la comunidad de los elementos arriba señalados lo que permite la inclusión en un nivel más alto. No se sabe si es una categorización válida, pero dada la tenacidad de su existencia y de su persistencia, vale la pena que sea interrogada.

Pues el relato constituye, en efecto, como lo demostró tan lúcidamente Vladimir Propp, una forma matricial de la cual se desprenden todas las variantes posibles. Por supuesto, el reportaje, que es una evolución contemporánea a V. Propp (su libro paradigmático, "La Morfología del Cuento", data

48 El concepto de *Deixis* tiene que ver con la organización formal del relato.

de 1928, fecha alrededor del cual se produjo en Europa un impulso creativo centrado en el reportaje –recuérdese que Albert Londres, considerado el maestro del género, murió, muy joven, en 1932–) no hace parte del universo de análisis de este gran teórico del relato (constituido por los cuentos folklóricos rusos), pero el reportaje, dada su estructura, puede considerarse como integrante de este gran dominio global del relato[49].

Como sea, hay que encontrar las diferencias que justifiquen la distinción nominal. ¿Cómo salir de este terreno formal donde priman las equivalencias para encontrar rasgos distintivos y se justifique la diferencia? ¿Qué distingue entonces el cuento del reportaje? Un análisis de las relaciones que el cuento y el reportaje sostienen con la realidad permitirá quizás encontrar un cierto género de razones. Insisto: un cierto género de razones. En efecto, si tanto el cuento como el reportaje parten de la realidad y dan cuenta de ella, la manera como se relacionan con esa realidad y la forma como dan cuenta de ella difieren de uno a otro. Pero, ¿importa que los hechos hayan ocurrido en la realidad? Cuando Franz Kafka comienza su novela "*La Metamorfosis*" afirmando que Gregorio Samsa se había despertado una mañana convertido en insecto, ¿importa de verdad que en la realidad los hombres no se despiertan convertidos en insectos? No, evidentemente no, de la misma manera que para leer el cuento de los hermanos Grimm, "*Caperucita Roja*", no importe que, en la realidad, los lobos no se traguen a las abuelitas ni sostengan conversaciones con sus nietas (de las abuelitas, no de los lobos), ni mucho menos que luego llegue un cazador y, después de abrir el vientre del animal, rescate sana y salva a la pobre viejecita. Y no importa fundamentalmente porque estos hechos son resultado de una operación de ficción, son producidos por un gesto de la imaginación, tienen existencia en la realidad del texto, viven en la patria de los molinos de viento, en las voces de las mil y una noches de los relatos de Scherazada, aunque en la realidad simétrica de la vida extratextual existan niñitas, mamás, pan y mieles, bosques, lobos, abuelitas, cazadores, insectos, funcionarios de compañías de seguros, hombres que se despiertan, viajeros, 1871, Buenos Aires, infecciones, sanatorios, ferrocarriles, almacenes, borrachos, cuchillos y peones. Y la muerte, por supuesto, Su Majestad.

La literatura, aunque sea fantástica, parte de la realidad, pero sostiene con ella relaciones de verosimilitud que no pueden ser forzadas, por causa de esa naturaleza, a procesos de demostración ni de verificación. La literatura fija las reglas de su propio consumo, las condiciones de su lectura, su principio de realidad, los términos del contrato con su lector. En otras palabras, el pacto de suspensión de la realidad, propuesto por Lovecraft. Es como si le dijera al lector: "¿Está usted de acuerdo con que un hombre se pueda levantar una mañana convertido en insecto? Si está de acuerdo,

49 Ver: Barthes, Roland. *Op. cit.*

adelante; si no, le aconsejo estudiar biología, o ingeniería química, o vulcanología, o derecho". Nadie podría recusar la validez de la novela "*La Metamorfosis*" objetando que los hombres no pueden convertirse en insectos. Y, por supuesto, ante este eventual objetor (que los hay, desde luego, que nadie se haga muchas ilusiones: el cretinismo no tiene patria ni frontera y los herederos del realismo socialista abundan en los *burós* políticos, en las universidades del país y en las montañas de Colombia), no correspondería a Franz Kafka ni a nadie ponerse a demostrar desde el punto de vista de la evolución de las especies cómo un hombre se transforma en insecto. No lo lograría, pues, como lo sabemos muy bien en nuestra vida ordinaria, es imposible. La metamorfosis del hombre en insecto es así, irracional, y el que lo quiera tomar lo toma y el que no, no.

Pero el desarrollo de la novela, aunque no tiene porqué justificar ni explicar esta metamorfosis, sí está en la obligación discursiva de crear las condiciones para que este hecho, insostenible desde la biología, desde la lógica del pensamiento, desde las ciencias naturales, desde la racionalidad, sea aceptable, en cambio, desde la lógica de la narración. "En la obligación discursiva": es decir, en el intrincado juego interno de las acciones y de las relaciones entre los personajes. En otras palabras, el texto debe crear las condiciones de su propia verosimilitud, por más que los hechos que él refiera rompan la lógica de la realidad y la contradigan. Debe ser verosímil, pues, que los lobos devoren a las abuelitas, debe ser verosímil que los cazadores que por casualidad pasen por allí desgarren el vientre del lobo y rescaten a las abuelitas devoradas, debe ser verosímil que los hombres se despierten convertidos en insectos, debe ser verosímil que los hombres, Juan Dahlmann, en *Sur*, de J. L. Borges, decida viajar al sur a recuperar una vieja estancia heredada y encuentre la muerte en un oscuro lance cuchillero. Dicho en otros términos, a la literatura no se le puede exigir conformidad con las leyes de la naturaleza ni con las leyes sociales, pero si se le debe pedir que los hechos por ella referidos sean verosímiles, por más fantásticos que sean. Sin esta verosimilitud, que no hace parte de la racionalidad sino de una convención arbitraria entre lector y texto, la entrega seducida del primero a la historia que el segundo le quiere contar no se produciría.

2. ¿Ocurre lo mismo con el reportaje escrito? Los hechos referidos en el reportaje deben ser tomados de un mundo referencial y deben haber existido puesto que el reportaje debe dar cuenta de una realidad que, por definición, le es extratextual y le preexiste, contrariamente al cuento, en el que el estatuto de su propia realidad es imaginario y no requiere forzosamente, por lo tanto, una realidad extratextual ni preexistente. Si el cuento construye su propia realidad textual a partir de la realidad exterior y debe dar cuenta de ésta a través de mecanismos de verosimilitud, el reportaje, de su parte, que también parte de la realidad y debe

dar cuenta de ella, lo hace a través de mecanismos de verdad porque está en su naturaleza referirla (a la realidad). Dicho en otras palabras, al reportaje se le exige que reproduzca una realidad de manera conforme a las leyes naturales o a la lógica de lo social, y que, por lo tanto, sea susceptible de ser sometido a pruebas de verdad y de falsedad con respecto de la realidad que refiere. Nada de alfombras voladoras, nada de viajes a la luna o de navegaciones submarinas de veinte mil millas antes de que en la realidad se produzcan. El reportaje debe manifestar conformidad con su referente, y para saber si ese acuerdo se produce, ese referente debe existir siempre, debe estar a disposición, debe ser un punto de comparación, mientras que el cuento no tiene porqué ser enfrentado a un referente, aunque éste exista; pero puede muy bien no existir, como lo testimonian los incontables casos expresados en la llamada "Literatura fantástica". ¿Dónde está el bosque por el que se desplazaba "Caperucita Roja"? ¿Dónde la cueva de Alí Babá? ¿En qué armario reposa la sábana en la que Remedios La Bella subió al cielo en cuerpo y alma? ¿En qué provincia colombiana queda la ciudad de Macondo? ¿Dónde está el escarabajo en que se despertó convertido Gregorio Samsa? El problema, por supuesto, rebasa el límite de lo puramente literario para comprometer la teoría de la referencialidad del arte en general. Es, de esta manera, un problema propio de la Estética[50].

Ahora bien, si el reportaje debe ser conforme con su referente, ¿significa entonces que forzosamente todo lo dicho allí debe haber existido? Tan precisa reproducción de los hechos y de los detalles sería un imposible puesto que su realización supondría un narrador de una omnisciencia artificial, como, en efecto, no existe en la realidad de los textos. Los narradores omniscientes conocen todo de los personajes y sus implicaciones, claro está (de allí su nombre), pero ese conocimiento no implica una congruencia punto por punto con respecto de los hechos evocados, como si el narrador pudiera ser semejante a ese personaje del que habla Jorge Luis Borges, capaz de levantar un mapa que coincide en todos sus puntos y en su extensión con el del dominio territorial cartografiado: el tamaño del mapa es igual al tamaño del territorio (como si un mapa de Colombia midiera exactamente 1.138.338 kilómetros cuadrados, que es la superficie de este lejano país). O si también fuera un narrador semejante (de acuerdo al siempre útil y a la mano, y no obstante excepcional, Jorge Luis Borges) a ese hombre, Irineo Funes (del cuento "*Funes, el memorioso"*), que al recordar los acontecimientos que había vivido en la totalidad de un día cualquiera duraba exactamente veinticuatro horas. Los lingüistas dirán que un narrador omnisciente con tal rasgo de minuciosidad haría coincidir minuto a minuto el tiempo del discurso con el tiempo de la historia –hecho

50 Ver: Jimenez, Carlos (2002). Conversatorio sobre estética. *Entreartes* (#1), Cali.

imposible desde la lingüística puesto que la superposición exacta (lo que en matemáticas se llama "congruencia": cada punto de A corresponde a cada punto de B) haría innecesario a uno de los dos y, por tanto, eliminaría o el discurso o la historia, lo que es un impensable, un *non-sens*, puesto que no hay discurso sino de una historia y ésta sólo existe a través del discurso, es decir, de su verbalización (o, más ampliamente, desde su puesta en lenguaje, cualesquiera que fuesen su materialidad y su naturaleza, para, así, darle cabida a concepciones más liberales derivadas de la semiología). El debate sobre la correlación entre el discurso y la historia, que bajo otras perspectivas teóricas ha adoptado la terminología de la forma y el contenido, puede encontrar, en lo relativo a esta última óptica, un defensor calificado de la inextricable coexistencia que los ata en Roland Barthes, quien rechaza la idea de que toda materia sea buena para cualquier contenido[51]. Parecería claro deducir de todo lo dicho que entre ambas entidades hay una codeterminación indisoluble, de tal forma que sería tan válido afirmar que la una no puede existir sin la otra como decir que necesariamente ambas deben existir al mismo tiempo: si desaparece la historia, no hay discurso que la relate pues no hay discurso del vacío; si no hay discurso, no hay historia referida pues ésta se materializa sólo en el discurso.

Volvamos a nuestro análisis. Si los hechos pormenorizadamente descritos en un reportaje no se presentaran rigurosamente en la realidad, ¿entonces con base en qué elementos se puede afirmar que ese texto conlleva una fidelidad referencial? ¿No se estará sugiriendo en consecuencia, *a contrario*, que ellos son puramente imaginarios? Y al juzgarlos imaginarios, ¿no se les estará negando su legitimidad como elementos propios del reportaje, género cuya naturaleza le exige ser ante todo una máquina feroz de referencialidad pura?

Tom Wolfe, en la introducción al reportaje "*El general sale a exterminar a Charlie Cong*", de Nicholas Tomalin (incluído en *El Nuevo Reportaje*), escribe que este texto "tuvo un impacto asombroso en Inglaterra, recreando para los lectores británicos la realidad emocional de la guerra [de Viet Nam]"[52]. ¿No estará en esa frase la clave para entender cuál es la naturaleza de las relaciones entre el reportaje y su referente, cuál es la referencialidad de que debe dar cuenta el reportaje? Si la virtud suprema que Wolfe le reconoce al reportaje de Tomalin es la de "recrear la realidad emocional de la guerra", ¿no será esa "realidad emocional" el corazón mismo de la referencialidad que debe ser asumida por el reportaje y no los hechos menudos y concretos en que se fragmenta esa "realidad emocional", constatables y evidentes, sin embargo, en el decurso de la cotidianidad?

51 Ver: Barthes, Roland. *Op. cit.*

52 Wolfe, Tom. *Op. cit.,* p. 121.

A esta altura, el fantasma teratológico comienza a revelar sus rasgos: la pregunta que sigue supone una respuesta poco ortodoxa pero clave en la arquitectura de la argumentación que se está tratando de construir: en la búsqueda de ese objetivo fundamental ("recrear la realidad emocional de la guerra"), ¿es indispensable que todo lo que se hubiese dicho en ese reportaje haya realmente ocurrido? ¿Es condición insalvable que todas las afirmaciones, todos los diálogos, todas las evocaciones contenidas en un reportaje sean constatables en la realidad referencial? La respuesta, por supuesto, contra todos los manuales del buen escribir reportajes, no podría ser, sin embargo, sino negativa.

Nótese, por favor, que al hablar de la "realidad emocional" se está haciendo referencia a una abstracción. ¿Qué densidad material tiene lo emocional frente a los miles de muertos vietnamitas concretos, frente a los muchos años de guerra continua, frente al arrasamiento con *napalm* de una pradera campesina (con vacas, cerdos, casas, gallinas y campesinos incluidos), frente a los cadáveres de miles de jóvenes norteamericanos evacuados en helicópteros en medio del humo y de las balas, frente a los muñones de miles de hombres, mujeres y niños, frente a la tortura y el asesinato de civiles de una aldea? La "realidad emocional" es una abstracción, sí, pero ella se encarna, en el reportaje de Tomalin, en los actos de ese general desquiciado cuya máxima vital se expresara en la frase suya con la que Tomalin cierra su reportaje: "No hay mejor modo de luchar que salir a cazar *vietcongs*. Y no hay nada que me guste más que matar *congs*.. No, señor"[53].

Aunque parezca una contradicción en los términos y hasta un contrasentido, la conclusión que puede ser inferida consiste en que la referencia de la que da cuenta el reportaje de Tomalin –la realidad emocional de la guerra– es una abstracción. Los hechos concretos son otros: la persecución aérea de campesinos y de *vietcongs*, las quemas indiscriminadas con *napalm*, la bala que ha roto una de las hélices del helicóptero, un prisionero de dieciséis años con las manos arrancadas por una granada, la cantimplora hecha en la China de uno de los *vietcongs* muertos que el general le regala al reportero como *souvenir* de su experiencia mortífera...

Pero una abstracción, por el hecho de ser tal, no deja de tener existencia– aunque inmaterial, ella existe– y puede, por lo tanto, convertirse en una referencia; pensar lo contrario conllevaría la negación categórica, por ejemplo, de las matemáticas, o de toda la historia de la filosofía –que han sido, entre tantas otras cosas, una referencia permanente a abstracciones–.

Volviendo a las consideraciones generales sobre el reportaje, y siguiendo un camino simétrico al observado con el reportaje de N. To-

53 *Ibíd,* p. 129.

malin, la referencialidad a la cual hay que ser fiel no es forzosamente el inventario de los hechos que realmente ocurrió sino, digamos, un drama existencial, una ruptura de principios, una desgracia moral –referencias que son, en rigor, una abstracción, de la misma manera que lo es "la realidad emocional de la guerra"–, ¿importa la certificación conforme de esos hechos con respecto de la realidad? **¿No podrían, en extremo, no haberse producido esos hechos y haber sido inventados, imaginados?** ¿Una mujer de un reportaje llevaba tal nombre? ¿Un hombre de ese mismo texto llevaba tal otro? ¡Qué importa! Lo que estructuralmente importa es que los datos convocados en el texto sean funcionales a la realidad que se quiera referir, **aunque los datos no hayan acontecido,** aunque esa realidad sea una abstracción. Todos los elementos no pertinentes al propósito central son irrelevantes; pero todos los elementos discursivos (por lo tanto, presentes en el texto, verificables) deben estar al servicio de ese propósito central, **no importa si ocurrieron o no.** Para mantener esa fidelidad se puede inventar, presumir, crear, siempre y cuando lo inventado, presumido o creado sea funcional a la realidad referencial que busca ser recreada en el reportaje.

Las afirmaciones anteriores son fuertes: contradicen todas las ideologías que justifican la supuesta objetividad de la información, las cuales, *grosso modo*, conciben los procesos de informar como un traslado de la realidad social hacia una materia particular de soporte en el que los sujetos –los periodistas– intervienen sólo como un vector inocente e inocuo de transmisión, negando de esa manera la intervención de la subjetividad, con todas las implicaciones que ello trae, en la configuración de esos procesos.

3. Para discutir mejor ese problema, conviene debatir el concepto de "recreación" utilizado por T. Wolfe. Si por este vocablo se entiende la operación por medio del cual una realidad determinada vuelve a ser presentada tal cual ella es, estaríamos frente a una concepción objetivamente irrealizable –una utopía– en la medida en que está implícita en ella una idea que niega la unicidad de las cosas, es decir, su naturaleza esencialmente irrepetible. Todo lo que a algo se refiere es distinto a lo referido, por más que conserve del modelo de partida la semejanza de sus rasgos y de sus dimensiones, o que entre ambas entidades se establezca una relación de congruencia, inclusive si se trata de materiales analógicos, como pueden ser la fotografía o el cine, fácilmente asimilables en el imaginario colectivo a copias fieles de sus modelos. En verdad, la recreación comporta la realización de un producto que difiere de la entidad que le da origen; entre las dos entidades hay, por supuesto, relaciones, pero lo que interesa principalmente aquí es hacer notar que se trata de dos productos diferentes, autónomos, con existencias propias y particu-

lares. El engendramiento de la nueva entidad es posible y explicable por la intervención del que la produce –que es, en rigor, un mediador–, y en su cuerpo textual, cualquiera que sea la materialidad en que se exprese, deben estar presentes las huellas de su presencia.

Ahora bien, ocurre que estos mediadores reales tienden a ocultarse con el objeto de que sus productos aparezcan como un resultado puro, desprovisto de mediaciones, traído a la luz de su existencia mediante un gesto aséptico, gratuito, sin haber roto ni manchado nada. En la producción, los elementos textuales son justificados a través de operaciones de sentido que tienden a excluir la visibilidad del autor y cuyo efecto más prominente consiste en que los hacen aparecer (a los elementos textuales) como si surgieran de una nada mágica, resultado de una verdadera creación *ex nihilo*. El cometido de esta estrategia ideológica no es otro que el de ocultar que las informaciones son el resultado de procesos de recreación, de representación, mediante los cuales agentes identificables y personalizables vuelven a presentarnos, según una perspectiva subjetiva, una realidad de la cual han sido testigos. Al haber "recreación", el concepto de "creación", que es la coartada para la negación de los procesos mediados (para reconocer que ha habido mediadores) forzosamente se disuelve y la coartada queda al desnudo. A pesar de que la apropiación generalizada de técnicas de escritura que logran de manera bastante exitosa la materialización de esta estrategia de mistificación, una lectura dotada de recursos inteligentes, que no son otros que semiológicos, podrá identificar en la superficie de los textos las marcas sutiles que revelen la presencia del mediador.

La substitución engañosa del concepto de "recreación" por el de "creación" no es más que una de las muchas operaciones por medio de las cuales la producción de informaciones tiende a encubrir la intervención de los mediadores –la cual, de aceptarse, implicaría convenir que la información está cruzada por una dimensión subjetiva–. Tal es el peligro. Ahora bien, la idea de subjetividad ligada a las informaciones es vista por la ideología de quienes tienen el poder de informar como un foco de perversión que atacaría las bases supuestamente objetivas en que reposaría todo el edificio conceptual de la información en nuestra sociedad. De allí la resistencia empecinada en reconocer que la información sea ante todo recreación, es decir, incidencia de la subjetividad en los procesos de producción. La recreación, sí, pero también otros aspectos inherentes a los discursos de la información, a los cuales les he dado el nombre de "operaciones de verosimilitud" en otros lugares[54].

[54] Este ha sido el tema predominante en las distintas investigaciones que he adelantado como profesor de la Universidad del Valle. Cualquier eventual interés puede ser consultado en las referencias listadas en la bibliografía.

4. Hay que retomar dos aspectos claves: por una parte, hemos dicho que la literatura debe sostener con la realidad relaciones de verosimilitud, mientras que el reportaje (podríamos extrapolarlo a la información en general) debe sostener con esa misma realidad relaciones de verdad. La diferencia fundamental radica en que una relación de verosimilitud debe caracterizarse como creíble, aunque, en extremo, los hechos relatados no hayan tenido lugar; mientras que una relación de verdad debe ajustarse fielmente con el referente al cual hace alusión. En la relación de verdad, el referente debe haber existido; es una condición forzosa. En la de verosimilitud, el referente puede haber existido (es una opción) pero también puede haber sido ser imaginario.

   Ahora bien, no basta con que el reportaje mantenga con la realidad extratextual relaciones de verdad, como lo hemos dicho: es necesario, además, que sea verosímil, es decir, que parezca verdadero. Dicho de otra manera, la información contenida en un reportaje no sólo debe ser verdadera sino, además, aparentarlo: es decir, ser verosímil. ¿Cómo explicar esto que no pretende ser un juego de palabras? En la literatura las relaciones son de verosimilitud y allí terminan; en el reportaje, las relaciones, que deben ser de verdad, requieren pasar antes por la verosimilitud. El reportaje debe ser verosímil (aparentar ser verdadero) y, además, ser verdadero.

5. Pero ocurre que el efecto de verosimilitud trata de ser obtenido a través de mecanismos que producen a su turno un efecto de objetividad, con el objeto de que el consumidor de informaciones haga la amalgama automática entre objetividad (primer efecto) y verosimilitud (segundo efecto). Una información, así, es verosímil porque, entre otras cosas, parece objetiva. Se puede creer en ella porque es objetiva. Tal es la estrategia discursiva: se quiere hacer como lectura inevitable lo que en realidad es una interpretación personal. Y cuando es develado el mecanismo que pone de presente la falsificación del recurso, la falsedad, que es una separación voluntariamente equivocada de la realidad, trata de ser pasada como error, que comparte con la falsedad el hecho de ser gestos equivocados pero que se diferencia de ella por el carácter involuntario. En la falsedad hay voluntad deliberada por la equivocación; en el error, no[55].

6. Uno de los factores que diferencian al reportaje de la literatura tiene que ver con el grado de intervención del inconsciente en los procesos de escritura. No hay, como lo sostienen con argumentos más fuertes desarrollos recientes de la teoría psicoanalítica, la posibilidad de una

[55] Ver: Arendt, Hannah (1972). "*Du mensonge en politique»* en *Du mensonge a la violence*. París. Calmann-Lévy.

escritura objetiva, desapacible, altruista, desinteresada en tanto somos siempre "sujetos de deseo" (Julia Kristeva). Toda palabra está cruzada por una dimensión de significación que se nos escapa en el momento de proferirla y que vuelve opaca y densa a la escritura (como, por lo demás, ocurre con todo acto humano por más anodino que parezca). En la escritura jamás hay transparencia, ni gratuidad, ni ingenuidad, ni vacuidad, ni desinterés. La palabra posee una enormísima carga energética, como si fuera un átomo verbal de Plutonio o de Uranio, capaz de liberar, en el momento de su consumo, una prodigiosa energía de sentido. De todas las modalidades de escritura, sin duda es la poesía la más dotada de fuerza y tal vez la información periodística sea la más débil. Es como si se comparara la energía que masas iguales de carbón y de papel puedan desprender por combustión: la poesía-carbón emitiría por mucho tiempo su energía de sentido mientras la información-papel se consumiría agotando rápidamente el desprendimiento de su energía de sentido. De acuerdo a ello, toda palabra es pervertida, busca algo, sabe qué persigue aunque desconoce todos los destinos que le son posibles. ¿No son los monjes *Zen* quienes afirman que el arco ya no es responsable del blanco que busca la flecha después de que ella lo abandona? Algo semejante sucede con la escritura: proferida, los sentidos posibles escapan a la univocidad que haya querido imprimirle el escritor y se convierte en un nudo de significaciones múltiples, en buena parte impredecibles. Habría que pensar también en el papel que pueda desempeñar el consumidor mismo en la construcción de los sentidos derivados de las informaciones pues su actitud frente a ellas no podría ser caracterizada como de mera receptividad pasiva. El consumidor recibe pero al mismo tiempo construye. Podría aquí aplicarse por homología lo que Paul Virilio dice a propósito de Alfred Hitchcock: "Alfred Hitchcock [...] utiliza un sistema de codificación bastante comparable [...] recordando que los espectadores no fabrican sus imágenes mentales a partir de lo que les es dado a ver inmediatamente sino a partir de sus recuerdos..."[56] Pues, en efecto, nuestra lectura del mundo, que se desarrolla con base en elementos racionales, de una parte, y elementos ideológicos, de otra, se nutre además de las grandes corrientes personales que vienen del pasado personal y del pasado social. Nuestra densidad actual es herencia irrenunciable y, en consecuencia, imprime, con sus grandes marcas del recuerdo y de la memoria, un sello particular a las lecturas que hagamos. Ahora bien, si la ideología es ante todo valoración, el pasado es, de su parte, fuerza de referencia comparativa. Podría afirmarse entonces que nuestra lectura interpretativa de los hechos nace del lugar de anclaje y de codeterminación de cuatro grandes fuerzas: lo racional (que tiende a levantar un

56 Hitchcock, Alfred. Citado por Virilio, Paul (1988). *La machine de vision*. París. Galilée. p. 18.

vínculo de ajuste coherente entre el texto y la realidad), lo ideológico (que manifiesta una visión axiológica de la realidad), lo inconsciente (que marca a las lecturas con la impronta del deseo) y lo recordado (que provee referentes experenciales comparativos). Esas lecturas pueden poco a poco convertirse en rituales lignificados, de tal manera que terminan tornándose en esquemas duros. De manera análoga a como ocurre en el conocido Mito de Procustes, la consistencia rocosa de los esquemas, ante la evidencia insalvable de su propia inflexibilidad, exige que la realidad se ajuste a su propio modelo: hay que cortarle los pies para que quepa en su cama. El hábito del esquema desnaturaliza la función liberadora de la lectura, de tal forma que la vuelve sumisa frente a los preconceptos y a las ideas ya hechas. Una persona habituada jamás leería la Catedral de Chartres a través de la percepción de las cuatro estaciones pues su ojo sólo la vería una vez bajo una única forma. Si, como decía Rodin, "la belleza cambia de prisa", la belleza, entonces, no existe para el habituado.

Ocurre, sin embargo, que los sentidos más directos y obvios de una escritura pueden ser manipulados (como pasa, por ejemplo, con el discurso publicitario, por antonomasia el más conscientemente intervenido), de tal forma que el escritor, sin poder sin embargo impedir la incidencia del inconsciente –que es un rasgo inherente a estos procesos– en la conformación de los sentidos de su escritura (por lo demás, en la mayoría de los casos ni siquiera sabe que actúa, de la misma manera que los seres humanos vivimos sin saber que esa dimensión de lo inconsciente opera en todos nuestros actos), sí logra manejar, a pesar de ello, el sentido de algunos aspectos de su texto. Esa posibilidad de control de sentido es más factible en las escrituras informativas en tanto sus referentes materiales son más o menos conocidos por los consumidores de las informaciones y las ideologías de productores y consumidores concuerdan *a priori*. El consumo de medios, para quienes se encuentran habituados a él, parte, en efecto, de una simpatía previa –en el sentido griego: *pathos*, una misma sensibilidad–, una proclividad a consumir estos medios porque son ellos los que le presentan los hechos al consumidor como éste espera que le sean presentados. De cierta manera, el hambre de los consumidores es satisfecha no con los platos preparados autónomamente por los periodistas sino por los que éstos saben que deben preparar para que sus lectores queden saciados.

Las escrituras creativas, en cambio, son más abiertas, más libres, más porosas, menos sujetas a restricciones formales, más permeables a todo tipo de materias, menos controladas. Algunas, como el caso de la subrealista, han llegado a reclamar el automatismo inconsciente como el único método válido de escritura. A la pregunta "¿Es siempre la escritura un proceso inconsciente?", el escritor norteamericano Saúl Bellow

responde: "Sí, es inconsciente. O preconsciente"[57]. Y Antonio Tabucchi, el escritor italiano, ha dicho: "En el momento en que los personajes comienzan a reclamar su autonomía, usted se pregunta cuál es el límite entre la realidad, el sueño, la verdad, la mentira, la pragmática y la imaginación"[58]. ¿Y Gabriel García Márquez no afirmaba que lo único que había querido hacer al escribir *Cien años de soledad* era narrar las historias que su abuela le había contado cuando era niño? Una escritura literaria con planes y programas de desarrollo, capítulos preestablecidos y evoluciones prefiguradas de los caracteres de los personajes dará con seguridad un engendro ilegible, paralizado por la razón y la lógica, privado de libertad y de locura, impenetrable por el placer, impermeable al goce. Tampoco quiero dar a entender, por supuesto, que un cierto grado de organización racional no sea necesario, inclusive en los trabajos de escritura literaria menos formales y más voluntariamente heterodoxos, como pueden ser *Ulises* y *Finnegans Wake*, las espléndidas novelas de James Joyce. "Hay una lógica en su locura", decía W. Shakespeare en *Hamlet*, queriéndonos significar que toda construcción de sentido, por más irracional que parezca, se encuentra estructurada en torno a una lógica, más o menos brumosa, más o menos discernible; pero lógica, al fin y al cabo. Así, por ejemplo, el discurso de un esquizofrénico, por más desarticulado y delirante que parezca, obedece a unos criterios de elaboración profundamente encubiertos; hacerlos aflorar a la superficie de la razón no puede ser el resultado de un trabajo espontáneo sino función de especialistas; pero es posible. Es por la misma razón que los sueños y las asociaciones libres, cuya configuración no obedece a la lógica del pensamiento en vigilia y en la atención, se utilizan como material revelador de realidades psíquicas profundas.

7. La escritura informativa, en cambio, es el reino de la intención y del control. A pesar de que en ella, como hemos dicho, se deslizan elementos provenientes del inconsciente, y por lo tanto presentes en sus textos sin que haya mediado ninguna intención, el peso de lo deliberado es enorme. Todo lo que en ella se dice ha pasado por fuertes mecanismos de selección y ha sido sometido a criterios ideológicos y políticos de pertinencia. De cierta manera, nada de lo que se informa se deja al azar. Inscrita en un contexto político, económico y social determinado, la escritura periodística intenta ser funcional a los designios que los intereses propios de este contexto le trazan. Es cierto que su intención trata siempre de pasar desapercibida, en virtud de mecanismos fuertemente interiorizados de las prácticas profesionales o, también, por procesos de

57 Bellow, Saúl. *Le Nouvel Observateur* (#1731), p. 74.

58 Tabucchi, Antonio. *Le Nouvel Observateur* (#1732), Suplemento.

enmascaramiento conscientes, de tal manera que lo que se acepta como característico de la práctica informativa es predominantemente lo contrario de lo que se adelanta en la práctica. Pero los esfuerzos de ocultamiento son develables en la medida en que las huellas de la producción, que son las que permiten inferir la voluntad de control y la intención política, quedan siempre en la superficie de los textos. No siempre son evidentes, y hay que efectuar un trabajo de pesquisa y de correlaciones, pero las inferencias son siempre posibles. Es el trabajo de la semiología.

8. Los griegos, que consideraban el mundo físico como el modelo de la perfección, creían que los actos humanos debían acercarse a ella a través de su imitación, a la que daban el nombre de *mimesis*. Para ellos, no obstante, había dos tipos de naturaleza: una estática, acabada, "las cosas tal como se aparecen a nuestros ojos", (la *natura naturata*); otra móvil, variable, que se hacía manifiesta en los procesos (la *natura naturans*). De estas dos formas de manifestarse la naturaleza, según los griegos, el hombre logra apartarse cuando aparece la idea según la cual el hombre no imita (ni una ni otra naturaleza) sino que crea[59]. En estas nuevas circunstancias, ya no hay representación (*mimesis)* sino creación. Muy probablemente, las diferencias que separan a la literatura del reportaje puedan encontrar un cierto sentido explicativo a partir de este concepto griego de *mimesis* pues, en efecto, el reportaje, al hacer alusión a una realidad exterior y estable, y al mismo tiempo dar cuenta de los procesos de los acontecimientos por él evocados, es expresión de una especie de simbiosis entre la *natura naturata* y la *natura naturans*, mientras que la literatura, que no pretende ser reflejo de nada (como es, en general, la condición del arte), surge de un proceso de creación. No hay en ésta, entonces, imitación de la realidad (de la naturaleza) sino producción de realidades nuevas. Es cierto que los procesos artísticos parten de algo que les es referencial pues hacen alusión a la vida de los seres humanos, como ya lo hemos dicho en varias oportunidades, pero no toman la referencia para imitarla sino para transformarla. De esa manera, se vuelve comprensible la idea del pintor impresionista Degas[60], quien sostenía la necesidad de "liberarse de la tiranía de la naturaleza", quizás como una forma de asumir a plenitud el punto de vista del artista sobre la realidad que lo circunda y lo "impresiona" pero de la cual no es súbdito sin condiciones.

59 Ver: Florez, Fernando (2002). Una aproximación mimética a la creación artística*, Entreartes* (#1), Cali.

60 Ver: Degas, Edgar. Citado por Virilio, Paul. *Op. cit.,* p. 43.

9. Con el reportaje televisivo hay, en primer término, un problema de orden terminológico, cuya elucidación acaso pudiera intentarse apelando a algunos elementos básicos de la retórica. En los noticieros de la televisión colombiana, por ejemplo, se denomina *reportaje* a una forma particular de noticia, y a la persona que la desarrolla se le llama *reportero.* Pero, en rigor, la estructura de lo que es presentado como reportaje corresponde, en realidad, a la de la noticia, por lo que mal se procede al denominar reportero a quien no produce reportajes. Lo que ocurre es una variación de nombre (de noticia a reportaje) para referirse a un sentido que permanece invariable (noticia). De otra parte, el vocablo *reportaje* referido al concepto *reportaje* no se utiliza en la televisión colombiana. Dicho en otros términos, *reportaje* (televisivo) como tal no se produce en Colombia, aunque en ocasiones se use ese término para darle nombre (falazmente entonces) a algunos programas (que responden entonces a otros formatos) y, en otras, se produzca un traslape de conceptos de tal suerte que el concepto de *reportaje* se halla manifestado más bien en la palabra *documental.* En definitiva, a veces se dice *documental* cuando se tiene la idea de *reportaje,* y se dice *reportaje* cuando se tiene la idea de *noticia,* (aunque también, duplicándose, hay ocasiones, en la mayoría de las veces, que se dice *noticia* cuando se tiene la idea de *noticia*). No debe llamar muy particularmente la atención si todo lo anterior produce la impresión de ser un galimatías; si ello es así, se debe a que, de alguna forma, corresponde a un galimatías real en las prácticas informativas y en los términos que las expresan: un inconmensurable *qui pro quo* que se asemeja a un gigantesco bazar. Como en la figura retórica llamada *ironía,* para expresar un sentido determinado no se usa la palabra que literalmente le corresponde sino una diferente (contraria, en el caso de la ironía*:* "¡Qué inteligente eres!", se le dice a alguien que ha cometido una bestialidad), o, como ocurre con la *metonimia,* para expresar cierto sentido tampoco se usa la palabra que literalmente le corresponde sino otra distinta (vecina, en este caso: "Es un extraordinario timón", se dice de un extraordinario conductor, en donde *conductor* es vecina de *timón* porque el manejo de éste es lo que lo hace conductor). El uso del lenguaje en Colombia, en el campo de las informaciones (aunque también, por supuesto, en todos los campos), ha terminado por imponer desplazamientos metonímicos cuando se hace referencia al reportaje.

Un narrador va sosteniendo el hilo del discurso y contextualizando las intervenciones de los distintos personajes que van siendo entrevistados o mostrados. Así como en la literatura o en el reportaje escrito, este narrador no es el autor sino una creación suya. En ocasiones, el narrador actúa como si fuera omnisciente, habla en tercera persona y no se encuentra por lo tanto representado en las acciones que cuenta; en otras, habla en primera persona y participa en los hechos que está contando.

Hay siempre una historia y, superpuesto a ella, un discurso que la enuncia. A lo largo del discurso, los personajes mostrados o entrevistados no sostienen entre sí ningún tipo de relaciones de implicaciones mutuas ni directas: no hablan entre sí, no se remiten el uno al otro, parecería que se movilizaran en un pequeño espacio personal y privado. Sin embargo, nada de ello significa que no exista entre esos personajes una real interdependencia. Esas relaciones se dan dentro del gran ámbito del problema evocado por el narrador. Se trata de una relación implícita, a distancia, indirecta, con puntos de contacto lejanos. Su vínculo es el narrador, y el diálogo que mantienen se da por la interpuesta presencia de éste. Ahora bien, el narrador no sólo entrevista a los personajes y los pone de esa manera a hablar entre ellos; también describe situaciones sociales, evoca circunstancias históricas, traza perfiles personales, afirma principios ideológicos. Todos estos aspectos de la historia se van integrando y jerarquizando en su voz discursiva. Sin el narrador no habría discurso; justamente, el narrador lo es del discurso y no de la historia. El narrador es exclusivamente una categoría discursiva, si nos atenemos a la distinción básica formulada por la semiología, de acuerdo a la cual *historia* es lo que ocurre y *discurso* es la forma material de contarla. No existen narradores de historias, existen narradores de discursos. En síntesis, así como ocurre en la literatura y en el reportaje escrito, en el reportaje televisivo encontramos las mismas categorías de narrador, acciones, personajes, tiempo y espacio.

10. Si las afirmaciones anteriores son válidas, ¿significa entonces que no hay entre los tres referentes considerados diferencias que los singularicen? No, por supuesto: ya hemos señalado algunas en la comparación entre reportaje escrito y la literatura. ¿Qué diferenciaría entonces el reportaje televisivo de los otros dos productos? Podría decirse, en primer término, que el lenguaje constituye un primer factor. El lenguaje televisivo, en efecto, es por sí mismo un lenguaje propio, distinto del verbal de la literatura o del reportaje escrito, por más que él integre en el suyo elementos verbales (característicos, como hemos visto, de la literatura y del reportaje escrito). Estos últimos elementos, inmersos en el lenguaje televisivo, no son simplemente un agregado mecánico que eventualmente pudiera disociarse de su nuevo *hábitat* para que le sea devuelto su estatuto original, la verdadera identidad de su personalidad supuestamente transfigurada. Fundido en su nuevo medio de la misma forma como dos metales se alían inextricablemente, lo verbal, en rigor, deja de ser él mismo para convertirse en una dimensión distintiva y constitutiva de ese nuevo lenguaje.

11. Si en el lenguaje del reportaje televisivo todos los componentes provenientes de distintos horizontes del lenguaje (pictórico, musical, verbal,

icónico, proxémico, de la moda, kinésico, paralingüístico, etc.) se encuentran, como lo hemos dicho arriba, inextricablemente ligados como en una aleación de metales, sería entonces improcedente decir que uno de ellos tiene la primacía sobre el resto. Sin embargo, ese lenguaje debe ser consumido dominantemente bajo los preceptos de la lectura que impone la autoridad vertical de la imagen; todas las otras lecturas le son subalternas o están proscritas. Ninguno de esos componentes originales es significativo por sí sólo, aisladamente: significan en función de los otros componentes. Y si algo significan, el alcance de sentido es limitado, por haber sido descontextualizados, y la experiencia del que lee se ve así empobrecida. Y aunque en la literatura y en el reportaje escrito también se producen imágenes, su naturaleza es más bien mental que, como en el caso del reportaje televisivo, icónica. Asociados por vecindad y yuxtaposición en un mismo plano de la imagen televisiva, los elementos en que se refracta la imagen no se dejan leer linealmente, de la misma manera que un rostro no se puede leer como se lee la página de una novela, de un reportaje. El reportaje televisivo obliga a desarrollar la lectura de la totalidad de los elementos copresentes en la imagen que les da soporte. Nuestra mirada no apela a la sucesividad sino a la simultaneidad y, en rigor, a la totalidad. Se lee como un *flash:* todo se ilumina en el mismo instante. La relación entre esos elementos es, entonces, metonímica. Leyendo la imagen, nuestra mirada educada en la imprenta se desconcierta; para que sea eficiente, debe recomponerse y aceptar que otras lecturas son posibles; de lo contrario, el resultado sería vano. Desde esta perspectiva, afirmar que las imágenes se constituyen en una prueba de lo que va diciendo el narrador es incorrecto puesto que ambos componentes se leen como uno solo (además, junto a los otros componentes). O, en extremo, aún aceptando que esa disociación fuese posible, negaría la posibilidad que entre ellos dos se diera no una relación de *anclaje* sino una relación de *relevo* [en el sentido de Roland Barthes: el anclaje implicaría redundancia informativa; el relevo, complementariedad[61]]. De manera pues que el reportaje televisivo exige en el consumo una actitud distinta porque aquello que es dado a leer en él es radicalmente distinto a lo que se da a leer en el reportaje escrito y en la literatura.

12. Como lo hemos afirmado, los personajes del reportaje televisivo no sostienen entre sí relaciones directas. El narrador, que es la única voz continua (las palabras de los entrevistados funcionan como citas –directas e indirectas– dentro de su discurso), asegura no sólo el vínculo individual con cada uno de los personajes (les pregunta, los desafía, los estimula,

61 Ver: Barthes, Roland (1974). *Rhétorique de l´image* en Communications #4. París. Seuil.

les plantea problemas, etc.) sino que garantiza el nexo entre los personajes justamente por su intermediación. En el centro de una red, el narrador se erige en el punto pivotante de las intervenciones en forma de estrella de los personajes. El narrador es el punto común en el que convergen todas las voces particulares. El narrador es el núcleo de una estrella cuyas puntas son los personajes. Ahora bien, puesto que estos personajes no se implican directamente entre sí, no podría entonces considerarse que los personajes del reportaje televisivo sean semejantes a los del reportaje escrito o a los de la literatura, en donde las implicaciones mutuas son la condición misma del avance del discurso. La narración es, entonces, *sui generis.*

13. Las implicaciones mutuas de las que se está hablando en la proposición anterior no son otra cosa que las acciones. Encarnadas en las relaciones conflictivas que sostienen los personajes, el carácter de las acciones es fácilmente comprensible cuando se refiere al reportaje escrito o a la literatura; pero dado que en el reportaje televisivo los personajes, como se ha afirmado, no sostienen entre sí relaciones directas, y por ende menos serían conflictivas, se ve mal de qué manera podría avanzar un discurso que carece de estos factores de impulso narrativo: momentos de provocación y de riesgo en los que la narración se juega su suerte: ¿muere un personaje o sigue vivo? ¿Queda lisiado o con heridas pasajeras? ¿Acepta el soborno o triunfa la virtud? Sin embargo, en el reportaje televisivo pasan cosas, transcurren acciones. Sólo que estas acciones son contadas, no encarnadas. Alguien las enuncia, y su voz puede ser una especie de voz interna o la gran voz superior y mayestática del narrador, que habla autónomamente o entrecomilla dentro de la suya la voz del personaje que habla. En este sentido, no puede considerarse a las acciones del reportaje televisivo equivalentes a las del reportaje escrito o a las de la literatura pues el conflicto no enfrenta de manera directa a los personajes.

14. El tiempo, entonces, es otro: no cabe otra inferencia. Parecería que el tiempo del discurso en el reportaje televisivo fuera un solo gran tiempo muy duradero, sin pasado ni presente, instalado en la perennidad de su momento flexible, un presente continuo, un instante no efímero sino largo, un tiempo único y sin bordes. La mirada del narrador lo abarca todo, de principio a fin. Si, como dicen los *sunnitas,* no hay pasado ni futuro, ni principio ni fin para un Dios que lo está viendo todo porque vive en la eternidad, ese pequeño dios terrenal que es un narrador omnisciente también tendría frente a sí la totalidad de su tiempo. Borges dice: "¿Dónde estarán? pregunta la elegía/ De quienes ya no son, como si hubiera/ Una región en que el Ayer pudiera/ Ser el Hoy, el Aún y el Todavía".

15. El reportaje televisivo, así como se dijo a propósito del escrito, es capaz de integrar otros géneros. De hecho, en tanto el reportaje está ante todo centrado en personajes, la entrevista se convierte en su recurso más usado. De alguna manera, el reportaje, cuando se desarrolla en torno a un personaje y no frente a un suceso, es una entrevista mucho más elaborada[62].

16. A diferencia del documental, que por tratarse de un género que documenta una cierta realidad (de allí su nombre) obliga al narrador a tomar una distancia aparentemente objetiva, el reportaje, en cambio, permite la asunción de puntos de vista abiertos, sesgos personales (expresados a través del narrador), posiciones ideológicas. El reportaje permite la adopción franca de posiciones subjetivas, y en todo caso no tiene porqué avergonzarse de asumirlas, mientras que el documental, que pasa por ser objetivo, y en tal sentido no puede exhibir sus sesgos subjetivos a riesgo de negarse en sus propios principios, requiere maquillar sus deslices subjetivos. Encuentro por lo tanto discutible la concepción de R. L. Hilliard, según la cual "Mientras el reportaje suele orientarse más hacia la objetividad, el documental se inclina hacia la interpretación y el punto de vista". Me parece que la tendencia de ambos es la contraria[63], sólo que, en mi hipótesis, que el documental se incline hacia la objetividad no significa que esa característica sea absoluta ya que se encuentra mediada y atravesada por la subjetividad; o que si el reportaje, contrariamente a lo piensa Hilliard, se orienta hacia la subjetividad, no por ello se niega que contenga elementos objetivos de la realidad.

17. El reportaje televisivo se emparenta con el escrito y se diferencia de la literatura por la forma como cada uno de éstos se relaciona con la realidad. Al no ser un género de ficción, el reportaje televisivo (como el escrito) tiene que dar cuenta de la realidad a la cual alude y ésta se constituye en un referente de verdad, es decir, su discurso es susceptible de ser sometido a la prueba de verdad o falsedad; por lo mismo, es decir, por no ser un género de ficción, no puede sostener con la realidad relaciones libertinas y arbitrarias, que sí, en cambio, es lo propio de la literatura. Si ésta, como lo hemos dicho, sólo tiene la obligación de ser verosímil, el reportaje televisivo, en cambio, como el escrito, tiene que ser verdadero. Los hechos que nos cuentan en un reportaje tienen que corresponder estrictamente con el orden de lo real, los personajes tienen que haber existido, lo que de ellos nos dicen debe ser comprobable.

---

62 Ver: Gabriel García Márquez. Recuperado de wwwsaladeprensa.org/art201.htm

63 Hilliard, Robert L (2000). *Guionismo para radio, televisión y nuevos medios.* México. International Thompson. p. 168.

18. Ocurre que un reportaje no sólo contiene elementos de orden referencial. El narrador no se limita, en efecto, a mostrarnos una realidad que le es exterior y le preexiste sino que agrega sus puntos de vista sobre el problema que está desplegando. La conjunción de los elementos objetivos y subjetivos, ya que los últimos encuadran a los primeros, sólo puede sesgar subjetiva y unitariamente (volviéndolos una sola unidad) la interpretación de éstos. Es decir, es improcedente asegurar, por ejemplo, que los elementos objetivos que nos muestra un reportaje son verdaderos y que, al mismo tiempo, los subjetivos son falsos porque su visión depende de la escala de valores con la que los hechos objetivos son mirados; y es improcedente porque esa separación no puede darse: unidos en el seno del discurso, constituyen un elemento único.

Bibliografía

Arendt, Hannah (1972). "Du mensonge en politique" en *Du mensonge a la violence.* París: Calmann-Lévy.

Assouline, Pierre. *Albert londres* (1989).*Vie et mort d´un grand reporteur*. París: Balland.

Attali, Jacques (1985). *Historias del tiempo*. México: Fondo de Cultura Económica.

Barthes, Roland (1964). Rhétorique de l´image en *Communications* (#4), París: Seuil.

_____ (1977). «Analyse structurale des récits» en: *Poetique du recit.* París: Seuil.

Bellow, Saúl. *Le Nouvel Observateur* (#1731), París.

Borges, Jorge Luis (1979). *Ficciones*. Madrid: Alianza.

Bourdieu, Pierre (1996). *Sur la télévision.* París: Raisons d´agir.

_____ (2001). *Contre-feux 2*. París: Raisons d´agir.

Bowles, Paul (1999). *Memoires d´un nomade*. París: Seuil.

Boyd-Barret, Oliver y Michael Palmer (1981). *Le traffic des nouvelles*. París: Alain Moreau.

Cebrian, Mariano (1992). *Géneros informativos audiovisuales*. Madrid: Ciencia 3.

Florez, Fernando (2002). *Una aproximación mimética a la creación artística*, *Entreartes* (#1). Cali.

González, Julián (2004*). Repensar el periodismo*. *Transformaciones y emergencias del periodismo actual.* Cali: Programa Editorial, Universidad del Valle.

Guattari, Felix. *Pour une refondation des pratiques sociales*. *Le Monde diplomatique.* (#52), París.

Hilliard, Robert L (2000). *Guionismo para radio, televisión y nuevos Medios.* México: International Thompson.

Jakobson, Roman (1984). *Ensayos de lingüística general*. Barcelona: Ariel.

Jiménez, Carlos (2002). *Conversatorio sobre estética*, *Entreartes* (#1), Cali.

Mulard, Claudine (2002). *La guerre des infos redouble d´intensité sur le cable aux Etats-Unis. Le Monde,* París, 13 de febrero.

Sims, Norman (1996). *Los periodistas literarios o el arte del reportaje.* Personal. Bogotá: El Ancora.

Tabucchi, Antonio. *Le Nouvel Observateur* (#1732).

Toro, Hernán (2002). *El reportaje: un género estallado.* Cali: Editoral Falcultad de Humanidades, Universidad del Valle.

Virilio, Paul (1988). *La machine de vision*. París: Galilée.

_____ (1989). *L´esthetique de la disparition*. París: Galilée.

_____ (1991). *L´ecran du desert*. París: Galilée,

_____ (1993). *L´art du moteur*. París: Galilée.

_____ (1996). *Cybermonde, la politique du pire*. París: Textuel.

Wolfe, Tom (1976). *El nuevo periodismo*. Barcelona: Anagrama.

Entrevistas

Amouroux, Henri (2002). Entrevista con el autor. París.

PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA

CHICHI Y *LA MARQUESA* VAN SOLAS AL CINE[64]

Alexander Amézquita Pizo

El año: 1989. El cuadro: plano general de la calle trece en Cali, entre carreras octava y novena. La imagen: edificios apostados a lado y lado de la vía, bordeados por cientos de personas, automóviles, buses que cada día pasan por allí, y por unas tetas gigantes que cuelgan desde el plexo solar de una rubia, hasta desbordarse de la valla de 4 metros de ancho por tres de alto. Imagen, entre miles, que aún recuerdan cientos de personas que por aquellos días no pasábamos los trece años de edad.

Ir al centro de Cali me resultaba un paseo. Cada vez que veía cómo el bus tomaba el camino hacia esas chicas de cartel, me alistaba pegando mi cara sobre el vidrio de la ventana para leer aquellos sugestivos títulos que acompañaban a esas muchachas semidesnudas, de no ser por las estrellitas que dibujaban justo allí, en los pezoncitos o, como alguna vez sucedió, un poco más abajo.

Pasados los años reconocí que aquel lugar era el *Cine Oro*, sala de cine que comenzó su función a principios de los años setenta proyectando películas de acción. Poco tiempo después se especializó en la proyección de cine porno y se convirtió en el primero de la ciudad. Tanta es su importancia que no conozco persona que viva en Cali que alguna vez no haya deseado conocer las vísceras de este dinosaurio que permanece de pie mientras ve

---

64 Publicado originalmente en la revista *Ciudad Vaga* 1 (mayo de 2007). El autor nació en Cali, en 1976. Este texto describe los avatares de un visitante de las salas de cine porno en Cali. *Chichi* es una cliente habitual, *La Marquesa* un personaje de película: entre ambas y el narrador se anudan historias en las que se entremezclan la ficción y la realidad. Un lenguaje franco y eficiente.

cómo sus contemporáneos se derrumban para dar paso a librerías de segunda, talleres de mecánica o congregaciones cristianas. Él permanece fuerte, rígido, como las tetas de una señorita de quince años que ha comenzado a descubrir su sexualidad o como el pene de un jovenzuelo que se excita con la facilidad de un roce dentro de un bus de servicio público.

***

Exterior día. Toma 1.

Era la una de la tarde de un sábado frío. La calle trece, aorta del centro de Cali, está rota por los cambios viales que sufre la ciudad. Caminé dos minutos hasta que, por fin, logré ver un modesto cartel orgulloso de su triple xxx. Pagué cinco mil pesos.

Interior día. Toma 2.

Registradora gris. Gradas anchas. Las películas del día y los próximos estrenos cuelgan en una vieja cartelera. En el descanso de las gradas me recibe una pequeña e improvisada cafetería donde cuelgan en un estante viejo de metal papas fritas, patacones, rosquillas caleñas; tiene una nevera llena de gaseosa, agua en bolsa y jugos de frutas naturales; y se encuentran las infaltables chocolatinas y cajetillas de cigarrillos abiertas para vender por unidad: esa fue mi primera sorpresa. Arriba del estante varios rollos de papel higiénico esperan a que los espectadores se entusiasmen con una selección de films ítalos con mujeres desnudas que balbucean, en un romántico italiano, las más sórdidas y sucias frases al hombre que las monta indiscriminadamente.

Miré para arriba. Una cortina ajada y vieja deja pasar los ruidos de placer que se presentan en la pantalla gigante. Me deslicé por la cortina, subí las gradas hasta llegar al *hall* de escaleras. Allí la pantalla comienza a descubrirse sobre un muro que hace las veces de horizonte. Parado frente al muro vi, en primer plano, el rostro lechoso de una morena de ojos grandes que no debía tener menos de 35 años.

Una voz grave me dijo: “Es prohibido tomar fotografías”. Di la vuelta y descubrí al hombre que me recibió la boleta en la entrada. Un anciano de quijada pronunciada, con cara de haber sido un hombre peligroso –en su ya lejana juventud–, con cejas superpobladas de canas y pelos que abundaban en su nariz y oídos. Respondí con un silencio rabioso. Saqué un cigarrillo de mi maletín y lo encendí mientras el hombre esperaba una respuesta. No dije nada.

Volví a la pantalla. Un hombre joven de músculos en brazos, piernas y torso ronronea propuestas subidas de tono a una damisela que se retuerce de pie, mientras se acaricia los seños y su entrepierna. El tipo le desgarra la ropa con violencia y la tira sobre una cama vieja. Ella comienza a gritar. El

hombre le habla duro, mientras le pone su sexo en la boca. Ella lo rechaza y como castigo él le golpea la cara con su infalible arma de casi 27 centímetros y un calibre de varias pulgadas.

Reaccioné. Observé el lugar. "Pero si es una sala de cine" –pensé–. Igual a la que visité por primera vez cuando llegué al teatro Aristi a ver un *matinée* de Superman; tenía siete años. Sólo que parado allí, en ese altar perverso del *voyeur*, mi mirada se perdía en esas películas que describían hábitos, poses y aceleramientos relativos al sexo.

Conté, indiscriminadamente, el número de sillas: eran casi 400, quizá un poco más. Aproveché para elegir el mejor lugar de la sala. Estaba completamente oscura. El aire acondicionado disipaba el humo de tres cigarrillos encendidos en distintas latitudes. Logré encontrar asiento, lo repasé con la linterna de mi teléfono celular, me senté. Mal contadas debía haber unas 37 personas, recostadas con sus piernas sobre los asientos de adelante. El techo es alto y con una decoración que, en la oscuridad, parece *deco*. Las sillas están viejas, son duras y chillan como ratas cuando se abren. Parte de la sillería está averiada, sobre todo en la parte de arriba del teatro.

***

Los clasificados del domingo: Empleos-Vehículos-Casas-Ropa-SEXO-SEXO-SEXO. Comprar las noticias anticipadas del domingo, el sábado por la noche, da la ventaja de quedarse con los mejores *pollos*, travestis o muchachos de grandes atributos dispuestos a consolar a la clientela. Por allí, en esa maraña de desnudos, tamaños, versatilidades, colores de piel y desbordados servicios, me metí para conocer esas otras salas de cine porno que habitan la ciudad en una clandestinidad morbosa que aumenta sus ingresos.

La sección: Adultos. Entre cinco y seis columnas de textos con ofertas sexuales, fiestas *swinger*, chicos atléticos, *sexshop`s*, chicas traviesas, soluciones para el engrosamiento o la reanimación de la vitalidad sexual y algo más: despampanantes y bellas travestis. Y todo esto, entre cientos de opciones según gusto-presupuesto-decisión.

Subrayé con color fucsia tres lugares de cine porno gay en Cali. Cine para hombres homosexuales, donde no es permitida la entrada a mujeres.

Desde el anuncio es evidente la carga sexual, fálica, penetrante del lugar:

"*Cine Gay. Remodelado. Cabinas, laberintos, divertido y juvenil*".

"*Cine Gay. Videos de ambiente, masculinos, cabinas individuales, pantallas gigantes, túnel y laberinto*".

***

Exterior noche. Toma 3.

Una casa de dos pisos, ubicada en el tradicional barrio Granada, con balcón decorado de palmeras enanas y prudentes luces de colores. Presioné el timbre. Fijé mi mirada en la puerta de entrada, un portón de vidrio corrugado que no dejaba ver para adentro, para no ser escrutado por los transeúntes. Volví a timbrar. Nadie respondió. La música, que venía del segundo piso, parecía que no dejaba escuchar nada de lo que afuera sucedía. Eché un vistazo a la calle y vi un grupo de personas que me observaban cuidadosamente. No había nada qué hacer, ya identificado era mejor esperar con dignidad. Por fin se abrió la puerta. Era Sergio, un joven con cara de adolescente y cuerpo delgado, al que saludé dándole la mano. Supe su nombre por la llamada que había hecho días antes para confirmar horario, precio y otras dudas. Pagué cinco mil pesos. Le pedí que me enseñara el lugar. Estábamos de pie en un *hall* grande con barra de bar donde sirven cerveza, gaseosa o agua; además venden condones y poseen una colección, pequeña pero interesante, de revistas pornográficas de hombres.

La música estaba a todo volumen. Melodía fiestera para un miércoles solitario a las 7 de la noche. No se veía a nadie. Sergio me indicó por dónde seguir. Le acompañé obediente. El *tour* no pasó de un minuto. Me dejó solo en ese lugar. A mi derecha, una pantalla de 29 pulgadas presentaba imágenes de hombres desnudos en una orgía descomunal. A mi izquierda unas sillas Rimax, color azul, me observaban vacías y pensé en cuál de ellas sentarme.

Interior noche. Toma 4.

Sentado frente al televisor reconocí a un rubio disfrutar cada centímetro de un negro fornido que lo embestía por atrás, con rabia y sin consuelo. El rubio, un hombre que aún desnudo conserva su gorro de marinero, le pide en un perfecto inglés de las calles del Bronx que se la hunda toda. La escena fue valiente y llegó casi al clímax, cuando escuché unos gemidos que no provenían del televisor. Escondido dentro de una habitación un hombre veía la pantalla y jadeaba emocionado con la imagen del marinero poseído. Salió a la sala donde me encontraba sentado. Abrió los ojos para saludarme y se sentó justo a dos sillas de mí, entre 10 que tenía dispuestas.

***

Encendí el segundo cigarrillo. Volví a fumar en una sala de cine, con aire acondicionado y jadeos revueltos con malas palabras en italiano. La imagen era vieja, una película rayada con actrices de cabellos ondulados, pantalones de *jeans* ajustados en la pierna y anchos en la bota, pintalabios rojo henchido en la boca y un halo de mujer bella. Producciones de la década de los ochenta que aún vemos proyectadas en la sala de cine porno más reconocida de Cali.

Escuché unos pasos acercarse hacía mí. Arrastraban unos zapatos de tacón. No perdí de vista la pantalla y luego puse los ojos sobre ella. La pantalla. Ella. La pantalla. Ella. La pantalla. Ella.

–¿Cómo estás?

–Hola– contesté.

–Linda la película ¿no?–, sonrió.

–Humm– contesté. Traté de ignorarla.

Logré verla en la penumbra y descubrí a una mujer alta de piel negra, falda azul hasta los tobillos, blusa blanca de manga larga y cuello tortuga. Parecía Testigo de Jehová, de no ser por el bombón de sabores que chupaba incansablemente, mientras en la pantalla grande otra mujer, con una maraña de cabello negro, ojos brillantes y colosal boca, manoseaba una pija grande a la vez que no se cansaba de repetir: ¡¡miooo!!... ¡¡miiiiooo!!... ¡¡Tutto miooo!!...

–¿Puedo sentarme? ¿Me das permiso?– me dijo la mujer. Y pasó por encima mío sin pensarlo dos veces.

Seguía chupando el bombón. Me incomodaba mucho. Rompí el hielo más por temor que por gusto, y fue como encender una luz dentro de una cueva de murciélagos. No supe su nombre, pero logré enterarme de que le fascinaban los penes grandes, gruesos y venosos. Sus visitas al *Cine Oro* son cada sábado, después de trabajar como vendedora en uno de los almacenes del centro. Está separada y tiene dos niños pequeños que cuida su madre, con la que vive desde que se separó.

Para ella no hay mayor diversión que visitar este teatro. Lo hace desde hace poco más de tres años, porque antes le producía miedo y vergüenza. El miedo lo superó al ver cómo hombres y mujeres entraban y salían con tranquilidad. La vergüenza le costó un poco más, hasta un día cuando no se aguantó las ganas. Llegó, pagó, entró y se sentó. De una. Sin miedo, sin mirar para atrás. Dejándose llevar por ese estímulo condenado en público y aprobado en secreto.

–¿Por qué te gusta el cine porno?– le pregunté.

–Por los *chichisotes*. Muero por los *chichis* grandes– respondió con alegría.

Después de esa conversación sólo pude recordarla como la mujer del *chichisote*, entonces la bauticé *Chichi*, la mujer que va sola al cine.

Nos sorprendimos. Encendieron las luces de la parte de atrás del teatro. *Chichi* y yo volteamos a mirar al instante. Las luces dejaron ver unas cortinas negras, desgastadas y rotas que se movían por efecto del aire acondicionado. Dos hombres de pie, justo atrás de las sillas, con sus manos cruzadas a la espalda, miraban tratando de arreglar algo que se había salido de control en la zona más densamente poblada del teatro, en donde hombres y mujeres se acomodaban o se reinstalaban en otros asientos.

–¿Qué pasó?– pregunté en voz baja. *Chichi* me contestó que cuando en el teatro sucedían cosas encienden las luces para que la gente pare la güevonada.

–Aquí uno no se puede echar un polvo, eso es imposible– agregó *Chichi* con el bombón todavía en su boca.

Dos filas más abajo, un hombre, con la cremallera abierta, agitaba su mano al ver la eyaculación de un jardinero fiel sobre el cuerpo regocijado de su patrona. Presté atención al tipo, con agudeza, pero su mano se escondía dentro de su pantalón.

***

Decidí visitar el laberinto. Una ruta de sexo, cabinas e imágenes pintadas en lo alto de la pared, encandilando en la oscuridad, con las mejores poses del *Kamasutra Gay.* Me detuve sobre una pared, el ambiente transpiraba sexo, haciéndose sentir sin dificultad. Caminé un poco y sentí que me abrazaba la humedad: el olor a fresa y detergente barato que se mezclaba con el aroma de los fluidos masculinos. De pronto me tropecé con una pareja que se besaba con arrebato, con arrechera. Más adelante un trío, sexo oral, pantalones al suelo y ese insoportable olor a semen con fresa. En las salas de video sólo tres hombres veían las folladas, acariciándose la entrepierna por encima del pantalón. Adentro, el bosque de cuerpos desnudos se balanceaba como las ramas de los árboles que se mecen con el viento norte.

Por alguna razón este lugar, que pretendía ser una sala para exhibir películas de porno gay, terminó siendo un sitio donde se consuelan los amantes solitarios, convencionales o del tipo: “salí de la oficina pero tengo una reunión con el jefe, te llamo luego, amor mío”.

A las nueve de la noche no había más de seis personas, el local cerraba a las diez puesto que era día de semana. Los que se marcharon lo hicieron directo desde el cuarto oscuro/laberinto/cubículos al lavamanos, de allí a la puerta de salida. Uno después de otro. Primero un hombre pequeño de gorra negra y camiseta verde con estampado de búfalo. Después, un señor de pantalón gris, camisa blanca de manga corta y gafas de sol. Y de esta manera, sin distinción, se fueron largando. Sin despedirse de los marineros, policías,

obreros de construcción, deportistas extremos… que se partieron el culo dándole y dándole en los primeros planos para calentar sus cabezas. Su destino es parecido al que desempeña la música de ascensores de los edificios públicos. Un sonsonete que atraviesa las paredes y llega hasta los cubículos acondicionados de colchonetas de hule. Concierto de frases empujadas con fuerza. ¡Hummmm…! ¡Ahhh!, ¡Oooik!, ¡¡¡AAAAA!!! ¡fufufufufu! ¡Ujujuy!... acompañados de muecas, movimiento agresivo de cabeza y el uso prevenido del condón. Todos los encuentros sexuales vienen acompañados con preservativos que desaparecen, corte-edición, en el esperado momento del clímax, cuando la eyaculación en primer plano expresa la satisfacción total de los amantes, el *come shot*. Las explosiones dentro del látex son prohibidas en el cine porno, de ser posible que se realicen sobre el rostro, consolidando una jerarquía de dominio, de propiedad privada, como diciendo: "Esto es mío". Cosificando al sujeto penetrado, pasivo, indulgente. Donde el hombre activo es el productor del placer y el sujeto pasivo, ya sea hombre o mujer, da fe a través de la adulación a la erección, de la obligación de estar siempre disponible para el "otro" penetrador.

***

Encular. Montar. Culear. Coger. Joder. Follar. Tirar. Gozar. *La Marquesa* mandó a llamar a sus sirvientes para que la atendieran como ella se lo merecía. Hombres y mujeres se derramaron sobre su cama, ella complacida pedía más. Era insatisfecha. Una de esas mujeres que llaman "ninfómanas" como un castigo del cual deben avergonzarse: inmorales/antiestéticas/antisociales. Hasta su jardinero le recrimina por su "abuso de poder", su acoso sexual, mientras copulan sobre el césped fresco.

La Marquesa es la protagonista de "Ancora di Piu", una producción de los años ochenta filmada en Italia, que se repetirá hasta las siete de la noche junto con otra cinta mediterránea. Cine continuo que no produce cansancio a pesar de tantas horas. Cine que se repite en un incontable mete-y-saca. Uf. Uf. Uf. Uf. Ufffff… hasta la ropa se siente adherida al cuerpo de tan sólo pensarlo. Sin embargo, más de 200 personas, que entran y salen durante el día, disfrutan jadeantes y sudorosas a pesar de la ventilación.

Como somos pocos, tenemos a disposición las sillas de adelante para estirar las piernas. Fumamos con la paciencia de estar en casa. Hay quienes beben gaseosa de envase no retornable e incluso, se miman sus genitales. Al unísono. Tal como indica *La Marquesa* para hacer una buena paja. O una felación, como dijo *Chichi*, cuando intentó seducirme. Tal como lo había hecho, minutos antes, con un hombre barrigón que llevaba camisa desabotonada y pinta de carnicero, y no sabía más que decir "Uyyy", "Ufff" "uf-uf-uf-uf-mamita"… cuando *La Marquesa* demostraba qué era lo que mejor sabía hacer.

Corte a plano general.

Encienden las luces del *Cine Oro*, justo en el medio de la sala. Un hombre, cuyo rostro no alcancé a distinguir, se escondió entre las sillas a la vez que ajustaba su pantalón con torpeza y rapidez. Una mujer salió, sigilosa, del plano, a la parte del teatro que aún permanece oscura. Voz en *off*: "Esos no tienen experiencia, se nota que es primera vez", comentó *Chichi* moviendo la cabeza para decir "sí".

Las luces se apagaron de nuevo. Se acabó la función. La otra función, la que podemos protagonizar los que estamos sentados frente a la pantalla: con prudencia y sin tanta arrechera. Con la mano escurrida al lado y repitiendo las vulgaridades que *La Marquesa* corea incansable, casi mecánicamente.

Hice *zoom* sobre un anciano de gafas grandes y oscuras que estaba inclinado sobre la butaca de adelante. Su brazo izquierdo sostenía su cabeza y el derecho se movía, agitadamente, por debajo de su humanidad. *Chichi* también lo vio y sonrió, burlándose de él.

Estar sentado allí fue como ver una fotografía sepia natural. Deprimente pero a la vez agitada y caliente. Donde se comparte con fantasmas que se escapan de la luz del sol para regocijarse en la clandestinidad de un *menage à quatre* protagonizado por penes perfectos/ mujeres multiorgásmicas/ olor a semen revuelto con sudor/ aire acondicionado que mezcla el humo del cigarrillo/ transpiración/ feromonas/ placer eterno/… una fantasía que Disney quisiera emular, con doncellas vestidas de colegiales que sueñan con ser una porno-star por un día, como es *La Marquesa*, como lo desea *Chichi.*

***

El encanto de la clandestinidad que se vive en las salas de cine porno es respirar el efluvio de prohibición, aberración y desconfianza. La satisfacción se completa con el lugar negado. Vedado. Inexistente. Incluso por aquellos que hacen parte del negocio. Nunca olvidaré cómo el administrador de una sala de cine porno me contestó por teléfono, ante mi insistencia para obtener una entrevista, que él no estaba en capacidad de darme ninguna información, pues apenas llevaba tres meses trabajando en aquel sitio y, por lo tanto, no conocía dato alguno que pudiera servirme; finalizó: "desafortunadamente no te puedo complacer". Así fue. Lo dijo: COM-PLA-CER, a tono ¿no?

***

Chichi se despidió al comprender que nada sucedería de seguir a mi lado. Perseverar no siempre significa logros obtenidos.

Me quedé sentado unos minutos más. Habían transcurrido más de dos horas. Las imágenes no ofrecían nada nuevo. Abajo, el público no se cansó

de ver el mismo ángulo, primeros planos, felaciones, coitos, cunnilinguis. No se agotaron.

Exhausto me despedí de *La Marquesa* quien, a diferencia de *Chichi,* logró satisfacer sus más abyectos deseos.

Afuera, una señora que llevaba una bolsa de zapatos nuevos sonrió al verme salir del *Cine Oro* con los ojos hinchados y una sonrisita de satisfacción que me colgaba de la cara. Tomó a su esposo del brazo y le dijo: "Abrázame cariño, que tengo frío".

PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA

SURAMÉRICA EN CALZONCILLOS[65]

Alex Sterling

Ecuador

El turista perplejo

Salir de Colombia es un milagro. Contando a Toga y las Islas Fiji, ahora son 23 los países que no les exigen visa a los colombianos para pisar sus tierras. Esa cifra incluye todos los territorios suramericanos, exceptuando Venezuela. Para ir al Ecuador, un colombiano sólo tiene que presentar su pasaporte al día y el pasado judicial. Así que parece que, por el momento, el continente del sur es el único destino abierto que tenemos. Stephanie y yo hacemos fila en las oficinas del DAS en la frontera con Ecuador, el primer paso de un viaje que debería terminar en Santiago de Chile.

Las filas en la parte colombiana son extensas, pero se mueven rápidamente. Mientras nos formamos esperando nuestro turno, un par de muchachos, ataviados excesivamente con maletines y bolsas, nos piden que les guardemos el puesto. En Colombia es normal que las personas se salgan de la fila por corto tiempo, confiando su posición a algún desconocido, que por lo general acepta con la condición de que al volver se forme atrás de él, lo que genera rechiflas y reclamos manifiestos de los que están aún más atrás. Esta vez somos los últimos, así que no habrá problemas. De entre las dece-

---

65 Publicado originalmente en la revista *Ciudad Vaga* 2 (noviembre de 2007). El autor nació en Cali, en 1981. Este texto cuenta las aventuras de una joven pareja de viaje por algunos países de Suramérica. Historia en la que el viaje mismo es el hilo de Ariadna que le permite a esta joven pareja, perdida en su laberinto, reconocer atisbos de su propia identidad. Texto cargado de humor ácido, texto desparpajado.

nas de tramitadores era de esperar que por lo menos uno nos abordara. El tipo nos ofrece llevarnos hasta Quito, en un carro particular, perteneciente a un amigo suyo. Se niega a fijar un precio y dice que debemos esperar a que él llegue para que lo hablemos directamente. Después de sellar el pasaporte y llenar la tarjeta andina acompañamos al tramitador hasta el parqueadero, donde nos espera su amigo, montado en una camioneta blanca de doble cabina. La cosa me da mala espina desde el comienzo, por el sospechoso interés que muestra el hombre en que seamos nosotros los que viajemos y no otros de los cientos de turistas que había por ahí. No me equivocaba. El precio que negoció con nosotros era demasiado bajo, ridículo. Me hizo pensar, inmediatamente, que su interés era otro. Así que le respondemos con un rotundo no y nos alejamos sin mirar atrás, rumbo a territorio ecuatoriano.

Los trámites de entrada esta vez son mucho más burocratizados, ineficientes. Ahí nos encontramos de nuevo con la pareja de amigos que nos había pedido que les guardáramos el lugar. Esta vez ellos están más adelante en la fila y nos dejan meter. La gente que está tras nosotros, en su mayoría ecuatorianos, no hacen reclamo alguno, a pesar de que perder solo un puesto podría significar un retraso de hasta media hora. Al borde del desespero, terminamos los trámites y emprendemos camino hacia Tulcán, desde donde salen los buses a Quito. Allí tomamos uno que por 4 dólares nos demora unas 6 horas hasta la capital. Viaje poco interesante. El paisaje aún es igual al que se puede ver en Nariño, Colombia; retazos de cultivos en varios tonos de verde, bordeando precipicios que alumbran un río en sus profundidades. Sin contratiempos.

En submarino por Quito

Se entra a Quito por una carretera circunvalar desde la que se puede apreciar toda la ciudad. A las diez de la noche, desde un punto elevado, exceptuando quizá a Las Vegas, Tokio y New York, todas las ciudades del mundo son iguales. En fin, creo. Millones de luces esparcidas en un manto negro. La circunvalar atraviesa una serie inusual de túneles, por su número y ubicación. El espectáculo de los túneles se debe a su proximidad y a lo bien iluminados que están. A pesar de la hora, el tráfico es muy pesado. Uno tiene la fortuna de quedarse varios minutos en cada uno de ellos, soñando que está en un submarino.

El gobierno de Quito ha realizado una serie de inversiones, permitidas por un manejo muy organizado de las finanzas municipales. Ha implementado un sistema de transporte masivo similar al de Bogotá. Los buses articulados, sin embargo, carecen de un carril propio y se mueven enloquecidos por lo ancho de las vías a 80 kilómetros por hora, dejando atrás un pegote de personas y carros pequeños, que a su paso se tiran sobre los andenes, como si fuera una cosa normal. De alguna forma, este desorden no se ve mal. Incluso la extraviada arquitectura de la terminal de buses tiene su gracia.

Pensábamos pasar una noche en Quito, pero decidimos seguir derecho hasta la frontera con el Perú, porque presentimos, quizá bastante equivocados, que no había nada más que verle a esta ciudad.

Cajas de fósforos flotando en el espacio

El paso de Quito a la frontera con Perú lo hacemos de noche. No más subirme al bus me duermo profundamente. Al despertar me demoro unos cuantos segundos en darme cuenta que efectivamente ya he abierto los ojos. Miro por la ventana y no veo absolutamente nada. Nada. La chatarra en la que viajamos carece de cualquier cosa que emita luz. A nadie se le ocurre prender el celular y el cielo es negro, la noche más oscura de las que recuerde. Intento escuchar algo en la radio que llevo conmigo, pero el espectro radial está totalmente muerto. No tengo ni la más puta idea de nuestro paradero. Me quedo mirando por la ventana hasta que duermo nuevamente.

Al despertar, encuentro claras señales de vida. Ranchos que levitan en el aire, levantados con guaduas sobre un lago que parece haberse secado hace mucho, ya que los nuevos pobladores han construido sus casas al nivel del suelo, sobre la superficie anegada, donde se han acumulado años de porquería que la gente arrojaba cuando vivía sobre el agua creyendo que desaparecería para siempre. Estos cadáveres de esterilla se multiplican por kilómetros, unidos con la carretera por puentes quebradizos, donde en las tardes niños con el ombligo para afuera se sientan a contar los trenes cañeros que pasan atortugados. Justo a la orilla del río Babahoyo nos dejan descender del bus por 15 minutos para usar los servicios sanitarios. A unos metros, junto a las aguas, los pobladores han enterrado a sus muertos. Un provinciano con bigotes que me provee de bebidas asegura que en temporada de lluvias la corriente desentierra los cadáveres y los deja regados por la carretera. Las señoras creen que el alma del río, conmovida, los regresa a la superficie para que puedan ver, una última vez, cómo van sus cosas. Sin duda, la explicación menos macabra que se le pude dar a un cráneo aplastado en el lodo junto a envases plásticos y mierda de pájaro.

El dueño de una tienda, al averiguar que era colombiano, me dice que a Correa le falta carácter, que si Uribe lo estuviera fumigando él iría a la guerra. Más o menos una hora después, leo horrorizado un letrero en una pared, "¡Álvaro, sálvanos!". Espero que se refieran a otro Álvaro, algún político local o al obispo de una desvergonzada secta amazónica. Los ecuatorianos de esta zona levantan muros sin ninguna función, además pintan sobre ellos la carota de un político en campaña. Lo demás está hecho de adobe y ramas secas. Estos muros están sobre la miseria, el lodo y la cochinada que prometen acabar apenas sean elegidos. Le pregunto al campesino que va en el asiento de atrás por qué pasa esto,

–En las otras superficies la pintura no coge bien.

Cuando las casas no dejan ver el pueblo

De lejos veo una colosal refinería, clavada en la superficie por un taladro de kilómetros que no se pueden ver, ayudando a la tierra a vomitar su bilis fósil y que brilla, alumbrada por las luces de la navidad pasada, estallando como un pesebre de varillas gruesísimas y figuritas de obreros con salarios de hambre. Enciendo de nuevo mi radio y al fin encuentro unas tres emisoras que emiten música, pasando de un género a otro aleatoriamente. Ni el más mínimo indicio de emisiones especializadas. Me levanto al baño y de regreso veo al par de muchachos que nos encontramos en la frontera, dormidos uno sobre el otro. Afuera el paisaje ha cambiado un poco, los palafitos se han terminado y ahora solo se ven superestructuras de ventas ambulantes en la carretera. Impenetrables armazones de puestos vacíos no dejan ver la cara del pueblo por el que pasamos, sea cuál sea éste. Cuando se termina el pueblo volvemos a la carretera abierta. De repente la gran refinería que vi a lo lejos se convierte en un parque de diversiones de proporciones modestas, que está siendo ensamblado para celebrarle las ferias a algún santo ecuatorial.

De nuevo perdido, pasan unas cuantas horas hasta que veo una señal informativa que da la bienvenida a la ciudad de Babahoyo. La sede de gobierno de la provincia de Los Ríos parece una estación aeroespacial, alambrada por antenas de televisión y cables para colgar la ropa. La ciudad es tan pequeña que inesperadamente la dejamos atrás. El viaje se ha hecho tan tedioso que hago un gran esfuerzo para dormir. Cuando despierto ya estamos en Guayaquil. En los barrios de clase media, la arquitectura comparte rasgos comunes a las que se encuentran en sectores similares en Cali. Moldes de yeso que forman marcos sobre las ventanas y las puertas exteriores, aunque éstos se ven un poco más elaborados que los colombianos. Todo en Guayaquil está cerrado, lo que es entendible a las cuatro de la madrugada. Uno se encuentra con varios locales especializados en la perforación de pozos de agua. Cosa rarísima, dada la cantidad de ríos que irrigan la ciudad.

Dejamos Guayaquil y nos enfilamos a Huaquillas, la ciudad fronteriza, a la que nos acercamos al amanecer, después de pasar un par de ríos con nombres obscenos, el poderoso Bulu-blublublu y el río Chimbo. A unos 5 kilómetros de la frontera nos detiene un paro de camioneros, justo frente a un barrio miserable, que irónicamente se llama *Ciudad Correa*. El chofer del bus nos ordena bajar y, sin más, da media vuelta y se desentiende del asunto. Ahora debemos salvar la distancia caminando. El par de muchachos que nos hemos encontrado una y otra vez nos piden que vayamos todos juntos, lo que me parece muy buena idea, en esa tierra hostil y rodeados por una turba furibunda que grita al unísono que esta vez no va a negociar. Los tipos son de Chiclayo, se llaman Tom y Toño. Ellos fueron, de lejos, las personas más amables con que nos topamos en todo el viaje. El nombre real de Toño es San Antonio. Tom debe tener un nombre absolutamente ridículo porque se niega a revelarlo. Nos pide que simplemente le llamemos Tom, sin preguntas.

Huaquillas está plagado de compraventas. En la esquina, a mitad de la calle, otra al frente, una en la siguiente esquina. Donde hay tal cantidad de prósperas casas de empeño el robo menor está al acecho. Tenemos un ataque de pánico y nos apresuramos a abordar la primera moto-taxi que vemos. Así llegamos al puente internacional, donde Tom y Toño se encargan de guiarnos por todo el papeleo fronterizo. Ya del lado peruano, los cuatro tomamos un carro-moto que debía dejarnos en Tumbes. Donde nos despedimos de Tom y Toño, que toman una ruta diferente.

Perú

Carretera al fin del mundo

Algunos viajeros con los que hablé se refirieron con suma prevención a esta ciudad. Las advertencias se resumían en no dejar que nadie cargara el equipaje por mí. Y esto sería difícil de evitar, debido a que, según sus relatos, no más bajarme sería devorado por cientos de rufianes, que literalmente me arrancarían la maleta de la espalda. Pues nada de eso. El carro-moto nos dejó muy cerca de la empresa de transporte *Flores*, y aún de habernos bajado con cien maletas, nadie se hubiera acercado a ayudar. El hedor a pescado descompuesto y materia fecal nos obligó a comprar el tiquete más pronto rumbo a Lima. Eso sería 6 horas más tarde; así que a esperar. Para pasar el tiempo vamos a buscar un lugar donde almorzar.

En Tumbes la gente come de píe, fenómeno similar al que se ve en los países más industrializados, donde inhumanas jornadas laborales y la necesidad de salvar distancias enormes hacen que uno pueda ver a miles de personas comiendo hamburguesas mientras corren angustiados al trabajo. Por otra parte, aquí estas personas no parecen tener algo qué hacer después, sólo apoyan la espalda en la pared y comen despacio, masticando con la boca demasiado cerrada. Bueno, cualquiera mantendría ese grado de discreción viviendo en la ciudad más fea del mundo. Espantados, precisamente por la grotesca combinación de hedores y peligros, regresamos a la terminal de la empresa *Flores*. Ahí pasamos 4 largas horas, aburridos tremendamente, hasta que partió nuestro bus.

El tramo hasta Lima dura más de 20 horas. Tomamos la sabia precaución de drogarnos con una sobredosis de *Dramamine*, capaz de matar a un elefante. La posología del medicamento advertía que serían suficientes dos pastas para dormir a placer durante varias horas, así como para evitar el mareo. Nosotros ingerimos 8 cada uno. El medicamento surtía efecto a gran velocidad, pero justo antes de caer en coma, la violencia del paisaje retrasó la somnolencia. Las costas de Tumbes son, seguramente, unas de las más escarpadas del mundo. A la izquierda, un desierto con gigantescas dunas saharianas no deja ver nada más que arena. A la derecha, un precipicio de unos 40 metros, en un ángulo de casi 90 grados. Al frente, un conductor

suicida que nos llevaba a 100 kph por curvas cerradísimas. Mirando con atención, se veía cómo el océano enfurecido destrozaba con cada arremetida secciones enteras de roca. No cabe ninguna duda de que, de existir el fin del mundo, uno llegaría a él a través de esta carretera. Para mi horror pude constatar que las profundidades del abismo sostenían un sinnúmero de ranchos de hojalata. Donde es imposible echar raíces, y en contra de toda ley física e instinto de supervivencia, esta gente ha decidido vivir, criar a sus hijos, sacar el perro a cagar, organizar memorables fiestas de quince en el antejardín. Por más que descarté todas las posibilidades que permite la anatomía humana y la ley de la gravedad, no llegué a ninguna explicación razonable de cómo llegó esa gente ahí. ¿Cómo hacían para salir a aprovisionarse alimentos y elementos básicos de aseo? La única forma que se me ocurrió era la de ser rescatado en helicóptero o saltar al vacío, con la escasa esperanza de que el cadáver, desfigurado y mordido por los peces, llegara a una playa cercana, donde piadosos misioneros pudieran darle sepultura en tierra firme. De ninguna forma se podía escalar ese barranco, plagado de situaciones que conducían todas a una muerte horrible. Llegué a la conclusión de que estas personas habían naufragado, años atrás, y ante la imposibilidad de salir, sobrevivían alimentándose de los cadáveres que sacaban de los buses que rodaban por el acantilado. Idea que dejó de parecerme irrazonable cuando de nuevo presté atención a la forma en que conducía este desquiciado. Sólo por estas costas asesinas, puedo decir que Perú tiene el paisaje más bonito que he visto en mi vida.

Lima es un escándalo

A las 10 de la mañana estamos en Lima. La ciudad se mueve muy rápido y es difícil detallar cada cosa. Así que dejo de mirar por la ventana y espero a que el bus nos deje en la terminal.

Ahí tenemos que salir a buscar hotel. Es la primera parada de nuestro viaje y aún no calculamos bien la proporción del dinero. Encontramos uno de dos estrellas llamado Garcilaso de la Vega, haciendo referencia al Inca, no al español, por supuesto. La recepción nos lleva a sobrevalorar la habitación, que es realmente modesta. Reciben dólares, pero deberemos hacer el cambio a Soles para poder movernos en la ciudad. Al bajar a la recepción del hotel conocemos a Manuel, un venezolano que hace unos tres años inició un viaje similar al de nosotros con su novia. Antes de salir de Caracas el padre de ella le había hecho jurar que se la regresaría sin un rasguño. Una semana después tuvieron un accidente en la carretera; él sufrió algunas heridas leves, ella no sobrevivió. Desde entonces vive en Lima, trae turistas desde el aeropuerto en su taxi, jamás volvió a Caracas. Le preguntamos cómo llegar a Miraflores, un lugar del que alguien me habló. Él mismo, siendo un taxista necesitado, nos recomienda tomar un bus, que nos llevará por la Avenida Arequipa, sin pierde. Tomamos su recomendación y estamos

allá en poco tiempo. El cambio de la zona céntrica a Miraflores es fuerte. El lugar no dista mucho de esas imágenes que uno recibe en postales de ciudades modernas junto al mar. Organizado y limpio, recibe turistas por toneladas. Hay callejuelas empedradas y glorietas floridas con estatuas en bronce, cagadas por lo pájaros, para variar. Los restaurantes de la zona son los más costosos del Perú y un turista, por lo regular, no puede pagarlos. En Miraflores, la impresión general que da el resto de Lima se desvanece. No ve uno aquí a ese pueblo atolondrado, estrellándose los unos con los otros, como en el resto de la ciudad. Mantienen la respiración ante los extranjeros, sonrientes y sumidos. Un aparato de limpieza pública recorre las calles sin descanso y hay cientos de letreros que parecen transcripciones literales de la urbanidad de Carreño. La gente acata toda orden con una sensata disposición. Viven de esto, y lo saben. Nadie quiere acabar con el negocio. El lugar es refugio natural para los turistas que viajan al Perú buscando ver pintorescos pueblitos en el páramo y ruinas incas, y que de repente no soportan más folklor latinoamericano y quieren comerse una *Big-Mac* en un centro comercial, con baños limpios y aromatizados.

Uno jamás creería que Lima tenga mar. Y muchos menos que su temperatura promedio sea de 10 grados centígrados, cuando es una ciudad costera a poco de la línea ecuatorial. Eso hace de Lima una ciudad bastante extraña, en la que nunca llueve pero jamás se ve el sol. Una capa impenetrable de nubes grises la cubren sin descanso, cosa que no termina en precipitaciones, como sería normal. Miraflores está pensado respecto a esto. Muchos negocios están construidos al aire libre, es decir, no es que los restaurantes saquen mesas a la calle durante el día sino que están fijadas por pernos al suelo. Ver una escalera eléctrica a la intemperie es extrañísimo, pero estar en una ciudad que se ha levantado bajo la seguridad de que nunca va a llover, es otra cosa. Entonces nos vamos a la playa, a la que se llega bajando un acantilado al que le han ganando terreno para alargar el ancho de la costa habitable. El mar está helado y no vemos a nadie con intenciones de meterse al agua. Uno sólo se puede sentar y tratar de encontrarle el borde al océano.

En la noche, vamos a la calle donde están los bares. Es una de las calles más hermosas de América latina. De entre tantas opciones escogemos un karaoke llamado *Cocos*. Nos acomodan en el tercer nivel, donde hay un grupo de turistas rubios y tres parejas peruanas. Los europeos están cantando vallenatos, balbuceando las estrofas en español con suma torpeza. Para ellos parece divertido burlarse de su propio ridículo, pero los peruanos se lo toman en serio. Es cuestión de valientes arrebatarles el micrófono, al que se aferran mientras le cantan baladas románticas a la mujer que los acompaña. Ella, por su parte, responde sonrojándose y aplaudiendo en medio del silencio general, cuando acaba la canción. Los hombres están sentados siempre de espaldas a la pared, para poder mirar a las turistas sin tener que delatarse

con sus parejas. Yo hago lo mismo, no me quiero perder a algún viajero cantando *Hasta que te conocí* con su incompatible dejo alemán.

Pasamos unas horas ahí hasta que decidimos regresar al hotel. A esa hora lo recomendable es tomar un taxi, pero para economizar decidimos usar el mismo bus que nos trajo.

Mande a construir su propia estatua

Perú es un país de héroes. Moviéndose por la calles de Lima se ve un gran número de negocios que están nombrados en honor a algún personaje. *Herrería Don Juan Lizcano, Instituto Carrión, Pastelería y Repostería Pablo Palacios Wilches, Seguros Darío Guzmán.* Uno nota que no se trata del propietario porque el nombre incluye el apellido y, muchas veces, una partícula del tipo Don, Señor, General. Esa tendencia de los peruanos a levantar efigies y monumentos de forma enfermiza se debe, seguramente, a un exacerbado nacionalismo. Se enarbolan banderas en cada esquina, así no se aproxime una fiesta nacional. Sí uno pregunta en las calles qué hizo cierto personaje para que se levantara un edificio entero en su nombre, se expone que le reciten solemnemente su biografía, relato que incluye fechas y pasajes poéticos. La cosa sería más o menos así,

–¿Y qué fue lo que hizo Pedro Chiurliza?

–Don Pedro Chiurliza, dirá.

–Claro, un hombre, al fin y al cabo, como usted y como yo.

–De ninguna forma, un hombre no, un Don.

–Entiendo, disculpe mi confusión, pero aún quisiera saber qué fue lo que hizo.

–Con todo gusto: pasaban hambre su mujer y sus rozagantes hijas, el cielo arrebolaba azules y violetas, como el entristecido mar cuando bla, bla, bla.

Pensando en los enanos

En los buses hay asientos reservados para los incapacitados y las mujeres. El icono es una señora bajita y gorda, una peruana típica. Stephanie me dice que la imagen no representa a una enana con sobrepeso, sino a una mujer embarazada. Después de mirar detenidamente la figura por unos minutos, sigo creyendo que tiene más sentido mi interpretación.

Es común que el turista desprevenido se confunda en los cruces peatonales. Algunas calles tienen los semáforos del otro lado. Uno los busca un rato para saber cuándo puede pasar y no los encuentra hasta que mira al otro lado de la calle, por lo que no es recomendable llegar a Lima en carro, ya que el despiste puede terminar en una multa astronómica o un paseo gratis en el

chasis de un taxi. Si logra pasar la calle, vivo y completo, lo más probable es que uno se tope con un centro de educación intermedia. Institutos que ofrecen cosas imposibles dado el mercado laboral peruano. Aseguran capacitar a sus estudiantes en los oficios más estrambóticos, mesero de crucero, programador aeronáutico o alta cocina eslovaca. Esta última me hace recordar lo que sentí cuando descubrí que Colombia tenía un programa aeroespacial, financiado por el gobierno de Uribe, que estaba decidido a explorar nuevos mundos y a predecir eventos siderales atípicos. Con este feliz recuerdo bajé del colectivo y recorrí las calles limeñas saludando con la mano a los nativos y a sus mascotas.

La más rápida inspección de la casas de clase media de Lima arroja felices descubrimientos. Los antejardines son espacios valorados en la sociedad limeña. Tener uno es muestra de amplitud y elegancia. Debido a los caprichos del terreno, donde no crecían más que matorrales espinosos, hace unos años decidieron probar con un pasto modificado que ha mutado en una hierba brava, ocre e indestructible, imposible de erradicar. Se ha apoderado de los parques y los jardines. Es difícil encontrar otro tipo de hierba. Sillas de plástico y carros de juguete abandonados parecen vestigios de una civilización anterior, poderosa y feliz. De tanto en tanto, uno puede verse envuelto en un interrogatorio sobre los jardines colombianos, realizada por una anciana que no pasó por alto el interés de uno por su jardín. Sí usted no logra escapar en las dos horas siguientes al ataque, es posible que sufra un coma diabético a causa de la sobredosis de galletas azucaradas con que la vieja animará la reunión.

Clases de actuación

Salgo del hotel en la madrugada a comprar cigarrillos. El señor que me atiende me pregunta si me estoy haciendo el colombiano. Bastante sorprendido le aseguro ser colombiano y saco mi cédula para demostrarlo; sin mirarla me dice que hay unos peruanos de mierda que deliran con ser colombianos e imitan el acento. Regreso al hotel consternado, hombre, uno pensaría cualquier cosa menos que haya un país en el mundo donde la gente efectivamente crea que lo más apropiado es adoptar una de las nacionalidades que más prevención generan en estos días. A partir de ese momento, mientras estuve en el Perú, me sorprendí a mí mismo hablándole a la gente con ese tono misericordioso de los europeos cuando visitan Suramérica o África.

Paquete sorpresa

En las grises tardes de Lima, a plena luz, muchas veces es imposible distinguir una mujer de un hombre vestido de mujer. Acercándose un poco uno se puede aventurar a descubrir su género, pero hay que tener cuidado de que dicha aproximación no se confunda con un tímido galanteo. Las consecuencias serían funestas. Si uno cuenta con suerte, el personaje dirá algo

y uno podrá saber de qué se trata. Ese día en particular salí a la calle con la única intención de intercambiar palabras con cuanta persona se me cruzara. Nada. Salvo algunas escaramuzas, no pude entender lo que me decían. La conversación no avanzaba y alguno de los dos, casi siempre yo, se retiraba derrotado. Lo más que logré fue a causa de un tipo que cuidaba los carros parqueados fuera de un restaurante. El hombre se me acercó amablemente y me dijo algo. Creí escuchar que me hacía comentarios sobre el tipo de personas que frecuentaban el lugar. Pero eso no era lo que me quería decir. Repetía una y otra vez lo que había dicho al principio, hasta que perdió la cabeza. Nunca llegué a saber qué maldito idioma hablaba ese tipo; gruñía, graznaba, ululaba y echaba baba. Yo le respondía igual, él hacía gestos extravagantes, halándose los cabellos y dándole palmadas al asfalto. El portero del lugar pensó que me estaba molestando y lo alejó azotándole las nalgas con un trapo. Me invitó a entrar y le respondí que no tenía dinero para un restaurante como ése. El hombre me respondió que él tampoco, que si lo tuviera no estaría cuidando la puerta. Hablé más o menos una hora con el tipo, hasta que un cliente le pidió que le acompañara dentro. Esa conversación, lenta y tranquila, me permitió conocer de mejor forma la calidez de los peruanos, la delicadeza con que hablan, lo mucho que se cuidan de no herir al otro con sus opiniones. En adelante mantendría otras conversaciones con peruanos que me dejarían la misma impresión.

La despedida

En nuestro último día en Lima buscamos en el mapa la mejor ruta para llegar a Bolivia. Decidimos hacer nuestros torpes cálculos cartográficos mientras almorzamos. Una vez más, descubrimos nuestra absoluta incapacidad para comunicarnos de una forma eficaz con los peruanos. Tras muchas gesticulaciones vergonzosas, y con la mediación de voluntarios de mesas vecinas, ordenamos espagueti con albóndigas. Como era de esperarse, la muchacha nos trajo un caldo de papas con arroz chaufa. Auxiliados por un palillo de dientes descubrimos que la manera más rápida de llegar a Bolivia es haciendo escala en Puno, ciudad fronteriza. Después de almorzar le preguntamos a un tipo que estaba parado afuera del restaurante dónde quedaba la empresa de transportes más cercana. Nos pregunta a dónde vamos. Al revelar nuestro destino el hombre sonríe y tiene una escaramuza de extraña nostalgia. Nos dice que él es de Puno y se dedica a darnos largas descripciones de su tierra, citando fechas exactas de carnavales y direcciones incomprensibles de ruinas incas. Nos indica cómo llegar a las oficinas centrales de *Cruz del Sur*, una empresa que hace viajes al lugar, no sin antes hacernos prometer que nos hospedaremos al menos una noche en Puno, para darnos el gusto de conocer todas sus bondades. Caminamos unas quince cuadras hasta el lugar indicado. Nos dicen que sólo cubren la ruta en el bus económico, un viaje de 23 horas sin baño. Salimos de ahí, despavoridos porque nuestras elocuentes

vejigas no encontrarían descanso durante casi un día. Abordamos un bus que nos llevaría hasta transportes *Flores*, la empresa en la que viajamos antes. Aún recordando exactamente cómo llegar al lugar, cometo la imperdonable estupidez de preguntarle al ayudante del bus. El tipo me da todas las señales pertinentes para llegar a un desconocido lugar llamado *Fiore*. Las señoras que van sentadas le aclaran que pregunto por *Flores*, pero el tipo está empeñado en que yo vaya a *Fiore*, donde quiera que eso quede. El chofer del bus lo reprende fuertemente, "no le pega a una éste". Una señora, con cara de gerente de banco, me mira y se ríe, revelando toda la espectacularidad de mi ridículo. Las demás señoras se enfrascan en una dolorosa discusión fonética con el ayudante. Stephanie mira por la ventana, como si no viniera conmigo. Yo estoy ahí, encorvado y en silencio. El ayudante me toca el hombro y continúa con su elaborada reconstrucción del camino a *Fiore*, exaltado, feliz de ayudarme a llegar a esa tierra prometida. La gerente de banco, a la que hace rato le dejó de parecer gracioso, detiene la enloquecida discusión y me dice que me baje ahí, camine 5 cuadras y encontraré *Flores*. El bus para y la muchedumbre me empuja fuera, deseándome buenas venturas, repitiendo una y otra vez las indicaciones. Al bus arrancar de nuevo se despiden por la ventana, entre risas e imitaciones sobreactuadas de mi desconcierto. Compramos un pasaje en *Flores*, hasta Arequipa, en donde haríamos escala, ya que ninguna ruta iba directamente hasta Puno.

Suerte, forastero

La partida de un bus intermunicipal en las terminales es todo un evento. Viene toda la familia a despedir al viajero. Lo llenan de presentes y abrazos, incluso abrazan y despiden dramáticamente a los viajeros que no conocen. Decenas de personas persiguen el bus algunas cuadras, mandando saludes a conocidos que no ven hace mucho, hasta que el bus dobla una esquina y desaparece. En Perú, a diferencia de los demás países, no hay una terminal que agrupe a todas las empresas. Cada una tiene una propia, lo que dificulta la comparación de precios y servicios y causa de que, por lo general, uno realice todo el recorrido por el país con una misma empresa. Para nosotros ese fue el caso.

Camino a Arequipa, en las montañas desérticas, la gente escribe con piedras, como en Hollywood. Sin embargo, los mensajes son más personales, declaraciones de amor eterno o comentarios desfavorables acerca de la conducta sexual de alguna jovencita. Los pueblos parecen exhibiciones montadas en las montañas, lo más estereotipadas posibles. Esta vez, nuestra dosis de *Dramamine* suerte efecto rápidamente.

Arequipa

Ciudad aburrida y fea. Nada que decir.

Hostal Tarantino

El peor contratiempo con el que se puede encontrar un viajero es llegar a un pueblo pequeño a las tres de la madrugada. Cuando bajamos del bus en Puno no había una sola luz prendida. El chofer nos dejó tirados en la plaza de mercado y desapareció. Sólo nos acompañaba una pintoresca pareja interracial. La reacción inmediata fue agruparnos. Los vagabundos que dormían en los puestos de comida vacíos se incorporaron y nos observaban. Convenimos salir de ahí cuanto antes y meternos en el primer hotel que se nos cruzara. Eso sería tres cuadras más adelante. El único cuarto disponible era un galpón con cuatro camas. Era eso o dormir en la plaza, con los amigables mendigos. Seguimos por una serie de escaleras estrechísimas, donde había que agacharse para no darse un porrazo en la cabeza. Jamás vimos una recepción. No había baño. Volteé a mirar a la pareja que nos acompañaba, estaban igual de asustados que nosotros. Pero no había más remedio, nos tuvimos que acomodar ahí. Nos acostamos de inmediato, pero el temor común a que, de repente, se abriera la puerta y una catajarria de caníbales entraran a divertirse con nuestros traseros, nos tenía a los cuatro con los ojos abiertos. No hubo más remedio que presentarnos. La mujer era francesa, el tipo de Arequipa. Se dirigían al *salar de Uyuni*, el lugar más parecido a la luna sobre la faz de la tierra. Nos compartieron galletas y leche achocolatada. Hablamos un rato. No dejábamos de mirar la puerta. Cuando no hubo más que decir apagamos la luz. Tardé un rato en dormirme. Un ruido extraño me despertó, pensé de inmediato que *El Coco* había hecho su esperada presencia. Mi intuición se quedó corta. Era algo mucho más espeluznante. La francesa estaba encima del flacucho arequipeño. Lo cabalgaba con furia, gemía como una burra y él le daba nalgadas. El espectáculo se extendió por quince minutos. Esa noche, mi última noche en el Perú, lo hicieron tres veces más.

Bolivia

Un país sin fotocopiadoras

Uno de los requisitos para entrar a Bolivia es presentar una fotocopia del pasaporte. Sin embargo, en todo Desaguadero no hay una sola fotocopiadora. El pueblo limítrofe cuenta con más de 10.000 habitantes, ninguno de los cuales ha tenido la grandiosa idea de comprar una. A pesar de que cualquier persona que quiera entrar a Bolivia debe utilizar este servicio. Unas 12.000 personas por día transitan por la frontera, todas deben regresar al Perú, unos 10 minutos a píe, y hacer uso de la única fotocopiadora que hay en el lado peruano. Algún día, en el futuro lejano, un visionario pondrá una de lado boliviano y se hará tremendamente rico y poderoso.

Después de ir al país del lado para cumplir con el requisito de la copia, llenamos nuestra tarjeta andina por tercera ocasión. Esta vez el formulario tiene

una particularidad. En la pregunta de dos opciones, en la que uno debe marcar el género al que pertenece, está primero la opción de ser mujer que de ser hombre. No habré visitado más de 5 países a lo largo de mi vida, pero puedo apostar mi aparato reproductor a que éste es el único en el que las mujeres están delante de los hombres. Al menos en los formularios de inmigración.

La paloma de la Paz muere ahogada

En un perfecto inglés, el chofer que nos lleva a La Paz canta canciones de Abba. Este grupo sueco, que cantaba en inglés, logró hacerse un espacio en los corazones de las amas de casa latinoamericanas en la década del 70. Por lo visto, la popularidad les alcanzó para llegar a los 4.000 msnm de Bolivia.

El lago Titicaca acompaña, inconmovible, nuestra marcha. Es el alma de los bolivianos, y el hogar de unos nativos que muchos años atrás decidieron vivir sobre sus aguas, en islas artificiales. Además, el lago alberga la flota naval del país, doce lanchas rápidas y un destructor sobreviviente de la primera guerra mundial. Junto a Paraguay, Bolivia es el único país de Sudamérica que no cuenta con costas en los océanos. A esto se debe el grotesco acto de soberanía. Como no tenían mares para librar batallas en ellos, lo único que les quedó fue poner sus barcos de guerra en un lago. Lugar donde su infantería de marina pasa los días arrojando atarrayas a las aguas, para llevarles algo de pescado a sus familias, cuando terminen los ejercicios tácticos.

La constitución de las casas típicas bolivianas logra confundirlas con el paisaje. A decir verdad, son construcciones bastantes bonitas. Las paredes están hechas de ladrillo y repelladas con barro. Por lo general, las ubican junto a una saliente o una pared natural, para apoyar el resto de la edificación. Cuentan con un vestíbulo al aire libre, rodeado por un muro de la misma altura de la casa. Con el paso del tiempo las paredes de la casa toman el mismo color ocre del paisaje, y parecen montículos de barro, residuos de construcción o nidos de cóndor. La vista es invariable hasta llegar a La Paz, donde se experimenta un brusco descenso para llegar al centro de la ciudad. Gran parte de la población vive en las laderas, tan empinadas que los carros bajan con el freno de emergencia puesto. La terminal queda en la planicie, de más baja altitud. Seguramente fue una estación de trenes. Es un colosal galpón con vidrieras y sillas de madera. Por sus pasillos corre la más grande multitud de extranjeros que vimos en todo el viaje. Hay casi dos por cada habitante local. La terminal de La Paz reparte turistas a todos los rincones del imperio inca. Los hay de todas los tipos y estaturas. Casi todos son pesados bodoques de nata o larguiruchos despistados que no entienden nuestros mapas. A algunos es fácil adivinarles el recorrido. Están rojos como un camarón y una negra gorda les ha hecho rastas. Un tipo de estos con el pelo a lo Bob Marley se ve igual de inapropiado que una chola con iluminaciones. Ambas cosas se ven en la terminal por doquier; blancos disfrazados de indio y viceversa. Muy pintoresco.

La ciudad dormida

Nos han recomendado llevar gran cantidad de líquido para el recorrido. Para nuestra fortuna el lugar está abarrotado de kioscos de donde poder escoger. Pero ir de compras no es tan fácil aquí, casi todos los vendedores están profundamente dormidos, al igual que algunos funcionarios de la terminal. Uno se les acerca y se queda mirándolos, esperando que la presencia extraña los despierte. Uno puede quedarse horas llamándolos sin conseguir resultado alguno. Al final el único remedio es chasquearle los dedos en la cara, cosa que los hace despertarse de muy mal humor. Algunos hasta se negaron a vendernos, argumentando que se habían agotado las existencias, cuando podíamos verlas en el mostrador. El único almuerzo disponible, entonces, estaba en el restaurante, donde los precios casi se triplicaban, pero donde nos atendió una muchacha razonablemente despierta.

¿Cómo se llega a Colombia?

Un boliviano nos pregunta si en Colombia hay oportunidades de trabajo. La ironía se asoma por cada orificio. Le respondo que eso depende de qué tan afinada esté su puntería, él lo toma como una incontestable recomendación, y se le alegra el semblante. Deja a un lado sus oficios y mira el mapa que tengo sobre la mesa. Me pregunta de qué ciudad provengo, le respondo y se queda pensando unos segundos. Yo pienso en cómo sacármelo de encima, ya que dentro de un minuto debemos estar haciendo fila para subir al bus que nos llevará a Villazón. Señalando con un dedo un recorrido imaginario me pide que le recomiende una ruta, "y dígame ¿cómo se llega a Colombia?" La verdad, nunca había pensado en eso, ¿de haber nacido en otro país querría ir a Colombia? El tipo me mira impaciente y me veo obligado a trazar una ruta totalmente imposible desde La Paz hasta Cali, casi en línea recta, rompiendo la impenetrable Amazonía con el dedo. Recojo el mapa y me apuro a llegar al sitio de partida, el tipo me sigue unos metros y dispara "¿Así de fácil se llega a Colombia?" Le respondo que no le va a parecer tan fácil cuando quiera salir. Corremos hacia el bus, que ya calienta los motores, haciendo un gran esfuerzo para oxigenar la gasolina a esa altura, tan lejos del lugar que lo vio nacer, una superpoblada ciudad secundaria china o la mismísima casa matriz en Detroit. Sólo ahí, al sentir retorcerse los amortiguadores del bus, comprendo lo lejos que estamos de casa.

Resultó ser que el viaje hasta Villazón se hace a través de una carretera sin pavimentar. El frío alcanza algunos grados bajo cero y el bus no tiene calefacción. Trato de dormir pero el dolor en los huesos me lo hace imposible. Tengo dos pantalones, dos sacos, una cobija y estoy embutido en un *sleeping* y aún así siento como si estuviera enterrado en la nieve, desnudo. Nos han tocado en desgracia los dos puestos de atrás. La lata del bus se ha roto. El frío y el polvo que se cuelan nos debilitan el alma y el aparato respiratorio. Lo que se ve por la ventana tampoco ayuda. Siempre creí que el

cactus era una planta solitaria, que crecía sin amigos ni familia, abandonada a su suerte en medio de infernales desiertos. No podía estar más equivocado. A esa altura y con ese frío, la tierra sólo estaba poblada por miles y miles de éstos. El bosque de cactus desaparecía no más cuando un colono se radicaba en el lugar. Entonces se podaba un radio de más o menos un kilómetro en el que intentaban sembrar otras cosas, pero éstas, por lo visto, nunca pelechaban.

Momificados por el polvo llegamos a Villazón. Toda nuestra ropa se ha echado a perder y Stephanie entra en colapso respiratorio. Una hora más en ese bus y hubiera llegado derecho a una clínica, si se podía encontrara una en el lugar. Debemos hacer transbordo a un segundo bus, en el que cruzaremos la frontera. La señora de la empresa que contratamos lamenta informarnos que por motivo de las fiestas el bus no podrá partir. Nos procura un hotel para pasar la noche. De nuevo no hay seguro en la puerta, no hay baño y el cuarto fue hecho para enanos. Declinamos la amable oferta de la señora y salimos a buscar hospedaje. La totalidad de la población se encuentra absolutamente ebria. Vomitan en las calles e intentan abrazarnos. Bailan una extraña cumbia, hombres con hombres, obligándonos a hacerlo también. A pesar de la cantidad de licor ingerida y el desorden evidente, no vimos una sola pelea. En otros países un evento así siempre termina con disparos al aire y ojos morados. Aquí la gente vive sus celebraciones públicas en total armonía, propia de pueblos civilizados.

El pueblo de los Niños Koala

En Villazón los niños no lloran cuando se caen. Las bolivianas los llevan atados a sus espaldas con una especie de manta de lana. Se podría pensar otra cosa, pero los niños cuentan con una increíble libertad de movimiento. Pueden agarrar objetos extraños del suelo cuando su madre se agacha y dar acrobáticos giros sobre su propio eje. Se han adaptado a este medio de transporte de una forma asombrosa. Al verse sobre sus dos piernitas se desploman inmediatamente. Sin importar la violencia del impacto, se levantan impasibles, preparados a caer una y otra vez, hasta que su madre se conduela y los regrese al marsupio. Por eso mismo, los pequeños viven como una extensión física de la madre, quien también se ha entrenado para que el bulto en la espalda no le impida desarrollar sus actividades diarias. Al margen de todo esto, lo verdaderamente asombroso es ver cómo estos niños habitan en alturas reservadas por la naturaleza a los adultos de la especie. Por lo regular, el mundo de los niños de esa edad es similar al de los insectos. Se arrastran por la tierra, reptando entre mesas gigantes y piernas que los podrían aplastar. Estos niños, en cambio, viven el horizonte visual de un adulto. Pueden mirar a los ojos y hacer sus demandas en igualdad de condiciones. Me atrevo a decir que esa es la causa de que hayan perdido el hábito de llorar.

Preguntas incómodas

Desde La Quiaca, el pueblo fronterizo argentino, toneladas de mercancía entran a Bolivia, a lomo de indio, por un corredor especial en el que no pasa por la aduana lo que uno pueda llevar sobre el cuerpo. La medida ha facilitado la evasión de impuestos en la frontera, debido que un solo indígena puede hacer más de 30 viajes en un día. Nos dicen que las empresas manufactureras de la región cuentan con ejércitos de hasta 40 indios, que pasan de un lado al otro el tonelaje total de un camión en menos de medio día, sin gastar un solo peso en impuestos.

Preocupadísimo por la impresión que nos llevábamos de su país, un funcionario nos aborda, encuesta en mano. Se muestra muy amable y sonríe tímidamente, como un niño atrapado en paseo de integración laboral, al que su madre lo ha obligado a ir, vestido de marinerito. Nos pide que llenemos la encuesta. Parece una buena forma de pasar el tiempo, así que aceptamos. Error. Totalmente ignorante acerca de la situación de su país, desata un minucioso cuestionario, ¿Cómo los atendieron? ¿Qué diferencias notaron con Perú? ¿Qué tal los hoteles? ¿Cómo vieron nuestra red vial? Salvo la pregunta del hotel, las demás respuestas no le iban a gustar. El tipo luce ansioso, esperando un derroche de aplausos y hurras. Siento lo mismo que si descubriera a mi madre en los brazos del vecino. ¿Debo denunciarla o evitarle a mi padre ese profundo dolor? Stephanie resuelve esta cuestión moral con una brutal sinceridad. Una tras una, va enumerando las desgracias que vivimos en ese país de cavernícolas, la travesía de 16 horas por una trocha solo apta para mulas, la poca camaradería de sus gentes, el atraso esencial en el que se encuentra el país. El tipo se queda de una sola pieza. Pide disculpas en nombre del pueblo boliviano y da media vuelta. Es ahí cuando veo que su chaqueta lleva un membrete del ejército. La respuesta de Stephanie lo afectó de tal manera que guardó las encuestas en un maletín. Aunque la declaración de Stephanie no faltó en una palabra a la verdad, todas las fotografías que tomamos en Bolivia podrían haber sido mal interpretadas. Eso que uno ve como pobreza y retardo, no es más que un modo de vida milenario y natural. Estos son los únicos suramericanos que aún derraman sangre para mantener su nación, la nación indígena. Original, fuerte y poderosa, a su modo. Y no es en una guerra donde la sangre corre. Es en los días, en los dolores de espalda. Negarse a las comodidades. Esa es una lucha sangrienta.

Señor agente, ya sabe por dónde puede meterse el megáfono

La policía fronteriza nos grita, con un megáfono, que nos quitemos de su jardín. Al mirar el suelo, vemos que estamos parados sobre un yermo sólo florecido con piedras. Agradecemos la ironía del agente saludándolo con el dedo del medio, hartos ya de las buenas maneras del pueblo boliviano. Apresuramos el paso al lado argentino, evitando incómodas repercusiones.

Un argentino, que presenció todo el incidente, se ríe entre dientes y nos invita a hacernos a su lado.

–Son terribles éstos, eh…
–Sí, lo son.
–¿De dónde son?
–Colombia.
–Colombianos, eh…
–Sí.
–Siempre he querido conocer Colombia.
–Yo también.
–No sos de Colombia luego…
–Sí, claro, de allá soy.
–García Márquez, Shakira…
–Pacheco, Edgar Perea, Gustavo Petro, Pilar Smith…
–¿Y eso'son escritores también?
–Sí. Claro. Grandes escritores. Sobre todo Petro.
–Y… ¿Qué ha escrito ése?
–Tantas cosas…
–No lo he escuchado, a ése.
–Ya lo vas escuchar, ya casi.
–¿Van para Buenos Aires?
–Eso creo.
–Te digo pibe, gran ciudad, colosal…
–No lo dudo.
–Y bueno, hemos tenido algunos problemas.
–Eso he escuchado.
–Y… la gente está muy mal, te digo, no se acostumbran.
–Espero acostumbrarme yo.
–La gente creía que vivía en Suiza, y no…
–No me lo puedo imaginar.
–Se iban de vacaciones a Europa, gastaban no sé cuánto…
–Yo tampoco sé.
–Como el peso estaba igual que el dólar.
–No sólo el peso.
–Se engañaron, ¿vite? Cuando hubo problemas, debían la vida.

–Ah, qué cagada tan grande hombre.

–Sí. Qué cagada.

Argentina

El país de los argentinos

En la Argentina ya no se ven tantos turistas. Entendible si uno piensa en lo que viene a buscar un europeo. ¿Qué se busca en un viaje? Cambiar de idioma, de arquitectura, de clima. Cambiar de vista. A un visitante no le interesa venir a una Europa de segunda, un pueblo que extinguió a sus indígenas originarios, junto con sus costumbres y sus creencias. Es innegable que Argentina alberga una cultura bastante peculiar, pero mantiene esa empobrecida semejanza con el viejo continente.

A pesar de que el recorrido dura casi un día, el bus que tomamos es tan cómodo que en un abrir y cerrar de ojos estamos entrando a Buenos Aires. Sin darnos cuenta dejamos atrás Jujuy y Tucumán, ciudades secundarias. De los paisajes de este largo recorrido que el *Dramamine* me dejó recordar sólo conservo las imágenes semidesérticas y cultivos de trigo o soya. Nada más. Junto a nosotros viaja un tipo de Santa Cruz de la Sierra. Se llama Juan Francisco. Antes de hablar con él estaba convencido de que era argentino. Él mismo nos aclararía después que los habitantes de Santa Cruz son de otra raza, que ya casi no quedan indígenas puros por allá. Nos cuenta cosas de su ciudad y de su vida, no para de hablar, se ahoga entre una palabra y otra. Deja ver la inmensa felicidad que lo colma por conocer Buenos Aires. El tipo está en un éxtasis tal que podría jurar que siguió hablando durante todo el recorrido, aún cuando yo me quedé dormido quince minutos después de empezar la conversación.

La estrella de los bolivianos

Lo primero que hacemos al bajar del bus es buscar el famoso obelisco. Cometemos el fatal error de preguntarle a un taxista. El tipo nos dice que está lejísimos e inmediatamente nos ofrece sus servicios. Preferimos buscar primero un lugar donde cambiar nuestros dólares por pesos argentinos. Según varias fuentes el lugar más cercano es el hotel *Sheraton*, a dos cuadras del terminal. Ahí nos dicen que el obelisco se encuentra tres cuadras más arriba, doblando la esquina. Decidimos regresar al terminal a almorzar y luego ir al obelisco, donde se concentran la mayoría de los hoteles.

Nos encontramos a Juan Francisco al volver al terminal. Su amigo no le contesta el teléfono. Pienso que probablemente esté dormido o muerto, pero Juan Francisco va más allá en la escala del terror, él teme que no lo quiera recibir en su casa y se le esté escondiendo. Tiene el dinero apenas suficiente para sobrevivir un día y no conoce a nadie más. Visiblemente nervioso

nos pide que lo dejemos almorzar con nosotros. Aceptamos sin dudarlo, pero mientras caminamos hacia el puesto de comidas me pregunto si estaba pidiendo compañía o almuerzo gratis. Encontramos un lugar que prometía darnos un milanesa de cerdo con gaseosa por solo 5 pesos. Esperamos largo tiempo al mesero, que atiende otros clientes. Juan Francisco no dice palabra alguna y clava los ojos en el mantel, parece que un escalofrío le sube por la espalda. Nosotros no encontramos qué decirle. De improviso se levanta y dice que va a ir al baño. Es la última vez que lo vemos.

Hace unos años, una turba de ciudadanos, comunes y corrientes, arrojó de un tren en movimiento a una mujer boliviana. La señora murió a causa de múltiples hemorragias internas. Su único delito, ser gorda, pobre y, claro, boliviana. La policía argentina dejó pasar el hecho sin mover un dedo. Los asesinos se bajaron del tren y siguieron con sus vidas. La cosa quedó así. Este macabro crimen, sin embargo, demuestra lo poco bienvenidos que son los bolivianos en el país de los argentinos. Para nada fue un hecho aislado. Los bolivianos han sido obligados a vivir en las peores condiciones. Se les paga menos en los trabajos y hay una prohibición sucinta a establecer relaciones con ellos. Uno los ve andando solos, pan y gaseosa en mano, moviéndose por el borde la calle, sin atreverse a pisar el andén. No se sientan en las bancas de los parques. No van a cine y cuando pisan un centro comercial no pueden poner sus narices en las vidrieras. Las adolescentes blancas los llaman "grasa", vocablo usado antes para referirse a las costumbres faltas de clase, vulgares. Ellos se han agrupado en los guetos, y esperan. La comunidad se fortalece por su volumen. En los barrios que habitan ya hay negocios sólo para bolivianos, tiendas, bares. Aún así no se atreven a hacer bulla. Para las autoridades De Buenos Aires, un grupo de bolivianos ebrios y eufóricos es un delito. En sus fiestas la música suena a un volumen inferior al de la voz humana, su voz misma se escucha a un volumen inferior a la voz humana.

Escondido en los arbustos

Vamos en busca del obelisco. Esa maravillosa estructura citada en cientos de novelas y enciclopedias. Damos vueltas por el sector donde nos han dicho que estaba, sin encontrarlo. Comemos nuevamente. El centro de Buenos Aires es impropio de América del Sur. La arquitectura es europea y muy cuidada. Se nota la mano delicada y constante, que construyó ladrillo a ladrillo edificios lujosos, derrochando cúpulas, gárgolas y columnas griegas dispuestas con muy buen gusto. El invierno hace ver todo aún más claro, no hay hojas que impidan contemplar la ciudad. Pero la tierra es la tierra, por más que la decoren. La basura se acumula en las calles y niños mendigos esperan la compasión de los transeúntes, arropados por mantas rotas. Posponemos nuestra búsqueda al encontrar accidentalmente el hotel que nos habían recomendado. No es un lujo, pero estará bien para dormir. Descan-

samos unas horas y en la noche salimos nuevamente, a echarle un vistazo más prolongado a la ciudad. Entonces lo encontramos. Por décima ocasión, le preguntamos a alguien por el obelisco. Una pareja de ancianos que paseaban, tomados de la mano. Se sorprenden con la pregunta y se echan a reír, mirándonos con ternura. La vieja señala con la mano y dice *ahí está.* Volteó a mirar y no lo veo, entonces me paro al lado de la señora, para poder ver lo que ella ve. Y sí, ahí está. Antes no lo pude ver porque me lo estaba tapando un árbol. Un árbol sólo un poco más alto que yo, que no soy muy alto. Eso explica porque no lo encontrábamos. El obelisco es más grande en los libros, o los escritores argentinos imaginan árboles muy pequeños.

El vejete roba-galletas

Esa tarde decidimos ir a Palermo, un lujoso sector en el que se concentran las tiendas de ropa exclusiva y los mejores bares de la ciudad. Para llegar allá optamos por tomar el metro, conocido acá como *Subte*. La estación más cercana queda justo frente a nuestro hotel, lo que consideramos una gran bendición, ya que en lo siguiente podremos ir adonde queramos caminando unos cuantos metros. La estación *Congreso* se encuentra sobre la línea uno, la primera que se construyó. Han hecho un gran esfuerzo por conservarla exactamente como estaba el día de su inauguración. El interior de los vagones es de madera, con sillas de parque y armarios en los que deben guardar maravillas reservadas sólo para los funcionarios ferroviarios. A pesar de que las piezas de madera han sucumbido a la polilla y al uso, el conjunto ofrece un exultante aire europeo, favorecido por la acostumbrada falta de luz de los trenes subterráneos. Días más tarde, me daría cuenta que las demás líneas son mucho más modernas y que, sumadas todas las combinaciones posibles de trasbordo, cubren una franja muy reducida de la ciudad, limitándose casi por completo a zona céntrica. Esto lo comprobé un día en el que tomé la línea uno (la más larga) desde su comienzo hasta al final. Al devolverme decidí caminar. Una a una, fui salvando las estaciones que recorrí en el metro. Cuando llegué al punto de partida no habían pasado más de 20 minutos. Las personas que se salen del radio de acción del metro, la mayor parte de la población, deben abordar el bus urbano, como cualquier parroquiano de Armenia, Cuzco o Asunción. Sin embargo, el estatus que da contar con un complejo subterráneo de trenes (opción negada para la mayoría de las grandes y medianas urbes latinoamericanas) hace posible que en Buenos Aires algún aturdido turista se confunda de hemisferio.

Vamos a mitad de camino hacia Palermo. Una encantadora niña mugrosa nos pone una galleta en el regazo y luego recita de memoria una apesadumbrada enumeración de sus desgracias, una por una, aclarándonos finalmente que la galleta cuesta exactamente lo que nuestros conmovidos corazones puedan dar. Un anciano circunspecto, después de haber sido visto por todos metiéndose la galleta en la boca, se niega a aceptar que la niña le dio

cosa alguna cuando ésta le pide el producto o el dinero. La niña lloriquea y el viejo simplemente la ignora, cerrando los ojos. En el asiento del frente viaja un señor de unos 50 años, grandote, al que parece molestarle bastante la actitud del despiadado vejete. Todos los pasajeros concentramos nuestra atención en él. Esperamos a que, de un momento a otro, el tipo se pare y le ponga la mano en la jeta al ladrón. Nada pasa. Cuando el vil hombre llega a su estación, se baja tranquilamente, pasando descaradamente frente a todos. La gente que va aún en el vagón mira al fortachón, decepcionada. Él sólo atina a decir:

–No fui un héroe en la guerra, no lo seré aquí.

We keep the Falkland's with some few pennies

Hay un perro muerto en la historia bélica argentina. En abril de 1982 sus envalentonadas tropas desembarcaron en las Islas Falkland, avocadas a solucionar por la vía armada un viejo litigio territorial, contraído con una superpotencia nuclear. La reina de Inglaterra, que peinaba sus chiguaguas en ese momento, fue informada de semejante despropósito. Se dice que la emperifollada majestad cambió el tema aconsejando a su ama de llaves que dejara reposar el té un poco más la próxima vez. Unas pocas semanas después, los soldados sobrevivientes regresaban derrotados a las costas argentinas. No hay mejor forma de conocer la forma en que los argentinos se ven a sí mismos que rememorándoles este descalabro en medio de una conversación. Si no son demasiado jóvenes como para ignorar el asunto, van a tomar un aire serio, levantando la frente hacia la fuente de luz (el sol, un foco en la pared, una claraboya). Luego te van a mirar a los ojos y van a contar con los dedos el número de buques ingleses que mandaron a dormir con los peces, para finalizar diciendo que todo se vino abajo por los problemas internos que el presidente Galtieri no pudo manejar. Pequeños errores de planificación. Un tiro en el palo. Que si no, bueno, otra historia se contaría. Un argentino jamás va a reconocer la superioridad de su contrincante en una derrota. Cualquier contratiempo se debe, sin ninguna duda, a factores climáticos, maleficios, árbitros comprados, confabulaciones transnacionales o a que, simplemente, no se puede ganar siempre. En el caso específico de las Islas Falkland, el asunto se resuelve con un inesperado giro onomástico, las islas se llaman Malvinas, fin de la discusión. No se quedaron con las tierras, pero conservan el nombre, que ya es algo.

La Coca-cola la inventaron los argentinos

Una de las más notorias características de un pueblo de vista corta es que creen que sólo ellos tienen lo que tienen. Cuando un argentino va al volante de una moto japonesa ensamblada en Ciudad de México, se ve como se vería un alemán bajándose de un *Volkswagen* o un japonés programando un

robot. Pareciera que prefieren pensar que las motocicletas las inventaron en La Plata y que el fútbol llegó a las costas inglesas proveniente del puerto de Buenos Aires.

Hablar con un argentino es comprobar cómo las palabras pueden comerse vivo a un hombre. Si se les pregunta por la ubicación de algún monumento histórico responden antecediendo a la simple indicación de doble aquí, siga derecho allá, una grandilocuente y absurda comparación de dicho lugar con los vanos intentos que ha hecho Europa o Japón por imitarlo. Tienen programada una ruta estándar, plagada de maravillas arquitectónicas y plazas en donde se escribieron las mejores novelas, a la luz del tango. Sin preocupaciones, si te quedaras dormido en la acera con el celular en la mano, al despertar lo tendrías todavía para poder tranquilizar a tu madre. La comprobación de la verdad, a través de las palabras, funciona aquí mejor que en cualquier parte del mundo. Sí fue dicho, se debe suponer que fue hecho. *Pas question*. Sin embargo, al ver cómo en los programas de opinión de las televisoras argentinas se denuncia y discute públicamente el lastimoso estado económico y social de país, uno se puede sospechar que realmente son conscientes de lo mal que andan las cosas. Si, mientras almuerza, uno presta atención a las conversaciones de las mesas contiguas, podrá notar que entre ellos no hacen más que quejarse. Para el resto del mundo, todo va fenómeno. Aquí todo se queda en casa.

Jamás morir en Colombia

Tres días antes de dejar Buenos Aires decidimos ir a visitar a un par de amigos, que hace poco habían llegado a la ciudad. Alejandro y Natalia estaban inscritos en la Universidad de Buenos Aires, como otros tantos colombianos, que llegaron seducidos por el irrisorio precio de la vida en la Argentina. Tras contactarlos telefónicamente, nos citamos en *Gabo*, el único restaurante colombiano de Buenos Aires. Sólo al llegar descubrimos que la decisión de reunirnos ahí respondía a que Natalia era mesera de lugar. Alejandro se excusó, por cuestiones de trabajo. Sin embargo, Diana, una antigua compañera que había llegado un año antes, acudió sorpresivamente. Mientras esperábamos la salida de Natalia fuimos vencidos por el hambre, así que ordenamos chocolate en leche y medialunas. El mesero, colombiano como todos, nos dice que se vino de Colombia apenas tuvo oportunidad. A diferencia de los otros que se vivieron, éste no tenía la más mínima intención de estudiar. Gran parte de los colombianos que vienen acá lo hacen previa matrícula en alguna universidad y, casi todos, expresan su deseo de ejercer en Colombia cuando terminen. Por lo que respecta a este hombre, no piensa regresar ni de visita. El mundo es una cosa muy grande.

Cuando Natalia está lista nos invita a su departamento, en el que vive con Alejandro, que ya ha llegado. Ordenamos pizza y cerveza y pasamos la noche hablando. Alejandro, que se especializa en periodismo científico,

nos cuenta que consiguió trabajo en la sección de quejas y reclamos de una empresa alemana. La cosa funciona así: un alemán insatisfecho arde de ira y decide llamar al número 1-8000 que está escrito tras el producto que compró. Convencido de estar hablando con alguien que se encuentra en Berlín o Munich refunfuña y exige que le regresen su dinero. A cientos de miles de kilómetros de ahí, Alejandro contesta el teléfono en su cubículo y lo atiende en un perfecto alemán. Nadie sospecha que está hablando con un tipo que se encuentra en otro continente. Responden por sueldos menores a los que tendrían que pagar en Alemania y ya está, el negocio perfecto. A eso de las tres de la mañana, cuando todos están moderadamente ebrios, Alejandro nos pide que desalojemos porque debe madrugar al día siguiente. Entendible. Así que regresamos en un taxi al hotel.

Antes de dejar Buenos Aires decidimos ir en busca de comida colombiana a *Gabo*. Natalia nos dice que el mesero colombiano que nos atendió la vez pasada murió hace dos noches. Se acostó a dormir en su estrecha madriguera y dejó la válvula del gas abierta. Los vecinos finalmente se decidieron a derribar la puerta después de no ver movimiento en dos días. Lo encontraron plácidamente muerto, probablemente satisfecho de ver realizado su sueño de no morir en Colombia.

Sintaxis y profilaxis

Los argentinos hablan con voz chillona y a gritos, como si respiraran helio. Conservan esa costumbre de los años noventa de acercar excesivamente el celular a la boca cuando deben decir algo, dando alaridos, como si estuvieran utilizando un radioteléfono de baja frecuencia. Me pasaba a menudo que mientras caminaba desprevenido por alguna calle me veía repentinamente asaltado por un escalofriante chillido, que no era más que un inofensivo parroquiano que acababa de toparse con su compadre. Además del tono hay problemas más graves que impiden que se pueda afirmar que compartimos un dialecto común. En un proceso de aculturación lo usual es reemplazar el léxico nativo por palabras importadas, conservando la sintaxis. Sin embargo, en Argentina ésta ha sido ligeramente trastornada. Usan términos franceses para referirse a cosas tan cotidianas como un armario y el sacrosanto lenguaje articulado del castellano termina en una retahíla de redundancias y taras que horrorizarían a los castizos. No tienen un fonema para la doble L y la pronuncian como Ch. Se comen las eses. Stephanie parece haber encontrado la razón. Hablando con un grupo de colegiales con los que compartíamos la barra de un bar, notó que los argentinos tienen las encías muy grandes y los dientes muy cortos, usualmente agusanados por la caries y el sarro. Ese descubrimiento de antropología física hizo que en lo siguiente no pudiera volver a mirar la boca de mis interlocutores mientras conversaba con ellos. Los silencios incómodos estuvieron a la orden del día.

La casa de la Barbie

Nos han hablado de un lugar, junto al río de La Plata, en el que uno puede disfrutar de una cena sobre una réplica del crucero *General Belgrano*. El original fue hundido por los británicos en la guerra y han acondicionado éste como atracción turística. Así, partimos del hotel en metro y nos bajamos al final de la línea. Esa última estación aún distaba unas cuantas cuadras de nuestro destino. Utilizando la guía urbana que compramos, nos acercamos el sitio. Y entonces ahí estaba. No tan grande, no tan grandiosa, pero si muy rosada, rosada como un vestido de quince.

¿Cómo diablos puede uno retar al imperio británico refugiando a su presidente en una casa de muñecas? Fácil, si tiene a sus puertas una crisis humanitaria que distraer.

¿Dónde diablos dejé mi cilindro de gas pimienta?

Quizá una de las cosas más molestas de caminar por las calles de Buenos Aires es tener que soportar centenares de vendedores ambulantes. Uno puede llegar a tener hasta a 6 de estos tipos tras de uno, mientras intenta abrirse paso, a codazos, entre los que recién lo abordan. Por lo menos a cuatro de éstos se les ha dicho que de ninguna forma uno está interesado en comprar algo de lo que lo ofrecen. Si tuviera que recomendar un objeto para un viaje como estos, sin duda sería un matamoscas.

Este certero ataque del subempleo fue sólo el abrebocas de lo que se venía. Caída la noche, luego de visitar una librería, donde Stephanie prefirió quedarse otro rato, salí a dar un paseo. No esperaba mucho, pero pude tener la bella oportunidad de perderme, de navegar, como dicen los poetas. Los malditos poetas. Bueno. Tras doblar esquinas sin sentido por algún rato, creí estar convenientemente perdido. Ahí fue que sucedió. Un tipo me abordó, pero no como los otros. Éste me tomó directamente del brazo y me dirigió sin vacilaciones a un oscuro segundo piso, un antro llamado *El Habano*. Primero me rehusé a seguirlo, pero el tipo me dijo que allá adonde me llevaba podría tomarme unas cervezas. ¿Por qué no? Era un tipo simpático. Así que subí de su mano hasta la trampa. Uno siempre tan astuto, como colombiano criado entre diablos, no cree que un argentino caído del zarzo se la vaya a hacer. A uno, un colombiano curtido en cuanto torcido pueda urdir la mente humana. Ja. Por Dios. Pues no fue tanta mi agudeza, al parecer. Una puta semidesnuda me agarró de la camisa. Ya iba comprendiendo. Me sentó en una silla, decorada con infinito mal gusto, y al batir de sus palmas llegó otra alimaña, ésta de piel oscura, con un fuerte olor a látex. Ambas eran feas, pero una sobresalía por dos dientes de oro, que no dejó de mostrarme cada vez que me hablaba, dejando la boca abierta siempre un segundo de más, después de hablar. Les expliqué a ambas, con paciencia y caballerosidad, que no estaba interesado en contratar sus servicios. Inventé que pertenecía a una excursión y que mi impaciente guía me esperaba a unas cuantas calles.

A ellas no les importó, se negaban a aceptar que un muchacho joven y sin compañía dejara pasar esa oportunidad de oro. De oro, precisamente, como los dientes de la puta. Así que me puse de pie y me intenté alejar. Una de las putas aplaudió y al instante apareció una tercera con tres copas, llenas hasta el borde de algo que parecía *frutiño de maracuyá*. Las puso, agachándose con conmovedora sensualidad, en una mesita de centro. Le expliqué a la puta recién llegada que no estaba interesado en contratar los artes amatorios de tan bellas mujeres, y me disculpé, cómo no, porque la cosa tuviera que postergarse a otra oportunidad. Ésta sí entendió mis razones, y me dijo que no había problema. Me deseó un buen día. Cuando quise avanzar hacia la puerta se me interpuso de nuevo. Me informó que tenía que pagar el consumo. Yo no había tocado el bebedizo anaranjado, y se lo hice saber. Entonces dio dos palmaditas al aire y apareció un auténtico truhán de las pampas. Me dijo que arreglara con él y se fue. Acorralado ya, pregunté cuánto les debía por el coctel. 30 pesos. No estaba en condiciones de enfrentarme a ese tipo, así que se los di. No era una gran suma, de todas formas. Traté de irme por tercera vez y, por tercera vez, me interceptaron. Ya fuera de sí el tipo me recordó que debía pagar por el consumo de las rameras también. Argumenté que no tenía dinero, así que el bribón le ordenó al ejército de prostitutas que me requisaran. No fue sino hasta cuando una metió su mano en un lugar que ninguna mujer, sea cual sea la ocasión, puede tocarle a un hombre, acepté que de repente había recordado que tenía dinero. Saqué 60 pesos y se los pasé al tipo. De nuevo impidió que me moviera. Decía que le debía el consumo de la segunda dama. Dama. Así le dijo. Repasé sus matemáticas elementales, recordándole que 30 más 30 da sesenta. En Colombia y en Argentina. Él no estuvo en desacuerdo con mi suma. El asunto era que la copa de las muchachas no costaba 30 sino 60. Políticas del establecimiento, dijo el hombre. En ese momento sentí mi integridad lo suficientemente amenazada como para darle los otros 60 sin rechistar. 150 pesos argentinos, unos 50 dólares. Pude salir, pero mientras bajaba las escaleras les recordé lo peligroso que era meterse con un colombiano. Ya vendrán mis amigos a visitarlos, les grité, y ahí sí verán. Soy sobrino de Miguel Rodríguez Orejuela. Cuiden a sus familias. Llegué a la calle, de cierta forma tranquilizado, por haber salvado el pellejo. Sin saber que lo bueno apenas empezaba. Resulta que en mi alocado recorrido, lo único que logré fue dar vueltas en círculo. El mentado prostíbulo estaba exactamente al frente de la librería en donde estaba Stephanie. A quien, por cierto, podía ver desde donde estaba, tomándose un malteada en la cafetería de la librería, ubicada, cómo no, en la parte de adelante, justo tras las vidrieras. Como era de esperarse, las putas malhechoras no pasaron por alto mis violentas amenazas y me siguieron hasta la calle. Me aclararon a empellones que nadie vendría a amenazarlas de esa forma. Stephanie escuchó el escándalo y salió a ver qué pasaba. De inmediato crucé a la otra acera y la tomé por el brazo, regresándola de vuel-

ta a la librería. Allí fui sometido a un insidioso interrogatorio, del que salí limpio negando toda relación con el bochornoso incidente. Esa fue nuestra última noche en Buenos Aires, de la que salí con 50 dólares menos y una venganza por cobrar.

Muñecos de nieve sin bufanda

Mendoza ofrece una impresionante gama de cosas aburridas para ver. Las conocimos todas, por supuesto. Argentina, más que cualquier otro país del continente, está férreamente centralizado. El resplandor de Buenos Aires fue tan absoluto, que cegó cualquier iniciativa en las provincias. Así que, de nuevo, gastamos nuestras horas de espera en el terminal, lugar que siempre permite la posibilidad de dormir con algo de seguridad. Si conocí algo de Suramérica, a lo largo de este viaje, de lo que puedo hablar con infinita propiedad, esas son las terminales. Me las conozco todas. Sé cuántos baños tienen y en qué condición están. Podría reconstruirlas si me dan un pincel, un lienzo y algo de talento para la pintura. No notarían la diferencia con una foto. En esta ocasión, Mendoza nos brinda una que parece una capilla de colegio. Acogedora, hermosa, magnífica, madura, discreta, fenomenal, no me alcanzan las palabras. No me alcanzan.

15 dólares nos cuesta el chiste hasta Santiago. Por primera vez viajamos en microbús. Transporte que en un recorrido de 23 horas sería nefasto, pero pensando en las 6 horas que nos separaban de Santiago no habría de qué preocuparse. Más adelante, y sólo para nosotros, los cielos precipitarían toneladas de nieve. Al comienzo, sólo se podía ver un polvo grisáceo que se posaba sobre los matorrales. Pensamos que se trataba de residuos industriales, arrojados a la atmósfera por la vigorosa industria chilena. Luego sería innegable su presencia. Lo cubría todo, incluso la carretera. Atravesamos varios campos de esquí, en donde nos hubiera gustado bajarnos. Se veía tan fácil desde la ventana. Se trataba de bajar la montaña. Deslizándose o rodando, eso no importaba. Si uno se cae, toma un asiento tirado por cables que lo regresa a la cumbre. Fácil. Pero habíamos comprado pasaje directo y no podíamos dejar al microbús. Las ventanas estaban selladas y nos vimos obligados ver cómo estas felices personas bailaban en la nieve a través del vidrio empañado.

Pero la nieve nos sería dada. El paso fronterizo entre Chile y Argentina está en medio de todo el espectáculo blanquecino. Nos tiramos en la nevada, aun sin estar debidamente protegidos, y en contra de las recomendaciones de los que venían con nosotros en el bus. No importaba morir por congelamiento si podía sentir que caminaba por las nubes. Organizamos la obligada guerra de bolas con tal entusiasmo que ni el chofer dejó de comprobar mi puntería. Desgraciadamente, había papeleo por delante y debimos entrar a las oficinas, donde nos demoraron un largo rato. Al terminar le preguntamos al chofer si podemos ir al baño, que está a unos 100 metros. Refunfuña algo

parecido a sí. Cuando salimos del baño no encontramos el bus por ninguna parte. Una funcionaria de aduanas nos dijo que se había ido hace un minuto. Creo que todo se debió al ataque de bolas de nieve contra el conductor. Fuimos abandonados en medio de la nieve, a 18 grados bajo cero. Habríamos de esperar dos horas para que alguien accediera a llevarnos. Chile nos abre las puertas de su nevera estacional, de par en par y llena de luz blanca.

Chile

Grandes granjas rojas

La entrada a Santiago recuerda esas ilustraciones naturalistas de la Albania proletaria de Henber Hoxha. Granjas de madera pintadas de rojo, rodeadas de campesinos con sombrero, que miran impasibles el devenir sideral, esperando la germinación de las cosechas o la inoportuna visita de algún vecino, cosa que parece que nunca ocurriera. Todo esto contrasta con las modernas autopistas con que se presenta Santiago. El país que mejor la está pasando en la región. Un nivel de vida alto, el más alto que un pueblo latinoamericano ha visto jamás. Se ve a primera vista en cosas como los carros. Los taxistas andan en modelos costosos, último modelo, rines de lujo y cojinería en cuero. Me impresionó de gran forma que los taxis fueran tan lujosos. Viendo esto, ya empieza uno a creerle al primo que vino de Europa cuando asegura que en Alemania los taxis son Mercedez-Benz. Si aquí alguien puede destinar 45.000 dólares a un automóvil que transporta pasajeros, no me imagino lo que pueda estar ocurriendo en otros países más ricos.

La maldición del otoño

Pienso en lo divertida que sería esta gente si no vivieran siempre en otoño. Ramas secas, atardeceres poéticos, parques con muchas sillas, montañas alrededor, coronadas por nieve. Demasiada belleza para un ser humano. Lo primero que noto, casi instantáneamente, es lo aburridos que lucen todos. Y no hablo del aburrimiento de los domingos, ni el de las filas de bancos. No es circunstancial, no se debe al momento y no lo antecede. Es algo que llevan dentro, una pena contenida que se acumula en forma de gas en el estómago, que no pueden sacar por la boca y que, a ratos, sólo pueden evacuar a través de una tremenda flatulencia, que apesta las colinas, los mercados, las piscinas y las guarderías. Los ángeles han bajado a decorar la ciudad pero se han ido antes de empezar la fiesta. Los desdichados mortales que no pudieron llegar al cielo están tan conmovidos por el juego de luces que no se atreven a llenar la pista de baile. Los chilenos se comportan como ancianos sin familia, que no encuentran en qué gastarse su voluminosa pensión. El ambiente del lugar no tiene nada que ver con la estereotipada imagen del latino alegrón que va por la vida embrutecido por la felicidad. Por otro lado, todo el tiempo que no han gastado en bailes y placeres lo han invertido

levantando una economía salvaje, que ya empieza a fijar maquilas en los países vecinos. Una cosa por la otra.

Maniquís de ojos azules

Los maniquís expresan los complejos de los pueblos. Los maniquís femeninos chilenos tienen un enorme trasero, por otro lado las mujeres de Santiago son famosas por carecer de un volumen a escala humana de la región glútea. Los cinturones de cuero son objetos muy preciados entre la población chilena. Casi el 26% de las consultas por problemas gástricos se deben a la excesiva presión a la que someten su estómago, artimaña que busca evitar que los pantalones se chorreen por su esmirriada humanidad.

El idioma de los payasos

Todos los sudamericanos tienen entendibles problemas para comunicarse unos con otros. La particularidad de los chilenos es que parecen no entenderse entre ellos mismos. En medio de una conversación, es común pedirle al interlocutor que repita lo que acaba de decir, éste a menudo responde a gritos, cosa que de tanto en tanto termina en riñas y profundos desacuerdos. Ni hablar de lo que sucede en una conversación con un foráneo. La cosa termina en que el confundido visitante asiente con la cabeza ante cada párrafo del chileno, quien termina pensando que el otro es un idiota crédulo. Un problema de esos tuvimos al preguntar por el precio del pasaje hasta Arica. La dependiente de la empresa de buses nos dio un largo discurso sobre las maravillas de las que podríamos disfrutar si viajábamos con ellos. O eso creímos. Precisamente porque no le entendimos nada compramos los tiquetes ahí. Preferimos pagar de más que seguirla escuchando. Ése resultó siendo el silencio más caro que he comprado.

La inmensidad

Una imagen que vimos llegando a Arica: un anciano, contemplando el desierto fracturado por profundas grietas, arroja maíz a lo hondo del abismo. Cuando echa una manotada, se sienta en una butaca. Parece que esperara que algo creciera desde la profundidad del cañón y se lo llevara al cielo. Lo perdemos de vista antes de averiguar si lo logra.

Game over

La radio dice que un terrible terremoto ha sacudido la costa norte del Perú. Maldigo mi costumbre de alejarme de los lugares cuando ocurren eventos de esta clase. Ahora sólo veré ruinas y tiendas de campaña, helicópteros de la ONU dejando caer cajas con leche pulverizada y hojuelas de maíz. Siento una gran atracción por lo temblores, cuando estoy a la mitad de uno no quiero que termine.

Arica está a unos pocos kilómetros de Tacna, así que en un abrir y cerrar de ojos estaremos de nuevo en el Perú. Inmediatamente aprovecho la última oportunidad que tengo de meterme al mar. La playa está desolada, el invierno está en su etapa más cruda. Por demás, la arena está cubierta de cangrejos podridos y todo indica que ni siquiera en verano éste es un lugar turístico. Pero si no me mojó ahora no lo haré nunca. Las famosas playas del Perú están infestadas de rescatistas y marines estadounidenses. Esto es lo único que me queda. Las olas me arrancan el traje de baño, que se va flotando hacia alta mar. Los curiosos que pasan en carro aminoran la marcha para verme. Soy el único tipo en la playa y estoy desnudo. La verdad, no me importa mucho. Al cruzar la frontera con el Perú todo habrá terminado, no habrá más países qué visitar por primera vez, ni sentiré curiosidad por las costumbres exóticas de las gentes. Impregnado de un nauseabundo olor a pescado, a punto de caer vencido por la hipotermia y la vergüenza, me doy cuenta de que, a tres países de mi casa, el viaje ha terminado. No puedo estar más agradecido de que haya sido en estas condiciones.

PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA

OLGA, ESTUDIANTE Y EXPENDEDORA DE DROGA[66]

Alexander Camacho

El sonido del timbre indica que es la hora del descanso. Los estudiantes salen e invaden el patio, los baños y los alrededores del colegio. Entre muchos estudiantes sale Olga, una adolescente de 16 años que cursa el grado noveno de esta institución educativa, *Monseñor Ramón Arcila*. Su hermoso rostro de mejillas rosadas y ojos grises, que está adornado por una hermosa cabellera rubia, sumado a la escasa tela de su falda colegial, atrae fácilmente las miradas. Pero en esa institución, Olga llama la atención sobre todo por su fama de expendedora de drogas dentro del colegio y por pertenecer a una de las pandillas del barrio. Había sido expulsada del colegio pero su familia interpuso una tutela que ganó pues no había pruebas contundentes en las acusaciones.

Como Olga, hay otros estudiantes que, aunque no son expendedores de droga, sí la consumen y también pertenecen a grupos de pandillas. Así como ella, muchos llaman la atención, aunque de otra forma, pues la mayoría genera temor. El corte de cabello, la forma de caminar, la manera de mirar, las pulseras y collares, la forma de vestir y hasta las uñas de las manos atraen también con facilidad las miradas.

---

66 Publicado originalmente en la revista *Ciudad Vaga* 2 (noviembre de 2007). El autor nació en Cali, en 1975. Este reportaje narra las vicisitudes de los estudiantes de una institución pública educativa de un sector marginal de Cali: tráfico y consumo de droga, fabricación artesanal de armas, violencia. El acento es puesto en Olga, estudiante, expendedora de marihuana, una niña apenas púber que, sin embargo, debe enfrentar y asumir la violenta realidad de su entorno si quiere sobrevivir. Ahí está Colombia de cuerpo entero.

Olga nunca se deja entrevistar, a pesar del consentimiento de los profesores para que salga del aula. Está aburrida del asedio de psicólogos, trabajadoras sociales y demás aparecidos que llegan al colegio a entrometerse en su vida.

Una pequeña Colombia

La sede principal de la *Institución Educativa Monseñor Ramón Arcila* está ubicada en el barrio Marroquín II, que pertenece al Distrito de Aguablanca. Este sector cubre 77 barrios y 11 asentamientos subnormales. Su origen se remonta a finales de 1970 y a principio de los 80, cuando las extensas plantaciones de arroz fueron reemplazadas por las precarias viviendas que construían los nuevos pobladores. La mayoría de los primeros habitantes eran inmigrantes que huían de las dificultades económicas, pero a medida que se fue agudizando el conflicto armado en el país, empezaron a llegar en mayor número aquellos que eran expulsados de sus tierras y huían de la violencia. Provenían especialmente del Cauca, Nariño, Huila y la Costa Pacífica. Hoy, el 80% de la población corresponde al estrato uno y dos, y el resto a las invasiones son de estrato cero.

El Distrito de Aguablanca se caracteriza por la pobreza, por la falta de empleo, por la mala cobertura en educación y el inadecuado cubrimiento de salud. Sin embargo, en contravía de la negligencia del gobierno, la solidaridad de su gente ha logrado sacar adelante proyectos que los benefician a ellos mismos, tal como sucedió con el colegio *Monseñor Ramón Arcila*. El colegio comenzó a funcionar desde el año de 1993. Eran clases en salones de esterilla y techos construidos con latas. No existía reja, mucho menos cancha y aún menos segundo piso. La misma comunidad se encargó de realizar adecuaciones a la estructura material del colegio, tal como lo recuerda una de las docentes fundadoras del colegio: *"Las madres de familia venían con pala en mano y ayudaban a arreglar los salones. La gente de la calle pasaba por aquí, por el patio... este piso era en tierra, no había ese muro..."*

Hoy en día el colegio tiene una infraestructura que garantiza por lo menos la disposición de equipos educativos para sus estudiantes: computadores, biblioteca, sala de videos, canchas internas y amplios salones. Las condiciones de higiene no son malas. Sus docentes son un grupo de profesionales que, de acuerdo a la secretaría de educación municipal, son aptos para trabajar en su campo. Es un colegio casi excepcional con respecto al ambiente que lo rodea. Con este panorama, se podría pensar que existen condiciones para educar a los niños y adolescentes del sector que asisten a la institución. Pero la realidad va mucho más allá de lo que puede parecer como el espacio "ideal" para la formación.

La calle llega al colegio

El timbre nuevamente resuena. Esta vez los estudiantes demoran el ingreso a sus salones. Con gran lentitud se va despejando el patio de la institución, pero los estudiantes de noveno retardan aún más su ingreso pues el salón está invadido por un olor a marihuana. Olga mira desprevenida hacia los lados y observa con atención la pared que da a la calle y que colinda con la cancha de fútbol. Este es uno de los lugares donde acostumbran a consumir alucinógenos algunos jóvenes del sector y donde han hecho un orificio entre los ladrillos de la pared por donde soplan el humo de la marihuana. No es la primera vez que sucede, y a pesar del llamado constante a las autoridades, el problema aún persiste: *"De alguna manera uno se acostumbra al olor, espera a que pase y ya. La policía viene mucho, pero es un problema que parece no tiene fin"*, dice Claudia, una de las profesoras.

Anteriormente y debido a que el colegio no tenía un muro que lo separara de la calle, la violencia y la drogadicción eran más intensas, y los problemas eran traídos directamente a la institución. *"Una vez iban a matar a un estudiante y hubo la necesidad de llamar a la policía, pues había un grupo de jóvenes con revólver, afuera de un salón, esperando a que saliera el muchacho para dispararle",* comenta Gloria, una de las profesoras fundadoras de la institución, encargada de coordinar proyectos sociales como el restaurante escolar, la escuela de padres, asistencia psicológica, entre otros.

La situación no sólo era difícil para los estudiantes sino también para algunos docentes, que además de vivir con el miedo a ser víctimas, también tuvieron que "adaptarse" a un trabajo que los afectaba sicológicamente, tal como lo cuenta Claudia, la docente: *"Los primeros meses, incluso años, yo vivía atormentada. Cada uno de esos casos horribles me afectaba mucho, incluso llegaba a la casa y lloraba por esas situaciones ante las cuales uno se siente impotente. Mi hijo me decía que no siguiera allá, pero yo quería seguir e intentar hacer algo. Hoy día he aprendido a tener una especie de coraza frente a todo esto. No se trata de hacer a un lado o de obviar los problemas de los estudiantes, sino que más bien todo esto ya no le parece a uno tan aterrador como antes. Ya uno conoce todo estos tipos de problemas: violencia, drogadicción, prostitución a temprana edad [...] todo esto".*

A pesar del mejoramiento de la infraestructura física del colegio y de la existencia de una estación de policía a cuatro cuadras, los problemas subsisten y la repercusión de ellos impacta de alguna forma el ambiente de la institución. Un caso "ejemplar" es el de un exalumno a quien le cortaron una mano por intentar robar una tienda del barrio: *"Como estaban robando mucho por el sector de al lado, que es muy comercial, los dueños de los negocios se unieron para ayudarse. Uno de los estudiantes de aquí se metió a robar y lo cogieron y le cortaron la mano… eso fue muy duro para nosotros",* comenta uno de los docentes.

El estudiante no volvió al colegio, pero su imagen vivió por algún tiempo en él: se comentaba de ello en los salones, los pasillos, el patio y todo el colegio, el imaginario de los estudiantes trae la violencia de fuera de la calle a las aulas de clase. Los temas de conversación se dilatan en aquello que sucede en las calles y sus discusiones se centran muchas veces en armas o acontecimientos violentos de su barrio. Como Jorge, un estudiante de octavo, que conoce y habla ante un grupo de amigos acerca de una de las tantas armas caseras: *"La Pacha es una cápsula de escopeta, se le meten dos tiros y se monta. Tiene dos gatillos y si querés los disparás a la vez, o si no, uno por uno. También está el changón, que si quieren se le meten hasta tres tiros, pero también de cápsula de escopeta. De éstas hay de dieciséis o de doce, sino que la de dieciséis es más peligrosa, son unos balines* [...] *y eso por ejemplo yo disparo desde aquí y eso acapara toda esa puerta y eso coge y lo vuelve todo feo, lo mata de una".*

Ni preguntar cómo se consigue un arma: *"Por ahí por la casa las hacen, uno ya puede hacer un arma. Eso cogen un tubo bien resistente con una cajita que venden en Charco Azul, donde uno monta las balas... eso lo compra uno allá. La cacha, la hace uno de madera, la hace bien hormadita, como uno quiera, y eso las venden también... un amigo me estaba vendiendo una Tola en 200. Esa es una arma que parece una zeta".*

Las necesidades económicas de sus familias, los niveles de hacinamiento y la falta de afecto son otro tipo de violencia que repercute en el desarrollo "normal" del proceso de educación. Un ejemplo de ello es el de Antonio, un adolescente de 14 años que parece estar en un letargo de lo que fue o es su mundo afuera, como lo cuenta una de sus profesoras: *"A él y al hermano los dejaron en un orfanato. O sea era como en una casa en el campo, y según me cuenta él y la mamá, allí vivían unos niños internos y lo dejó hace como cuatro años con el hermanito. Entonces cuando Antonio llegó aquí, llegó sin principios de convivencia, como que él no quería saber qué quería decir: quedémonos en el salón en la hora de la clase, pidamos permiso para ir al baño; sino que él iba saliendo, iba entrando, eso volteaba... iba buscando la calle… Cuando se le decía, ¡Éntrese!, ¡Haga esto!, ¡Por qué habla en clase!... él… ¡no! No prestaba atención, estaba en otro mundo, como en otra lógica".*

Los profesores de la institución se ven enfrentados a una lucha aguerrida en contra del mundo en que viven sus estudiantes por fuera y que traen a la institución. Algunos ya se rindieron, se fueron o simplemente se quedan resignados y se sienten impotentes. Otros siguen arañando la posibilidad de ayudar a encontrar una vía de escape ante la maraña de dificultades sociales que abundan en las calles. Algunos de los chicos logran salir, pero gran par-

te de ellos se quedan dentro de ese mundo. El gobierno se fija y lanza unas cuantas promesas sólo cuando se aproximan las fechas electorales.

Por fin el grado noveno puede entrar a su salón. Los estudiantes se sientan, sacan su cuaderno y miran al profesor con atención. Olga hace lo mismo, pero poco entiende de lo que habla el profe. Su cabeza se eleva, sale del aula y flotando como una nube, empieza a deshacerse lentamente en el cielo.

PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA

TUMACO, SAL Y TABACO[67]

Ana Paola Angulo

Mari tiene los labios negros, bien negros. Camina por las calles angostas del pueblo buscando clientes. Revisa paso a paso con sus ojos saltones las casas de madera y de ladrillo, camina por los puentes flojos que los tumaqueños atraviesan de un lado a otro en los barrios clavados en el mar. Abre su boca negra y muestra su dentadura que más parece una peineta vieja. Acaba de cumplir 23 años pero su cuerpo refleja más. En su rostro la piel es seca y opaca como las semillas de cacao que se ponen a secar bajo el sol.

El tabaco mañanero

En el barrio la *Comba* el sol sale radiante. Algunos hombres se sientan en el corredor de sus casas, otros se van antes del amanecer. Sacan su canoa y arrastran su canalete entre las saladas aguas para coger el *burique,* las *peladas y las lisas,* pescados que abundan en el pueblo durante algunas épocas del año. La base económica de la región la constituye la explotación forestal, seguida de la actividad agropecuaria, especialmente el cultivo de zapote, caimito, cocos, guamas y chontaduro. También la minería, el comercio, la pesca industrial y la actividad portuaria. Tumaco es el segundo puerto más importante que tiene el país en el océano Pacífico. Aunque ahora hay otra actividad económica que es tan secreta y oculta como el tabaco: el nar-

---

67 Publicado originalmente en la revista *Ciudad Vaga* 3 (mayo de 2008). La autora nació en Tumaco, en 1986. Este reportaje cuenta las prácticas de una fumadora de tabaco en Tumaco: visión mágica del funcionamiento de las relaciones de los individuos en la sociedad, pero no por ello despreciable. Como en el surrealismo, muchos mundos coexisten en nosotros: mundos paralelos, racionales o mágicos, todos verdaderos.

cotráfico. Atravesando un corredizo estrecho al que todos llaman "cuchito" está la casa de Mari. Los ojos parecen estrellarse de frente con una vivienda de madera vieja y cansada, custodiada por el mar que vigila con celo todos el perímetro de la isla.

Son las seis de la mañana y Mari ya está fumando sus tabacos. Fuma su mañanero, sentada en el suelo de madera. Reposa sus piernas como un compás abierto y mientras fuma cierra sus ojos para concentrarse. De sus labios sale una bocanada espesa de humo que cubre toda la habitación con una niebla gris. Se desplaza lentamente. Sale por las paredes y se confunde con la gente. El olor transita por el barrio. Todos los que a esa hora hacen fila para comprar *otalla,* una bebida espesa de leche y maíz*,* lo perciben sin hacer comentario. El olor es natural. Ese humo transmite sensaciones. En la habitación se siente un aire pesado y pegajoso. Afuera la luz indica el inicio de un nuevo día, adentro son sólo tinieblas que dan forma a un montón de mitos que sobreviven en el refugio oscuro de Mari.

Esos labios negros aprendieron a resistir el fuerte aroma del tabaco. Sus ojos ya no se ponen rojos y su cuerpo ya no se debilita. *"Cuando yo aprendí pues eso me mareaba. Me daba vomitadera, gana de ensuciá, gana de oriná. Me daba de todo porque eso es así. Los primeros días que está aprendiendo ya de ahí pa´ ya, ya. Esto no lo aprende todo el mundo porque esas son cosa ¡jum! Eso es fuerte. Eso no lo hace todo el mundo".*

A Mari su madre le enseñó a ser tabaquera. *"Ella me decía ¡aprendé! Pues yo ya le fui cogiendo el ritmo. Coger el ritmo es pues, yo también sentame con mis tres tabaco, yo viéndola a ella y yo jalando también".*

Cuando los primeros grupos de esclavos llegaron a América encontraron a los indígenas que cultivaban la planta. Además de fumarla la aspiraban por la nariz, la masticaban, la comían, la bebían, la untaban sobre el cuerpo, la usaban en gotas en los ojos y la utilizaban en lavativas. La soplaban sobre el rostro de los guerreros antes de la lucha, la esparcían en campos antes de sembrar, la ofrecían a los dioses, la derramaban sobre las mujeres antes de una relación sexual, y la usaban como narcótico. En Tumaco el tabaco sólo se fuma, pues nadie cultiva sus hojas. Se vende empacado en las tiendas.

El Legado de los ancestros

Tumaco está hecho de remiendos. Tiene viejos cimientos de costumbres, ritos mágico-religiosos que llegaron con la migración de los negros a la Costa Pacífica de Colombia. Debajo de su cielo están todavía los rastros de una tradición que deambula sosegadamente y se filtra cautelosa en la vida de cada uno de sus 165.000 habitantes.

Probablemente antes del año 1794 Tumaco había sido fundado por los *tumas*, grupo indígena que habitaba en las orillas del río Mira. Ellos dejaron muchas costumbres, entre ellas la de fumar el tabaco con fines má-

gicos. Poco a poco se fue convirtiendo en una gran industria. La gente empezó a fumarlo por placer. En Tumaco sigue teniendo el carácter de hierba sagrada, contenedora de un maná misterioso y purificante. También se consume por relax, empacado en cigarrillos que son una imitación pequeña y menos fuerte.

Casi todas las mujeres tabaqueras son gordas. Usan camisetas talla XL y faldas de todos los colores. Mari es de contextura gruesa, su cara es ancha. Ella, al igual que las demás, fuma al pueblo para tener siempre clientes, a su familia para tener suerte, y se lee el tabaco para ella misma. Este ritual no puede faltar porque para ella lo más importante es protegerse de los malos espíritus y garantizar con el trabajo su bienestar y el de sus familias. Atraer a sus clientes es una manera de ayudar a la gente a solucionar problemas.

En todas las cuadras hay por lo menos dos tabaqueras. Algunas ocultan sus prácticas con otros oficios. Unas venden chance o lotería, otras fritanga. Desafortunadamente no pueden escapar de su aliento. Es caliente. También amargo. Su hálito compite con el de un borrachín malsano. No se dan cuenta pero de su cuerpo se despega un hedor incomodo y seco que se aferra a su ropa y está penetrado en cada centímetro de su cuerpo. Ni qué decir de sus casas. Se mantienen cobijadas por una nube negra como un tufo agrio que transita tranquilo por todos los rincones, vigas, puertas y ventanas.

Una doble moral

Algunas mujeres detestan el olor a tabaco pero en las tardes visitan a Mari para arreglar los problemas con sus maridos. Una señora que vive en una casa de dos pisos no simpatiza mucho con las *fumonas,* pero está convencida de que su hija menor, la que se fue *volada* con el novio, volverá a punta de tabaco.

Todos o la gran mayoría de los tumaqueños saben que el tabaco es una hierba sagrada que posee mágicos poderes pero ninguno se hace responsable de estas prácticas porque comúnmente se le atribuye un carácter pagano que nace con el arribo de los europeos a América en 1492. Debido a que estos conocimientos no eran coherentes con la ortodoxia católica de los occidentales, ellos le dieron un carácter maligno y perverso al considerarlo diabólico. *"Sí, religiosamente no se puede hacer porque supuestamente es brujería, eso va en contra de Dios, pero mire que son cosa que yo veo que no le hacen daño a nadie, al menos yo no lo utilizo para hacer maldad".*

Algunas de las tabaqueras se dedican especialmente a problemas sentimentales de parejas o personas que quieren conseguirla; otras, por el contrario, se especializan en hacer riegos maléficos y curaciones relacionadas con la obtención de la buena suerte. También se han hecho trabajos judiciales. Nubia, otra tabaquera con mayor edad que Mari, comenta con presunción: *"Mire que a mi suegra la mamá de mi último marido, la aga-*

rraron presa por traficar marihuana hace ya cinco año. Ella es una madre cabeza de familia, no tenía otra forma de mantener a sus hijos. Esa era la forma más rápida de conseguir plata porque si se iba a lavá no le alcanzaba para sostener seis hijos y ella además pagaba arriendo. A una persona así cómo no se le va a ayudar. En nueve días la saqué. El abogado estaba cobrando cinco millones y ella de donde iba a tené esa plata.

La saqué con pura vela y cigarro. Cuando los celestiale quieren se dan las cosa, ¿si me está entendiendo? Trabajé con San Cipriano, él sabía mis pensamiento y que mi objetivo era bueno. Él miró la necesidad de esta mujer con seis hijos entre ellos un bebé de un año. Averigüé el nombre del fiscal y lo trabajé. Pedí a través de oraciones e hice un tumbe. Lo fumé al fiscal, lo velé y pedí muchísimo por la libertad de ella. Al cuarto día fuimos con el hijo de ella, que en ese tiempo era mi marido, hablamos con el fiscal y nos dijo que el jueves era la audiencia. Nosotros estuvimos hablando con él el día miércoles. En la audiencia ella contó toda la verdad. Estuvo nueve días completicos. Cuando fueron a ver los papeles, mágicamente no le encontraron cargos y le dieron libertad.

A Mari le ha valido la fama de ser buena tabaquera, porque: *Las oraciones que yo utilizo son blanca porque ¿cómo le digo? Son del ángel, no del diablo. Las oracione negra son del diablo. Las oraciones negra son las de San Alejo […] todo eso es malo. San Gregorio, las del cabrito negro, la del duende, el tumba trabajo […] y así. Dicen que con estas oracione hay más potencia, pero igual todas dan efecto, a como dan las negra dan las blanca. Estas son cosa buena, hago curaciones a la suerte, arreglo problemas de pareja, hago vista".*

Al mediodía se levanta una arenilla gruesa desde el adoquín deforme que cubre la calle. La posición cenital del sol hace arrugar los rostros de la gente. Todos piensan en comida. Parada en el patio de su casa, que al mismo tiempo es su cocina, Mari prepara varias *peladas.* Las aliña para cocinar un *encocao* de pescao. Mientras habla, se ríe y abre su boca negra; en los bordes de sus labios sobresale una pequeña línea rosada que se niega a desaparecer y que le recuerda tiempos en los que no debía preocuparse por nada. *"A veces los clientes quieren que las cosa sean rápido y no es así, toca esperá la reacción. Nunca piense que porque usted va a hacer un trabajo las cosa le van a da efecto ahí mismo. Tiene que esperá la reacción. Si uno le pone tantos día, en esos día tiene que salí. Aunque hay trabajos que son demorosos",* describe lo que hace como un trabajo cualquiera. No le ve nada malo a lo que hace: *Aprendí porque me gustó, porque es bueno saber estas cosa. Es bueno saber porque sirve para atraer a un hombre, sirve para negocio, sirve para el trabajo. Si usted quiere que le saga un trabajo jale al patrón que le dé un trabajo y verá".*

Cuando a alguien le duele la cabeza por varios días y ese dolor es infatigable dicen que es porque lo están fumando. Por medio de la hierba sagrada también se han destruido matrimonios y se han echado a perder muchos negocios porque algunas veces las intenciones no son tan buenas. Estos trabajos pueden desvanecerse como el humo del tabaco. *"No importa lo que duren, lo importante es que suelten. Ellos son pasajero porque hay momentos en que yo necesito que me salga algún pretendiente pero sólo por un rato, no lo hago por tener hombre. Yo primero me hago la vista de la suerte, según como me marca la suerte así mismo jalo al pueblo. Si yo quiero jalar al pueblo para que me salgan pretendientes, así mismo yo curo a los hombres del pueblo y le meto la oración de la plata pá que así mismo como me salga pretendiente tengan plata para que puedan darme".*

No hay clientes, no hay plata

Un par de horas más tarde Mari se sienta otra vez en el suelo de madera de su consultorio y busca tres tabacos que desenvuelve hábilmente. Baja su vestido naranja hasta la cintura y queda cubierta sólo por el brasier rosado talla 32A que sostiene sus pechos. Está nerviosa y me mira con cierta desconfianza pero cuando prende los tabacos se olvida de sus miedos y actúa con naturalidad. Esta tarde no ha llegado ningún cliente pero ella no pierde la costumbre. Fuma tres veces al día. *"Es un trabajo, pero también es un vicio. Usted no lo deja así por así durante no se haga remedio para dejarlo. Es un vicio porque a veces cuando uno no tiene plata lo manda a prestá, lo manda a pedir para hacer esto. Un día que uno no lo haga le hace mucha falta"* Mari se desespera cuando no tiene para comprar su *pucho*. Su cabello alisado se ha tornado amarillo mostaza por el sol de las tardes en que Mari, con sus labios negros, bien negros, sale a recorrer las calles de Tumaco en busca de clientes y amores.

El último tabaco del día

A las cinco de la tarde o antes, el sector se inunda de un olor penetrante. Previo a cualquier *pregoneo* se siente un aroma que inquieta a toda nariz que se atraviese por su camino. Los chontaduros calientes se desplazan en una batea gris opaco, recorren pausadamente tres cuadras y sacan de la habitación a "la tía Dionisia", una anciana curandera que a esa hora está lavándose con sus aguas de ruda y manzanilla que le atraen a la buena suerte. El muchacho le regala dos chontaduros de los más grandes y sigue su camino después de recibir la bendición de la anciana.

En Tumaco el tiempo es más lento. El viento sutil y pegajoso circula por todos los rincones y corroe las fachadas de las casas. Ese tiempo arrastra la juventud y no hay ningún conjuro mágico ni ninguna planta sagrada que logre detenerlo, ni siquiera es posible hacerlo con el tabaco. Pero la tarde es lenta y perezosa. Se relaja como el pueblo y se sienta a esperar. Mientras

tanto Mari está conversando en alguna esquina o simplemente está caminando. Lleva las chanclas rosadas que ya casi se despegan. Ojalá duren otro rato porque su dueña no les tiene reemplazo.

Ese cuerpo que va y viene como las olas del mar está cambiando y seguramente cambiará más. Esos labios negros se volverán más negros tras el roce de otros miles de tabacos. Las tradiciones ancestrales de la Costa Pacífica de Colombia están vivas en estas mujeres tabaqueras. La cultura del pueblo tumaqueño está enraizada en mujeres como Mari. Y aunque la vida se vaya como las olas que se escapan de las orillas, siempre estará quién siga la tradición para no dejarla perder. Seguramente Mari le transmitirá sus saberes a su hija.

En la noche no hay silencio. Las calles de Tumaco están atestadas de gente. El pueblo se acuesta tarde. El consultorio nuevamente se convierte en comedor para lo cual no hacen falta sillas porque Mari y sus hijos prefieren sentarse sobre la madera. Hace todo un ritual para dar de comer a sus pequeños. La joven tumaqueña desenvuelve los plátanos tan ágilmente como sus tabacos y los introduce en olla bien grande. Aliña cuatro pescados, agrega cebolla, ajo y sal. Tapa la olla de la que más tarde se desprende un olor que hace gruñir estomaguitos. De su frente sale ahora un sudor que evidencia su cansancio, pero aun así después de que los niños terminan de comer el *tapao de pescao*, el sitio vuelve a transformarse. Se convierte nuevamente en el consultorio y los chicos son despedidos a sus camas, aunque ellos prefieren salir a la calle polvorienta a correr descalzos detrás de otros niños de su misma edad, con los ojitos brillosos y felices de sentir sobre sus mejillas la brisa fresca y a veces bochornosa que cae a esa hora en el litoral Pacífico.

En el centro del consultorio Mari está dispuesta a despedir el día. Cubierta por una camisa de una talla más grande que la suya, prende un tabaco. Reza una oración difícil de entender. Fuma con calma. Está cansada. El bombillo de tungsteno calienta aún más la habitación. Desde afuera se puede distinguir el humo saliendo de los orificios de las tablas. Allí está Mari la tabaquera, terminando el día con su tabaco. Ojalá mañana vengan clientes, aunque de todas maneras estará fumando.

¿POR QUÉ *EL TOSCO* BAILA TAN TRISTE?[68]

Andrés Felipe Castañeda Morales

Son las 10:30 de la noche y en la calle 13 con carrera 22 del barrio Junín de Cali, los vecinos escuchan a una vieja aguja de tocadiscos consolar las últimas vueltas de un tango agonizante. Al terminar el día de hoy, 5 de agosto de 2007, el baile y la bohemia perderán uno de sus refugios en la ciudad. En el leproso muro de la fachada ya no se expone el *show* de baile que amenizará la noche. El letrero que marcaba la entrada al bar, discoteca y academia de baile *La Toscademia* ha bajado de su podio y ahora comparte el piso con unos *long play* amarrados con cabuyas y varios trofeos empolvados. Mañana, cuando el reloj marque las 9 a.m., un camión de trasteo se llevará las últimas pertenencias de Oscar Victoria, *El Tosco*, un bailarín de 75 años de edad que la semana pasada recibió de manos del Gobernador del Valle del Cauca una placa que lo reconocía como personaje representativo de la ciudad de Cali. 50 años dedicados a bailar son, guarachas, fox, tango y milonga entre otros ritmos populares, han hecho de él casi una leyenda.

Pero el bailarín que a tantas personas alegró con sus pasos y coreografías, hoy se ahoga en una amarga tristeza. Luego de 17 años de rumba, la tradicional *Toscademia* se derrumbó como un castillo de naipes. Nelson Aristizábal, compadre y dueño de la casa en la que Oscar dormía durante el día y bailaba todas las noches, no aguantó más los arriendos atrasados y las

---

68 Publicado originalmente en la revista *Ciudad Vaga* 2 (noviembre de 2007). Su autor nació en Palmira, en 1982. El texto narra el dramático día de cierre de *La Toscademia*, una academia de baile popular, y los recuerdos que este hecho suscita en *El Tosco*, un bailarín de salsa, y en sus amigos íntimos. Un mundo que se deshace ante la despiadada exigencia de lo real: entre los jirones de lo que va quedando, un retrato de las pasiones profundas de la cultura caleña.

promesas de pago incumplidas, por lo que decidió ponerle fecha a la partida de Oscar. Y ante la inminencia de la desgracia, a *El Tosco* no le queda más que sentarse junto a unos pocos amigos que lo acompañan en su pena, tomar aguardiente y recordar con nostalgia su historia de vida, que como un amor de tango, después de haberlo llenado de apasionado gozo, hoy lo tira a la calle como a un perro.

El Olimpo

El apellido Victoria se lo debe a su mamá, ya que el papá (de apellido Valencia) se negó a darle el suyo. Oscar nació un 6 de febrero de 1933 en el barrio Obrero de Cali, donde, según él, han nacido grandes pegaladrillos, repelladores, zapateros, futbolistas y bailarines del país. Sus pies (materia prima de su gloria) nunca tuvieron algo especial, salvo que en su infancia sólo se vestían de zapatos los sábados y domingos para ir a misa. El resto de la semana andaba con chanclas hechas de neumáticos, y como el piso de su casa era de tierra, no faltaban las niguas, un parásito que se le comía las uñas. Su mamá vendía frutas en la galería de El Calvario (calle 13 con carrera 10), en la llamada "zona negra de Cali". No conoció el hambre; sin embargo, la situación económica de su familia no era nada fácil. Por eso, a los 10 años Oscar dejó la escuela y decidió hacerle honor al nombre de su barrio, desempeñando un oficio muy común entre sus vecinos: pegar ladrillos.

Dieciséis años tenía cuando Aníbal Osorio, esposo de su prima, lo invitó a una fiesta en su casa de la carrera 1ª. con calle 24. Era un domingo por la tarde y Oscar no tenía que trabajar. Rasgó un pedazo de tela para utilizarlo como pañuelo, se lo metió al bolsillo del pantalón y salió caminando por las calles de herradura, atravesando la angosta carrera 1ª., que estaba cercada por un bosque de tulipanes. En la fiesta había muchachas muy bonitas, y pocos hombres. Ante la necesidad de un parejo, y con el apoyo del grupo, una de las jovencitas sacó a bailar a Oscar. Aquel suceso, su primera presentación en público sobre una pista de baile, es recordado por él como uno de los más vergonzosos de su vida, pues como no sabía bailar se convirtió en la burla de todas las jóvenes, que gozaron viéndolo atropellar a su pareja y mover descoordinadamente el cuerpo. A las 6 de la tarde se acabó la fiesta y Oscar regresó muy preocupado a su casa. Al día siguiente, en la reunión cotidiana con la gallada del barrio en la esquina de la carrera 23 con 12, Oscar narró a sus amigos la vergüenza por la que tuvo que pasar la tarde anterior. En el grupo ninguno superaba los 18 años, y, al igual que Oscar, todos eran analfabetos en materia de baile. Había que aprender a mover el cuerpo en las fiestas. Las cosas no podían seguir así. De pronto, a uno de los muchachos se le ocurrió una brillante idea para aprender a bailar: "hay que ir al cine". A finales de los años cuarenta, los teatros de cine caleños solían presentar películas musicales, donde los actores bailaban y cantaban. En

el teatro *Riascos* la entrada costaba 20 centavos, con derecho a la "ñapa", que era una película del pato Donald o Mickey Mouse. Oscar y sus amigos empezaron a asistir diariamente a ver las mismas películas donde actuaban y bailaban, al ritmo de mambos y guarachas, personajes del cine mexicano como *Tin Tan*. A la salida, se reunía de nuevo toda la gallada en la esquina para ensayar los pasos que cada uno había visto. Con el tiempo, los jóvenes terminaron imitando hasta la forma de vestir de *Tin Tan*, que se caracterizaba por usar saco largo, cadena y pantalón bien arriba de bota angosta. Era llamado "el traje de los pachucos". Así, poco a poco, aprendieron a menear el cuerpo con la sabrosura de los ritmos caribeños.

Pero había que poner a funcionar el nuevo descubrimiento. Uno de sus amigos comentó que "la gente mayor" estaba yendo masivamente a bailar a los bares y cabarets de la llamada zona de tolerancia, un lugar de moda ubicado en la carrera 12, entre las calles 15 y 19 (donde hoy en día queda ubicada "*La Olla*"). La zona era el terror de las madres, que, como cuenta Oscar, solían decirle a sus hijos: "no vayas a la zona porque allá hay mujeres malas", a lo que los muchachos contestaban con la frase jocosa del momento: "mamá, es que esas mujeres malas están tan buenas…" Oscar y sus amigos empezaron a salir todas las noches rumbo a los bares de la zona de tolerancia. En su "pinta" rumbera, Oscar siempre incluía los pantalones de su papá, que le ayudaban a burlar las restricciones que imponían los establecimientos para los menores de edad. Y, aunque a veces la policía lo descubría y se lo llevaba a lavar los baños de la estación, bastaba con que al día siguiente le dieran salida para que continuara pegando ladrillos en el día y saliendo a bailar en la noche.

Su pasión por el baile fue creciendo frenéticamente. Bailaba toda la semana, de lunes a lunes. En la zona conoció a varios bailarines profesionales que realizaban su *show* a media noche. Vio a los grandes bailarines caleños de la época como *Frijolito, Resorte, Benigno y el profesor Bernal*; aprendió nuevos movimientos y pasos desconocidos, pero también descubrió que el baile se podía presentar ante el público, ganando reconocimiento y una que otra copa. Eso, y la paliza que recibió en una competencia de lucha libre (deporte del cual gustaba) lo llevaron a tomar la decisión de probar suerte con el negocio del baile en los establecimientos de moda. En uno de los *shows* que a diario presentaba Oscar, el periodista y empresario José Pardo Llada, que animaba desde el micrófono la rumba, se le antojó apodar al joven bailarín *"El Tosco"*, haciendo referencia a su cuerpo rudo y musculoso, forjado en las lides de la construcción y la lucha libre. Un apelativo que con los años se fue convirtiendo en su nombre de pila, y lo llevó a codearse con los bailarines más famosos de Cali en los años sesenta y setenta.

A comienzos de los años setenta, el mismo Pardo Llada congregó por primera vez a todos los bailarines de bares y discotecas caleñas a un gran concurso de bailarines de salsa, que contaba con la participación de parejas

venidas de Puerto Rico y Estados Unidos. *El Tosco* participó, más con la intención de aprender que con la ambición de ganar, pues sabía que él era apenas un principiante. El concurso arrojó como ganador indiscutible al *Negro Watusi*, impulsando su carrera hasta la fama. Pero el certamen también sirvió para que los bailarines caleños acordaran por unanimidad asumir la recomendación hecha por José Pardo Llada de cobrar dinero por su baile, de no regalar su trabajo. Fue así como se empezaron a formar reconocidos grupos de baile como *Los Mellizos* y *El Ballet de la Salsa*, en el que participaba la entonces joven *Amparo Arrebato*. Los bailarines más destacados empezaron a ganar reconocimiento en la ciudad: *Jimmy Boogaloo, el Negro Palomino, Evelio Caravalí, Esmeralda* y otros comenzaron a formar todo un olimpo de la rumba, e hicieron del baile un espectáculo ligado a la cultura popular caleña.

El Tosco se dedicó al baile profesional, aunque no abandonó su trabajo en la construcción. De unas cuantas copas de aguardiente por presentación pasó a ganarse 250 pesos, luego 500, 1000, 3000 y hasta 5000 pesos, que para esos años era una cantidad considerable, por lo que decidió abrir su primera cuenta en el banco. A diario lo contrataban para que se presentara en las discotecas más prestigiosas de la ciudad: *Escalinata, Séptimo Cielo, Honka Monka, Estambul, El Aguacate y El Chorrito Musical*. En aquel entonces su especialidad era el baile del mambo, la guaracha, el son montuno y el boogaloo, ritmos que hoy en día han tratado de apretujar en un solo nombre: La salsa. Y aunque el tango era un género que lo atraía, se abstenía de bailarlo por respeto. En aquel tiempo se decía que el tango era sólo para varones, para bailarines "guapos" y muy experimentados. En Cali, eran pocos los que contaban con la legitimidad para bailar tango, entre ellos *Benigno, el Negro Palomino y Frijolito*. *El Tosco*, interesado por ganarse ese derecho, acudió a una pequeña choza de bahareque del barrio La Isla, donde Frijolito enseñaba a bailar tango. Tres clases había recibido *El Tosco* cuando la policía tomó la decisión de derrumbar la academia de baile, pues consideraba que aquel era un lugar dedicado a la venta y consumo de droga. En adelante *El Tosco* se dedicaría a montar su propia rutina de tango, incluyendo algunos pasos de su propia creación como la palmadita en las nalgas de la pareja, caídas de todo tipo y una pose donde la mujer debía limpiar sus zapatos. Un tango arrabalero, arrebatado, del cual se enorgullece hoy en día. Muchos le criticaron su baile por considerarlo extravagante y alocado. Pero *El Tosco* se defendía haciendo referencia a *El Cordobés*, un torero que gustaba de montarse en el lomo del animal, darle patadas y acercarse de tal manera a éste que le reventaba los botones del vestido con los cuernos. Para *El Tosco*, él era *El Cordobés* del tango. Un loco, pero muy varón.

Con la fama vinieron las invitaciones a presentar su *show* en varias ciudades del país. Con Larry Landa, un productor de artistas, realizó varios viajes, pero el que más recuerda es el que hicieron a Medellín a finales de

los años setenta. En aquella ocasión, tuvo el privilegio de presentarse en el intermedio de grandes artistas como Hector Lavoe, *Piper* Pimienta y el conjunto Miramar. Su baile también llegó a otros países como Venezuela, Ecuador y Estados Unidos. Del viaje a New York recuerda que el avión aterrizó a las 10 de la noche, y a las dos horas ya estaba bailando en varios bares, lo que hizo de la jornada una de las más intensas de su vida. Al día siguiente, se presentó en la discoteca *El Padrino*, donde se encontró con que los jugadores del Deportivo Cali, que tenían un partido en *la gran manzana* contra la selección de Ecuador, lo estaban esperando. Se trataba de jugadores reconocidos en Colombia como Pedro Zape y Diego Edison Umaña. *El Tosco* se sintió como en casa. Y los futbolistas se sintieron tan a gusto con el ambiente y el *show* de baile que se quedaron hasta la madrugada tomando licor, sin importarles que al otro día debían enfrentar un compromiso deportivo. En la mañana del día siguiente, *El Tosco* llegó al estadio invitado por los propios jugadores del Cali para presenciar la contienda. El partido terminó 4-0 a favor de Ecuador, fue una verdadera paliza para los caleños, y *El Tosco* sintió algo de culpa por el guayabo y el trasnocho con que jugaron los colombianos.

Castillo de naipes

El Tosco nunca ha bailado solo. A través de sus 50 años como bailarín ha tenido una gran cantidad de parejas. Según dice, siempre ha encontrado mujeres que se pelean por bailar a su lado. Pero con ninguna de ellas ha llegado más allá del baile. De todos sus romances, ninguno ha estado relacionado con el baile, por lo menos no a nivel profesional. Fruto de su vocación de don Juan, hoy cuenta con 11 hijos conocidos. Con el humor que lo caracteriza, acostumbra a decir que a todos los quiere mucho, tanto que a cada uno le dejó una mamá diferente. Pero su único y verdadero amor siempre ha sido el baile, y por él ha dejado a un lado incluso a sus hijos. Y no se arrepiente. Aunque le duele. Aún recuerda con tristeza la frase que uno de ellos le dijera a un periodista que intentaba hacerle un homenaje a *El Tosco*. Casi con rencor, el muchacho reconoció que el baile le había quitado a su padre.

En 1990, bailando, como tenía que ser, la suerte llegó a su mesa. Una caneca de aguardiente fue llevada por el mesero hasta donde se hallaba sentado *El Tosco*, después de una presentación en el kiosco *Agapito*. Miguel Ángel Casas, un cliente del lugar, le envió el presente para demostrarle lo mucho que apreciaba sus movimientos. *El Tosco* fue directamente a darle las gracias por el regalo a él y a su esposa, quien también admiraba la cadencia del bailarín. Entre copa y copa, *El Tosco* le comentó a su nuevo amigo su sueño de arrendar una casa y convertirla en academia de baile. Miguel Ángel Casas, un hombre adinerado en esa época, le ofreció pagarle un año de arriendo por adelantado para que cumpliera su sueño. Y así fue.

Tomó por arriendo la casa de su compadre Nelson Aristizábal y allí montó su *Toscademia*. Con el dinero de sus primeras clases empezó a comprar las mesas, las sillas y el equipo de sonido. Todos los días se abrían las puertas al público. Dos o tres veces en la semana *El Tosco* organizaba presentaciones de bailarines de "la Vieja Guardia", después de los cuales siempre mostraba su propio *show*. Muchos bailarines se presentaron en dichos eventos, entre ellos *Amparo Arrebato*, quien el 6 de Marzo de 2004, ocho días antes de que su corazón le quitara la vida, bailó en *La Toscademia* a petición de su gran amigo *El Tosco.*

Bohemios, bailarines, extranjeros, coleccionistas, alcaldes y gobernadores concurrían en la pequeña casa de *El Tosco* a rememorar viejas épocas, escuchar buena música y disfrutar del baile. Hoy, *La Toscademia* y su fundador reciben de los clientes más allegados los pésames por adelantado. Aún no ha muerto, pero le empieza a faltar el aire. Esta noche será larga.

El último baile

El Tosco está de luto. Hoy 5 de agosto, a pocas horas de perder su *Toscademia*, no recibe a sus amigos con su acostumbrada "pinta" de bailarín. Como quien preside un velorio, viste de camisa y pantalón negros. Igual color tiene su boina cubana, la misma que por tantos años ha cubierto su escaso cabello.

Casi borracho, repite una y otra vez: "estoy acabado ….. De tantos amigos míos, ninguno ha venido a verme…" Pero no es verdad. Por lo menos no del todo. Alrededor de su mesa, adornada con un envase de cerveza que le sirve de florero a tres rosas rojas, están algunos de sus viejos amigos. A su derecha Miguel Ángel Casas, el adinerado amigo que le pagó el primer año de arriendo para que cumpliera su sueño, y que desde hace un año duerme en *la Toscademia* porque cayó en la ruina. A su izquierda, con un brazo de *El Tosco* alrededor de su cuello, Ofelia Realpe, "la diosa de la salsa", quien perteneció al mítico *Ballet de la Salsa.* Hoy, con varios años de más, pero con sus piernas firmes (aunque no tan bellas como en su juventud) está preocupada porque no logra conseguir los suficientes alumnos para inaugurar su propia escuela de baile. A su lado, su más reciente parejo, *El Máster*, Noé Laguna, a quien conoció hace tres años en *la Toscademia*, cuando éste tomaba clases de baile con *El Tosco*. Por último, y haciendo las veces de mesero, Mario Téllez, un hombre que desde 1973 administró la famosa discoteca *Honka Monka*, en la esquina de la calle 6° con carrera 24 del barrio San Nicolás. En Aquel lugar fue testigo de los primeros pasos que dio *El Tosco* en su camino a la fama. Hoy en día, ninguno de estos viejos amigos goza del reconocimiento y el dinero que los acompañó décadas atrás. De la misma manera que a *El Tosco*, la vida y la rumba les ha dado muchas vueltas.

En esta reunión el tango y el bolero no son música de fondo, están en la superficie y lloran de rabia. Con una laguna en los ojos, *El Tosco* repite luego de terminar cada copa, "me fracasaron, me acabaron. Este es el ocaso de *El Tosco*…" Mientras tanto, como en un velorio, sus amigos tratan de darle ánimo, esperanza, ésa que *El Tosco* dice haber perdido para siempre. Para cambiar de tema, Ofelia comenta que a *Jimmy Boogaloo* le robaron el carro hace algunos días, y que al parecer padece de una grave enfermedad. También dice haber escuchado que al *Negro Watusi* le ha ido bastante mal en Estados Unidos, que después de viejo se volvió vicioso y que estuvo un buen tiempo en la cárcel. Estos comentarios no inmutan a *El Tosco*, quien no retira su mirada del suelo. "La diosa de la salsa" hace un nuevo intento para motivarlo a participar de la conversación, poniendo sobre la mesa un tema del que sabe tiene mucho qué decir. "Qué tal lo que andan diciendo ahora. Dizque Cali se convirtió en la ciudad del Reggaetón…" De inmediato *El Tosco* interrumpe con fuerza. "Nooo, olvídese. Cali es salsa. Aquí no tenemos por qué estar bailando reggaetón, ni vallenato, ni ninguna de esas maricadas…" Mario Tellez intervine para aclarar que los que dicen que Cali ha dejado de ser la capital de la salsa están muy equivocados, y que tal vez nunca han ido a una *viejoteca*. *El Tosco* añade que con las *viejotecas* han resurgido los buenos bailarines. También dice que los jóvenes bailarines han aprendido mucho de "la vieja guardia", y todavía realizan pasos que fueron inventados en aquella época, como "la tijereta" y "la caída de la hoja". "Así como lo hacíamos nosotros, los muchachos de hoy bailan como lo sienten…"

Roberto Ledesma interviene en la conversación con uno de sus boleros. La canción que sale de los bafles inunda la sala. Ofelia tira su asiento hacia atrás y se para frente a *El Tosco*. Estira su brazo y lo invita a bailar. La situación es muy comprometedora. *El Tosco* sabe que negarse pondría en entredicho su caballerosidad, y eso es algo de lo que siempre se cuida. Sin embargo, la pena que lo agobia es más fuerte. Pone su mano sobre la de Ofelia y hace que la baje. Ella voltea a mirar a sus compañeros de mesa con ojos de tragedia, como haciéndoles ver que la situación de *El Tosco* es más grave de lo que pensaban. Si la vida de *El Tosco* es el baile, su negativa a bailar casi que significaba su desinterés por continuar viviendo. Visiblemente preocupada, Ofelia estira de nuevo su brazo, pero esta vez atacando directamente al corazón de *El Tosco*. Le dice: "¿Es que no vas a despedir a tu *Toscademia* como se lo merece…?". Todos se unen a la réplica, que más bien parece un llamado de atención. Entre la algarabía, *El Tosco* se toma una copa de aguardiente, alza la cabeza y vuelve a posar su mano sobre la de Ofelia, pero esta vez para aceptar la invitación. Pide que repitan la canción y con una mezcla de dolor, rabia y pasión acerca el cuerpo de su pareja al suyo, endereza su espalda, arquea su brazo izquierdo y da el primer paso. Sus amigos se acomodan en sus asientos para apreciar el *show*. El cuerpo de

El Tosco guarda en su memoria los movimientos, y simplemente se dedica a declamarlos con el tono de voz que le inspira el momento. En las ventanas de la casa, por primera vez abiertas a la calle, empiezan a asomarse algunos vecinos que muestran a sus hijos el espectáculo, tal vez sabiendo que aquel sería el último baile que se presentaría en *La Toscademia*. Es extraño ver cómo mientras la pareja recorre la sala, las baldosas del piso, ya raídas por el tiempo, se hunden cada vez que un pie las toca. Y aunque es claro que el piso está necesitando una reparación, el fenómeno da la apariencia de que el suelo, que tantas parejas vio bailar, ha tomado conciencia de que éste puede ser el último poema que sobre él se escriba, y ha decidido despedir a su dueño moviendo su frío cuerpo al ritmo del bolero.

El rostro de *El Tosco* muestra desilusión y pena. Al terminar la canción empezaría a pedir posada en la casa de alguno de sus amigos. También tendría que buscarle resguardo a las mesas y sillas que no había alcanzado a vender. Su vida está cayendo por un barranco. Sin embargo, el hecho de verlo bailar tranquiliza un poco a sus amigos, pues esto significa que en medio de la tragedia *El Tosco* sigue aferrado a la rumba. Si alguien con la facultad de traducir en palabras los sentimientos del cuerpo hubiese tenido la oportunidad de apreciar aquel baile triste, nostálgico y trágico, pero a la vez impetuoso, de seguro habría condensado la escena en un fuerte grito dirigido a todos los caleños: *¡La Toscademia* ha muerto. Que viva la rumba…!

TRES PERSONAJES, MUCHOS PESCADOS, UN SOLO MAR[69]

Angélica María Ortíz Almario

Aquellos tiempos de viento y marea

A las cuatro de la mañana de un lunes de febrero, Wilson Monarca escucha el sonido lejano de su despertador mental. Pone los pies sobre el suelo empolvado y camina aún dormido rumbo a la habitación de su hermano Wilmer. Éste se encuentra sumergido en un sueño profundo, mientras abraza a Mariela su mujer, una bella negra de cuerpo escultural que había conocido dos meses atrás.

Llevaban más de 20 años trabajando juntos los dos hermanos, el menor no lograba acostumbrarse a la salida de madrugada y mucho menos ahora a abandonar a su hermosa acompañante. Sin embargo, tenía claro que no había más opciones, pescar era la única forma que habían aprendido de ganarse la vida. En realidad, el oficio lo heredaron del padre, quien había muerto cinco años atrás mientras pescaba una tarde de domingo a los 86 años de edad.

Alistaron todo con cautela de no olvidar lo indispensable. En tres costales llevaban los implementos de trabajo. Las mallas conservaban la humedad de la última salida, el olor intenso de agua estancada que tenían se apropiaba del ambiente. Las habían obtenido como obsequio de parte de un conocido del puerto. Desde su primer día de trabajo pesquero, las mallas jamás habían

---

69 Publicado originalmente en la revista *Ciudad Vaga* 4 (noviembre de 2008). Su autora nació en Cali, en 1986. A través de tres espacios distintos, la autora cuenta el proceso de extracción, comercialización y consumo de los pescados en Buenaventura. Rasgos de la cultura del Pacífico son expuestos aquí de una manera muy convincente.

sido lavadas, no conocían el jabón, ni el agua dulce, descansaban inertes cada día en un rincón distinto de la casa. Estaban negras de mugre, su apariencia café amarilloso producía una sensación de abandono y porquería.

Era época de viento y marea, como la llamaban en el medio. La espera sería larga, pero los resultados sustanciosos. Estos eran los mejores días para pescar, pasarían de 3 a 8 días en el mar, dependiendo de la cantidad de peces recogida, la idea era obtener un botín de más de 400 pescados.

Con todo listo partieron a "El Piñal", el principal lugar de encuentro de pescadores en la ciudad de Buenaventura. Una vez allí, saludaron a sus compañeros, desayunaron con tres empanadas de camarón cada uno, acompañadas de café, y emprendieron el camino rumbo al mar. El bote que habían logrado conseguir con muchos años de sol ardiente y trabajo pesado los esperaba en la orilla. Bailaba de un lado a otro como si estuviera contento de partir nuevamente mar adentro.

Montaron los bultos, desamarraron la embarcación y partieron a las 6 a.m. puntuales. Alberto Córdoba los acompañaba en este viaje, pues dos hombres no eran suficientes para la temporada de viento y marea. Media hora más tarde, se encontraban listos para empezar a esperar. Después de desenredar las mallas y tirarlas al agua, era necesario colmarse de paciencia.

Así lo hicieron. Wilson estaba encargado de la malla pequeña, Wilmer y Alberto vigilaban la más grande. Pasar tanto tiempo en el medio del mar no era cosa fácil para la mente. Por lo tanto, los hermanos pescadores tenían la costumbre de pasar horas enteras jugando dominó una y otra vez.

Cada tanto había que revisar las mallas, una vez que estuvieran llenas había que sacarlas del agua para recolectar y organizar la pesca. Cinco cavas con hielo cargaban para conservar el alimento del calor y del tiempo. Los pescados debían permanecer frescos para poder ser luego vendidos a buen precio en el puerto. El color amarillo oscuro se pronunciaba en las esquinas de las cavas blancas. La falta de buena limpieza y el desgaste producido por el paso de los años se notaba en el fondo de ellas. A pesar de que con el calor de Buenaventura, en ocasiones lograban secarse completamente y vencer la humedad, el olor intenso de los pescados muertos permanecía impregnado en sus paredes por siempre.

Pasaban las horas. A las 6 de la tarde, mientras los cubría la oscuridad, los tres pescadores debían lanzar nuevamente las mallas que durarían en el mar hasta la media noche. De esta forma, repetirían la rutina durante casi una semana hasta lograr una cantidad suficiente de animales de mar que les diera el sustento para sobrevivir y sostener sus casas por una semana más.

En esta ocasión, la familia Monarca había corrido con suerte, en tan sólo 4 días lograron su objetivo de llenar las cinco cavas. Tenían dos llenas de mariscos y pescados pequeños: *Camarón, Gualá, Picuda* y *Pelada,* conseguidos con la malla de menor tamaño. Las otras tres estaban ocupadas con los pescados más grandes, *Corvinas, Pargos* y *Verrugatos* habían sido

atrapados por la malla grande. Una vez en las cavas, yacían los animales marinos boquiabiertos e inmóviles sin poder evitar el zumbido insoportable de las moscas que los acosaban alborotadas y atraídas desde tierra firme por el olor que aumentaba con el trascurrir de las horas.

Ya estaban listos para volver. Prendieron motores y regresaron a tierra con la satisfacción del trabajo realizado. Wilmer se moría de ganas de volver a ver a su bella morena bailando salsa y currulao en la noche del viernes. No veía la hora de encontrarla y probar de nuevo las deliciosas tostadas de plátano que Mariela cocinaba para acompañar el pescado que él llevaba a casa.

Además era indispensable para la buena conservación de los pescados que llegaran pronto a tierra y fueran congelados en refrigeradores o consumidos. Los pescadores hermanos conocían el proceso de descomposición de los pescados, una vez que las escamas se empiezan a desprender fácilmente, y sus ojos y piel devienen opacas, es señal inminente de descomposición, ya no es seguro su consumo. También el olor fuerte es muestra de ello.

Regresaron a la madrugada del viernes. Desde las 5 de la mañana los compradores de la galería esperaban la llegada de las embarcaciones al puerto de "El Piñal" para conseguir la mejor pesca. Doña Rosalba Castillo fue su primera clienta. A ella le llenaron una canasta revuelta de *Pargo* y *Pelada*, se la vendieron en 300 mil pesos.

En pocos minutos acabaron con toda la mercancía. Sólo conservaron el pescado que llevarían a casa para consumir con la familia. De ellos dependían 4 mujeres y 5 niños. Una vez llegados al hogar fueron recibidos con alegría, habían regresado sanos y salvos, cargados de comida y dinero. Sobrevivirían una semana más.

Así son las cosas en Pueblo Nuevo

Rosalba Castillo es vendedora de pescado en la galería de *Pueblo Nuevo*, ubicada a unas cuantas cuadras del centro de Buenaventura. Es madre de tres jóvenes y esposa de Ruperto Garcés. Vive a la orilla del mar en una casa sostenida por cuatro guaduas que cada día se hacen más endebles. Para ella, sobrevivir en medio de la violencia de la ciudad que habita, es más difícil que tener que madrugar a las 3:30 a.m. para comprar el pescado que vende cada día.

Desde hace casi 30 años visita el puerto de "El Piñal" para comprar mercancía pesquera. Es clienta fiel de los hermanos Monarca desde que se enteró de que eran sobrinos de una comadre suya.

Con ellos ya tiene precios establecidos: una canasta mediana de pescados la paga entre 230 y 250 mil pesos, una grande cuesta 300 mil pesos. La cantidad acostumbrada para la venta diaria, son tres canastas. Sin embargo, a veces le sobran algunos pescados que deben ser guardados en el refrigerador hasta el día siguiente.

Después de ir a "El Piñal", llega a su puesto de ventas pesqueras en la galería. El sector de venta de animales marinos se encuentra ubicado en la parte central de *Pueblo Nuevo*, en un recinto cerrado grande donde los pescados están protegidos del sol y la lluvia. Sin embargo, a veces resulta imposible protegerlos de las moscas y otros animales voladores que posan sus cuerpos sobre ellos. Ella se sienta en un muro de cemento recubierto de cuadritos diminutos de cerámica, sobre él coloca también una cava verde bastante vieja llena de pescados medianos. Además tiene dos mesas construidas con trozos de madera que sirven para sostener tres recipientes metálicos. Éstos contienen pescados de mayor tamaño y pescados deshidratados.

Doña Rosalba ofrece el pescado por unidad en su puesto de trabajo. Una *Corvina* grande vale 40 mil pesos, una mediana vale 30 mil, un *Pargo* vale 20 ó 25 mil pesos. Los otros pescados más pequeños se venden 3 ó 4 en 10 mil, 4 ó 5 en 20 mil dependiendo del tipo de pescado.

La gente que le compra son consumidores comunes que van a mercar a la galería para conseguir el sustento de sus familias. En su mayoría, los clientes compran pescado para fritar como *Pelada, Cajero* o *Barbeta*. También compran *Ñato* y *Alguacil* para hacer sancocho. Otros prefieren la *Canchimala* con la que hacen un plato típico de la región el "Tapao". Éste consiste en envolver un pescado después de haber sido condimentado en unas hojas de plátano, ponerlo sobre un fogón de leña y colocarle encima una piedra.

En *Pueblo Nuevo* hay dos mercados de pescados. Por un lado están los vendedores, en su mayoría mujeres como Doña Rosalba, que venden por unidad pescado a bajo costo y de alto consumo. Por otro lado, las empresas pesqueras que ofrecen pescado tipo exportación, tienen sus propias embarcaciones y distribuyen a los almacenes de cadena.

Los pescados llegan al polo norte

A la orilla del mar, en una de las cuadras de la galería de *Pueblo Nuevo* se encuentra una cooperativa pesquera que pertenece a los concejos comunitarios de Chicayá y Cajambre. A pesar de no ser una de las más grandes, la cooperativa tiene su propia embarcación dotada para la pesca en grandes cantidades. Ésta fue una donación del gobierno que obtuvieron a través de contactos políticos.

Esta empresa está encargada de distribuir pescado por todo el país. Cali y Bogotá son las ciudades a donde más llevan el producto. Además, tienen un cliente grande e importante, el almacén de cadena "Éxito". No obstante, las condiciones que emplean para transportar el alimento marítimo no son las más apropiadas. El presupuesto aún no alcanza para comprar un carro refrigerador; por lo tanto, están limitados a llevar los pescados en cavas llenas de hielo. Este método lo utilizan para los recorridos cortos como llegar hasta el almacén de cadena de la ciudad. Los trayectos intermunicipales deben encárgaselos a terceros.

Dentro de la pesquera hay un refrigerador para conservar los pescados mientras salen a sus destinos finales. Es una especie de casita congelada donde los pescados yacen boquiabiertos y con cara de sufrimiento. En ella, descansan en paz *Bagres, Corvinas, Pargos* y un *Mero* de gran tamaño. Entre los *Pargos* están los *Plateros,* éstos son los pescados más caros del mercado, puesto que son muy apetecidos por los consumidores. Su costo es de 12 mil pesos el kilo. A diferencia de la plaza de mercado, en la pesquera el pez se vende pesado.

Martín Riascos es trabajador de la pesquera. Tiene 28 años y desde hace tres está encargado de organizar los pescados recién llegados y darles albergue en el congelador. Para ejercer sus labores de manipular los pescados debe vestir un overol amarillo previamente lavado y unas botas de caucho antideslizantes para evitar una caída en el piso resbaloso dentro del congelador. Además, por seguridad y prevención debe utilizar guantes, pues para la empresa es muy importante la higiene debido a sus vínculos cercanos con el gobierno. El objetivo es dar ejemplo de limpieza y salud. De lo contrario, podrían recibir sorpresas de parte del departamento de Salud Pública.

Sus jornadas de trabajo son continuas, por eso Martín se ve obligado a tomar los alimentos del medio día en su puesto laboral. Cada mañana, después de culminar sus labores matutinas, Martín, quien en el pasado fue pescador, prepara un pescado para que sea su alimento a la hora del almuerzo.

Lo escoge, toma un balde mediano, lo llena de agua y echa el pescado en su interior para limpiarlo, procede a quitarle las escamas y a ponerlo más tarde sobre una tabla de picar. Una vez allí y con la ayuda de un cuchillo, lo parte por la mitad y le saca de su interior las vísceras, entre ellas están los huevos, una tira larga tubular con aspecto de tripa con la cual se reproducen los pescados.

Cuando el mediodía se acerca, Martín agrega sal y un poco de limón al pescado para darle sabor. Luego vierte aceite en una sartén y la pone al fogón, cuando éste se encuentra bien caliente, echa su pescado preparado. Allí lo deja unos minutos y cuando ya está tostada la piel, lo saca, lo sirve en un plato acompañado de arroz y tostadas de plátano verde y se come su comida favorita: Pescado Frito, ese plato típico de su región que conoce desde niño y nunca deja de disfrutar.

Pasadas las horas del pescado frito, Martín retoma sus oficios. Permanece en el refrigerador, que es como su segundo hogar. Cubierto de pies a cabeza para evitar el frío intenso de 15 grados bajo cero. Con su cerebro semicongelado y la desesperación del encierro en una nevera de 3 metros por 2, Martín le cuenta a los pescados sus aventuras y enredos amorosos, ellos mientras tanto lo miran con ojos de asombro y aterrados con la boca abierta.

A eso de las 6 p.m., Martín recoge sus cosas, se despide de sus amigos marinos y les promete regresar al día siguiente.

PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA

EL MANIQUÍ[70]

Andrés Camilo Osorio

El estático silencio de la noche que velaba su insomnio y aumentaba su cansancio sólo era interrumpido por el repetido cantar del minutero que marcaba las dos de la mañana. Todos los días a esa hora su reloj interior dejaba caer los párpados y abría las puertas al descanso; pero aquella velada taciturna se posaba fría sobre su cama impidiéndole conciliar el sueño, lo arropaba con muda ansiedad manteniendo sus ojos abiertos. La desesperación vislumbraba pesadillas reales que flotaban por su cabeza, mientras sus manos largas temblaban en las cobijas y sus dientes mordisqueaban las uñas carmín hasta el ardor que lo narcotizaban al lento ritmo de la agonía noctámbula cuando la llegada del alba le anuncia la muerte.

Jorge Luis Herrera despierta con ojeras bajo las pestañas y con ligereza se prepara para el vivir de un nuevo día. Mimetiza la sombra bajo sus ojos con maquillaje que imita el color de su piel, pero la disfraza con un mejor bronceado; abotona su jean *Clownaman* rojo de costura ajustada; escoge una camiseta *Diesel* pequeña de estampados abstractos; se amarra a los brazos el reloj, pulseras y cadenas amarillas, rojas y verdes; cuelga de su cuello una cadena plateada; esconde su cabello corto y crespo bajo una gorra de colores y diamantes; protege los lentes de contacto, de color miel, tras unas gafas oscuras *Ray Ban*, se ajusta el *piercing* que tiene en el lado izquierdo del labio inferior y alista la maleta *DCI Arte* con la que asiste a las clases en la Academia de locución y comunicación social. Expide un olor a canela

---

70 Publicado originalmente en la revista *Ciudad Vaga 4* (noviembre de 2008). Su autor nació en Guacarí, Valle, en 1989. El texto nos narra las vivencias de un hombre obsesionado con mantener una figura perfecta, situación que lo lleva a padecer complejos trastornos alimenticios.

que brota del marrón brillante de su joven piel. *"A mi me gusta vestirme súper fashion, mostrarme, exhibirme, me gusta ser el centro de atracción".*

Aunque por aquellos días no le mortificaba tanto el tipo de ropa que usaba en su cuerpo, la cruz que llevaba a espaldas era gracias a la gorda imagen que sentía reflejar; la báscula en la que se pesaba –costumbre que aplicaba cuando visitaba los centros comerciales y el médico– marcaba de 65 a 70 kilogramos, cifra que le escandalizaba y rechazaban su 1,75 centímetros de estatura. Desayunar dos veces, repetir en el almuerzo y comer *mecato* durante el resto del día, conformaban las causas, según las cuales su figura corporal estaba distorsionada. El remedio a semejante tragedia no era otro que la dieta. Todo empezó con dos cucharadas de arroz, pollo asado sin ningún tipo de aceite –debido al repudio que sentía frente a la carne–, ensalada y jugos. Semanas después, el almuerzo sólo era una cucharada de arroz, el mismo pollo, la misma ensalada, y en reemplazo del jugo, agua.

Las tardes de su vida se repartían entre las visitas a sus amigos y las prácticas en la academia de modelaje. "High Class" es el templo en el que las luces, cámaras y ropas estimulan el ferviente deseo de convertirse en modelo profesional; las blancas pasarelas son las oraciones que se repiten sin cesar para cumplir la utopía; la caminata y las poses con dos libros sobre la cabeza son la penitencia asumida que, con telas holgadas, camisetas ceñidas, zapatos grandes o pantalones angostos, paga Jorge para alcanzar sus sueños. Sueños que rebasan el límite de las pesadillas cuando el sol ardiente recuerda la llegada del medio día y del almuerzo; desiste del arroz y se conforma con pollo, ensalada y agua.

En un principio nadie en su familia se percataba de la férrea dieta que él seguía; el tema no se hablaba en las llamadas telefónicas o la conexión a Internet, modo como se comunica con su madre residente en el extranjero, y mucho menos se discutía con su padre, un arquitecto volátil que pocas veces está en la casa y con quien las relaciones son ásperas e inexistentes. Su retrato familiar, conformado por la abuela y su hermano menor, residentes en el barrio el *Caney* en Cali, y sus padrinos, que viven en el sector de *Quintas de Don Simón,* condicionan la rutina de Jorge en un vaivén de estaciones, con dos casas alternas que controlan, hasta el punto que él lo permite, su estilo de vida. Fueron los instructores en la academia de modelaje quienes le recomendaron comer de manera normal y cortar la dieta inapropiada que estaba siguiendo, y que su personaje favorito de la farándula colombiana, Andrea Serna, también practicaba.

Con el regreso de los almuerzos completos, regresaba a matar la semana el deseado viernes. El ruido de los autos, las luces de la calle, el sonido de los bares tiñen el aire caleño de una emoción descarada que al entrar por sus pulmones encienden la efervescencia del fin de semana. La primera visita que realiza intenta corregir el desnivel de sus uñas causado por las mordidas que el estrés le provoca; en la peluquería todos los fines de semana el

manicure es su terapia. Cada mes visita el spa, donde se mueve feliz entre cremas y mascarillas, y al masajista asiste cada 15 días. Y así queda listo, deslumbrante y perfecto para su novio.

Sobre su cuerpo terso, joven y lineal, coloca la indumentaria de etiqueta de marca con la que se dirige a bailar. Las discotecas de moda, en el barrio Granada, la Avenida Sexta o Menga, le reciben con las puertas abiertas y comienza la música, fuerte, alto volumen, trago, aguardiente, música, gritos, gente, vodka, aguardiente, sonidos electrónicos, ron, aguardiente, gritos, hombres, cigarrillos, luces láser, y el dj dice: *"please don't stop the music!"*. La disco gira sin cesar, aguardiente, la gente no para de girar, cigarrillos, música fuerte, más fuerte, ¡más fuerte!, hasta que se encienden las luces, y las 5:00 am indican que la rumba ha terminado. Regresa a la casa, a dormir, a comer y recuperar energía. Pero de abajo de la cama emergió la monstruosa pesadilla; ya no sentía ningún interés por la comida.

El monstruo bañado en grasas, carbohidratos y harinas no se escondió de nuevo bajo la cama; se adhirió a su sombra y cual centinela vigilaba los movimientos de su vida cotidiana. A la hora del almuerzo el repudio era asombroso, en la mesa, junto a la abuela, los tíos y el hermano, el monstruo se sentaba a lamer los vestigios del hambre. Al finalizar la comida, Jorge se dirigía al baño, se confundía con el ácido olor del sanitario, mientras por su esófago escalaba despacio, como el movimiento de un gusano, el triturado sabor verdoso del licuado vinagre estomacal, que alcanzaba el dedo en las papilas; y el monstruo desaparecía. *"Advertido de que su imagen se reflejaba,* en el agua espiral del sanitario, *enamoróse de su figura y no quiso ya alejarse del espejo que le ofrecían las aguas. Cuanto más se contemplaba, mayor era su loca pasión: entonces suspiraba, tendía los brazos hacia el objeto amado, esforzábase por cogerlo y abrazarlo y derramaba abundantes lágrimas de despecho y dolor"*[71].

Y al igual que la peluquería, el masajista, las tiendas de ropa, la rumba y el spa, la náusea, más que periódica, se convirtió en necesidad. Las clases de comunicación y la agencia de modelaje complementaban su diversión, pero el almuerzo era traumático, aunque no lo era su gusto por el *mecato*: papas fritas, bebidas gaseosas, chocolatinas y helados. Para facilitarse el método, compraba en la droguería tabletas de medicamentos, pastas grandes y amargas que con un leve acercamiento a la lengua envenenaban la nariz con su olor farmacéutico contrayendo el estómago repetidas veces con facilidad. Entonces el gusano, baboso y peludo, revolcaba sus patas por el esófago, verde e inquieto, hasta encontrar la cavidad bucal.

La piel tersa y marrón de su cuerpo, libre de tatuajes y salpicada de huellas del acné en la cara, se adhería con prontitud al hueso plastificado,

[71] Fragmento del mito "Eco y Narciso", tomado de Humbert, Juan. *Mitología griega y romana* (1997). Editorial Gustavo Gilli; Barcelona, p. 244.

sobre el que reposaba la ropa de marca que tanto le encanta, y con la que se destaca entre sus amigos en *"La Casa del Arte"*. La experticia de la práctica volvió imprescindible el dedo e incluso las pastas; tras apartar el plato de la mesa el interior de su cuerpo le indisponía y los malestares le recordaban a la garganta que tenía una cita pendiente en el baño de la casa. Los 50 kilos que pesaba habitualmente se disminuían a la par, como el interés por la comida. Hasta que los instructores en la agencia lo notaron y su padre lo encontró vomitando.

La suspensión en la agencia de modelaje le llevó a considerar las recomendaciones de los familiares para que iniciara un tratamiento medico-psicológico. Y aunque le es imposible luchar contra su pasión por la ropa nueva, su sed de belleza o la ansiedad por la rumba, intenta desde hace un mes impedirle al monstruo que escape del fondo de su cama. Controla con medicamentos el desorden de su sistema digestivo; come de manera balanceada las dosis necesarias para cualquier persona en un día e insiste en recuperar su peso ideal que le permita regresar a las pasarelas. El testimonio de Jorge, joven homosexual quien a sus 18 años padece bulimia nerviosa, refleja la sangrienta batalla que padecen aquellos que sin piel clara, ojos esmeraldas, cabello liso y perfil angelical anhelan el don divino de la belleza perfecta, compitiendo por alcanzar el último aliento de Afrodita, que perdura en las vallas, revistas y comerciales. Pesadilla infernal que se mueve por la ciudad, y de la cual, personas como Jorge, no quisieran incluso algún día despertar.

AVENTURAS DE UN CIBERANALFABETA[72]

Carlos Grisales

> "El capitalismo de producción trataba de exprimir nuestras fuerzas físicas sin importarle el dolor, el capitalismo de consumo trataba de exprimir nuestros sueños con ocuparse de nuestros desvelos, pero el capitalismo de ficción hace su negocio procurando mimarnos"[73].
>
> Vicente Verdú

Revisar el correo varias veces al día y pasar horas chateando por *msn* con desconocidas (¿os?); meterse a páginas porno en las que se contagian *cibervenéreas* (virus que cada cinco minutos preguntan si quieres sexo y ralentizan el funcionamiento del sistema operativo); acceder a imágenes satelitales de todo el planeta en *Google Earth*, como en el film *Enemigo público;* jugar en línea *Counter Strike,* donde se puede elegir ser terrorista o antiterrorista. Estas, y otras actividades son el pan de cada día de millones de usuarios del Internet. Yo, que de vez en cuando uso la vieja maquina de escribir, me di a la tarea de probar e indagar sobre algunas de las actividades más frecuentes en la red y esta fue mi experiencia.

Una amiga me mostró las tetas por el *msn*. Me empeloté ante una supuesta vieja que no prendió la cámara nunca pero me calentó mucho; al final

---

72 Publicado originalmente en la revista *Ciudad Vaga* 2 (noviembre de 2007). El autor nació en Cali, en 1982. Este reportaje cuenta las intimidades de un navegante analfabeta a través de los mundos alternativos de la red, especialmente el del cibersexo. Reflejo sin tapujos de las nuevas formas de relación social que se establecen por la red.

73 Verdú, Vicente (2003). *El estilo del mundo*. Anagrama. Barcelona, p. 130.

creo que resultó siendo un homosexual morboseándome y que la foto que tenía en el *msn* era bajada de Internet. Es que uno a veces es muy inocente. Jugué *The World of War Craft* y no construí ningún imperio ni nada que se le asemeje, como si fuese un *ciberanalfabeta*. Me cansé de intentar aprender a usar el montón de comandos para jugar y me metí a algo que no fuera un juego: *Second Life*, un mundo virtual en el que se puede vivir dizque una "segunda vida". Se debe crear un muñeco (Avatar) a imagen y semejanza de lo que uno quiera; puede hacerse parecido a uno, o todo lo contrario. Es algo así como una plataforma social para crear contenido virtual interactivo.

Discovery Channel sacó un documental hace poco llamado "*La era del video game*". Entre algunos de los datos curiosos están estas *perlas*: el 80% de los Avatares femeninos son jugados por hombres. En *Second Life* hay que comprarles ropa a los muñecos (Avatar), hay que comprar la casa para vivir y salir a rumbear, hacer vida social, pagar impuestos. Anualmente se mueven más de 2.7 millones de dólares (reales) en el "juego". Hay centros comerciales y firmas como *American Apparel*, *Coca Cola, Mc Donald´s, Adidas, Levis*, entre otras, que tienen locales allí para que tengas tu Avatar (*alter ego*) a la moda. También algunos políticos tienen sede, la gente se puede casar dentro del juego, han ocurrido movilizaciones sociales como protestas y conciertos de artistas (U2 entre otros). Hay otro sitio llamado "*Entropía*", similar a *Second Life,* pero futurista y que tiene más de 4 millones de usuarios. Son más de 6 millones de personas que tienen su Avatar en este lugar y pagan una cuota mensual por la existencia del mismo.

El sistema genera los catalizadores para el aburrimiento de los explotados, nos entretiene, nos permite jugar con nuestros *yoes*, ser otros. Pero ni siquiera en estos mundos virtuales se deja el dinero a un lado: todo cuesta, hasta para escaparse de esta realidad a través de la red (sistema capitalista) se necesita dinero.

Todos estos *cibermundos* permiten poseer los derechos de propiedad intelectual sobre los objetos que uno crea, por ejemplo, armas y naves en *Star Wars,* diseño de modas en *Second Life*, etc. Hubo un tipo que hipotecó su casa en Miami para comprar un club nocturno virtual en *"Entropía"* y recuperó su dinero en menos de un año cobrando la entrada (con plata real) a la discoteca virtual; ganó 100.000 dólares en 6 meses, ahora tiene un centro comercial (virtual) y por cada local cobra 750 dólares mensuales de alquiler (en el jueguito). Dinero real a través de un mundo virtual.

Julian Dibell, autor de "*Play Money*", estuvo un año estudiando las economías virtuales, mirando cómo hacer plata dentro de estos mundos simulados. En su libro explica estrategias para ganar dinero en estos sitios; lo vende en *Second Life* y también en el mundo real; se puede obtener una copia autografiada por Diebell gastando sólo unos cuantos dólares. Las relaciones sociales que se están gestando en estos mundos virtuales generan tal expectativa que hay reporteros enviados a registrar lo que está ocurriendo,

como el caso de Wagner James AU que lleva más de un año transmitiendo el acontecer social de *Second Life* (http://nwn.blogs.com/). Tiene su Avatar allí y en el gremio ostenta el título de "periodista de nuevas tecnologías y medios virtuales".

Luego de mucho intentarlo me aburrí de navegar en *Second Life* porque mi conexión es muy lenta, y en Colombia no es que tengamos muy buen ancho de banda. En Norteamérica la conexión mínima es de 2 Megas y las mejores tienen hasta 7 Gigas por segundo. Yo me conecto a 100 K; hagan la cuenta; imagínense cómo se movía mi pobre muñeco, era como un discapacitado, así que me salí y además no les iba a dar mi plata.

La pregunta es ¿por qué tanta gente acude a estos mundos virtuales? ¿Es más fácil entretenernos y dejar que todo pase simplemente volteando la cara hacia el ordenador? El sistema aprieta pero no ahorca. Bueno, sí ahorca, pero no a todos. Que viva el *cibersexo*, la fantasía, y la diversidad de *yoes*, mestizaje absoluto del capitalismo de ficción, pero no olvidemos el compromiso con lo "real". A fin de cuentas, y por muy vivenciales que puedan ser otros mundos a través de las nuevas tecnologías, siempre tendremos algo que ver con el aquí y el ahora, siempre habrá una responsabilidad política mientras portemos el título de ciudadanos.

Capitalismo de ficción

¿Cuál es el rol del *Capitalismo de ficción* en todo este asunto? Vicente Verdú, autor del libro *"El estilo del mundo, la vida en el capitalismo de ficción"*, afirma que el capitalismo de ficción (comienzos de los años noventa del siglo xx) es una transformación del sistema que busca producir una nueva realidad. Según él, estaríamos presenciando la más exitosa fase del sistema, tan definitiva que él mismo desaparece como organización social y económica concreta para transformarse en civilización y se esfuma como artefacto de explotación para convertirse en mundo a secas. Todo es engullido en esta mutación del sistema; hasta la revolución y el terrorismo se convierten en parte de su espectáculo.

Las nuevas tecnologías están al servicio del capitalismo de ficción, ya que fueron engendradas en su seno. Y mientras todos creen jugar, divertirse, entretenerse y estar a la moda, los gobiernos de turno y las multinacionales se enriquecen insaciablemente a costa de la calidad de vida de millones de personas, naciones y generaciones. Las corporaciones gastan millones de dólares anuales intentando vendernos sus productos por cualquier medio, y la publicidad comercial es el discurso más expandido y persuasivo que se haya articulado en la historia de la humanidad.

Debemos (intentar) llamar a las cosas por su nombre. La forma de vida de la actual sociedad de consumo no obedece a patrones biológicos, es sólo una manera de vivir entre muchas. Las nuevas tecnologías, lastimosamente, están siendo explotadas con el propósito de vender y entretener, o entretener

y vender; aquí el orden de los sumandos no altera el resultado: disminución de la calidad de vida por una tergiversación de satisfactores básicos. No necesitamos ropa para vestirnos: necesitamos *Levis, Diesel, Lacoste.* No necesitamos calzarnos: necesitamos *Nike y Adidas*. No necesitamos transportarnos de un lado a otro: necesitamos un *Mazda 6, una Explorer, un Mercedes*. No necesitamos comunicarnos: necesitamos el celular de última tecnología, así no lo sepamos manejar, ni aprovechemos todo lo que tiene el aparatejo. La moda es una fecha de caducidad ficcional que el mismo sistema le coloca a las mercancías para dinamizar la producción y las ventas. Mejor dicho, lo que necesitamos es plata, porque hasta para habitar un mundo virtual hay que pagar y no es nada barato. Así que a trabajar, trabajar y trabajar.

Cibersexo

Uno de los temas más elaborados y potenciados en el Internet es la sexualidad. Desde las páginas porno "normalitas" hasta las más aberrantes, desde las salas de *chat* porno con video en la pizarra principal, hasta el *msn* que nos permite tener mil contactos, flirtear y masturbarnos con ellos si la energía vibra, si la libido corre a través del cuadro de texto, pero sin que en el fondo nos puedan tocar, y cuando nos aburramos simplemente cerramos la sesión.

Hay un fenómeno en Internet llamado síndrome de la "falsa lesbiana". Son los tipos que se hacen pasar por mujeres para conversar con mujeres. Yo lo intenté pero me pillaban. El otro día chatié disfrazado de mujer, creo que con otra falsa mujer; imagínense, dos falsas lesbianas morboseándose. Después de 15 minutos ambas(os) teníamos sospechas y nos despedimos con una extraña sensación homosexual. Igual, es un ejercicio interesante para estimular el lado femenino en aras de comprender más a las damas.

En cierta ocasión estuve saliendo con una "niña de casa", muy bien puesta, muy juiciosita. Luego de un tiempo me di cuenta de que era una *ciberdiabla*, que le encantaba estar en *chats* porno y que los hombres le dijeran guarradas por *msn* mientras se masturbaban viéndola. Si me hubiese contado que le gustaba eso yo le habría dicho las guarradas. Pero bueno, la cuestión es que en aquel entonces yo no había experimentado aquellas cualidades del Internet.

En otra oportunidad estaba con una amiga y había quedado de conectarme para chatear con una mexicana de 20 años que era corrompidita. A la mexicana le gustó mi amiga y se la empeloté por la cámara: un *cibertrio.* Lo curioso es que hace poco hablé con mi amiga y me contó que estaba trabajando en un sitio porno por Internet y que ganaba bien, todo gracias a que yo la inicié en esa actividad. Las nuevas tecnologías democratizan el mercado laboral. El *cibersexo* es una maravilla: presencia y ausencia, presencia (virtual) del coito, ausencia de algunas de las retrógradas reglamentaciones sociales. La pregunta es si aquella "niña de casa" (la *ciberdiabla* de la que les

hablé hace un momento), fingió sobre su identidad (¿Identidades falsas?). Los cibernautas aseguran que es un error llamar esa conducta así, pues muchas veces la identidad que uno se ve obligado a adoptar en el mundo real es mucho más falsa y condicionada.

Ciberconclusiones

Tal vez ustedes ya sabían de todo esto y mucho más que yo. Probablemente son unos duros jugando *The World of War Craft* y tienen hasta 500 k de conexión a Internet, Avatar con casa y pinta dominguera en *Second Life*, están curtidos de chatear y masturbarse por la red, tienen mil y pico de amigos en *hi5* (se me olvidó contarles de éste; igual me imagino que ya saben). La cuestión es que lo que encontré en la mayoría de estos lugares, aparte de maneras de hacer "vida social", fueron escapes a esta aburrida y enajenante realidad, que para algunos de nosotros (acomodados y entretenidos) no lo es tanto. El capitalismo de ficción se ha hecho omnipresente y sus reglas han dejado de existir, se han naturalizado. La meta, en todos los casos, es ser felices sin preguntar nada más. De esta manera limpia y sin tanto problema, el sistema resuelve el antagonismo entre la dicha y la desgracia. No estamos mal, sólo un poco aburridos. Y las nuevas tecnologías están allí para brindarnos placer y entretenimiento, pero también educación y fácil acceso al acontecer global… y… más placer y más entretenimiento.

Fuentes de Consulta

Verdú, Vicente (2003), *El estilo del mundo*, Anagrama, Barcelona.

Ibáñez, Jesús (2002). *Por una Sociología de la Vida Cotidiana*, Siglo xxi, Madrid. España Editores.

Discovery Channel, *La Era del Video Game*.

PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA

CUANDO LOS GALLINAZOS NO VUELAN[74]

Carolina Cuadros

Eran las seis y media de la mañana de un miércoles de mayo. Diana no iría al colegio como los otros días. Ella y su madre tomarían en pocos minutos un bus que las llevaría a Amaime; una vez allí tendrían que buscar a alguien que las transportara a *El Florido*, un pequeño caserío, corregimiento o vereda de Palmira. Diana probaría por primera vez el caldo de gallinazo, bebida preparada por un hombre llamado Jesús y que ya había curado a gente con anemia. Faltaba poco menos de hora y media para llegar a su destino y su estómago parecía tener una burbuja que apenas si dejaba espacio para la angustia que provocaba pensar en lo que encontraría en ese lugar. Ella no iba de paseo, eso lo tenía claro, pero tampoco iría al patíbulo, por eso no sabía ni cómo sentirse. La mirada se le perdía por la ventana del bus como si hubiese algo que valiera la pena ser mirado en la carretera. La burbuja rebotaba de un lado a otro haciendo que la angustia llegara casi a la garganta. A ella le habría gustado que el viaje durara un poco más, parecía que hora y media no era lo suficiente para resignarse a algo que indudablemente le esperaba.

Jesús nació en el año de 1971 en *El Florido*, Valle y lleva más de diez años dedicado a preparar un brebaje "mágico" que parece curar toda enfermedad. A finales de los noventa, Jesús resuelve viajar a Bogotá en busca de

[74] Publicado originalmente en la revista *Ciudad Vaga* 4 (noviembre de 2008). Su autora nació en Tibú, en 1985. El reportaje narra la historia de una niña que es llevada por su madre a tomar sancocho de gallinazo, preparación hecha por un experto en curar enfermedades a través de ese método. Reportaje hecho con un lenguaje eficiente: nada hay que no esté al servicio de la historia.

una oportunidad de empleo. Allí decide, aconsejado por un amigo, ir tras un hombre que poseía la cura para los ataques de epilepsia que desde niño lo aquejaban. En un barrio al sur de la ciudad conoció a Elías, un viejo indígena yerbatero buscado por gente con cáncer. Jesús empieza su tratamiento, pero a los pocos meses, por la mala situación económica que atravesaba, decide regresar a *El Florido.*

Elías, quien no estaba interesado en lucrarse de esta bebida, le enseña a prepararla para que él, en el Valle, siga su tratamiento. Dos años después de haber probado el primer sorbo de caldo los ataques habían desaparecido. Es así como comienza a contar su historia y a atraer a la gente que desde ese instante empieza a acudir a él en busca de la bebida. Unos constantes, otros no tanto, por su casa han pasado más de un centenar de personas con cáncer, lupus, anemia, asma, epilepsia y hasta lepra.

Ya en tierra, miraba con desdén aquella caseta ubicada justo debajo del letrero que dice *Bienvenido*, y que sólo parecía tener como clientes ese grupo de hombres con olor a gasolina y fumiguín barato, que suelen alertarse cada vez que un bus para justo enfrente. Unos gritaban "***hágale mami que Cara de Angel la lleva***", otros "***hágale que Care' papa la deja en la puerta***". Allí todos tenían cara de algo, hasta Diana seguramente.

Son las seis de la mañana de un martes de mayo. El día está fresco y los gallinazos no tardarán en salir. Jesús coge la moto de su hermano y toma rumbo a Ginebra, Valle, donde inicia su labor. *"Los gallinazos de por aquí ya me conocen, por eso tengo que destinarme a otros lugares para cogerlos".* Una vez allí entra en unos galpones –no pide permiso porque los dueños, aparte de amigos, son clientes suyos– saca una caña de pescar rudimentaria y se dispone a ponerle un gancho en la punta del nylon, al que le inserta un cebo; se retira a camuflarse, dejando la carnada al aire libre. En el transcurso de tres horas el gallinazo ha caído en su trampa. Mientras su pico permanece engarzado, su cuerpo se agita, revolotea tratando de huir. Jesús lo piensa antes de cogerlo pues en ocasiones anteriores, cuando ya ha amarrado al animal y le retira el anzuelo, éste se voltea violentamente y le arranca un pedazo de carne. Aún vivo y con las patas amarradas, lo envuelve en un costal, lo acomoda en la parte trasera de su moto y se dirige a nuevamente su casa.

Al fin se montaron en el carro de C*are papa*, porque las dejaba en la puerta.

De camino a la choza de Chucho, su mente quedó en blanco, como si se hubiese propuesto no pensar en nada hasta ver lo que había en ese lugar. Su mamá, quien iba feliz, no se cansaba de repetirle: "*se tapa la nariz y se toma el caldito de un solo sorbo, no piense en nada que eso no sabe a feo, acuérdese que es por su bien*". Ahora Diana estaba confundida pues no sabía qué era peor, la anemia o tener que tomarse el agua en donde hervía hasta el cansancio un animal tan repugnante para ella como el gallinazo. Diana apenas se daba cuenta que la angustia de saber que tenía anemia empezó cuando una vecina le había contado las maravillas de dicha bebida a su mamá.

–***Que les aproveche***, dijo el hombre contando el dinero que la madre de Diana le había pasado cuando éste se detuvo en una casa humilde, angosta pero muy larga.

–***Buenos días***. ***¿*Chucho*?***, preguntó María, la madre de Diana, a una anciana.

–***No, mija, él está atrás. ¡Ah! es usted***, dijo reconociendo a María, quien ya había venido en dos ocasiones anteriores sola (porque nunca había logrado convencer a su hija de los prodigios del caldo de gallinazo). ***Espere y le digo al niño que la lleve***.

De repente salió un niño moreno corriendo endemoniado por un lote al lado de la casa de Chucho.

–***Síganlo que el niño la lleva***, gritaba la anciana señalando el niño, que por cierto les llevaba ventaja.

María corría feliz en punta de pies y Diana la seguía sin ningún interés de hacerlo, pues deseaba que el niño se les perdiera y ellas no pudiesen llegar a donde se encontraba Chucho.
Al fondo se veía una casa y allí estaba el niño esperándolas con un perro negro que batía la cola.

–***Mi tío está por allá***, dijo el niño señalando con la boca un matorral tupido, porque las manos las tenía ocupadas acariciando el perro. ***¿Se lo llamo o las llevo?***

"Llámelo", pensaba Diana. Aunque su madre muy entusiasmada decía: ***llévanos, llévanos***.

Acostumbrado a lidiar con las dificultades, Jesús reconoce que hay algo a lo cual aún le teme: la ley.

En carretera el peligro es constante. Ya en una ocasión la policía lo cogió: *"me preguntaron qué lleva ahí, que para dónde llevaba eso, que eso era ilegal. Pero yo les expliqué para qué lo uso y me dejaron ir"*. La policía

del *El Florido* ha tomado conciencia de su labor, según él; desde que curó a la mamá de uno de los agentes de un problema de circulación, goza de cierta protección que sólo lo cubre en ese perímetro, pues fuera de él debe hacer de la suyas para evitar ser detenido.

La lluvia había hecho estragos en el camino lodoso y resbaladizo. Se oía un río cada vez que se adentraban más en un espesor verde y mojado. Olía a humo de leña. La burbuja empezó a esparcirse por todo el cuerpo de Diana, tanto que no supo ni en qué momento llegó justo enfrente de Chucho.

Él, un hombre joven, risueño, gordo y muy sencillo, le alargó la mano a Diana quien amablemente le devolvió el saludo.

Diana se tomó un momento para echar un vistazo a su alrededor: un pequeño claro rodeado de árboles crecidos pero no tan frondosos compartían terreno con matas de hojas grandes y gruesas de color verde vivo. A dos metros de distancia una olla grande puesta sobres unos maderos encendidos botaba humo. Diana se acercó lentamente con Chucho, quien frotándose la barriga decía: *Ya no le falta mucho. Se van a tomar un buen chulo porque resabiado sí salió. Entre más difícil se pone el animal para agarrarlo, más fe le tengo al caldo. Ayer tuve que perderle toda la tarde, porque él se las olía, sabía que lo iba a cazar y por eso se alejaba del gancho. Pero el hambre le pudo al miedo y logré cogerlo*. Diana sonreía discretamente aunque las palabras de este hombre en otro momento le hubiesen arrancado una carcajada. Pero ella no podía reírse sabiendo que en minutos tomaría el caldo en el que el gallinazo *danza* con las burbujas dejando ver en ocasiones sus muñones.

Una vez en la "seguridad" de su casa, mete el animal en un pequeño cuarto hecho de esterilla. Lo desenvuelve, le corta las plumas, pero no le desamarra las patas.

Ahora son las cuatro de la mañana de un miércoles de mayo. Jesús se cerciora de que el animal aún este vivo, pues la sangre debe estar fresca para que el remedio funcione. Nuevamente envuelve el animal en el costal y lo deja en la cocina, muy cerca del fogón donde ha puesto a hervir una olla de agua. Con una olla –vacía–, un pote que contiene gasolina, un encendedor y el envuelto se adentra en una espesura verde ubicada en la parte posterior de su vivienda. Camina unos 500 metros, cruza una cañada y se encuentra con un claro en donde permanecen unos ladrillos tiznados. Prende la leña con la gasolina y pone a calentar un poco de agua que ha sacado de la quebrada. Se devuelve por el agua que ya ha hervido en su casa. Cuando llega nuevamente al claro la deja a un lado y comienza a torcer el cuello del gallinazo. Una vuelta, dos vueltas, tres vueltas y tira. Mete el animal en la olla de

agua caliente y lo deja alrededor de unos cinco minutos. Luego lo despluma totalmente, le mocha las patas y la cabeza y lo introduce en la olla ubicada sobre los maderos encendidos. Al cabo de cuatro horas el caldo ya está listo.

Había empezado a llegar gente, todas mujeres y de avanzada edad, quienes luego de saludar a Chucho, buscaban puesto ya fuera sobre un piedra o sobre algo que estuviera menos sucio que el suelo cubierto de hojarasca y barro. El tiempo lo pasaron hablando de lo extraño que se había vuelto el clima y de lo caro que estaba todo en los almacenes de cadena.

–*¡Listo!,* dijo Chucho con un colador, un cucharón y un paquete de vasos plásticos en las manos. El cucharón interrumpía la *danza*, la cual fue menguando hasta dejar al descubierto una pequeña masa color piel que algún día fue un desgarbado y repugnante gallinazo. El líquido pasaba flamante por el colador a una tasa plástica y de allí a un vaso que uno a uno fue servido y repartido entre las personas que ansiosamente esperaron cerca de 20 minutos.

Las señoras, incluida la madre de Diana, tomaron el vaso con la mano izquierda y con la derecha se persignaban y rezaban *padre nuestros*, *ave marías* y un sinfín de oraciones de fe por si de pronto el caldo no fuera suficiente. Diana tomó el vaso y mirando fijamente aquel líquido blancuzco, se tapó la nariz y se dio al primer sorbo, pues era imposible tomárselo de una sola porque estaba muy caliente. Aún con la nariz tapada y los ojos de su mamá alentándola a hacerlo, se tomó un segundo sorbo, un trago más largo que el anterior. Sus ojos se llenaron de lágrimas que se negaron a seguir encarceladas y rodaron libremente por sus mejillas. Su cara derrotada conmovió a todos los demás quien alentándola le decían que eso era normal. Chucho por su parte le decía: *La próxima vez ya no van a ser dos tragos, van a ser tres y así hasta que llegue el día que se tome todo el vaso sin más, ni más.*

Su labor termina a eso de las dos de la tarde, cuando ya han venido todos sus clientes y el caldo se ha terminado. Dentro de siete días Chucho emprenderá, muy seguramente, otro viaje a Ginebra.

La boca le sabía a pluma de gallina, a lo que huele el pollo cuando se le está desplumando. Diana no resistía otro sabor más, por eso se negaba a masticar cáscara de mandarina o limón. Quería salir de allí y llegar muy pronto a su casa, la pena la hacía pensar en la explicación que sobre su falta a clase le daría sus amigas. Y el sabor de su boca le haría pensar para siempre que el gallinazo muerto y *danzando* era cuan o más repugnante que vivo y volando.

PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA

DESTINO: COLOMBIA[75]

Erika Hurtado

Ese 3 de septiembre de 2000 en el aeropuerto John F. Kennedy de Nueva York, uno de los más transitados del mundo, algo llamó la atención de la policía. Cuando Jorge Luis Restrepo vio a los funcionarios de la DEA, supo de inmediato que se dirigían hacia él. Tomó su equipaje y esperó.

–Señor, permítanos una requisa de su equipaje.

Jorge se apartó de la fila. Guiado por los agentes caminó hasta la habitación de operaciones de la DEA, un lugar de 4 metros cuadrados, paredes grises, sin ventanas. Lo esperaban dos agentes más, una mesa metálica, algunas sillas vacías.

Es un viajero experimentado. Conoce bien las rutinas en las terminales aéreas internacionales, sobre todo las exhaustivas requisas que se aplican a los colombianos. No sería la primera vez que reclamaría sus derechos.

–¿Dónde está el dinero?

–¿Cuál dinero? No sé de qué hablan.

–Señor, ya estamos informados. No se perjudique y colabore.

---

75 Publicado originalmente en la revista *Ciudad Vaga* 1 (mayo de 2007). Su autora nació en Dagua, en 1984. El reportaje cuenta la historia de un hombre que, después de conocer muchos países, cede a una propuesta para "blanquear" dinero, es condenado a la cárcel en los Estados Unidos y regresa ya libre a Colombia, donde se desempeña como camionero. Un gran reportaje en el que el país aparece descarnado.

A los agentes les tomó pocos minutos sacar los paquetes recubiertos de plástico camuflados en los tubos de aire acondicionado que llevaba en su equipaje. Mientras los escuchaba, Jorge mantenía la cabeza agachada y la mirada clavada entre las sombras.

Los agentes le encontraron 360.000 dólares y le propusieron negociar. Podría quedarse con el veinte por ciento del dinero y, según la calidad de su colaboración, con un poco más; le ofrecieron cambio de identidad, anulación de los cargos y residencia en los Estados Unidos. A cambio debía entregar nombres y direcciones de sus contactos. Jorge escuchaba sin alterarse, sin alzar la cabeza, sin desviar la mirada; pensaba en su hija de cinco años mientras pasaba los dedos alrededor de la mesa metálica.

Luego llegaron las amenazas: hasta 30 años de cárcel sin libertad condicional en una cárcel federal norteamericana. Todo lo que Jorge debía hacer para obtener el dinero y la libertad era hablar. Seis horas después fue trasladado a prisión.

Retrospectiva

Jorge Luis Restrepo nació y creció en un pueblo atrapado en una hondonada de la cordillera occidental, en el sur del Valle del Cauca. Es cuarto entre siete hermanos, se distingue de ellos por sus anchos y rosados hombros que han resistido las inclemencias del trabajo y del sol; sus ojos claros y el poco cabello que tiñe de castaño los laterales de su cabeza blanca le han merecido el apodo de "*el Mono*".

Ha sido un hombre trabajador. A sus 15 años, al morir su madre, viajó a las haciendas del Quindío para trabajar como recolector de café. Dos años después trabajaba de aprendiz de panadero en su pueblo natal. Poco antes de cumplir los 18 trabajó un par de meses en un circo ambulante, luego descargó bultos de trigo en un molino. Terminaba con sus hombros hechos jirones ensangrentados. Desde 1981 trabajó como operario de maquinaria pesada en la construcción de túneles y oleoductos. Primero en el municipio de San Carlos, Antioquia, después en Bahía Málaga. A los 26 años salió rumbo a Portugal contratado por una compañía sueca para trabajar como operario de maquinaria pesada en la construcción de túneles hasta 1999. Con los gastos pagos y los papeles en regla, obtuvo contratos y vacaciones regulares que lo llevaron a recorrer el mundo. El trabajo lo llevó a los depósitos de acero en Luxemburgo y a las minas de mármol en Taiwán. El ocio lo condujo a través de los jardines de Bruselas, a La Puerta de Alcalá en Madrid, a la cima de la Torre Eiffel, a las ruinas del Coliseo Romano, a las moliendas de arroz en Bangkok, a las iglesias de Ámsterdam y a las islas de Hong Kong. Subió los 364 escalones de la Estatua de la Libertad en Nueva York y volvió a la tierra del trópico, a los fríjoles con arroz, al jugo de maracuyá y al calor de su hogar. Sus vacaciones en Colombia eran esperadas por familiares, amigos y desconocidos. Era el compañero de largas fiestas con licores importados

y, sobre todo, con la voluntad para solucionar los problemas económicos de los demás.

Años después, de pie en la barra de un bar, ese mismo hombre de amigos y viajes, fiesta y licor, estaba solo, agarrado de una caneca de ron, con una borrachera que sus piernas sostenían sin gracia ni discreción.

Luego de regresar a Colombia la compañía para la que trabajaba no volvió a llamarlo. Tenía visa americana y experiencia de viajero, características que llamaron la atención de unos conocidos que lo contactaron. Llevaba dos años recorriendo en un camión las calles angostas y sin semáforos de su pueblo natal y aceptó hacer la vuelta gringa por la que recibiría 150 millones.

Condena norteamericana

Del aeropuerto fue llevado a la cárcel esposado y confundido. En su cabeza daban vueltas las amenazas de los agentes de la DEA. Se sintió mejor cuando, en vez de una jauría de criminales desaforados y sanguinarios, encontró un grupo de hombres que le hablaban en español. Los llamaría más tarde "abogados empíricos": delincuentes de carrera que conocen la maquinaria jurídica. Ellos analizaron su caso y le dijeron que *tranquilo, lo suyo es poco tiempo, lo van a presionar pero usted quédese callado, declárese inocente y espere a su abogado.*

–Los amigos de verdad se conocen en la cárcel. Ahí no se es compañero por interés porque uno no tiene nada que dar: al contrario, necesita de todo y de todos. La religión es uno de los refugios que todos buscan. Cuando alguien llega empiezan todos los pastores a pelearse por recibirlo, le preguntan ¿de qué religión es? Pues soy católico. No, deje eso y véngase para acá que nosotros oramos por usted y segurito le va bien.

En la cárcel, entre las 120 personas recluidas en uno de los salones del primer piso, Jorge tuvo dos amigos; el más cercano fue José López, un venezolano de 32 años condenado por tráfico de drogas. Al enterarse de la nacionalidad de su nuevo compañero de camarote, el venezolano lo recibió con una taza de café tibio.

Su otro amigo fue un colombiano, el pastor evangélico más reconocido en el circuito carcelario de los Estados Unidos. Este hombre místico se llama Dandennis Muñoz Mosquera, alias *La Quica*, quien en Colombia, años atrás, había sido el sicario más célebre y sanguinario del cartel de Medellín, mano derecha de Pablo Escobar. Muñoz empezó su carrera delictiva a los doce años, tiene en su haber el asesinato de jueces, policías y otros funcionarios públicos. En 1988 se fugó de la cárcel de Bellavista en un helicóptero. A los 29 años fue arrestado en Estados Unidos y posteriormente condenado por la explosión del Boeing 727 de Avianca, el 27 de noviembre de 1989, en la

que fallecieron 107 personas, entre ellas dos norteamericanos. *La Quica* en la cárcel se convirtió a la vida asceta. Tiene derecho a una hora de sol a la semana mientras camina esposado. Estará en prisión hasta el final de su vida.

En Colombia, sólo conocieron de la condena de Jorge, Gloria, su esposa desde hacía 9 años, y algunos miembros de su familia. La primera ocasión en que llamó a su casa fue cuatro días después de la captura. La llamada de cinco minutos a la que tenía derecho duró sólo treinta segundos: las lágrimas y los nudos en la garganta no le permitieron hablar, no supo cómo decir que, en vez de un viaje de trabajo, había tomado una ruta hacia el delito.

Dos semanas después lo intentó de nuevo. *Papito, no quiero que trabajes tan lejos. ¿Cuándo vas a volver?*, le preguntó su hija Valeria cuando pasó al teléfono. Gloria tuvo para él palabras esperanzadoras, ningún reproche. Durante el tiempo que Jorge estuvo ausente y en el espacio que le daba su trabajo como profesora de un colegio, se dedicó a cuidar a su hija y a encomendar a su esposo a la virgen María.

Fueron necesarios once meses de avemarías, padrenuestros, rosarios y las gestiones de la abogada –pagada por el Estado– para que Jorge Luis fuera llamado a escuchar sentencia. Ese día empezó a las cuatro de la mañana. Fue llamado ante el juez a las nueve, acudió escoltado por dos guardias y acompañado por su defensora; escuchó de su intérprete la sentencia: *El transporte de bienes producto del narcotráfico es una conducta punible tipificada como "blanqueo de dinero" o "lavado de activos" de cual ha sido encontrado culpable en la modalidad de tráfico de divisas. Esta corte lo sentencia a 26 meses de prisión*.

Válvula de escape

El error mío fue camuflar el dinero delante de la mujer que me lo entregó. Su esposo estaba preso en una cárcel americana por cargos de narcotráfico y salió poco tiempo después de que me agarraron. Eso es lo que allá se conoce como "válvula de escape", lo avientan a uno para negociar con la justicia, obtener beneficios y salir libres antes de tiempo. Fue lo mismo que a mí me propusieron y no quise aceptar.

Después de escuchar el pronunciamiento y alegando razones de salud, Jorge pidió ser transferido a Miami. Cuando regresó a Brooklyn, entrada la tarde, encontró a sus compañeros orando y con las borlas doradas de los rosarios en las manos sudorosas. Me fue bien.

Al día siguiente llamó a su esposa y le dio la buena nueva. Como siempre, Jorge le preguntó a Gloria quién había ido a visitarlas, quién había llamado a Valeria el día de su cumpleaños, quién había ido a preguntar si necesitaban algo; como siempre, Gloria respondió "ninguno de tus amigos y ninguno de tus hermanos".

Dos meses después del pronunciamiento del juez, Jorge fue trasladado a Miami. José López, el venezolano, fue la última persona que le habló en la cárcel de Nueva York: *Hermano, me dieron 6 meses más que usted. Apenas salga voy a ir a Colombia a conocer su casa y su familia. Nos vemos allá*. Y se abrazaron. Nunca más volvieron a verse: el venezolano falleció en una cárcel de Miami el día en que Jorge regresaba a Colombia. Su cadáver terminó de purgar los 5 meses que adeudaba en vida. Antes de ser entregado a su familia los carceleros le partieron las piernas y la columna.

La personalidad activa y voluntariosa de Jorge le favoreció para conseguir trabajo en la cárcel federal del Condado Miami-Dade. Empezó en la cocina, su jornada iniciaba a las cuatro de la mañana y terminaba a las 10, cuando limpiaba los platos de 124 reclusos. Después trabajó en la sección de mantenimiento, podía recorrer los 13 pisos del edificio acompañado de un guardia. Pudo conocer, en el último piso, a Orlando Sánchez Cristancho, un colombiano de largos sermones y elocuente oratoria que en la cárcel se hizo líder presbiteriano, el grupo religioso con más adeptos al interior de ese penal. Sánchez se entregó en Miami el 24 de octubre de 1999 a la DEA, atendiendo los requerimientos por tráfico de drogas. En Colombia fue más conocido como "El hombre del overol", miembro del cartel del Norte del Valle y señalado por Miguel Rodríguez Orejuela como el autor intelectual del atentado contra su hijo William ocurrido en 1996.

–La cárcel federal de Miami parece un hotel: es totalmente alfombrada, tiene un excelente servicio médico y muy buena comida. Los presos de los pisos inferiores, los de mínima seguridad, podíamos hacer el bachillerato, tomar clases de guitarra, dibujo, pintura o asistir a reuniones de alcohólicos anónimos. También podíamos dedicarnos a trabajar en la cárcel o simplemente ver televisión y jugar parqués o dominó. Era un ambiente familiar. Los que estaban en el último piso, los de máxima seguridad, permanecían casi todo el tiempo encerrados, sin derecho a televisión ni radio y sólo podían hacer una llamada a la semana.

En la misma cárcel conoció a Fabio Ochoa, ex lugarteniente de Pablo Escobar, extraditado a los Estados Unidos bajo el amparo de la operación *Milenio.* Estuvo recluido en Miami mientras esperaba sentencia. No era pastor ni asiduo religioso –todavía–, pero se le veía retraído y con cierto aire ensimismado.

Los trece meses que Jorge permaneció en la cárcel de Miami transcurrieron entre el trabajo y las tarjetas que su compañero de camarote, un cubano, le enseñó a pintar. Cumplió su condena el 2 de diciembre de 2002, pero una semana después de la fecha no veía señal alguna de su libertad. Dos días antes de abandonar la cárcel, se topó con Víctor Patiño Fómeque, quinto hombre del cartel de Cali que acaba de llegar extraditado desde Colombia.

Patiño, un expolicía que empezó como guardaespaldas de Miguel y Gilberto Rodríguez Orejuela y terminó convertido en un capo de la droga, le dijo a Jorge *mire cómo son las cosas: usted ya se va para Colombia y yo acabo de llegar de allá. Disfrute la libertad.*

El 8 de diciembre, mientras Jorge pintaba una tarjeta navideña que después pensaba vender en 26 dólares, el jefe de guardias gritó desde la entrada:

–Jorge Restrepo: you go.

La emoción no fue sólo suya. Los demás reclusos estallaron en murmullos y formaron una calle de honor afuera de sus celdas. Lo despidieron con abrazos, felicitaciones, saludos y recomendaciones.

Jorge pasó de la cárcel federal al Centro de Detención e Inmigración Krome. Durante los 20 días que permaneció allí trabajó en la lavandería. El tiempo libre lo dedicó a ejercitarse en sus canchas, a desayunar leche, queso, frutas, cereales y a comer en el almuerzo hasta medio pollo con papas a la francesa, ensaladas y gaseosa. El 27 de diciembre fue conducido con tres exprisioneros más hacia el mismo aeropuerto donde había sido arrestado dos años antes. Esta vez no hubo agentes ni cuarto de la DEA, no hubo maleta, ni miradas curiosas, ni requisas. Regresó a Colombia en un vuelo de *American Air Lines* que aterrizó en el Aeropuerto Palmaseca a las 7 de la noche. Una hora después, tras haberse presentado ante un agente del DAS, pisó suelo colombiano.

Cuando el funcionario de la DIAN lo miró de forma interrogativa, reaccionó con toda naturalidad.

–Señor, permítame su equipaje.

Esta vez no portaba las inmensas maletas llenas de pedacitos de mundo que acostumbraba traer a Colombia, no lo esperaron docenas de personas, ni fue recibido con fiesta. Llevaba consigo una bolsa de papel con un libro y varias tarjetas que pintó en prisión.

–Este es todo mi equipaje, vengo deportado.

Atravesó la salita. Al frente estaban su esposa e hija tomadas de la mano. Valeria, dos años más linda de lo que él la recordaba, llevaba en sus brazos un osito que le regaló el Niño Dios. Jorge regresó en ese instante a la vida, a su patria y a su familia.

Ese 27 de diciembre de 2002, a la celebración por su llegada no fueron invitados ni familiares, ni amigos. La suegra y algunos de sus cuñados lo esperaban en la casa con mucha comida y casi nada de licor.

Hoy, a los 45 años, Jorge está dedicado al transporte. Vive con su familia en el mismo pueblo que lo vio nacer y que sigue sin conocer los semáforos ni los cajeros electrónicos. En sus ratos libres se dedica al mantenimiento de su camión y a cuidar el delicado orden del patio de su casa donde conviven *Nerón*, un lobo siberiano, dos gallos, cuatro gallinas, quince conejos y *Pacha*, una torcaza que anida en su cabeza mientras almuerza.

–Trabajo llevando cargas desde el puerto de Buenaventura hasta el interior del país. En ocasiones tengo semanas buenas donde hago hasta cinco viajes semanales; en otras sólo me resulta uno: así es el negocio. Hay gente que me conoce por mi fama de trabajador y me tiene en cuenta para cualquier viajecito.

Hace cuatro años, en mayo del 2003, Jorge se puso triste. Se enteró que Fabio Ochoa, con quién compartió en la cárcel, recibió sentencia por haber conspirado para el envío de treinta toneladas mensuales de cocaína hacia Estados Unidos desde 1997 a 1999. Dijeron en el noticiero que cuando Ochoa supo que su sentencia era superior a los 30 años, se persignó, cerró los ojos y cayó de rodillas. Un día antes de cumplir su sentencia, Jorge arregló un bombillo de la celda del excapo; cuando éste supo que Jorge estaba próximo a dejar el penal, se le acercó, le dio unas palmaditas en la espalda y le dijo:

–Calvo, ahora que salga no se vaya a meter en nada malo. Ande derecho, no hay cosa más linda que la libertad.

PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA

LA RELLENA TIENE SU COSA, CABALLERO[76]

Hernán Toro

El local conocido como *Mesa Larga* de la plaza de mercado La Alameda de Cali podría pasar como un restaurante más de los tantos que hay en este lugar si no fuera porque es atendido por un enjambre de mujeres negras –que uno termina por creer que son incorpóreas: tal es su capacidad mágica para desplazarse en un espacio tan reducido sin tropezarse unas contra otras– y porque las rellenas –negras, humeantes, olorosas–, visibles desde lejos, son su especialidad. No es que no haya mujeres negras en otros locales, o que no se encuentren otros negocios en los que se vendan rellenas; simplemente, *Mesa Larga* es una conjunción única de estos dos factores, hecho rarísimo en una ciudad que tiene la mayor población de raza negra de América latina y el Caribe, después de La Habana y de Salvador de Bahía, y ha hecho de este plato una especie de estandarte nacional.

Llamar "restaurante" a ese local es quizás un exceso de generosidad lingüística. En realidad, se trata de un gran rectángulo de cuatro por dos y medio metros cuyos lados son anchos mesones de azulejo blanco y en cuyo interior queda un espacio pequeño para las trabajadoras, y que en la escala terminológica de sus clientes recibe más espontáneamente el nombre de "comedero". *Mesa Larga* es un comedero. Alrededor de ese gran mesón hay bancas largas, tan largas como los lados del rectángulo, para el santo oficio de los comensales, esos seres que pueblan la galaxia diversa y volátil que

[76] Publicado originalmente en la revista *Ciudad Vaga* 1(mayo de 2007). Su autor nació en Tuluá, en 1948. El reportaje relata el proceso de fabricación de la rellena visto a través de las propietarias de un restaurante de plaza de mercado.

es esta plaza de mercado: matrimonios de la pequeña burguesía, bulteadores, carniceros, amas de casa, pordioseros, guardas de seguridad, vigilantes de carro, desocupados, hambrientos, antojados, viudos. Pero la gente de la pequeña burguesía come allí con una cierta vergüenza, como si temiera ser sorprendida en un acto indebido. Sobre los bordes internos del rectángulo están, en un equilibrio inestable que produce un cierto temor, las estufas con sus grandes ollas tiznadas y sus abolladas pailas y sartenes encima, en las que se preservan, se calientan o se terminan de cocinar, en salsas humeantes o en caldos a hervor suave, los largas tripas de rellena enrrolladas, las asaduras, los tamales, los envueltos de maíz, el arroz blanco, y de las que emana una mezcla de olores que son la antonomasia de la tentación y cuyo efecto más notable e inmediato es la secreción incontrolable de los jugos gástricos para todo aquél que viva la experiencia, digna de La Odisea, de pasar a su lado (como Ulises escuchando el canto de las sirenas). Las personas, con sus platos servidos en los bordes externos del mesón, comen con gran concentración, sin hablar entre ellas aunque sea evidente que algunas se encuentran en grupo, adoban complementariamente sus platos con generosas cucharadas de hogaos criollos o de fuertes ajipiques de yerbas, y nada de esa polifonía de gritos, voces entremezcladas y música ambiental que ocupa el ambiente de esta galería parece interrumpirles la ejecución de esa celebración sagrada, de esa modesta misa gastronómica.

Mesa Larga es un negocio de familia que ocupa a diecisiete de sus miembros, dirigido con disciplina prusiana, afecto y sabiduría (combinación a priori impensable), por la señora Carolina Placeres de Alegría –apellidos singulares que son ya todo un programa y que constituyen al mismo tiempo la divisa de la atención que su propietaria y las trabajadoras dispensan en este comedero–. Doña Carolina Placeres de Alegría es una negra inmensa y rotunda, hermosa, de brazos poderosos acostumbrados al trabajo duro y sin descanso, y una risa de picardía que revolotea en su boca como un picaflor de colores. Parece una representación humana de Yemayá, orisha de las aguas, del amor y de la fertilidad. Yemayalote en vivo. Al mediodía, cuando se produce la gran avalancha de comensales, doña Carolina se sienta al lado en un puesto de verduras. Parece el vigía de una embarcación aunque aparenta descansar –lo merecería: a las 3 de la mañana ya está en pie en su casa de Jamundí dirigiendo la brigada de sobrinas y de hermanas en la preparación de los platos –. En realidad, está atenta a todo: *"Chela, el guiso. Bájele el fuego a esa estufa"; "Vayan a traer otros atados de cebolla"; "Reciban esas hojas de bihao"; "Atiendan a los caballeros que llegaron allá"*. Nada escapa a su mirada de diosa en el altar. Desde lo alto de una corpulencia cuyos kilos no calcularé para no ser descortés, ni injurioso, ni profano, doña Carolina, con su gorro de cocinera y su delantal, en el que a pesar de las profusas manchas se lee con claridad "Bienvenidos. Asoalameda", pronuncia sus frases con amabilidad pero con un cierto dejo de aburrimiento, conse-

cuencia sin duda de haberlas dicho ya en muchas otras oportunidades frente a muchas otras personas: *"Vea, Caballero, cómo le digo, somos 17 personas, todas de la familia. Pican, cocinan, fritan, enfrían, preparan, transportan, venden. Usted aquí no ve sino a… a ver… cuente, cinco, seis, siete. Pero es que, Caballero, las del sábado se comienzan el viernes en la noche, las del domingo el sábado en la noche, y las de los lunes festivos los domingos en la noche, la mayoría de las personas en la casa de Jamundí. Somos 17, hermanas, sobrinas. Yo aprendí esto de mi mamá y de mis abuelos pero nadie quiere seguir la tradición. Todas estas muchachas son ahora profesionales, tecnólogas, expertas en sistemas, médicas, no quieren saber nada de esto. Pero las rellenas nos han dado lo que tenemos. Nos han dado para la vida. Sí, la gente prefiere las rellenas, pero muchos se enloquecen por las asaduras. ¡Ay, Dios mío! Cuajo, bofe, corazón, hígado, pajarilla, oreja. El delirio es el cuajo y la oreja. La oreja se chamusca, se asa, se lava, se cocina, se suda. Tiene su cosa, Caballero. El cuajo se raja, se le quita el gordo, se raja por la costura, se raspa con un cuchillo sin filo porque si tiene filo se descarna, se le echa en agua de limón bastante por 10 minutos, se enjuaga, se escurre, se empaca para la nevera, se arregla. Tiene su cosa, Caballero. Las rellenas tampoco las puede hacer todo mundo. Hay que picar tocino, echarle empella, media de leche por media de sangre, arroz cocinado. Hay personas que tienen su humor fuerte y revientan las rellenas, o la tripa está viche y no aguanta el limón, o no lavan bien el estiércol de la tripa. Es que, cómo le dijera, la rellena tiene su cosa, Caballero. Yerbas, de todas, poleo, cilantro, perejil, romero, tomillo, cebolla de las dos, cabezona y larga, tomate. Eso es dándole toda la noche y todo el día. A veces hay que pagar un millón doscientos entre luz y gas, ahí se va toda la ganancia. Porque mire usted, Caballero, antes el atado de cebolla costaba cinco mil pesos y hoy ya pasa a veinte mil, el guacal de tomate, la cebolla, todo. ¡No se puede, Caballero, no se puede! Le subimos cada cuatro años. No se puede antes; pues si a veces le han arriado a una hasta la madre pidiendo lo mismo… Y una se cansa ya de tanta cosa. Míreme estas cicatrices, son quemaduras. Toda la noche al pie de la candela y de pronto eso es aguacero y llueva, porque cuando se agarra a llover… Mejor dicho. A veces es el congelado de la nevera, todo se lo va comiendo a una. Once cirugías en este cuerpo: siete* (y se señala el vientre), *ocho, nueve, diez* (se señala primero las dos rodillas y luego un codo), *y once de un pólipo que me sacaron en diciembre* (hace un gesto vago en media luna con la mano). Muestra una caja de un medicamento en que se puede leer: "Rheumadaul. Productos naturales El Maná. 20 cápsulas". *"Da fuerza"*, dice.

Es posible que doña Carolina Placeres de Alegría no tenga ni la menor idea de que las rellenas son de los modos de preparación más antiguos de la humanidad. El principio es, en efecto, muy simple: una tripa que se rellena con arroz y sangre, se condimenta con especias y yerbas, se sella por ambas

puntas y se cocina en agua hirviente. Pero si el principio es elemental, las variaciones han sido numerosas, y el grado de sofisticación ha dado hasta para montar el Concurso Internacional de la Mejor Rellena, organizado por la "muy docta e ilustre" Cofradía de los Charcuteros del Goûte Boudin, cuyo Gran Jurado, que no admitiría en absoluto que las mayúsculas de su designación fueran substituidas por unas minúsculas plebeyas, compuesto por eminentes personalidades de la charcutería francesa, que ya es mucho decir, y por miembros de la todavía más docta e ilustre Academia de las Cofradías Gastronómicas, lleva la sutileza hasta el nivel inverosímil de conceder una variadísima escala de premios en las categorías Rellena tradicional, Rellena azucarada, Rellena salada y Rellena de las Antillas. Imposible matizar de manera más fina. Pero si doña Carolina Placeres de Alegría ignora la existencia de tan nobles cofrades, participa, sin embargo y sin saberlo, de un conocimiento extendido sin límites por todas las gastronomías populares de muchas culturas. Ella no requiere ni siquiera conocer la existencia de otros países para desplegar en acto una sabiduría que cubre un ámbito mucho mayor que el inmediato de las fronteras propias.

Misterio de la identidad insondable de este país colombiano, más difícil de resolver que el de la Santísima Trinidad, enigma al que ni las sectas más cismáticas se han osado enfrentar, o que la Paradoja de Poincaré, que tiene desconcertada a media humanidad desde hace varias décadas: ¿Por qué las rellenas colombianas no atraen moscas? Es verdad que toda fritanguería que se respete dispone en su catálogo físico de presentación a escala natural de nubes de moscas que sobrevuelan veloces por encima de empanadas, chicharrones, chunchullo y tostadas de plátano, y una empleada a sueldo encargada casi en exclusividad de espantarlas con un abanico de palma trenzada. Pero una fritanguería no es, ni de lejos, una venta de rellenas. Esta tiene una dignidad que la primera no posee, una vocación de buen gusto que nunca alcanzarán los productos fritos de la otra, un equilibrio de sabores, jamás exigido a las frituras, que le concede un evidente rango superior. En esa equivocada asimilación residiría el principio de un error de apreciación grosero. Cualquiera que vaya a una venta de rellenas (a una auténtica venta de rellenas) no encontrará moscas, a no ser que hayan sido atraídas por otras menudencias, caso en el cual es legítimo deducir que no se estaría frente a una genuina venta de rellenas sino frente a una usurpación. En todo caso, la casa de Jamundí en donde doña Carolina Placeres de Alegría fabrica sus apetitosas rellenas no tiene una sola mosca. Acostumbrados como estamos a los mesones mugrientos y a los vestidos desaseados de los empleados de los locales de este tipo, la casa de doña Carolina da, al contrario, la impresión irrefutable de ser un lugar vagamente parecido a una sala de cirugía, con sus azulejos blancos y resplandecientes y la luz intensa que baja desde el cielo por entre la boca siempre abierta de dos patios interiores y se refuerza con potentes lámparas de neón empotradas en los cielorrasos. Las irrepro-

chables vestimentas de las divertidas y sonrientes hermanas y sobrinas, que producen el espejismo inquietante de ser portadas por asépticas enfermeras de hospital, son perfectamente compatibles con las mesas de trabajo pulcras –no llevaré la comparación hasta decir que son mesas de cirugía– y con los pisos aseados y brillantes, olorosos a limpio. Todas las mujeres que trabajan allí ríen, y es casi seguro que esa felicidad elemental se traslada de alguna manera secreta al sabor de las rellenas que ellas mismas elaboran.

Doña Carolina Placeres de Alegría enseña su "fábrica" con amplios gestos de gran señora. Es evidente que siente un gran orgullo al mostrar lo que ha sido la obra de toda su vida, pero más satisfacción proyecta al mostrar el orden y la limpieza de lo que en restaurantes de alta cocina (o que presumen de serlo) llamarían una *mise en place*, es decir, todo el trabajo de preparaciones previas para abreviar el tiempo de servicio a los clientes. A su paso se van abriendo por el encanto mágico de sus manos aparadores, neveras, congeladores y enfriadores, y de ellos van saliendo los picadillos de cebolla que compondrán los picantes abrasadores, los ajíes licuados, bravos y ardientes, *los rojos*, *los rojos son los mejores*, las salsas aromáticas para cubrir los tamales antes de envolverlos, las rodajas de zanahoria crudas para darle sabor a la masa de maíz, las carnes de cerdo y de pollo adobadas con sucedáneos del azafrán, *cerdo por un lado y pollo por otro, no me gusta mezclarlos*, las hojas de bihao para encerrar herméticamente los ingredientes de los tamales, el poleo picado, las hojas pequeñitas del tomillo y del romero arrancadas de sus ramas y las otras yerbas y especias para condimentar las rellenas, la manteca de cerdo para el arroz, *tiene que ser de cerdo, Caballero*, las papas para darle consistencia a los tamales, las mazorcas de choclo *tiernitas, ¿no?* para los envueltos y, al lado, en uno de los patios interiores, una gigantesca paila en la que a fuego bajo y con el máximo de consideraciones y cuidados filosofan por cerca de tres horas 70 libras de arroz destinadas al embutido de las rellenas, cubierta con hojas de bihao para que los granos revienten por efectos del calor concentrado bajo su superficie y cojan esa fragancia tan peculiar que les confiere en regalo inapreciable la hoja de la platanilla. *A veces se me ha ahumado, Caballero. Pero a quién no si llevo 33 años en esto. Pero hay que estar atenta. Negocio que usted no se unta, se va al suelo.*

Mesa larga es el lugar de convergencia de este trabajo meticuloso y diverso. Desde hace 33 años, doña Carolina prepara con rigor sus alimentos a las horas más duras de los fines de semana, y los transporta a la Galería Alameda en Cali, donde los comensales que llegan no se imaginan ni remotamente toda la laboriosidad que ha precedido los platos que consumen. Pero la aglomeración de personas que no cesa los sábados y domingos, arremolinadas en torno a los mesones de azulejo blanco, es tal vez el mejor testimonio de la calidad de las preparaciones. En todo ello hay sin duda experiencia y saber (y sabor, diría otro), pero el ingrediente básico de todos

estos platos es una cierta alegría que recorre transversalmente el trabajo de tías, primas y sobrinas quienes, bajo la égida de esta Yemayá criolla, orisha de la vida y de los alimentos, participan también de la hechura de nuestra felicidad. De hecho, para hablar con franqueza y justicia, habría que decir que doña Carolina es, en rigor, una artesana de la felicidad de los seres humanos.

–*A lo mejor es el poleo lo que las espanta* –dice doña Carolina en un momento en que ya todos habían olvidado las moscas. Despejada la Paradoja de Poincaré. Y tras un silencio como de reflexión agrega: *Pero eso sí, hay que limpiarle todo este trébol que lleva pegado, que es amargo y que trae mala suerte, a no ser que tenga cuatro hojas. Y hasta ahora no he visto el primero.*

LOS CERDOS TAMBIÉN LLORAN[77]

Hernán Toro

El lugar es como deben ser miles de lugares rurales en Colombia: la parte trasera de una tienda modesta de carretera donde se amontonan sobre la pendiente objetos en desorden (carretas volteadas, azadones de cabo gastado, trozos de madera podrida, un perro negro que dormita echado en el suelo), unas gradas de cemento deterioradas que bordean un piso de tierra reblandecido por las lluvias de la noche, mezclados y superpuestos visual y auditivamente con los sonidos que producen cerdos, gallinas, pollos… Una finca. A esa hora –siete de la mañana–, el día está frío. Don Fortis responde al saludo con un grito detrás de las cocheras y aparece de inmediato, sonriente y amable. Don Fortis Zuluaga es un hombre bajito y fuerte, con músculos visiblemente marcados detrás de su camiseta, fibroso, gafas de marco antiguo y lentes blancos, mirada transparente y bondadosa, originario de Argelia… Valle del Cauca. Nada parece distraerlo. Enfrascado en lo suyo, abre una llave y con una manguera comienza a limpiar un piso pavimentado al lado de las cocheras, un espacio de dos por tres metros. "Esto tiene que estar bien limpio", dice. Y agrega, como para aclarar, pero todo queda críptico: "Ahí es". Se mueve diligente. A su lado cruza su hijo Rodolfo con una bolsa de alimentos para conejos; va hacia ellos y les habla en media lengua, como si fueran bebés, los acaricia y los llama por un nombre propio. Explica la genealogía de todos los conejos enjaulados. Ambos adelantan sus tareas con celeridad, como si estuvieran atrasados. En el ambiente hay un

[77] Publicado originalmente en la revista *Ciudad Vaga* 4 (noviembre de 2008). Su autor nació en Tuluá, en 1948. En este texto se cuenta el sacrificio de un cerdo por unos carniceros artesanales en una vereda de Dagua.

profundo olor a porqueriza, acre, hiriente: el olor característico de la mierda de los puercos. En unas cocheras hay unos cerdos enormes, ruidosos, tres o cuatro, que levantan sus cabezas por encima de las barandas y gruñen; al frente, en otra cochera, se encuentra un cerdo solitario que, contrariamente a los otros, mira hacia la pared.

–¿Es ése?

Don Fortis voltea la cabeza y responde con un gesto afirmativo. Y luego agrega: "Sí".

El cerdo no tiene sino 5 meses de edad pero ya debe pesar casi 70 kilos. Mira de reojo, siempre con la cabeza gacha, como desconfiado. Las pupilas son de color crema, viscosas, como los ojos de los ciegos. Los gruñidos no son de nervios, aclara don Fortis, y asegura que los cerdos no se dan cuenta. "A veces se inquietan, pero no". La mañana está muy fresca pero el aire se encuentra un poco electrizado. En un abrir y cerrar de ojos, don Fortis y su hijo han sacado el cerdo de su cochera, el solitario, le han amarrado una cuerda alrededor del cuello y lo arrean dirigiéndolo con pataditas de sus botas de caucho, de esas que usan los guerrilleros, en medio de gruñidos y chillidos intermitentes. Difícil escuchar un sonido más agudo. Al llegar al piso encementado, en medio de alaridos estridentes, punzantes y continuos del cerdo, lo voltean entre los dos levantándole una de las patas traseras y dejándosela sostenida en el aire mientras le tiran la cabeza con la zoga. Rodolfo, que retiene al cerdo por la pata y con una rodilla trata de inmovilizarlo contra el suelo, palpa un lugar en el pecho del animal y allí mismo, con una velocidad y un tino pasmosos, le clava una lezna delgadísima. El cerdo, con el arma clavada en pleno corazón, no deja de lanzar chillidos, incisivos, penetrantes, ensordecedores, como si se hubiera dado cuenta en un fatídico, deslumbrante e irreversible instante del carácter mortal del trance que atraviesa. Rodolfo no lo mira; simplemente, sujetándolo firmemente de la pata e inmovilizándolo con su rodilla izquierda, controla con fuerza los estertores del animal mientras dirige su mirada hacia un punto indefinido situado no más allá en el espacio sino más allá en el espíritu. Al cabo de 2 ó 3 minutos, en los que el cerdo no ha parado de chillar y de agitarse, comienza a hacerse evidente que sus fuerzas se le están escapando por algún lado; trata de levantar la cabeza, pero don Fortis, que lo tiene bien enlazado, se la baja de nuevo contra el piso. Alcanza a decir: "Un mordisco de un animal así…", y deja flotando en el aire de sus puntos suspensivos la gravedad de la advertencia. Los ojos del animal, vistos de cerca, que han venido expresando algo entre furia e incomprensión, dejan ver algo que puede ya llamarse resignación, y, lo juro, una lágrima se escapa y corre pesada y lenta sobre su cara. Por momentos chilla de nuevo y trata de erguirse, con un vigor que nadie sabe de dónde le pueda salir, pero de inmediato la fuerza conjunta de

padre e hijo le devuelven a su estado de sumisión. En 6, 7 minutos, ya sólo exhala una respiración difícil y entrecortada. Don Fortis suelta el lazo, se coloca por unos segundos frente a su hijo, revisa las llaves de una bombona de gas que ha estado cerca y regresa. Rodolfo remueve la almarada como quien remueve un mortero, el cerdo refunfuña ya sin convicción, sin mucha energía, y comienza a temblar intermitentemente, recogiendo las patas traseras. Don Fortis dice, como quien describe un hecho objetivo: "Últimos suspiros". El cerdo se queda quieto, totalmente quieto: ya no chilla, ya no tiembla, ya no se mueve: está muerto. Rodolfo extrae la pica y queda al descubierto una pequeña perforación, apenas visible, impecable, sin una sola gota de sangre derramada. "Cuando le sale sangre por la nariz es que se ha ido *pulmoniado*"; no es necesario que explique: en la suerte de matar, durante las corridas de toros, cuando la espada no ha atravesado nítido el corazón sino de través los pulmones, el animal muere asfixiado, botando a borbotones sangre por la nariz y por la boca. *Pulmoniado*.

El primer corte al cuerpo inerte del cerdo es dado en la oreja; con un movimiento preciso en media luna rebanan todo el cartílago en donde se encuentra grapada una placa circular plástica. Es la constancia de vacunación contra la fiebre porcina. Si no la tiene, hay que desconfiar: aparte de contagiarse a los otros cerdos, la fiebre porcina es muy dañina para la salud de los seres humanos. Cuando los cerdos sacrificados no han sido criados por él, Don Fortis es todavía más exigente con la calidad de la crianza: los cerdos hay que purgarlos, desparasitarlos, darles vitaminas. "Son como uno", dice.

Rodolfo abre la llave del gas y enciende un aparato que lanza una llama fuerte y ruidosa. "Ahora iniciamos la chamuscada", anuncia. "Este es un soplete parecido al que se utiliza en las fábricas para remover las pinturas industriales". Rodolfo habla muy bien, su léxico es diverso y sus frases bien construidas. Toca en un conjunto de música andina, y es evidente que no es un simple campesino. En cada uno de los lóbulos de sus dos orejas tiene insertado una especie de anillo plástico que le da aspecto como de dibujo de tira cómica; no es una candonga, sino un aro en el lóbulo. La llama del soplete quema las cerdas de la piel del cerdo y la duración de la incandescencia de cada una de ellas deja en suspensión sobre la piel, por instantes brevísimos, pequeños puntos luminosos que, en su conjunto, producen una impresión estéticamente agradable, como puntos en el cielo cuando estallan los fuegos artificiales. También, cuando la llama permanece más de lo debido –que no puede ser mucho: la llama del soplete recorre la piel sin detenerse en ningún lugar preciso, como si la acariciara– sobre un punto del pellejo, se forman unas ampollas grandes como pompas de jabón que se inflan y revientan en el acto, como la superficie de las sopas cuando hierven a fuego bajo. El cuerpo del cerdo se recoge por efectos del calor intenso, lo que para Rodolfo se explica así, dicho con la concisión y ceremonia de una premisa filosófica: "Todos los animales, incluidos los seres humanos,

al quemarse, recuperan la posición fetal". El olor a porqueriza, tan fuerte antes, es reemplazado ahora por el de la chamusquina, tan intenso es. Es abrasivo, y penetra todo el aparato respiratorio. Al terminar la chamuscada del lado expuesto del cerdo, Rodolfo, que tiene toda la vitalidad de sus 20 años de edad, rasquetea con fuerza la piel con la ayuda de un machete recortado que, agarrado por las dos manos, él pasa de arriba a abajo del cerdo. Es la primera capa de la piel. En el filo del instrumento va quedando una costra renegrida de piel quemada que él desprende con un golpe seco contra el suelo. Habla de música: "Toco la flauta traversa, el píccolo, todo lo que son vientos andinos: quenas, zampoñas, quemadores, rondadores... El conjunto se llama *Raymi Mullumanta*, significa *Semillas de fiesta*". Entre tanto, Don Fortis frota la oreja del animal, los párpados que hace sólo unos minutos se abrían y se cerraban con rabia, la cara por donde había resbalado la lágrima, la parte interna de las patas delanteras y traseras; lo hace con un instrumento que es la recursiva transformación tercermundista de una lata de sardinas, perforada para la ocasión en muchos puntos con una puntilla. Don Fortis explica que son los antiguos raspadores de las arepas que usaban las abuelas. "Para rascarse la arepa", agrega con picardía, haciendo un juego de palabras de doble sentido, levemente procaz, que ya no produce risa en su hijo. Don Fortis alterna esta tarea con la limpieza que hace de todo lo que va cayendo con el agua de la manguera, ayudado por el plano inclinado del piso, que desemboca en un sifón rústico.

Rodolfo asegura que los cerdos son los animales más parecidos a los seres humanos: "Del cerdo se están haciendo experimentos de células madres; del páncreas se saca insulina para los diabéticos; las válvulas que injertan en el corazón de los seres humanos más eficientes son las de este animal". No menciona el colesterol, ni la neurocisticercosis, pero nadie está en disposición de armar controversias inoportunas.

Mientras Rodolfo repite todas las operaciones por el otro lado del cuerpo del animal, don Fortis cuenta que toda la vida ha estado dedicado a los marranos, pero que antes era en la crianza, y que sólo desde hace 4 años, cuando alquiló este sitio, cría, sacrifica y comercializa. En la parte de la casa que da a la carretera hay una *fama*, que es el nombre que reciben las ventas de carne, en donde él exhibe y expende la carne de los cerdos que sacrifica él mismo. En Argelia, la pequeña población del norte del Valle en donde nació, le tocó ver la muerte de los marranos que mataban los tíos en la Nochebuena. "En esa época se chamuscaban con helechos. Ahora es como más moderno". Compra los cerdos al ojo, pero prefiere comprarlos pesados, para estar seguro: "$5.400 el kilo en piso". "Si no tiene la chapeta, que es el certificado de salud ése que tenía en la oreja, es mejor que no; le pueden poner problemas a uno". Por Caldas, Tolima, los Llanos: le ha dado la vuelta a Colombia con su familia. En Granada, Meta, nació Rodolfo; de Chinchiná, Caldas, es María Cristina; Mónica nació en Ibagué; Hugo es del Tolima.

Hugo, justamente. Va llegando con cara de recién bañado. "No son cristianamente bautizados", responde con ironía, a manera de presentación, a la pregunta sobre los nombres propios que mucha gente acostumbra a ponerles a los animales. Hugo también es músico, pero de música llanera: "*Atardecer llanero*, uno de los únicos dos conjuntos de música llanera que hay en Cali". Rodolfo agarra de nuevo el lanzallamas y procede a una segunda quema: "Es para terminar de limpiar la piel". La llama resopla, como si fuera un pequeño huracán de mano. Y de nuevo el machete recortado yendo y viniendo sobre la piel, y arrastrando unas escorias negruzcas que caen al piso. "Esto es lo más aburridor, la pelada". "*Apocalíptico*, bacano; *Kiss* es pesadongo; bonito el *Doctor Krápula*. Claro que *Krápula* no es *metal* ni *heavy*, es puro *ska*". Rodolfo hace sus comentarios musicales sin dejar de raspar con el machete el cuerpo del cerdo. Por ráfagas llegan también olores a arepas asadas y a leña ardiendo, y el perro negro, tirado sobre el piso enfangado, parece no tener ningún interés en nada de lo que ha venido ocurriendo, y sigue durmiendo en un sopor de paz oriental. "Acabamos de hacer una gira por el Quindío, por Circasia, Salento, Salamina, Montenegro, Filandia..." Por un instante, por un único instante en toda esta jornada, Rodolfo suspende su tarea y mira vidrioso hacia lo lejos: "La baterista era una nena de 24 años, de la Distrital". La frase le sale del estómago. Pero él mismo sale de su fugaz ensimismamiento y, mientras dice, incomprensiblemente al comienzo, como si fueran las palabras de una cábala, "la manicure y el pedicure", agarra cada una de las pezuñas y le arranca el casco –"ocho, cuatro de las dos de adelante y cuatro de las dos atrás"– con un giro firme de 90 grados de la muñeca. Los cascos de las pezuñas caen al lado, como si fueran dados tirados al azar.

"No, no son perforaciones, son expansiones", explica Rodolfo a propósito de los dos anillos que lleva en los lóbulos de las orejas mientras con la chaira corrige el filo de un cuchillo de carnicería. A la espera de que Hugo y su padre acomoden el cuerpo del cerdo patas arriba, Rodolfo, secundado ocasionalmente por Hugo, se lanza en una disertación sintética sobre las "subculturas" *punk*, *skaters* y *metaleros*, de la familia de las *expansiones*, la suya; sobre el *piercing* y el tatuaje; cita a los *Orejones* en Bolivia, que se cuelgan pesos en las orejas para alargarlas; menciona a Tutankhamon ("murió a los 20 años"), cuyas expansiones ("que son más o menos del mismo tamaño que las mías") son evidentes en las imágenes que ornan su tumba y en su máscara funeraria; habla de las mujeres de un país africano –¿Somalia?– cuyo nombre no recuerda bien que se colocan anillos de bronce en el cuello cuya altura total puede alcanzar hasta 13 centímetros y "luego no se los pueden quitar porque se desnucan". Y en mitad de la referencia a los Nasa, "que amputan el clítoris de las niñas", se inclina sobre el cerdo y, sin transición alguna, hace un tajo recto y nítido de la papada hasta el ano para dejar al descubierto en un solo golpe de vista, envueltos en una nube-

cilla de vapor interior, como en una aparición mágica, vísceras, órganos e intestinos. Predominio del rosado. De inmediato, Rodolfo cercena en media luna extendida una especie de nervio alargado que nace como a la mitad del estómago y se prolonga hacia adentro, lo arranca con su mano y dice: "Es el viril", y precisa enseguida: "El pene". Lo exhibe por un instante en el aire y luego se lo tira al perro que dormita: "Negro, coja, mijo". El perro apenas levanta la cabeza, lo atrapa en el aire, lo engulle casi sin mascarlo y vuelve a su somnolencia zen. Como si se tratara de una lección de anatomía, Rodolfo explica: "Este es el coxis, este es el recto", y con ambas manos arranca lo que debe ser el extremo del intestino grueso; una masa de excrementos cae pesada al piso, la que, enseguida, es arrastrada por el agua de la manguera que no ha dejado de administrar don Fortis. Rodolfo apoya sus rodillas sobre la cara interna de los muslos del cerdo y hace recaer sobre ellos toda la presión de su peso; algo cruje en los huesos del animal. Sin dejar de apoyar sus rodillas sobre el cuerpo del cerdo, repite, esta vez de abajo hacia arriba, el corte a lo largo de todo el vientre: *"*Estos son los intestinos, aquí el delgado, aquí el grueso. Aquí está el corazón, y esta es la punzada de la lezna; véanla, impecable. Este es el pericardio, y éste el músculo que cubre al hígado. En esta cavidad, aquí atrás, está la sangre, para las rellenitas. Ahora despegamos el esófago y vemos ahora sí el depósito de sangre, los coágulos que ya se han comenzado a formar, acérqueme la bolsa, papá, que con las dos manos la recojo y la echo. Es la caja toráxica, la hemorragia es interna porque no ha sido *pulmoniado*; y si queda mal chuzado, la carne se pone negra. Esta es la vesícula biliar, este el hígado, aquí está el lomo de entraña, más conocido como lomo biche o solomo, es lo mismo. Sale con un solo corte, mirá, así. Despega bien. Aquí cortamos las costillas. Ahora me apoyo bien con mis rodillas y saco las entrañas y las pongo al lado, sobre el piso*"*. Rodolfo mete sus dos manos por debajo del amasijo rosado de las entrañas y las saca con un solo movimiento de experto. El cuerpo del cerdo, vaciado ya de sus entrañas, queda, si se puede decir, esquelético. Don Fortis no cesa de limpiar con agua el cuerpo del animal y los residuos líquidos y semilíquidos esparcidos alrededor. Y Rodolfo hace una especie de síntesis de su clase de anatomía, señalando con el cuchillo las partes que va nombrando: "La vejiga, el intestino grueso, el intestino delgado, los riñones, el páncreas o pajarilla, que parece una lengua oscura, la vesícula biliar o la bilis, que es lo que nos hace daño cuando tenemos cálculos, el estómago del marranito". Por momentos, produce la incómoda impresión de estar haciendo referencia no a un cerdo sino a un ser humano.

Al lado, Hugo ha estado preparando unos ganchos de carnicería que cuelgan de una especie de polea, asegurada a una viga de madera gruesa. Rodolfo se agacha sobre el animal, lo abraza, lo levanta y lo acerca a los ganchos. Don Fortis clava uno de éstos en el mentón del animal, y el cerdo, libre ya del abrazo de Rodolfo, se balancea por unos instantes mientras es izado. "Parece

un diferencial", comenta Hugo. En el piso, las entrañas. Mete la manguera de media pulgada por una de las puntas del intestino y con dos dedos va empujando desde fuera el agua a todo lo largo de la tripa. "El intestino delgado debe medir unos 10, 12 metros. Depende de las brazadas". Y a medida que lo entresaca de la masa cuenta el número de ellas. "Quince. Lo que dije, unos 12 metros. Estas son la piel de las rellenitas". Rodolfo parece reflexionar por un segundo. "Y pensar que hace sólo 5 meses era un recién nacido. Son 114 días de gestación. Hay que tener bien el cálculo. Conforme va saliendo, recíbalo. Hay que cortar caliente. Primero se corta la cola y se le aplica la primera inyección de hierro. El destete a los 25 días; 20 días en camaretas altas; luego al área de engorde. Hace 5 meses…" Mientras separa las piezas y las va colgando en los ganchos al lado del cuerpo, Rodolfo afirma que los mejores parches de percusión son de cerdo, que la piel de cerdo se usa mucho en peletería, que el rey Luis XIV usó los primeros condones hechos de tripa de cerdo: "Una tripa de cerdo amarrada en una de las puntas del intestino", dice, y agrega, no se sabe por qué en inglés: "The first condon". Continúa sus disquisiciones al mismo tiempo que manipula las últimas piezas de intestino grueso: *"*Estos animales se vuelven salvajes muy fácilmente; en el monte llegan a pesar 480 kilos, como un toro de lidia. Andan en manadas. Peligrosísimos. Hay que cazarlos a bala. Los colmillos pueden llegar a medir hasta 48 centímetros, y hay una variedad en Australia cuyos ejemplares mueren atravesados por su mismo colmillo que se incrusta, curvado, en la frente. Tatabro, cafuche, zaino, recibe muchos nombres. Hermanos de los jabalíes. En *Panaca* conocí una variedad enana que pesa 6 libras*"*.

De un momento a otro, Rodolfo cesa de hablar y dirige una mirada cómplice a su padre. Don Fortis balancea el cuerpo inerte del cerdo y Rodolfo, que se ha puesto en la línea pendular del animal, lo recibe sobre uno de los hombros y, con él a cuestas, trepa por la pequeña pendiente de la porqueriza en dirección de la *fama*. "Voy con el 63. Apuesto 10 a 1", dice mientras sube. "Corrijo: 65". El cerdo es colgado del pescuezo en un gancho de balanza. Don Fortis dice: "65". Rodolfo sonríe, complacido de su cálculo certero. "Movámonos que tengo que estar a las 9 en Dagua para una clase de gramática musical". Entonces, con una precisión casi quirúrgica, Rodolfo, que ha pasado el cerdo a otro gancho, hace un tajo alrededor de uno de los brazos, lo retira y lo pone sobre la mesa de azulejos blancos de la *fama.* Da la impresión de ser una pieza pegada con goma, tal es la facilidad con que se desprende. Repite los mismos gestos precisos con el otro brazo. Luego voltea el cerdo y con gesto seguro corta la espalda de arriba a abajo, en un solo tajo de una precisión admirable: a los ojos de los presentes se ofrece el espectáculo de la capa de tocino y las primeras vetas de carne pulpa. Retira la carne de los costados y, una vez más, la pone sobre la mesa. Su padre, entre tanto, seca los pequeños residuos de sangre con una toalla limpia. Del cerdo colgado no ha quedado sino la cabeza, la columna vertebral y los dos

perniles. Con un cuchillo de hoja más grande hace un corte fuerte para desprender los costillares y liberar los perniles. Con la misma fineza preciosista con la que cortó los brazos, Rodolfo traza un arco alrededor de las curvas de los perniles y los desprende con facilidad asombrosa: en su mano libre queda la pieza que, impulsada en la trayectoria pendular por su mismo peso, llega a la mesa. Hace lo mismo con el otro pernil. "Listo. Pa' Dagua", dice Rodolfo. Del cuerpo del puerco emana una bruma casi imperceptible. "Es que todavía está caliente", explica don Fortis.

Varias personas han estado observando las últimas maniobras. Una de ellas, un campesino que lleva cubierta su cabeza con una gorra *Nike* y porta bajo su brazo un cuaderno escolar doblado, pregunta por el precio. "De aquí le puedo sacer tocinito a tres. O papadita también, a tres quinientos". El campesino señala la papada, y explica: "Una librita. Es que a mi mujer le gusta el marrano". "Le gusta el marrano", comenta don Fortis con una pizca de ironía. Y agrega: "El marrano de mi marido". Don Fortis es experto también en el doble sentido de las palabras, pero nadie se siente ofendido. Al contrario, todos ríen. El campesino pregunta por el valor de uno de los perniles. "A 5. Tiene 17 ó 18 libras. O le puedo dar el brazo, tiene unas 10 libras, a lo mismo". El campesino agarra la libra de papada y se va, inclinando la cabeza y retirándose por un instante la cachucha. Un perro lo sigue y lo husmea. Don Fortis le grita: "Fuera Tommy, fuera pues de ahí. No joda ahora".

TUMBAS DE AGUA[78]

Jaime Salazar
y Vinci Belalcázar

La noche siguiente a la desaparición de Kike, su tío Guillermo Santacruz fue a reconocer un carro encontrado cerca de un cañaduzal. Cuando llegó constató que se trataba del Chevrolet Cavalier de su sobrino. El carro estaba clavado en el lecho del río Cauca con las ventanas abiertas sin hundirse del todo. Desde la orilla la caída era de unos tres metros, y quien hubiese volcado el auto sin duda se había engañando con el nivel del Cauca en ese lugar, pues el baúl y el vidrio trasero quedaron a la vista. Sin rastros de su sobrino, Guillermo regresó a Cali donde su familia esperaba noticias.

A esa misma hora llamaron a Paola* a su casa para decirle que su primo había desaparecido sin dejar rastro. Al principio ella trató de no preocuparse. Su primo era un joven impulsivo que armaba viajes hilarantes y se perdía durante varios días. El dinero a manos llenas que recibía en negocios con el narcotráfico le permitía tener un ritmo de vida vertiginoso; por eso, esta alegre muchacha de 24 años prefirió reunirse con su familia a esperar que Kike apareciera.

A media noche, cuando el tío Guillermo regresó, traía un indicio preocupante, a unos metros del carro de Kike, en medio de la nada, habían encontrado un gran charco de sangre. Nadie habló, pero en una familia acostum-

---

78 Publicado originalmente en la revista *Ciudad Vaga* 2 (noviembre de 2007). Salazar nació en Cali Valle, en 1980; Belalcázar en Turbo, Antioquìa, en el mismo año. Este texto relata la recuperación del cuerpo desmembrado de un *traqueto* de las aguas del río Cauca, a donde había sido tirado después de su asesinato. Una vez más, el país de cuerpo entero.

brada a las retaliaciones violentas del narcotráfico, una señal de estas sólo podría significar una cosa: la fatalidad.

La historia de Kike

Si estas historias tuvieran un comienzo, sería el día que Kike hizo su primer negocio millonario con mafiosos del Valle, o incluso antes, cuando tenía 8 años y su papá lo mandó a comprar bazuco.

Corría el año 2005 y muchos caleños pensaban que el estigma del narcotráfico había desaparecido con la captura del cartel de Cali, a mediados de los años noventa. Sin embargo, lejos de acabarse, el negocio se había atomizado en pequeños grupos que trabajaban por su cuenta o adscritos al cartel del Norte del Valle. Kike era un *traqueto* menor o *lavaperros* de uno de esos pequeños grupos. Desde los 16 años había llevado una vida 'mafiosa', cargada de lujos, dinero y mujeres, y por momentos parecía que trataba de gastar el dinero con la lógica de quien sabe que muy pronto se lo pueden quitar.

"Mi tía le regaló una plata para comprar un carro. Se compró una camioneta 'macho' 4.5. Era la típica Toyota 'rebomba', polarizada y con llanta balón. Invitó a un parche de gente y se fue, pero se volcó en una curva llegando a Ibagué y la camioneta fue a dar a la mierda. Mi primo quedó con un cuello ortopédico un tiempo pero una nena que iba con ellos fue la que peor le fue, se rebanó una nalga y quedó en silla de ruedas. Al otro día mi tía lo recogió en una clínica de Ibagué y l e trajo la camioneta toda hecha una acordeón".

Kike era el primo preferido de la familia; cuando hacía algún embarque o coronaba algún negocio, llegaba con dinero que repartía a manos llenas, ofrecía regalos para todos en la familia y les hacía favores a sus tíos. Paola era su confidente, sólo a ella se atrevía a contarle sus disparatadas andanzas en medio de borracheras garrafales. Ella escuchó de primera mano muchas de sus macabras historias:

"A kike le gustaban las putas. Él siempre andaba con perras, bandidas, putas o lesbianas. Yo le conocí un resto de viejas así. Tuvo una novia que se llamaba Ursula y era 're-perra'. Una noche mi primo andaba con un amigo y ella no le salió. Él gritaba que saliera y ella contestaba que no. Había un desechable tirado en la puerta; él le gritó que abriera o mataría al man acostado en la puerta. Pero la vieja nunca salió. El amigo me lo contó todo asustado "No, qué horror, yo no creí que lo fuera a matar, Kike está loco". ¡Pum, pum, pum! Lo mató de una y lo dejó ahí echado en la puerta de la nena".

Durante poco más de trece años las cosas fueron bien para Kike; pero en el último año habían empezado las persecuciones, las rencillas internas y los asesinatos de gente cercana. El panorama empezó a oscurecerse para él. Su tío Arturo, que era el más amable de la familia, fue secuestrado. Pedían 900 millones y todos pensaron que era una cifra descabellada. Pero cuando empezaron a buscar reunieron 400 millones que prontamente pagaron a los secuestradores. Pero su tío nunca apareció.

Por eso, cuando Paola escuchó que su primo había desaparecido presintió un destino trágico. Corrió para la casa de su tía 'Mai', la mamá de Kike, para escuchar todas las noticias de primera mano, total, Kike había sido incondicional y ella lo quería como a nadie en la familia.

El lugar de los hechos

Al otro día, exactamente el lunes 28 de febrero, la familia en pleno estaba rumbo a Robles, un pequeño caserío de pescadores y corteros de caña a unos 40 kilómetros al sur de Cali, cercano al majestuoso río Cauca, y al que se llegaba por una carretera destapada.

"Dimos una vuelta por ahí a ver qué encontrábamos, pero nada, puros cañadulzales, encuentras una entrada a las orillas del río y luego puras casitas 'saltoncitas'. Un señor que vivía por ahí fue quien encontró el carro, así que mi tío lo interrogó: '¿Usted qué vio, oyó algo? ¿Hubo una pelea, oyó disparos? El señor le respondió que había escuchado un disparo y que unas luces de un carro'"

La fiscalía se había llevado el auto para hacer los estudios de rigor, así que sólo les quedaba recorrer el caserío para buscar nuevas pistas. Pero según cuenta Paola, para deambular con libertad por esa zona se precisaba el permiso de un grupo paramilitar:

"Como mi tío había trabajado en Jamundí, conocía la gente pesada del pueblo. Ellos le dijeron con quién debía hablar y subimos a buscarlos; fuimos a dar a unas chozas (esa gente vive todo raro), nos atendió un señor, le echamos el cuento completo y finalmente dio el permiso para que entraran las camionetas. Era una caravana inmensa: una Ranger 4x4, una Bronco grandísima, mi tía Amparo tenía una Toyota Burbuja blanca, mi tío Guillermo otra plateada, puros carros grandes ¿no? automóviles ninguno. Eran por ahí seis, siete carros, más los amigos 'traquetoides' de mi primo y finalmente otros amigos de Siloé".

Salvado este punto, la familia en pleno se dirigió al sitio donde había aparecido el carro. Cuando la caravana llegó al puente parquearon los carros al lado del camino y caminaron al lugar que sólo el tío Guillermo conocía. Con

él iba la mamá de Kike y, retrasados, Paola y otros primos. Pasaron sobre una cerca tumbada y se internaron en el cañaduzal siguiendo el camino descrito por la caña pisada. Paola pensó que el acceso era muy estrecho para el Cavalier de Kike. El pasaje se le hizo eterno, a veces, cuando se abría un pequeño claro en el cañaduzal pensaba que ya estaba llegando y se le helaba la sangre.

"Yo iba atrás a unos pasos de mis tíos, seguí hasta que los vi detenerse y el sonido del río se fue perdiendo entre sus sollozos. Cuando los alcancé pase de largo, la tía Mai gritaba y movía caóticamente las manos".

Habían llegado a un sombrío lugar. En la hierba se veía un amplio charco de sangre y, a los lados, otros indicios como huellas de neumáticos intactas, una botella de Whisky y dos vasos desechables. Fue entonces cuando la tía Mai se dejó caer sobre la hierba y empezó a arañar la tierra. "¡Esta es la sangre de mi hijo!", se lamentaba. La tía Deifa trató de levantarla, "venga no llore ahí". Pero ella seguía sumergida en ese pasto rojizo tratando de recoger la sangre de Kike.

"No aguanté más, 'Ay, parce', no aguanté. Me puse a mirar el río y mi prima Viviana se tapó la cara, sólo se escuchaba el llanto y el río. Después las mujeres nos fuimos arrimando y la levantamos: 'tía… mejor vámonos'".

El río no acepta lágrimas

En este Valle de lágrimas el río se traga los muertos; por eso, para la familia de Paola la cruda realidad les exigía buscarlo ahí. Cada mañana la romería de parientes daba inicio a las largas jornadas de búsqueda. Se iban para las estaciones y pedían 500 ó 600 mil de gasolina para tanquear las lanchas de los lugareños. En media hora estaban barriendo el río desde el puente que lleva a Santander río abajo. Paola y sus primas imprimieron carteles de "se busca" y recorrieron la zona indagando por el paradero de su primo, y hablando con los lugareños:

"Teníamos el volco lleno de negritos que nos llevaban de casa en casa, y en esas aprendimos más de agüeros que de muertos. Donde llegábamos nos decían: No lloren en el río que el muerto no les flota; pero quién le pedía mi tía no llorar a su hijo. Fuimos a dar a una ubicada detrás de un matorral, el señor que nos atendió había encontrado el carro de Kike, era un señor blanco pero curtido. De nuevo nos contó todo, es decir que no había visto nada la noche del disparo".

Mientras tanto, el tío negociaba con los areneros la búsqueda de Kike. Fue en medio de estas charlas que descubrieron la forma como funcionaba el siniestro negocio de la muerte en ese lugar. Por el Cauca todos los días

bajan muertos, los pescadores y los niños de la zona se cruzan con ellos y los dejan derivar río abajo con una incómoda indiferencia. Sólo en ocasiones especiales, cuando los familiares aparecen o los periódicos hacen escándalo, los sacan de la corriente y los amarran a la maleza en una playa segura, donde flotan tranquilos hasta que vengan a reconocerlos. Con indolencia y apurados por sus necesidades y la extrema pobreza de la zona, los lugareños llegan a vender estos cuerpos, muchas veces en avanzado estado de descomposición a los apurados dolientes que deben soportar este trágico negocio con los restos de sus seres queridos.

La posibilidad de que Kike pudiera estar flotando amarrado a la maleza al pie de algún rancho desconcertó a todos en la familia. Por eso, Guillermo trató de ir por las buenas con los areneros pagándoles la producción de arena de los días que demorara la búsqueda y ofreciendo una recompensa por el cuerpo.

Fue entonces cuando empezaron a aparecer otros muertos en la zona. El primero flotaba en la corriente amarrado a la maleza, el segundo estaba amarrado de un palo y rápidamente descartaron que se tratase de Kike. Pero el tercero estaba abandonado en un cañaduzal y a la tía Melba le tocó ir a reconocerlo. Tomaron una carretera destapada en medio del calor abrasador de la tarde y se internaron entre los cañaduzales:

"Nos dejaron cerquita. Eso era puro gallinazo por todo lado y un olor a muerto. Mi tía y mi hermana se fueron metiendo con un señor, los demás nos quedamos en la carretera esperando. Al rato aparece mi tía diciendo '¡no… ese no es Kike, pero qué cosa tan horrible', dizque estaba reventado y llevaba un mundo de días ahí "no, mamá, vámonos de aquí". Estaba tirado ahí no más, abaleado y en descomposición, dizque re-feo".

No son pocos los muertos que arrojan en esta zona, y, en todo caso, los lugareños creen que están prestando un servicio, pues afirman que de no amarrar los muertos, estos seguirían derivando por los cientos de kilómetros del río, y quizá nunca serían encontrados.

La esperanza partida en pedazos

La aparición de los tres cadáveres había alterado aún más a las mujeres que lloraban desconsoladas; esta situación exacerbó aún más las creencias de los pescadores: "vea, llévense a las mujeres que así Kike no va flotar".

"Mis tíos empezaron a creerse el cuento y comenzaron a molestarse: 'no… estas viejas están muy lloronas'. Y los negritos detrás diciendo 'vea mi señor, llévese a las mujeres'. Hasta que mi tío Guillermo dijo: 'con estas viejas tan lloronas este man no nos va a salir'. Nos empacaron a todas en una camioneta por lloronas, para que Kike se animara a salir. Ese día fui a

dar a La Morada[79] *con mi tía y mi abuela. La única que se quedó allá fue mi hermana que tenía toda la base de datos en su celular y se encargó de las comunicaciones".*

El martes 1 de marzo, ya sin la compañía de las mujeres, volvieron al campamento a iniciar una búsqueda nocturna. Prendieron linternas, destaparon algunas cervezas y continuaron arrojando ganchos hechizos del tamaño de un ancla en los remolinos del río, sondeando la basura del lecho del río hasta a las 12:30 a.m., cuando Kike 'comenzó' a aparecer:

"Esa noche se quedaron mi tío Guillermo, Diego, Paquita, Koku, Michael, y por ahí otros tres patos ayudando, pero conocidos todos, y entre ellos fue que lo buscaron. No me acuerdo quién encontró el primer pedazo. Sacaron el tronco, fue muy duro".

El tronco de Kike apareció con malezas enredadas al dorso, faltaban las piernas, los brazos y la cabeza. Lo habían abierto desde el cuello para que se hundiera y los pescados le habían mordisqueado las entrañas. Lo montaron como pudieron a la chalupa y hubo reunión en la playa. Se prendieron las luces de los carros, lo miraron por todos lados. La piel se había blanqueado hasta ser casi transparente, por debajo brillaba el azul verdoso de la muerte. Aunque todos sabían que ese era el torso de Kike, nadie dijo nada. Lo metieron en una heladera y siguieron buscando. La tía Nora no se atrevió a verlo, agarró el celular y nos dijo: "no le digan a la mamá". *"A todos se nos acabó la esperanza…"*

Un porro para los muertos

La pregunta que todos se hacían en ese momento era: ¿Quién podría haberle hecho algo tan atroz a Kike y por qué? Pregunta que luego sería tristemente respondida por su mamá, quien en ese momento de la búsqueda supo quién lo había entregado a los asesinos. Estaba destruida y saber la verdad prácticamente la llevó a la locura; por eso quizá, en ese momento, no quiso contarle a nadie.

Al día siguiente los hombres retomaron la búsqueda; muchos se negaban a aceptar que el hallazgo del día anterior fuera definitivo. Las investigaciones del tío Guillermo señalaban los primeros sospechosos mantenidos aún en secreto. En el arenal se había reducido el número de amigos y sólo quedaban los más cercanos que sin atreverse a hablar de 'lo de anoche' se evadían recordando al desaparecido. En medio de este crudo escenario, algunos de los involucrados en la búsqueda recurrieron a las drogas tratando disfrazar la dureza de la situación.

79 Parcelación campestre de estrato alto en Jamundí.

"Al otro día mi tío, Jorge y Arvey (un amigo de Kike), se habían ido en lanchas cada uno con dos negritos, se fueron bordeando el río, metiéndose a los rincones, lanzando los garfios y las redes donde el río guarda sus cosas. Ahí empezaban a remover toda esa basura. Cuando estaban en esas, Arvey prendió un 'bareto' y en medio de la cinta se puso hablarle a Kike. 'Parcero, esto es pa'usted' y tiró la patica del porro al río. Preciso en ese momento vio entre la maleza algo raro. Se acercaron a ver y era el brazo de Kike, lo encontró justo cuando tiró la 'pata'[80]*. Llamó a mi tío Guillermo y metieron el brazo en una bolsa. Al campamento llegaron con él en la mano. Yo estaba avisando a mi mamá y ella '¡Pao', no vea eso!' y le colgué. Eso parecía una fiesta, nos mostraban el brazo y mi tío: "Mire, véale el tatuaje…" y el otro contando lo del bareto, ¡Noo!".*

Después del hallazgo del brazo todo pareció más sencillo, a pesar de la forma tropical y desfachatada con que asumieron la búsqueda. Al día siguiente, apareció una pierna. El viernes 4, nuevamente quedó en evidencia el negocio de algunos habitantes, cuando apareció la cabeza:

"Esa la encontró un pescador que nos cobró 300 mil pesos por devolverla. Parecía haber rodado y chocado con muchas cosas. La llevaron en una nevera de icopor con hielo que tenían lista. En Jamundí estaban recibiendo las partes de mi primo y de ahí hasta la morgue en Cali. El fin de semana pasaron dos días en que no apareció nada y entonces mis tíos dijeron "no más, ya se ha gastado mucha plata". Quizá la corriente había bajado el resto hasta Juanchaco. Habían alcanzado a recuperar casi todo el cuerpo, sólo faltó un brazo y una pantorrilla, sólo eso".

Vino entonces el proceso burocrático para que medicina legal devolviera el cuerpo. Debido a la gran cantidad de cadáveres encontrados en el río Cauca, debían tenerlo en la morgue mientras se determinaba la correspondencia entre las partes y el tronco. Dos semanas estuvo ahí y para entregarlo pidieron una carta dental. Kike nunca había visitado la odontología, así que la última opción resultó ser el tatuaje en el brazo.

"Para que lo entregaran se necesitaba buscar al tatuador que mi hermana y yo buscamos por toda la Loma de La Cruz; fuimos a dar a un chuzo de un metalero todo mechudo donde encontré el tatuaje. El man me acompañó a la morgue y así nos lo entregaron".

La mamá de Kike recibió el cuerpo sabiendo quién lo sacó de la casa y lo entregó a los asesinos. Se trataba de una persona cercana a la familia, pero

[80] Colilla de un cigarrillo de marihuana.

sólo podían quedarse callados y conformarse con la verdad, porque era un hombre intocable, con dinero y poder.

"El día del entierro llevaron unos mariachis, ¡el de la guitarra grandísima! Ese mariachi tocaba una chimba, a lo bien, mariachis, Whisky, y la tía llore y llore. Leímos una carta que era de todos para Kike. Nos fuimos del cementerio cuando ya estaba oscuro. Y de ahí nos fuimos todos en caravana. Nadie lo vio dentro del ataúd, absolutamente nadie, sólo vimos las partes que iban sacando del río. Como a la semana mi tía hizo una misa simbólica en el río. Llevo a un cura, puso mesas, flores y un altar".

"Yo me senté frente a la corriente sin tocar el agua, dejé de comer pescado como un año, le pedí a dios 'ojalá haya muerto superdrogo, bien bazuquiado', eso es lo único que pensaba, ojala no haya sentido. Pobrecito ¿no? Mirando la corriente pensaba "un resto de gente va a caer al Cauca, mucha gente flota ahí".

"EL OLVIDADO ASOMBRO DE ESTAR VIVO"[81]

Jaime Salazar Corrales

"Tranquilo, esto te pasa en un ya y dentro de poco estás bien…"

Parecía otra noche tranquila en el turno de observación. A eso de las nueve, en la Clínica de la Sagrada Misericordia de Cali todo estaba tranquilo, un par de pacientes iban y venían llevando su suero mientras los médicos charlaban amenamente. Urgencias tenía, más que las otras salas, un enfermizo olor a desinfectante (o podía ser formol). La enfermera de turno caminaba entre las filas de camillas tratando de olvidar su fama de atraer las peores emergencias, aunque sus compañeros se empeñaran en recordarlo: "*noche de sábado con Paula, y en quincena… ¡Ahora sí, a rezar!*". Estaba tan extendida la 'mala espalda' de Paula, que incluso le habían cambiado varias veces ese fatídico turno, lleno de borrachos accidentados, motociclistas con trauma cráneo-encefálico y parrilleras con la cara destrozada.

Tras esas paredes asépticas, iluminadas con el tono verdoso del neón, aguardaba una multitud de parientes impasibles, apiñados en la sala de espera con cara de tragedia y a la caza de alguna pista de sus parientes. De repente alguien grita: *¡Código azul, código azul!,* otra forma para decir que alguien se está muriendo. Exaltada, Paula corre por el pasillo topándose con un médico: "¿Qué pasó doctor?". "Es un paciente 'cero'", es decir, sin

---

[81] "El Olvidado Asombro de Estar Vivo": verso de Octavio Paz. Publicado originalmente en la revista *Ciudad Vaga* 2 (noviembre de 2007). Su autor nació en Cali, en 1980. Este reportaje narra una noche de urgencias en un hospital popular de la ciudad de Cali: el drama entero de la vida humana en estado de urgencias.

signos vitales. Ella repara su tez azulosa pensando "*éste no pasa de aquí*", pero igual lo meten al quirófano. Los parientes corren tras la camilla y Paula debe cerrarles las batientes en la cara: "*Esto no es para ellos*". Era casi segura muerte cerebral pero la familia merecía su mejor esfuerzo, de lo contrario, vendrían las recriminaciones, las demandas y era mejor hacer la pantomima.

Pulso cero, presión cero, todo cero, era extraño ver al médico tratando de revivirlo, Paula tratando de ponerle suero en la roca que era su brazo. Trató de situarle el pulsoxímetro pero todos sus dedos estaban rígidos, doblados como si hubiera muerto con gran dolor *¿qué hacer? ¿Será que le quiebro el dedo?*, se preguntaba, hasta que vio el pulgar derecho y le instaló el aparato. El doctor trataba de intubarlo pero el cuello estaba tieso, tampoco le podían abrir la boca. "Bueno, doctor, declárelo muerto", sugirió alguien para acabar el *show. "Tiene rigidez-mortis* –sentenció– *ha muerto"*. Le solicitó a Paula canalizarlo antes de llamar a los parientes; ella no entendía, si ya estaba muerto para qué seguirlo chuzando. Lo hizo a regañadientes…

Sangre sobre el piso Blanco

Hace unos años, Paula y su familia llegaron a Cali desplazados por la violencia paramilitar que azotó su pueblo en Antioquia. Sus padres y hermanos empezaron de cero organizándose en tiendas y galerías de la ciudad, y con gran esfuerzo le pagaron el curso de enfermería, buscando un mejor futuro para ella.

Así es como desde hace un año, Paula hace parte del fructífero negocio de la salud privada; su función consiste en sacarlos a todos de aquí –si se puede– vivos; no siempre lo logra, porque en este lugar la tragedia se da cita y es imposible ser totalmente optimista. Ella debe decidir las prioridades:
"Llega un paciente abaleado y otro con migraña ¿a quién atiendo primero? Pues al balazo, la migraña se puede aguantar…"

En una ciudad que registró la increíble cifra de 8.516 accidentes de tránsito en los primeros 5 meses del 2007, no es extraño tener las salas de urgencias atiborradas de heridos, mucho más en ocasiones especiales como el día del padre, que patentó la increíble cifra de 261 accidentes.

Antes de llegar aquí, Paula pagó su cuota de prácticas en los centros de salud "San Juan de Dios" y "Carlos Holmes Trujillo", dos verdaderos 'Hospitales de Guerra' del Distrito de Aguablanca, la versión caleña de las favelas de Río. Ahí atendía entre otros, pandilleros apuñalados, como inequívocas radiografías de los problemas de esta ciudad: desplazamiento, violencia, desempleo. Sus turnos eran un 'corre-corre' contra la muerte. Por eso, cuando Paula consiguió este trabajo en la 'hija pródiga' de las clínicas privadas creyó descansar. Jamás se imaginó encontrar una situación similar a los hospitales públicos: aquí todo es más limpio, los pacientes tienen dinero, pero en el fondo, es el mismo sistema de salud haciendo agua por

todos lados. Las desigualdades de la sociedad se reflejaban en su sala de urgencias, y esa noche, aún no lo sabía, se le presentarían todas juntas.

El primero en llegar fue un indigente conocido como *'la rata',* quien suele llegar los sábados con pinta de pocos amigos y alguna herida supurante. *Doctora, llegó el de siempre* –dice Paula– *Trae una cortada en un brazo*. "*Noo… que espere*", le contesta la interna. Entonces el hombre se enfurece: "*¡Cómo así, aquí lo tienen que ver a uno es muriéndose!*" Le iba levantar la mano a la doctora, *"es que era un tipo guachísimo*" y ésta le dijo: *"Qué pena, pero a usted no lo atiendo"*. "*¡Pues que me atienda otra doctora!*". La otra estaba en cirugía. *"¡Qué pena! Soy la única disponible*". El indigente empezó a forcejear con el vigilante hasta que su herida se abrió más y comenzó a sangrar sobre el piso blanco de la clínica, como un buque cisterna derramando petróleo en los arrecifes.

Bombardeo de Pacientes

Después de un respiro, Paula va hasta donde esperan los deudos del diabético, el hombre que llegó muerto. Los lleva hasta donde reposa el cadáver. Cuando la esposa entra y ve a su esposo acostado, conectado a cientos de elementos médicos (incluyendo la intubación de Paula) exclama: "¡lo salvaron!". Así que ella debe aclararle: "S*eñora, lamento informarle que su esposo falleció. Era diabético, cuando lo encontraron llevaba 4 horas de muerto".* La mujer empieza a llorar desconsolada. A veces lo más difícil es manejar a la familia –explica ella– eso no lo enseñan en las escuelas de enfermería. Hay que dejar que sufran su duelo, que entren y lloren con su ser querido.

Eran las once y ya tenían un muerto encima. El ambiente de la sala era de tensa calma. Para darle una sensación de orden a su turno, las enfermeras hicieron un trato: Paula manejaría las camas impares, y Sofía*, la otra enfermera, las pares. De eso dependía el turno. Pero esa noche, extrañamente, llegaron todas las emergencias juntas, las camas impares de Paula empezaron a llenarse.

Tras unos ensangrentados paramédicos llega una hilera de camillas rechinantes con dos maltrechos jóvenes. Llega una segunda ambulancia con otras dos urgencias, la gente de la sala de espera está aterrada: en qué momento este tranquilo edificio blanco se volvió un hospital de guerra lleno de moribundos, todo el mundo abre paso como una calle de honor, a la espera de la tragedia final. Esta no se hace esperar. Se trata de un niño atropellado, un motociclista accidentado, un joven con sobredosis remitido desde Yumbo.

Como una aplicación de la ley de Murphy para el mundo médico, cuando hay demasiados pacientes, llegarán más emergencias. Si les hubieran anunciado habrían preparado una sonda naso-gástrica para realizar un lavado interno, pero como les cortaron el teléfono, todas las remisiones llegan '*por sorpresa*'. Primero deben llamar a la EPS para autorizar el lavado intestinal,

luego, llamar a la otra EPS para autorizar la intervención del niño, luego, llamar al SOAT para autorizar procedimientos del motociclista, todo es con permiso, todo debe ser constatado y autorizado. Ojalá estos pacientes hayan sido puntuales con sus cuotas –dice Paula– sino, tendrán que esperar por horas, a veces, por días. Cuando la secretaria termina de llamar, Paula es atacada por los médicos como un bombardeo aliado:

"Cuatro médicos con historias en la mano: el niño atropellado saturando 84, o sea, póngale oxígeno; el motociclista una posible bradicardia, o sea, tómele un electro. Y lo peor es que a todos hay que colocarles todo rápido, nebulizaciones al vuelo, oxígeno para ya ¿y entonces, qué hago con el intoxicado? No soy un pulpo. De repeso, una señora con fractura de cadera tenía varias radiografías amontonadas desde hace horas, debía llamar al ortopedista. El médico me dice: "*vaya ubique a ese man*". Nooo…, dejar todos mis pacientes tirados, descompensados, con el azúcar en las nubes, para buscar el bobo de rayos equis, es injusto. Tanto desorden da a veces ganas de llorar. En La Clínica, cuando estamos llenos, siempre estamos protestando, ¿por qué no contratan más personal? Para ahorrar dinero, obviamente…"

Indirectamente, Paula descubrió la razón por la cual las EPS realizaron un intenso *lobby* en el congreso: lograr legislación favorable que les permitiera captar más pacientes y aumentar sus ganancias. La trilogía de la degradación de la salud puede resumirse así: más pacientes, en las mismas clínicas y con el mismo personal; esto implica hacinamiento, filas, tutelas y tarde o temprano, problemas. A este fenómeno se le conoce como la "integración vertical", es decir, el porcentaje de servicios que una EPS puede atender en sus propias instalaciones. En la pasada reforma a la *Ley 100*, este porcentaje se había mantenido en un sano 30% durante el trámite legislativo de más de un año[82]. Pero a última hora este porcentaje fue incrementado sospechosamente hasta el 50%[83], el lobby había surtido efecto. Con este brochazo casi imperceptible, las EPS's podrán ahora captar más afiliados, construir más clínicas y si lo quisieran, contratar más personal. Pero no lo harán porque su prioridad no es la salud del ~~paciente~~ cliente, ni la atención de calidad, sino la sistemática reducción de costos, para incrementar las ganancias. Para la muestra un par de ejemplos: *Saludcoop* incrementó sus

[82] En la página Web del SENADO se puede leer esta cita el 6 de diciembre: "Sobre la integración vertical, el Senado en pleno votó su limitación a sólo el 30%, es decir, las EPS no podrán contratar más de ese porcentaje con sus propias entidades de salud. Esto permitirá que los afiliados acudan al prestador de su preferencia y no al que le imponga la EPS".

[83] Fernando Galindo en la columna de opinión: "Reforma Endeble a la Ley 100" aparecida en El Tiempo, critica este cambio de última hora: "Respecto a la integración vertical de las EPS, se elevó arbitrariamente a 50 por ciento, cuando el proyecto original 052, la limitaba al 30 por ciento. Este es uno de los aspectos más débiles de esta reforma, porque significa que tanto el Ejecutivo como el Legislativo, cedieron ante las presiones de los intermediarios…"

activos de 217 mil millones a 519 mil millones en sólo 4 años; *Sanitas* por su parte, pasó de 26.648 millones en el año 2000, a 107.676 millones en 2005[84], nada mal para un negocio cuyo objetivo era (antiguamente) la salud. Pero es que desde que el otrora senador Álvaro Uribe Vélez concibió y propuso la polémica *Ley 100*, la salud en Colombia se convirtió en el 'gran negocio' de unos pocos accionistas; no deja de ser paradójico que sea precisamente en sus dos mandatos cuando más hospitales públicos se han cerrado. Y los perjudicados somos todos los colombianos cuyo dinero de salud va a parar a las arcas de las EPS. Y también se perjudican los médicos independientes, las pequeñas IPS[85], los hospitales oficiales, y por supuesto, los trabajadores de las clínicas privadas que como Paula, están saturados de trabajo. Para la muestra, esta noche la clínica dispone de sólo 2 enfermeras para 20 camas. Si una asiste en urgencias, la otra se las debe arreglar para atender los 20 pacientes críticos. "A veces da angustia, da impotencia, da mal genio… porque a pesar de que uno quisiera atenderlos, siempre tiene otros 20 pacientes por atender. Cuando esto pasa, la situación es tan tensa que todo el personal médico se pone de mal genio…"

Señales captadas al interior de urgencias

David, el motociclista con trauma craneoencefálico, está solo en una camilla dejada en un rincón, sufre en silencio desde la profundidad de su trauma. A su lado han colocado el casco hecho trizas. Paula se le acerca para canalizarlo y él la confunde con Nubia, su novia ¿será ella? Quizá está delirando por la pérdida de sangre y sólo entiende que debe luchar para seguir con vida. *"Dale David, muerto no me servís para nada",* imagina que Nubia le dice. Se aferra al mundo de los vivos como alguien que resiste el embate de las olas, se cree en buenas manos, pero de pronto Paula se aleja, David no entiende nada, ¿por qué lo abandonan ahí, en medio de esa sala verdosa, si él tiene su carné? Ella ha decidido colaborar en el quirófano, donde luchan con una paciente 'cero'. "*Esto parece muerte cerebral*", oye David desde lejos, "*llamen un neurocirujano, necesitamos un TAC*"... Paula le aplica atropina, luego ensaya con adrenalina, nunca se sabe qué preferirá un corazón, le inyecta droga como si se tratara de las naranjas de práctica de la academia de enfermeras. Por fin lo atiende la otra enfermera, ella ve que se está desangrando, presiona su arteria como un bombero atajando los borbotones que brotan de una manguera descosida. "¡Paula! –Le grita a su compañera– ¿qué pasó con este joven de camilla 6?". Ella también se va. Comienza a sonar un pito del monitor cardíaco, sus sentidos se afinan, David escucha lo que pasa en el quirófano, a unos pasos de su camilla: "¡Esta

84 Cifras de la Súper-Salud, Direccion General para Entidades Promotoras de Salud y Entidades de Prepago, balance 2000 a 2005.

85 Instituciones Prestadoras de Servicios.

señora está haciendo paro, está en shock… tráiganme el desfribilador!". Preparan la descarga eléctrica y si no se levanta con esto –piensa David–, ya no se levantará con nada. La primera descarga estremece el cuerpo de la mujer y las luces de la clínica parpadean. David ve el altibajo e imagina estar en un hospital ruso bombardeado por los nazis, es un bolchevique desangrándose en el centro de Stalingrado, morirá como un héroe de la madre patria, piensa. Imagina hablarle al oído de la mujer: "Vamos señora, luche un poco más…" Viene la segunda descarga, luego la tercera, esto parece suficiente para freír un condenado en la silla eléctrica. Pero ella no reacciona, quizá hace rato se fue; al otro lado de la puerta David cierra los ojos, él también lucha. Abre los ojos, se aferra como puede a la vida, pende del borde de su aliento, como sujetado por su yemas al filo de un rascacielos. Los segundos se le esfuman, segundos que para él, uno tras otro son la vida… "Tenemos otro joven desangrándose en emergencia", le dice Paula al doctor, quien le indica que lo traiga "a ver si al menos salvamos a uno". Este pobre tipo está en las últimas –piensa ella mientras corre con la camilla–. Debo esforzarme porque si se muere no podré dormir en varios días. Alguien ha buscado su nombre en la billetera. "¿David, cómo estás?", pregunta ella. Él oye el eco de su nombre y abre los ojos, desde el fondo de su pozo, contempla a Paula pinchándole el brazo, ahora lo atienden pero él ya no está ahí, está más abajo, en las aguas frías del pozo, sonríe, se suelta y se deja hundir en esas aguas misteriosas de la muerte, suelta las yemas y se deja ir…

¡Un médico! grita ¡Vamos David! Necesitamos que te '*quedés'* despierto, QUÉDATE. Reabre los ojos, el último aliento de su vida está ahora en manos de esta niña preciosa, piensa que quizá pueda lograrlo, ella lo acaricia en la frente, a su lado ve los dos cuerpos tapados con sábanas ensangrentadas. La revelación de verse en una tercera camilla lo asusta, no está entre sus planes morir ahora, –llora–, siente que le abren la piel, el pecho, lo conectan a través de tubos a la vida, como Neo conectado a la Matrix, no lo logrará, se desespera, suda frío, siente frío *"no me quiero morir"* pero aunque no quiere, empieza a cerrar los ojos irremediablemente. ¡Vamos David, necesitamos que te quedes despierto! Es Paula quien ahora grita, la ve llorando, para él es la voz de Nubia, quédate conmigo, delira. ¡Vamos, quédate con nosotros, aquí te queremos! Las voces se van perdiendo, oscurece la vida, amanece la muerte…

"Vidas al límite"

"A veces uno se cuestiona si de verdad quiere esto para toda la vida, cuando le tocan casos tan duros y uno no sabe si pueda seguir. Por eso hay enfermeras que se vuelven 'duras' como piedras. Eso lo veo en las mayores de 50 años, de los cuales 20 ó 30 años son dedicados al oficio. Las han pasado a secciones 'frías', porque ya no aguantan urgencias, aquí todas somos jóvenes (risas). Los pacientes lo notan, una vez uno me dijo: "*Esa señora*

tan malgeniada, uno le dice cualquier cosa y es con cara de metralleta". Eso me da pánico, cuando sienta que me estoy volviendo una enfermera así, mejor me salgo. No quiero convertirme en una mujer amargada, que nunca sonríe. Me imagino cuántos pacientes se les habrán muerto a ellas para volverse así, quién sabe, este es un oficio que endurece…"

Y quizá también por esto, las noches de fin de semana nadie las quiere. Aunque son bien pagadas, los médicos y las enfermeras tratan de cambiarlos. A veces se forma un verdadero 'mercado' de turnos. Las transacciones son en dinero o especies (por otros turnos), uno suele escuchar *"te cambio el domingo por el jueves, dale, te encimo un martes"*. Todo para evitar este momento: cuando el cansancio llega al igual que las sirenas anunciando más urgencias.

Esta vez se trata de una jovencita gritando "*¡Rápido, mi amiga está afuera convulsionando!*", la entran y la primera impresión de los médicos es: '*mamacita*'. Es una hermosa joven de 21 años, parece una reina pasada de tragos, su pinta fiestera no disimula su origen humilde, lo que contrasta con los hombres adinerados que la acompañan: "Parecían de esos tipos que andan con peladitas pobres para aprovecharse". Ella fingía un estado de convulsión pero sus movimientos eran conscientes. El médico le dijo: "N*o sigas haciendo eso, nosotros sabemos que es fingido*". "Se calma y empieza a llorar. Fue cuando le vimos los morados y los 'chupados' en el cuello. Al desvestirla vimos su cuerpo vuelto nada: golpes, arañazos, en medio de una piel 're-blanca'. Parecía atacada por perros, el médico dijo: "*pobrecita, la violaron, hay que llamar a medicina legal*". Así que llamamos a la policía y mi compañera se queda con ella".

De afuera llaman a Paula, la noche sigue y las urgencias no dan tregua. Ahora traen un niño quemado. "*Estaba jugando en la cocina*", explica la mamá, no sabe cómo le cayó agua hirviendo. Era una quemadura que comprometía labios, cuello, tórax y piernas. Lo aislaron en una sala para quemados y Paula empezó la curación. Tenía el cuerpo 35% quemado y tocaba despegarle la piel y lavarle las heridas. El niño estremecía la clínica de los gritos: "Un niño así te vuelve nada. Se le veía tanto dolor que cuando alguien entraba a verlo salía con la cara descompuesta. Cómo sería el dolor que le prescribieron *Meperidina*, un analgésico controlado de la familia de la morfina, tan fuerte que es adictivo. Incluso la semana pasada se perdió una caja de ese analgésico y suspendieron a mis dos compañeras que estaban de turno".

Entre tanto, el niño gritaba: "*nunca más, nunca más*". A ellos les entró la duda, sería un castigo o lo habrán quemado a propósito. Paula le preguntaba "*mi amor, ¿nunca más qué?*" Y el niño mira a su mamá y contesta: "*nunca más… nada*".

El enfermero suicida y la enfermera de la muerte

Ahora Paula llega a la camilla del suicida. Inconsciente, ojos cerrados, pupilas dilatadas. Intentó intoxicarse por desamor, lo encontraron con cajas vacías de *Diasepan, Lorasepan* y otras drogas controladas. Estos producen somnolencia, hilaridad y, en exceso, intoxicación y paro cardíaco. Paula lo mira impávida, total, es un colega. El médico le gira las tetillas en el sentido de las manecillas del reloj para causarle intenso dolor, así descartan que sea 'convulsivo', pero es obvio, este joven quería matarse y no está fingiendo. "Cuando hay sobredosis se llama a la línea de toxicología, ahí le indican a los médicos qué protocolo seguir, según la sustancia ingerida. Les recomendaron un lavado gástrico y seguimiento de los signos vitales mientras el paciente despierta".

En un pequeño rato de calma nos sentamos a hablar. Le pregunto si ha leído "*La señorita Cora*" de Cortázar, pero no sabe quién es. "*Hay gente que le tiene miedo a los hospitales",* me dice. *¿Usted es de esos?".* No, por qué habría de tenerles miedo. "*Porque aquí asustan*", asegura con toda seriedad. Descubro que todo hospital tiene su espanto, aquí en la clínica el más famoso es '*La Enfermera de la Muerte'*. "Hay personas que dicen que la han visto, sobretodo los de servicios generales, de noche, en maternidad es muy solo. Una vez escuché a alguien gimiendo y pidiendo "quiero agua", era una voz angustiante; pasé por cada cama preguntando quién tenía sed, pero nadie. Todos en la sala, incluso los pacientes estábamos muertos del miedo. Hace dos meses la *Enfermera de la Muerte* volvió a atacar, la vieron en sala de hospitalización. Mis compañeras vieron una enfermera desconocida que entró a una habitación. Esperaron a que saliera para preguntarle quién era, si era nueva o qué, pero nunca salió. Después de un rato entraron a ver qué pasaba pero ya no estaba, sólo encontraron el paciente muerto en su cama. La enfermera nunca la vieron salir, de ahí creció el mito. Eso pasó dos veces la misma semana, entraba a otra habitación, trataron de montarle la perseguidora y sólo decían que su uniforme era muy blanco. Esto no se hizo público, se imagina: "*en esa clínica hay una enfermera asesina*", nadie vuelve. Finalmente atacó en UCI, donde encontraron un paciente con la camisa levantada hasta el cuello. Era un viejito muy delicado. Como el frío le hacía daño, mi compañero le preguntó por qué estaba descobijado: "*No, es que la enfermera me iba aplicar una inyección y por eso me quitó todo*". Todos casi se mueren del susto porque esa noche sólo había hombres de turno, no había ninguna mujer, y como la puerta de la UCI tiene sistema de seguridad, no podía entrar sin timbrar y ser visto".

Pero en urgencias, la calma es un destello que dura poco. La charla termina abruptamente cuando escuchamos al guarda gritar: "*¡Hay una mujer herida en un taxi!*". Paula sale corriendo y el médico le grita: "*Traé una camilla, rápido".* "Cuando regresé ya los médicos estaban atendiéndola en el taxi, sin guantes, eso es peligroso por las infecciones. Pero no estaba herida

sino parturienta, rompió fuente y la sangre indicaba que el bebé estaba por nacer". Paula le pregunta al doctor si alcanzan a llevarla a maternidad "*Sí, claro, 'Paulis', alcanzamos"*. Comienzan a bajarla pero en esas el bebé empieza a asomar la cabeza. "*No, el bebé se vino*". "El taxi estaba vuelto mierda pero el taxista más buena gente "ayúdenla, tranquilos". Y entonces puje que ya está naciendo. A mí me tocó ir por los equipos, guantes porque nadie reaccionaba de la impresión. Que las tijeras, que puje, y nació ahí en la puerta, pobrecito ese bebé, por la demora tuvo sufrimiento fetal". Sin tiempo para realizar una adecuada limpieza, el bebé ingirió materia fecal al momento del parto. Paula tuvo que aspirarle los pulmoncitos para evitar las infecciones.

"Cuando hice mi práctica en el Hospital de Aguablanca también asistía partos, la mayoría de niñas de apenas 13 ó 14 años, casadas con hombres ya adultos, muy tenaz. A mi me mandaban a probar dilatación. Imagínese veinte viejas acostadas en fila, a las que tenía que meterles los dos dedos en "V" para saber si ya podían parir, y sin siquiera hacerles un lavado…"

Paula siempre quiso estudiar medicina, pero reconoce que en este momento sería muy difícil por razones económicas, no puede dejar su trabajo para estudiar, ni hacer las dos cosas al tiempo porque la clínica no le da facilidades. La vida de enfermera es malagradecida –dice–, sin mencionar el salario.

El fin de la Noche

Nos dirigimos a la parte de atrás de urgencias, a observación, atraídos por la bulla de 'la rata'. "*¡Yo tengo Sanitas, a mí me atienden!*". Ha llegado la policía y al ver que se desangra, tratan de razonar: "*Señor, lo vamos a llevar al San Juan de Dios*". Él contesta: "*Noo… allá no me voy, eso es un hueco*".

Los médicos se preguntan cómo un tipo de su 'calaña' puede tener una EPS de Sanitas: "E*s la más cara, pagan como cien mil mensuales, rarísimo"*. Paula comenta: "Es que es un ratero muy finito" (risas).

Cuando los pacientes se ponen así, les dicen los 'in-pacientes'. La emprenden contra el personal médico, amenazan con demandar a todos, o insultan a las enfermeras. ¿Qué hacer entonces? A Paula le enseñaron a no contestar: *"Como en toda empresa, el cliente siempre tiene la razón"*. Entonces Paula llama a su jefe que razona con el paciente: "*Vea señor, tiene que calmarse, esperar, porque hay otras urgencias"*. Podrían explicarle que esto es culpa de la "integración vertical" pero no entendería, lo único que ella puede hacer es adelantarle la historia. Pero en ocasiones, cuando el *in-paciente* se quiere ir toca recurrir al último recurso: sacar "**El Acta**", un papel donde el firmante exonera a la clínica de cualquier responsabilidad al irse. Le dicen a 'la rata': "*Señor, claro que puede irse, pero firme primero esta acta voluntaria*". En vez de eso, él la rompe y les tira el picadillo en la cara, la policía amenaza con llevárselo y entonces se escabulle de la clínica.

El niño quemado resulta ser del SISBEN, un afortunado si se tiene en cuenta los 7 millones de colombianos sin seguridad social, según fuentes de gobierno; una vez despierte será despachado para el H.U.V. "Si después de estabilizado el paciente debe ser hospitalizado, pero no tiene EPS o medicina prepagada, no puede quedarse aquí –lo sentimos–, y lo remitimos inmediatamente a *Red-Pública*. Hay personas que llegan muy mal pero no tienen un carné que les cubra la atención, les toca irse para un hospital a esperar horas a que les den admisión, a veces uno puede escuchar, entre dientes, la frase mordaz: '*qué vaya a morirse al HUV*'".

"Yo veo esto y pienso que el sistema médico está muy mal, hay muchas cosas para mejorar. Por ejemplo a urgencias llegan personas con cosas que deben ser tratadas de inmediato. Tienen un dolor y quieren que se los calme ya. Pero no se puede porque no hay suficiente personal, o carecemos de los mecanismos para tratar esa persona. Hay pacientes que pueden demorarse 2 y hasta 3 horas esperando una admisión. Algunos se desmayan esperando atención. En Colombia debería dársele más importancia a la salud, hay muchas cosas que se pueden mejorar porque falta de todo, inversión, personal, a veces uno no encuentra ni una jeringa. El gobierno debería invertir más en hospitales y clínicas, en vez de cerrar las que ya hay. A veces me pregunto cómo mejorar todo esto, pero es muy difícil. De nada sirve que inviertan en salud si la plata se la roban quienes manejan la salud, las clínicas, las EPS, los verdaderos dueños de la salud".

Rayando el alba, la chica violada hace un último escándalo frente a los cansados médicos: "*¡Él manda, él manda!*", grita en medio de su desvarío. La policía empieza a interrogar a los acompañantes. "*Yo soy el novio* –dice uno de ellos– *y exijo hablar con ella*". Su amiga le contesta "*¡Cuál tu novia, si vos la dejaste!*". La enfermera-jefe se inmiscuye: "¡Ustedes son unos violadores!"; pero él replica: "Voy a llamar a mis abogados, soy una persona con mucho poder". Después de un rato de alegatos, la policía lo deja hablar con su novia. Cuando reabren la cortina todo ha cambiado, están hechos un amor: "*Claro, el tipo le lavó el cerebro a la pobre peladita",* alega Paula; el novio se defiende: "*Mi amor, diles si yo te maltraté*", y la pelada "*noo… nnqq-nnqq, no pasó nada"*.

"Resultó que el tipo saliendo de un motel la había dejado y ella, despechada y ebria, armó todo este *show.* ¿Y entonces esos morados qué?, le preguntan. "*No, es que tuvimos sexo salvaje, pero es normal*", explica ella. La policía estaba furiosa pero igual, ellos se fueron felices".

Paula se siente exhausta pero aún debe entregarle turno a su compañera que llega recién bañada. Le entrega pacientes, empezando por el niño quemado. Él las mira desde lejos, desde el limbo de su dolor. "Tranquilo mi amor –le dice ella– esto pasa en un ya, y dentro de poco estás bien".

Sigue la ronda hasta el bebé del Taxi. Un médico se acerca y les pregunta:

"*¿Cuál nombre escogerían para este bebé, Taxibaldo o Taximiliano?*". Sin un poco de humor no se podrían aguantar la jornada, además, la vida de este niño ha equilibrado la noche. En un país lleno de guerra y muerte, enfermeras como Paula balancean el contrapeso hacia la vida, con la esperanza de ganar esa guerra silenciosa. Al final de la ronda llegan donde el intoxicado que parece estar despertando, "*este es un colega suicida*" le dice Paula a su compañera. Ella sabe que este incidente dañará su hoja de vida, quizá nunca más pueda ejercer como enfermero. Por fin el joven abre los ojos cual recién nacido, y entonces ella puede preguntarle: ¿cómo te sientes?

–¡Jueputa, todavía estoy vivo!

* Nombres cambiados.

PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA

EL VIAJE DEL ÚLTIMO REY[86]

Juan Camilo Martínez

"Eso fue comenzando abril en el 2006. Llegó la policía, la fiscalía, el CTI. Todo fue un desorden. Parecía como si hubieran matado a alguien ahí adentro", contaba el confitero mientras se acariciaba la barba canosa. Y no estaba muy lejos de la realidad. Todo un ritual había muerto: las largas colas, el olor a crispeta quemada, el encuentro con los amigos, los chiflidos y, sobre todo, el espacio donde miles de sentimientos se reunieron por casi 50 años para disfrutar, reír, sufrir y llorar con lo mejor y lo peor que ha dado el cine.

Don Rubiel Hernández Patiño, un hombre con casi medio siglo encima, ropas percudidas y peinado prolijamente hacia atrás, está sentado casi todos los días con un puesto de dulces azul sobre la calle quinta con carrera 34 de Cali, ciudad a la que llegó desde Aguadas (Caldas) hace 29 años en busca de nuevas oportunidades. Este personaje es tal vez uno de los pocos testimonios que quedan de la época dorada del teatro San Fernando.

En la calle, las colas se extendían hasta una cuadra a cada lado de la entrada del teatro. La nueva sala provocaba fuertes emociones entre los caleños, que con sus mejores pintas domingueras asistían religiosamente a las funciones. El deleite lo provocaban desde el fenómeno cómico Mario Moreno, "Cantinflas", hasta el terror y la sangre del doctor Frankestein y de

---

86 Publicado originalmente en la revista *Ciudad Vaga* 1 (mayo de 2007). Su autor nació en Manizales, en 1986. Este reportaje narra el proceso de descomposición y muerte del teatro San Fernando, la última de las salas de cine de barrio que había sobrevivido a las nuevas formas de ver cine en la ciudad, en provecho, en este caso, de una iglesia cristiana.

Drácula. Los días eran tan buenos que en una sola jornada don Rubiel podía hacerse entre 25 y 30 mil pesos, los mismos que le sirvieron para comprar su casa en el barrio Floralia y levantar una familia. Hoy, casi tres décadas después, sólo queda la algarabía.

Afuera, las vitrinas acostumbradas a promocionar películas exhiben mensajes como: *"¿Perdido, angustia, problemas, enfermedad, deudas? Jesús es el camino*". Adentro, un florero multicolor adecuado sobre una mesa de madera rústica da la bienvenida a la iglesia "Plenitud".

La pequeña cafetería de 2 x 2 metros seduce a los asistentes con empanadas estalladas, rellenas y paqueticos de toda clase. Después de atravesar ocho compuertas enmarcadas en aluminio, cuatro hombres altos y encorbatados con aspecto de guachimanes y un pasillo oscuro muy corto, se encuentra la sala. Al lado derecho están los baños de mujeres. Al izquierdo, un extintor oxidado, tres tarimas de madera roída y dos traperos despelucados son disimulados por una cortina a cuadros, setentera, que medio los recubre. La gente, que ha ocupado el ochenta por ciento de las 410 sillas del primer piso del teatro, agita sus palmas entusiastas. Todo indica que la función va a empezar. Al frente, más ramos de colores adornan la tarima central. Una vasija llena de espigas y tres candelabros encopetados dan un aire de elegancia al pequeño altar de fibra de vidrio transparente. Minutos más tarde, una banda de cinco jóvenes y un hombre de vieja guardia alegran el escenario con temas como "Sólo Cristo", "Y no hay nadie" o el superéxito "Cante al Señor". El mismo Don Rubiel dice que "esa champeta y ese rock es lo que hacen atractiva a la iglesia, hasta yo mismo me he metido a los cultos", aunque de champeta y de rock tienen poco en realidad. La multitud, bailando al ritmo del son roquero de los ochentas, azota las baldosas color azul, gris y negro brilladas enfáticamente para la ocasión. A pesar de tener varias décadas de uso y ser víctimas de toda una generación de colillas de cigarrillo, los telones color ladrillo quemado que chorrean desde el techo por todas las paredes impiden que la bulla de los cristianos salga del lugar.

Después de casi una hora de fiesta, la orquesta se detiene. Todo mundo en silencio. El pastor Luis Herrera, un hombre medio alto, de camisa negra y corbata roja, pasa al frente. La corta oración que introduce el culto de cada domingo termina diciendo: *"Dios no nos ha dado este lugar para enriquecernos, sino para hacer parte de su cuerpo. ¿Estamos todos de acuerdo?"*. Los aplausos para "Nuestro Señor Jesucristo" retumban sobre el escenario. "*Amén*", replican los creyentes. Los "guachimanes", siempre en actitud vigilante, comienzan a pasar por cada una de las sillas recogiendo el diezmo de cada domingo, justificado esta vez por el arreglo de las sillas. Los billetes pasan de mano en mano entre los asistentes hasta llegar a un pequeño sobre azul. Pero con Don Rubiel la cosa no fue igual. "*No, esos cristianos no compran ni una banana, hermano… esos no compran nada*", dice mientras le chifla a un conocido que pasa caminando por la

quinta. "*Si alguna cosita llega es por los conocidos, la señora de la esquina…pero de ellos ni una banana*".

Los "guachimanes" han terminado su labor. Mientras tanto, los fieles dan testimonio del amor de Dios, revelando lo que para ellos han sido milagros. Una joven morena ha encontrado su billetera con la plata y los papeles que había perdido, al señor de la primera fila Dios le ha regalado un carro, y a una creyente más le ha subido el sueldo. "*Bendito sea el Señor*", vuelve a decir el pastor.

Unas escaleras de granito conducen al segundo piso del edificio. Allí están las otras 315 sillas que completan las 725 del teatro. En la parte más alta, 24 escalones de caucho envejecido son coronados por una pequeña puerta azul. Al atravesarla aparece lo que solía ser el cuarto de proyección, un rectángulo vacío de 25 x 10 baldosas de cemento corroído. La lluvia que se filtró por dos ventanas que dan al exterior del edificio hizo tres charcos sobre el piso. Hay una sensación de frío. El azul se presenta en todos sus tonos, desde el rey hasta el aguamarina. Dos neones llenos de polvo, 24 tomas con sus cables al aire y 8 interruptores adornan las paredes. Algunos letreros borrosos como *"Este equipo está acondicionado sólo para máquinas de cine, favor no tocarlo"*, que fueron escritos con marcador indeleble, dan testimonio de años de grandeza. Un *brecket* mueco de 24 *switches* daba vida a los proyectores que ya no están. Nada más.

En la pared que da al auditorio, ocho huecos por los que se solían proyectar los grandes clásicos van perdiendo su forma. Por allí pasaron las obras de autores como Bergman, Truffaut y Buñuel en los años sesentas y setentas cuando un grupo de jóvenes liderados por Andrés Caicedo, Ramiro Arbeláez, Carlos Mayolo y Luis Ospina (entre otros), conformaron el denominado Cine Club de Cali, que estableció su sede en el teatro.

El Cine Club de Cali, según dice otro de sus exintegrantes, Rodrigo Vidal, actualmente director de la cinemateca de la Universidad del Valle, le dio un nuevo carácter, una nueva vida al "San Fercho", como algunos lo llamaban. *"El promedio del cineclub era de 500 personas, y a veces llenábamos la sala"*, comenta con una sonrisa entre irónica y orgullosa. En su época, San Fernando hizo parte de uno de los movimientos culturales más fuertes de la ciudad. Artistas como Fernell Franco, Hernán Nichols, Hernando Tejada y Edgar Negret llegaban a participar de las actividades. La función sagrada era los sábados al medio día. En algún momento se hicieron funciones de cine continuo los viernes a media noche, pero el experimento duró apenas unas pocas semanas. En 1977, después de la muerte de Andrés Caicedo, comenzó el declive del cine club. En 1978 el teatro fue sometido a una reestructuración. Durante los 4 meses de inactividad, los que quedaban del grupo se instalaron en la cinemateca La Tertulia. La asistencia fue mucho menor. La cultura burguesa que representaba La Tertulia y el horario de las funciones, miércoles en la tarde, provocaron que la gente no volviera. Una

vez terminadas las obras en el San Fernando, las directivas no permitieron que el Cine Club regresara a su antigua sede. "*Siempre pensaron que el Cine Club de Cali se lo había parrandeado, que éramos los que le habíamos llevado ese poco de mechudos y drogadictos, que era como ellos se referían a la gente de esa época*", recuerda Rodrigo Vidal. Así, una página más de la historia de la cultura vallecaucana se estaba cerrando. El Cine Club de Cali se acabó en el año 78.

A comienzos de los ochenta, la irrupción de algunos héroes fantásticos llevó a la pantalla flojos argumentos llenos de balas, estallidos y peleas. Las nuevas generaciones se deleitaban viendo triunfar a Rambo y al mismo Schwarzenegger sobre "los malos". La cantidad y calidad de público seguía disminuyendo. Para completar, por esos días Cosmocentro abría sus puertas con dos salas de cine más modernas y más cómodas que las que ofrecían los teatros de barrio. En la década del 90, cuando la gente se volcó a los centros comerciales, se dieron concentraciones de salas en estos espacios cerrados con proyecciones de fácil lectura, impuestas por la sociedad moderna. El mismo Don Rubiel lo reconoce: "*Y ahora cuando salen estos centros comerciales con salas múltiples, todo ahí juntito: parqueadero ahí; las compras, ahí mismo; van a tomar un fresco, ahí mismo; si quieren salir de ahí a bailar o a "recochar" un rato, ahí mismo encuentra el bailadero; todo ahí, todo en un solo sitio*".

Parece ser que en algunos casos el remedio es peor que la enfermedad. Ante la crisis, Gustavo González, el último administrador que tuvo el teatro, bajó el costo de las entradas e hizo promociones como "compre una boleta de adulto y entre con tres niños". A pesar de los esfuerzos, fueron muchas las funciones en las que alcanzaron los dedos de una mano para contar las personas que asistían. Con tantas facilidades, todo tipo de público comenzó a llegar al teatro. Al lado de los intelectuales del sábado y de los niños en los matinales del domingo, se sumaron los indigentes. Un problema más para el San Fernando. "*Si la situación comenzaba a ser desesperante por la falta de público, los loquitos eran bienvenidos porque también pagaban una boleta. Estos pelados se metían a dormir a la sala y allá pues veían una película, tenían aire acondicionado, estaban más o menos seguros; entonces durante el día estaban en un teatro viendo películas y durmiendo y en la noche andaban por la calle*", cuenta Rodrigo Vidal. Las recaudaciones no daban para nada. El olor a orines, marihuana y cigarrillo se mezclaban en uno solo; el techo se estaba cayendo; el piso, lleno de colillas y pegotes que nunca fueron limpiados, era el hogar de las ratas; y las sillas se desbarataban mientras los fieles traseros que aún asistían a las funciones eran violados por los resortes que se salían de la cojinería. Ni para los impuestos de las películas había.

La última patada de ahogado se dio una tarde de abril del 2006. Las carteleras anunciaban la película "*Stuart Little* 2" cuando grandes empresas

como Cinecolombia apenas le hacían publicidad para el próximo mes en sus teatros. Las colas eran larguísimas, como en los buenos tiempos. "*Ese era un tipo que normalmente estaba en la industria, pero después de unos años cometió algunos errores*", cuenta Rodrigo Vidal refiriéndose a Gustavo González, el administrador del teatro: "*Sacaba aviso en la prensa, entonces el dueño de la película lo iba a ver. De todas maneras las películas tienen unos dueños en la industria y uno no puede traicionarlos, ellos tienen los derechos adquiridos y están pendientes de quién los está 'faltoniando' para denunciarlo*". Ese mismo día llegaron los funcionarios de la fiscalía y cerraron el teatro por presentar películas piratas. Poco a poco las filas se deshicieron; la taquilla fue cerrada; el teatro quedó solo. Según cuenta don Rubiel, el administrador González fue detenido una semana. Luego de ser liberado se le prohibió seguir proyectando cine, legal o ilegalmente. El 31 de mayo, casi un mes después, la iglesia cristiana Plenitud tomo posesión total del edificio.

Y ese fue el fin del último y tal vez más grande de los teatros de barrio que existió en Cali. De esos años dorados queda poco, casi nada. Para encontrar algún recuerdo hay que buscar el salón más escondido del edificio, ubicado en la parte posterior, justo detrás del auditorio. Después de atravesar un estrecho pasillo lleno de sillas que a gritos piden arreglo se llega al cuarto. La humedad se está comiendo las paredes. El techo es tan alto que parece que no existiera. Un haz de luz que se cuela desde arriba delata el polvo. El piso se hace cada vez más resbaladizo; una gruesa capa de aceite quemado lo recubre. Los proyectores, lentes, máquinas de enrollar cintas y carretes de todos los colores están acompañados por marcos de ventanas, de puertas, partes de andamios, baldes, ladrillos y tubos que nunca fueron utilizados, pedazos de tejas, tarros rotos, bolsas negras empolvadas, cartón, tablas, varillas, cadenas, icopores, estantes de metal oxidado, tornillos, tuercas, trapos, traperos viejos, cables comidos y unos canales de agua ya jubilados. Nada más. No hay un orden. El reblujo es coronado atrás por una gran bomba de agua que solía surtir la energía al teatro en otros tiempos. Según cuenta Maria Eugenia Olave, líder de la iglesia, Gustavo González pidió un espacio para guardar estos objetos con la promesa de volver por ellos en poco tiempo. Ya se va a cumplir un año y nadie ha aparecido. Así, todo lo relativo al cine en el teatro San Fernando quedó a un lado. Ni siquiera Don Rubiel se salvó. Tuvo que reubicar su carrito de dulces a la vuelta, sobre la quinta, para no quebrar. "*De allá salimos todos, no queda nada, al final nos fue como a sapo en tomatera… mal hij…*", termina con tono burlesco.

La ceremonia religiosa ya va llegando a su fin. Detrás de todo el montaje del altar y el aparataje de orquesta, en la pared del fondo, la pantalla se impone al auditorio. El rectángulo blanco de 12 x 15 metros que algún día presentó a Cali las obras de Bergman, Truffaut o Buñuel, hoy acoge las lecturas del libro del Éxodo, capítulo 15, versículo primero, que habla de quién

es el Dios para el día de hoy. Todo el mundo cierra los ojos, todo mundo aclama a su Señor. Una música romanticota aparece segundos después para competir con el silencio. La multitud levanta las manos. Como al principio, las palmas entusiastas se manifiestan. El culto ha terminado.

A la salida todo mundo conversa, chismosea, come rellena y empanadas estalladas. A un lado, los grandes éxitos de la música cristiana hacen eco en el mensaje del Señor. "Jeremy Campo", "Plenitud" y "Los 15 grandes éxitos de la música cristiana" son exhibidos al mejor estilo de "Los 14 cañonazos bailables del año". Los creyentes aparentemente están contentos.

No importa a quién le pregunte: al cineasta, al cristiano o al confitero, todos parecen coincidir en que la transformación social de la ciudad, la globalización, la tecnología y el modernismo contribuyeron a la desaparición de los teatros de barrio. Primero llegó el betamax, luego el VHS y por último el DVD. La vida moderna se ha volcado a los centros comerciales. Las empresas apoderadas de los multiplex, en medio de sus lujos y comodidades, han conformado monopolios en el mercado cinematográfico. Igualmente los rituales han cambiado. Rodrigo Vidal apunta que "*ir a cine significaba salir de la rutina de la casa, arreglarse, participar de un espectáculo en una pantalla grande, con un público masivo, y entonces sentir las mismas emociones de 300 ó 500 personas que estaban al lado de uno*". Hoy, como muchos sabemos, ir a cine, además de ver unas cuantas películas, está asociado a comer crispetas y perro caliente, hablar con los amigos y hacer vida social. A pesar de todo, la idea de construir las salas en un centro comercial, un lugar más cerrado, más bonito, más moderno y seguro, ha sido bien recibida por los ciudadanos de Cali. Todos estos factores, y otros más, han provocado lo que don Rubiel ha llamado la "Muerte súbita del cine barrial".

Sin duda, vienen tiempos difíciles para las salas alternativas. A las cinematecas públicas como La Tertulia o Proartes y algunos espacios independientes como Lugar a Dudas, les va a ser complicado sobrevivir ante el veneno de la lógica industrial y comercial del cine. Los monopolios de empresas como Cinecolombia, Cinemark o Royal Films se hacen cada día más fuertes, y la competencia más desigual. Las salas múltiples albergan nuevos géneros para satisfacer todo tipo de gustos. Las dinámicas socio culturales se transforman, beneficiando a una sociedad ávida de nuevos caminos para el desarrollo.

Pero lo más importante en medio de este caos, se sienta nostalgia por los cines de barrio o no, es que Cali debe ser un lugar capaz de adaptarse a las condiciones y mantener una tradición de muchos años: la de ver cine, y sobre todo buen cine.

VISONES DE "LA ANDREA", ESCUELA INDÍGENA DEL RESGUARDO CANOAS, CAUCA[87]

Mónica María Mondragón

Kwe'sx Thegnxisa / Nuestra mirada

Kiwe termina de comer. Desayuna con caldo, porque *el desayuno sin caldo no es desayuno.* Agarra su sombrero que está colgado junto a los de sus hermanitos, coge su vara de chonta, delgada, colorida, y camina hacia la escuela. Su sombrero tiene una cinta tejida de color verde; lleva inscrito: *Kiwe Ulcué - resguardo de Canoas - Cauca.*

El camino es largo. Kiwe vive en la vereda de Páez pero la escuelita en la que estudia queda a dos veredas de camino. Después de terminar Páez se llega a Canoas, luego a la California. En una de las serpenteantes montañas de la California se encuentra la escuela bilingüe *La Andrea*; desde allí, proveniente de una casa cercana, se escucha la radio todo el tiempo: "Soy aquel apasionado por el juego y las mujeres… Vivo jugándole a la suerte. He perdido y he ganadoooooo…" Uno de los tres profesores de la escuela vive en esa casa.

Kiwe es el gobernador del cabildo de la escuela. En aquel día, a las 7:41 de la mañana, la mesa de los cabildantes ya estaba lista. Los demás niños y los tres profesores se ubican en círculo esperando a que la mesa dé la orden para empezar la repartición de los deberes de la semana. Todos esperan que

---

87 Publicado originalmente en la revista *Ciudad Vaga 2* (noviembre de 2007). Su autora nació en Cali, en 1989. Este relato nos pone de presente la vida cotidiana que transcurre en una escuela rural indígena y revela el esfuerzo por mantener la identidad cultural étnica en medio de la voracidad insaciable de la cultura occidental.

la secretaria, una niña de piel canela y ojos rasgados, termine de embetunarse los zapatos con la yema del dedo índice. Cada comisión tiene la palabra. *A la comisión de salud le toca la limpieza de la cochera* –tienen dos marranos bebés que hace tres días no comen–. *A la comisión de cocina le toca el aseo de los baños* –se quejan, pero es su deber–. *El día jueves revisión de piojos y viernes educación física.* Yeraldine se agarra el pelo largo y liso, arruga la cara porque todavía tiene *los güevos de los piojos en la cabeza.*

Muchas cosas se discuten, nadie toma decisiones sin consultar. Uno de los niños está enfermo y deciden regalarle una bolsa de leche y otra de *Bienestarina* del centro de acopio de la escuela. *Sólo una porque se nos lo come todo.*

Ojos negros no llorés…

Lunes de canto y de clase de nasa yuwe en las primeras dos horas del día. Jesús Antonio Ulcué es el encargado de *no permitir que la lengua materna muera, por eso se dice que es una escuela bilingüe. Yo le he pusío toda la gana pero muchos de los niños no le meten la ficha. Se les tiene el bingo en nasa* –en realidad, es una lotería bellísima–, *el parqués. Se hizo para el resguardo no para vender, pero los niños no repasan el idioma.*

Su nombre es Jesús, pero no cree en el dios católico. *Nosotros tenemos varios dioses. La cruz es un arma de dominación. Cuando se la echa uno en la frente está diciendo no pienses, no hables, no sientas como indígena y así,* dice mientras con la mano se dibuja sucesivamente una cruz en la frente, en la boca y en el pecho.

Los niños son niños en la California o en Cali. Cantan y bailan. Cantan cantos de amor, cantan *sol solecito* o *los pollitos.* En *La Andrea* los niños entonan el himno Páez y las pieles se les eriza. Polifonía de voces y emociones, caras de alegría, de sueño, de resentimiento. Voces de indígenas, niños indígenas que tal vez no alcanzan a comprender la carga emocional e ideológica que están expresando en esa canción:

El indio vivió en el valle
y el blanco lo fue sacando
ahora el indio está en la tierra
y el blanco sigue acosando.
El indio lo pierde todo
como lo ha perdido siempre,
su corazón y sus costumbres.
Pero seguimos luchando
así la sangre se derrame,
para liberar la tierra,
y ocupar lo que nos une.

Algunos ríen y muchos sólo cantan el final de las palabras. En el coro los gritos parecen quejas. El repertorio es extenso. Otra canción habla de la lucha de *Manuel Quintín Lame* y *la Gaitana*. Cantan y cantan *Ojos azules* en una nueva versión: *Ojos negros no llorés, no llorés, ni te enamorés…* Siguen con *yo quiero tener un millón de amigos y así más fuerte poder cantar* –y sí que cantan fuerte–. Contra su voluntad terminan con dos canciones en nasa yuwe, una de ellas, la versión nasa, sonora y contagiosa de Vasija de barro. E'ckwe, la más chiquita, de vestido a rayas y sombrero de cinta rosa, continúa marcando el ritmo con las palmas. Todos la siguen. Si de ellos dependiera, seguirían cantando sin parar, todo el día, días enteros. E'ckwe quiere decir colibrí. Es la hija de Jesús Antonio, no es una estudiante oficial pero va todos los días, tiene cuatro años y acompaña a su papá a dar las clases. Dice estar aprendiendo mucho.

Yuwe es boca

Empieza la clase de nasa yuwe pero muchos dicen que les da pereza. *Repitan, pero repitan. Si no quieren, no pierdo mi tiempo más aquí. Hay gente que no es indígena y al escuchar hablar en nasa, prenden su grabadora porque quieren aprender.*

Kwe'sx, sek, yuwe, a'te, kiwe. La vocecita chillona de Antonio no obtiene respuesta. Se agarra la pequeña cola de caballo y agacha la cabeza. Les propone el juego del *us (*una especie de tingo tango) para que, jugando, recuerden el idioma.

Us, us, us, us… el que pierde sale al frente y recita una pequeña copla, narra un pequeño cuento de la tradición oral nasa o mueve su cuerpito al son de las palmas y voces de sus compañeros que entonan de nuevo otra canción.

Jesús Antonio recuerda que, según la Constitución, el castellano es el idioma oficial de Colombia pero que las lenguas y dialectos de los grupos étnicos son también oficiales en sus territorios. Más aún, insiste, la enseñanza que se imparta en las comunidades lingüísticas propias debe ser bilingüe.

La labor de Jesús Antonio es dura, pero le reconforta oír los susurros de los más pequeños hablando del mal de ojo en un nasa distorsionado, o al escuchar cómo gritan los más grandes coplas de desamor indígena. Porque eso sí, lo que tiene claro más de uno, es que eso de las *rancheras que se oyen por acá, es guacala, eso sí no nos gusta.*

Jesús Antonio sigue hablando: **"**Los españoles establecieron las escuelas doctrineras para cristianizar y enseñar la lengua, utilizando la educación como *instrumento de conquista.* Pero la Constitución de 1991 reconoció la diversidad étnica y cultural de la nación y el derecho al respeto de todas las culturas".

Antonio coge una a una las fichas de la lotería. Es grande, nasa y colorida. Mientras tapa una a una las casillas con el dibujo y la palabra correspondiente, comenta: "El saber es útil en la medida en que éste sea un instru-

mento que contribuya al desarrollo. El interés por promover una educación diferente, es generar conciencia en los niños para conservar las tradiciones, las costumbres, ya que éstas son las que los identifican y los hacen diferentes. Esa riqueza de la cual nos sentimos orgullosos no puede ni debe desaparecer, debe quedar un legado histórico que permita abrir la puerta del futuro. La globalización ha forzado a las comunidades a mantenerse unidas y no desaparecer. Ha generado la necesidad de volver a las raíces para reencontrarnos. Falta mucho terreno por recorrer, pero, como está escrito en el escudo de Canoas, lo que importa es la unidad, la cultura y la tierra. Sin duda, la unidad ha hecho el proceso menos difícil".

Jesús Antonio se acaricia el bigote, pequeño, como él. Su cara es un solo gesto; de vez en cuando se dibuja una peculiar sonrisa. Sus ojos no brillan pero miran fijamente y habla con cansancio, como si hubiese repetido muchas veces lo que comenta: "El proceso de mentalizar a la comunidad ha sido lento y difícil; pero lo importante es lo que nosotros hagamos por nosotros mismos, no que el Ministerio lo haga, porque las soluciones están en nuestras manos, nosotros somos los responsables del presente y, pues claro, del futuro".

La Andrea

La escuela bilingüe La Andrea empezó con un profesor y en este momento ya hay tres. Los niños van desde pre escolar hasta quinto. Son cincuenta y ocho, aunque ese lunes asistieron treinta y siete. Son seis cursos y hay tres salones. Salones y profesores compartidos, sillitas de madera, hojas pegadas a las paredes con cuentos que hablan de duendes, kubx o mohanos y curanderos. La bandera de Colombia resalta grande y colorida en el salón en el cual estudian los de pre escolar y tercero. Sobre la bandera, una hoja con las vocales escritas para que los más chiquitos las recuerden. Lápices amarillos, cuadernos con forros multicolores, hojas blancas, mesas y ventanas cuadriculadas. Los salones están rodeados por la huerta que tanto cuidan, la cochera, una naciente biblioteca, el comedor con largas butacas y tablas rectangulares con patas anchas –ellos las llaman mesas–, y un cuarto con una gran olla tiznada y solitaria que tiembla en el fuego mientras doña Lola les cocina el almuerzo. Ese día almorzarán sancocho. No les agradaba la idea porque *eso iba a quedar pura agua. ¡No ve que no trajimos el revuelto!*

En el descanso los bigotes blancos delatan el contenido de los vasos. Es la *Bienestarina* que Lola les sirve mientras ellos se le van encima. Ya pueden volver a clase esos ojitos negros que ríen sin cansancio. Niños, al fin y al cabo.

ESTA FELICIDAD ETERNA QUE ME DISTE EN ESTA GLEBA MONGÓLICA[88]

Katherine Bolaños

A Rigo, a Lucho,
a mis hermanos.

Ha sido en honor a la pura verdad que he decidido poner en tela de juicio –en la tela de su juicio– los soles que nos toca en suerte a hombres de medio pelo, como yo. A todos nos calienta el mismo sol, dicen, qué sol ni qué nada. Aquí lo que calienta es el infierno, porque está aquí abajito, mírelo que se puede ver desde aquí. Mentiras no voy a decir, pues se ha prohibido desde los principios del mundo, cuando el día séptimo el Señor se tiró a descansar y durmió a pata suelta hasta que lo levantaron para contarle que Señor, Señor, Adán se comió la manzana; y es por eso que todo deja vislumbrar que el día ese de la manzana fuera un lunes.

Éste es el orden cronológico de los acontecimientos. Ubíquense ustedes en cualquier lugar de América un viernes 12 de octubre de 1492 cuando un grupo expedicionario de hamponcitos españoles, representantes de pecho henchido de unos reyes de un imperio, llegan a una isla en el mar Caribe ¡qué belleza, cómo no!, han llegado al paraíso. De ahí se desata un combate eterno. Un conflicto, dicen. A esos hampones, permítanme subrayarlo, no se les puede acusar de haber desaprovechado la más mínima

---

88 Publicado originalmente en la revista *Ciudad Vaga* 3 (mayo de 2008). Su autora nació en Cali, en 1982. Con un trasfondo histórico, este reportaje describe las atroces circunstancias vividas en una región del sur colombiano, territorio de todos los fuegos cruzados de la violencia del país. Gran texto, escrito con una calidad literaria sobresaliente.

papaya que ofrecieren –vosotros ofrecéis papaya, decían textualmente– los lugareños durante una cantidad de tiempo incontable que es el tiempo necesario y la causa por la cual ahora se le tiene más fe al fin del mundo que al mismísimo dios. Algunas fechas he de pasar por alto para acelerar mi viaje lógico a lo que ustedes conocerán como territorio colombiano. Este, señoras y señores, es el sol que me alumbró tacaño, es el territorio que me tocó en desgracia. Esta tierra en la que se nace sin patria y se crece sinvergüenza y holgazán por puros principios morales. Esta tierra caníbal, como la llamaron los primeros maestros caníbales que la vieron desde fuera. Hoy, 3 de mayo de estos años lejos de cristo –Jesús, Jesús, Jesús–, juro hacerle honor a la verdad. Escupo el sol avaro y roñoso que se pasea por estos cielos, que nos hace morir de envidia negra, con esos rayos cobardes que manda desde allá arribísima. Hoy, 3 de mayo de estos años lejos de cristo, pongo a consideración de ustedes, para hacer este juicio más justo, los azares que traen consigo los entrecruzamientos imperceptibles de mundos distintos. Hoy, 3 de mayo, doy testimonio de la infertilidad de esta tierra que sigue, sin mayores contratiempos, arrasando con su caudal de mierda, que se lleva por delante cual Orinoco en invierno, hasta lo más inarrasable, hasta lo más enraizado de lo que habitaba aquí antes de los tiempos de Colón, cuando la selva se comía vivos a los que se bajaban, soberbios, de esas carabelas de madera carcomida por las aguas de Ulises, y les arrancaba las cabezas y se las devolvía, todavía calientes, a la Sagrada Familia como muestra de verdad de lo que decía el descubridor mientras leía, como podía porque ni leer sabía, al frente de su Ilustrísima alteza el pergamino que no sabía ni por dónde cogerlo, que hemos llegado a las tierras de la perdición, su Ilustrísima, no se imagina cuánta salvajada, es como Sodoma y Gomorra todo otra vez, su majestad, pero la selva le ha devuelto enteritas las cabezas de trece mil de los nuestros, que de usted no quiere saber nada, manda a decir, que se lleve su ejército de gatos y pelucas para otro lado porque allá usted no alcanza ni a soñarlo con esos sueños de santo que tiene, porque hemos descubierto hombres que comen hombres. Caníbales se llaman, su Alteza. Y esa Alteza, que me la imagino ahora en su trono dorado y rojo con pelucas blancas de mujeres, se sentaba a ver al pequeño Colón pasar trabajos con el pergamino, mientras le daba alpiste a una lora verde que le trajeron en obsequio y *souvenir* desde las mismísimas tierras de los hostiles, para que vea que es verdad lo que le digo su Ilustrísima. Pero no se preocupe su Majestad, termina diciendo el conquistador disléxico, que la fuerza divina es más grande y el Imperio será nuestro.

Y así fue que, datos más datos menos, una alteza que no era mi alteza terminó tomando la decisión más concluyente y definitiva de la historia de mi tierra caníbal, como la llamaron los ilustrísimos, y así entonces, datos más datos menos, mi historia se cruzó con la suya, imagínenselo ustedes,

testigos ante mí y ante estos tiempos lejos de cristo, que sus guerras de siglos pasados se convirtieron en las mías, porque todo el que llega aquí no quiere irse jamás.

Nada ha cambiado, óiganlo y apúntenlo, nada ha cambiado desde el día ése en el Caribe cuando unos marineros, que hablaban de vosotros, perpetuó el uso legítimo de la motosierra, sin siquiera haberse inventado todavía, ¡miren ustedes qué coincidencias! –que los de la lengua de Cervantes nunca se imaginaron, allá adentro de sus pelucas blancas, que aquí en esta patria de caníbales se empezaría a hacer, desde ese mismo día del 12 de octubre, carrera política, cuando la política todavía no era política ¡imagínense qué ironía!, sobre el odio, la muerte y la guerra, con la motosierra como el arma nacional–. Voy a contarles, como se cuentan las canciones, lo que en suerte me sucedió el arribo del colono. Qué mala suerte, continúa el cantante, no tiene comparación. No soy ilustrísimo, ni doctor –en esta tierra de doctores–, ni mucho menos una alteza. He venido, señoras y señores, este 3 de mayo, como ya lo dije, a poner ante la tela de su juicio los caminos enmarañados por los que me ha llevado esta manigua de sol negro. Continúo pues, con mi exposición en mi orden cronológico. 1. Séptimo día –Dios por delante–. 2. Llegada de Colón y de la motosierra. Apunten, por favor, porque estos datos se pierden en la historia polvorosa de este país de barro. 3 a 1000 podríamos enumerar infinitos sucesos y fechas que terminarían por ser lo mismo, así que salto directo a esto: Ubíquense ustedes en la selva del Pacífico colombiano. Esto aquí se llama El Platiá'o: –seguramente es El Plateado, pero se dice así, Platiá'o–, corregimiento de Argelia: municipio del Cauca: departamento de Colombia: primera sucursal continental de Sodoma y Gomorra. Aquí en el Platiá'o existe, lo que llaman muchos, la ley por la propia región. O debería ser así: La Ley por la Propia Región, con mayúsculas, sí, porque ya es, o siempre ha tenido que ser –qué voy a saber yo si no estuve aquí desde el lunes de la manzana de Adán– una Ley, como la de Newton, la de Darwin, la Divina, ésta aquí se llama la Ley por la Propia Región. Colombia, permítanme, como la maleza, expande sus brazos infértiles a voluntad de los tiempos, y así el crecimiento de sus brazos salta entre épocas de espasmos y épocas de absolutas y desordenadas convulsiones. De cualquier manera e independiente a las etapas del crecimiento esta maleza es uniformemente letal. Pues bien, ésta del Platiá'o, es una época de convulsión. Todo se mueve, todo se agita, todo se zarandea, el padre, el hijo y el espíritu santo. Llegué aquí un lunes, como el de Adán, a reemplazar una plaza de docente en la escuela pública. Eran, me acuerdo ahora, las siete de la noche. Entré en una casa que tenía un letrero y en el letrero un anuncio de se vende almuerzo y comida. A esa hora, desafortunada para mí como siempre termina por abrazarme la vida, no había comida. Qué tiene entonces, le dije a la señora forrada en un saco de arrugas que nunca se quitó y nunca se murió. Tal vez ella era la mismísima muerte. Chocolate y café, me respondió.

Déme un chocolatico con queso, y eso qué es, le pregunté señalándole unas masas amarillas, fritas desde ayer. Orejas. Deme una. Me senté a comerme mi oreja. Dónde hay un Telecom. No, aquí no hay Telecom, lo que hay aquí es Compartel, respondió la muerte. Pero dónde queda, le ladré con desespero. A dos cuadras, de aquí para abajo. En Colombia, todo lo que quede hacia el centro queda para abajo, así sea plano, todo queda para allá abajo. Será por la cercanía al infierno. Caminé buscando las dos cuadras para abajo. A una cuadrita y media me paró un señor vestido de civil. Civil aquí es un eufemismo, para ser políticamente correcto, para no decir pobre hijueputica. Hágame el favor y me deja ver los papeles, me dijo el pobre diablo. Yo lo miré con mi mirada de éste quién es, los papeles que me los pida la ley, uniformada, atravesada. O el CTI si es muy urgente y no se alcanzó a vestir de verde. Y usted quién es, le pregunté, cómo no. Soy de las FARC. ¡Tenía carné!, cómo no iba a creerle. Si a mí me dan carné me vuelvo de cualquier cosa, paisa, rolo, lo que sea. Como yo no tenía carné de nada, le mostré la orden que llevaba de la Secretaría de Educación y de la Gobernación. Ah que usted es docente del colegio del Sinaí y le dije sí, ah bueno listo siga. Le obedecí como se le obedece a cualquier fulano carnetizado. Fui a hacer mi llamada. Aló, ya llegué. ¿Aló? Ah, es que tiene que hablar duro porque si no, no le escuchan. Aló, grité con el ombligo. Ya llegué.

Cuando salí de la cabina que dejaba oír mi conversación, me paró otro fulano, otro cristiano cualquiera, y mucho gusto caballero me hace el favor y me muestra los papeles. Claro cómo no, faltaba más caballero, véalos estos son. El tipo los miró y me dijo muchas gracias caballero, siga bien pueda. Y entre caballero va y caballero viene, empecé a sentir que lo único que nos hacía falta para completar este paraíso eran las pelucas blancas. Pero con este calor que hace aquí, me refuté de inmediato, qué pelucas ni qué pelucas he llegado al cielo. Miré para arriba y te dije gracias, ¿te acordás Santo Rostro?

Volví donde la muerte a pagarle el chocolate. Señora muerte, dónde hay por aquí alguien que me alquile una pieza, le pregunté ya con mi decencia y mi título de hidalgo tropical. Ta, ta, tá, toqué en una puerta. Buenas noches, dije, vengo que la señora de la capa y la hoz me dijo que usted alquila pieza. Inés, se llamaba la que me abrió la puerta y que me dijo sí claro, siga ahí está. Y ahí estaba, una cama y un colchón. Desempaqué mi sábana y otras cosas que llevaba. Me senté a leer un libro que tengo para arrancar a trabajar, un parcelador le llamamos nosotros los docentes, los caballeros, cuando llegó una mujer y me dijo vea, que yo soy de las FARC y que identifíquese por favor. Pero caballeros, le dije a mi público interno de nuevos paisanos, me han mandado hasta tres personas para ver si miento, qué ofendido me encuentro, si estamos entre señores, gentilhombres, habrase visto tanto suspicacia, no sospechéis de mí que soy de los vuestros.

Al otro día me levanté a bañarme a las cinco y media. Al que madruga dios lo ayuda, me dije en medio del sueño. Llegué a la escuela a las seis y media. A las siete llegaron cuatro uniformados de este ejército extranjero y gentil, pero desconfiado como los fariseos. Señor rector, venimos a que haga el favor y verifique la llegada de este noble ilustre. Después de la verificación se voltearon a mí y me dijeron, dándome la bienvenida a la familia, vea hermano usted no puede andar aquí después de las siete de la noche, y por la tarde lo esperamos en la casa comunal para que se inscriba en el libro. Yo dije bueno, como dije bueno en el 91, cuando lo de la toma del Macizo Colombiano, en El Cairo, Patía. Para todos los que participamos de la toma, teníamos que inscribirnos en un libro. Ese día también había dicho bueno a la lista, pero luego me voltié, como Pilatos, y le dije a unos veinte o treinta o cuarenta que me escuchaban que cómo nos vamos a inscribir en un libro. Vaya uno a saber que eso se pierda y lo coge el Estado y bueno, uno no sabe. Aunque Dios no me concedió el don de predecir el futuro, esa vez le atiné a la profecía. Mataron al dirigente del movimiento y en tres segundos el Estado perseguía, con su motosierra española, a diez mil o quince mil personas que tuvieron que salir literalmente corriendo a otras repúblicas de Colombia.

El movimiento era para pedir solución de vivienda, pedir agua potable, alcantarillado. No era un movimiento armado. Todo este sur, lo que era Rosas, La Sierra, La Vega, El Bordo, Bolívar, Balboa, Argelia…

Llegué entonces por la tarde a la casa comunal. A ver dónde está el libro ése doctos hermanos que voy a firmar el libro de asistencia a este baile con el número de cédula de mi hermano, el finado. Y aquí está la fotocopia, mire que sí soy yo. Por dos meses pasé tranquilo con mi suerte barrabasina mientras hacían labor de inteligencia sobre los datos que yo había dado. Pero lo bueno dura poco y la mentira no pelecha, así que me pararon, como siempre me paraban, cuando yo esperaba el bus para ir de visita a mi casa. Usted para dónde va. Para mi casa caballero. No caballero, vaya deje la maleta porque se va con nosotros. Era viernes, como ese cuando los marineros nos vieron desde sus bajeles que les llamaban carabelas y seguro que dijeron tierra a la vista. Eran las tres de la tarde, y caminé con ellos, expertos trotamundos, hasta el lunes siguiente a las seis de la tarde. Caminando por todo el corredor de la selva del Pacífico. Saltando de aquí para allá, evadiendo el aliento venenoso que suelta la selva antes de engullírselo a uno. Y así nos íbamos guiando el camino, a la buena de dios, buscando en los troncos de los árboles el lado por donde no tuviera tanto musgo, porque por ese lado es el oriente, por donde sale el sol, y sabíamos que por el lado del musgo es el occidente, y esa era la brújula. Para la derecha el sur y para la izquierda el norte ¿Ya entendió, hermano? Sí caballero. Entonces me dejaron solo, porque ese es su castigo, me dijeron, por mentiroso. Tres que iban adelante se perdieron por en medio de los árboles, por el sur, por el norte, por el

occidente, por el oriente. Treinta minutos adelante, y yo ahí en medio, a ver si me agarraba algún otro grupo. Nada. El único momento efímero de suerte que pasó por mi vida, el único instante de suerte que me dio dios, lo aproveché para salir de allí. Comí níspero, guamo, iraca, hasta que salí a La Mesa, Patía. Después de ese día, juro por dios, que siempre he dicho la verdad. A La Mesa salimos 22 castigados, 22 mentirosos. Nos reunieron en un salón. ¡Conózcanse mulas! Sacaron a uno por uno al banquillo a hacer la exposición de su delito. Qué dice, ¿lo matamos o no?, le preguntaban a los 21 pillos restantes. Luego escuchaban a los setenta guerrilleros que se sentaban al frente. Uno por uno. Usted qué dice ¿lo matamos o no? Qué juicio tan eterno ¡Si tan solo Dios fuera así el día del juicio final! Preguntándole a uno por uno, caballos, vacas, marranos, hormigas, rolos, paisas, liberales, conservadores, usted, yo. Usted qué dice, ¿al infierno o al cielo? ¡Pal infierno todos, carajo!

Al único que no le dan la opción de opinar es al que haya robado, o al que haya matado. No. Sálgase que usted sí no tiene remedio. Y se sale y uno se queda acá adentro, aplaudiéndose su vitalidad.

Se hizo una asamblea porque Henry, un muchacho de unos veintidós años que trabajaba en un cristalizadero, le había vendido coca a paramilitares. Al cristalizadero solamente pueden entrar los dueños y los trabajadores. Son laboratorios donde tienen hornos eléctricos, cinco, seis, siete plantas de energía, y ponen a secar la pasta a trescientos, trescientos cincuenta grados. Todo un día, muchos días, todo el año, toda la vida. Seque que seque pasta. La pasta la hacen así: primero se siembra la semillita, así como el café, como los fríjoles, como haciendo hijos, como quiera. A ochenta entre mata y mata, dejándole un camino de uno veinte. Y ya. Entre más espacio le deje, pues mejor, porque ella se abre hasta dos metros a lo ancho. Ahí depende de la que haya sembrado, la Peruana, la Bolivariana, la Pringa, la Pajarita. La Pajarita es la mejor para sacar la base, tiene la hoja delgadita. La Pringa tiene la hoja como las del Geranio, gorditas. La hoja de la Peruana es la más grande y la Bolivariana es la que más resiste a enfermedades, los virus. A los tres meses ya se puede arrancar la hoja, la primera producción. Unas 35 mil maticas dan cien arrobas. Cada arroba a ochenta y cinco mil. De cien arrobas se sacan unos dos kilos de pasta. Unos tres, cuatro millones de pesos. Las hojas las pesan en estopas enormes donde caben hasta ocho ó nueve arrobas, y así caliente como se pone por dentro, la riegan toda en una sala, y cierran puertas y ventanas, y se meten de a dos o tres con guadañas a picar la hoja, para echar después ese picadillo en unas ollas grandísimas con permanganato, límpido, soda y gasolina, y ya está, a sentarse a esperar, y con tapas herméticas sellan la olla mientras se cocina toda, y con un tornillo van apretando para exprimir el bazuco que destila la receta por los huecos que se le han hecho a los lados de la olla. Después de doce horas, los ingredientes se pasan a unas pomas de gasolina y cuando está asentado, como

cuando se hace el queso, se sacan esas bolas del bazuco y se ponen a secar en unos toldillos. Para volver las bolas blancas, le echan ácido y limón, y en cuestión de seis horas ya está lista para empacarla. A cada kilo le echan veintidós gotas de mercurio para que se ponga dura, y a eso le llaman la pasta número dos, que la venden en las plazas de mercado así como venden las papayas, y las yucas –desde las cuatro de la mañana hasta las seis, siete de la noche, cuando se acaba todo– que siembran para tapar las maticas de coca que fumiga otro ejército, un ejército que aquí es extranjero. Ésta es la pasta que compra la guerrilla, para llevarla a sus cristalizaderos y secarlas en sus hornos eléctricos. Se hacen bien allá, allá adentro en medio de la nada, expuestos a que se los trague la selva, y desde aquí se ve una casita en la montaña echando humito por su techito. Allá bien lejos para que no delate el olor. ¡Ay, qué linda esa casita allá en la montaña!

Henry trabajaba en un cristalizadero y lo llamaron a asamblea porque le había vendido coca a los paracos. De lunes a jueves se secaba la pasta, y el viernes se empacaba para llevarla por la trocha que sale a López de Micay y de ahí a Guapi, y de ahí al universo entero. Son diecisiete horas caminando desde Salvajina hasta López de Micay. Y tres días desde el Platiá'o hasta Salvajina caminando por una carretera que se abre todos los días, y todos los días vuelve la selva a tragársela, como Cronos a sus hijos. La hunde, se la chupa, la tapa, se la come, la mastica, se la engulle y no se vuelve a saber más nada de la carretera que se abrió apenas ayer y que hoy ya no está. Dónde se metió.

Antes de los tres días y diecisiete horas subiendo y bajando filos, hay trece horas de camino por carretera pasando retenes de ejércitos extranjeros que se suben a los buses de pasajeros a cobrar peaje personal. Cinco mil cada uno, por favor, dicen, somos del ejército de las Autodefensas Unidas de Colombia, y pasan de a uno en uno, cobrando, revisando hombros y manos. A los muchachos jóvenes les revisan los hombros, buscando marcas de andar con mochilas, equipaje o fusiles, y al resto le revisan las manos, buscando los callos que se forma entre el índice y el pulgar cuando se recoge la hoja de la coca. Luego más y más retenes, de otros que se suben, documentos por favor, somos su ejército de Colombia que estamos en la vía para su seguridad. Qué seguridad ni qué nada, si están allí es de milagro, abra los brazos caballero, dicen, y lo tocan a uno por todos lados. Somos de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, dicen otros, y así van turnándose los retenes representantes de ejércitos de repúblicas que dicen todas llamarse Colombia. Y llegan a todas partes como un ciclón destruyendo a diestra y siniestra por encima de los techos, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez horas intercambiándose balas, de un lado a otro, por encima de todo, porque así es aquí, qué pena señor le paso por encima. Y pasan, bien pueda caballero siga haciendo lo suyo que a mí me entrega un millón a la

semana, no se preocupe que no le voy a mandar a tumbar nada. Y así en medio de tanto cambalache se le va confundiendo a uno la vida.

Henry recogía la basura que quedaba después de las jornadas del laboratorio y tenía permiso para quedarse con los ripios de la coca, unos tres, cuatro kilos, de los doscientos que se sacaban semanales. El total, tres, cuatro millones al final de la semana. Más los cuarenta mil diarios. Casi diecisiete millones de pesos al mes ¡Así quién no es honesto! De modo que Henry era un tipo honesto. Un día se fue por un día de Argelia, él y dos kilos. Logró pasar el retén de Argelia, el de Balboa, y llegó a un pueblo, y en el pueblo había una residencia que se llamaba El Balcón del Patía, y en El Balcón del Patía unos paracos, y los paracos pagaron millón quinientos por cada kilo. Dos o tres veces más regresó Henry a hacer negocio hasta que alguien, porque debajo de este cielo nada se esconde, existe Dios, lo informó a la guerrilla. Se hizo una asamblea y en este salón hagan el favor y se reúnen la junta, y en este otro se reúnen los nuestros. Los nuestros son los que informan, los milicianos le llaman. Y al salón de la junta llegó un señor con un sombrerote y una barrigota y los ojos rojos y dijo a ver quiénes son los dueños de finca, y prestos prestos alzaban las manos. Uno, dos, diez, cincuenta, noventa. Bueno, ahora los nuestros hagan el favor y digan quiénes se han portado mal. Que este caballero tiene su mujer pero anda con otra. Ah, venga pues, a ver, con cuál se queda, con ella o con ella. Y así se solucionaba todo. Llegaban los perros y los marranos, y que este perro es mío. Bien pueda lléveselo caballero, ni bravos que estuviéramos. Que esta mujer tiene dos hombres. Con cuál se queda, decida no más. Que este muchacho se ha ido a venderle coca a los paracos, que le pagan de a millón quinientos. Venga entonces para acá a un ladito, y salió la mujer y las hermanas y las tías y las primas. Bendito seas entre todas las mujeres, Henry. […] […] […][…] cuatro tiros silenciosos con una mini. Usted le está vendiendo a los paramilitares, le seguían hablando como si estuviera vivo, reprochándole, ¿se volvió informante de ellos o qué?, y el muerto nada que respondía, entonces a ver, quién más. No, que mi vecino pone la música muy duro. Venga pues, hagan acuerdo aquí para que haya testigos. Y terminaban dándose la mano, casi todos, qué pena señora, no tranquilo, no se preocupe, queda todo olvidado, y se olvida lo de ayer y lo de hoy y sigamos a ver que aquí nadie es convidado de piedra, bien pueda saque su rabo de paja que aquí está la llama.

Yo mentiras nunca digo. Solamente la verdad. Que me caiga un rayo si no. Pero en esta patria de papel, donde no caen rayos ni alumbra el sol ni sopla el viento, toda verdad es mentira, como mentira es toda historia de ayer, porque lo de ayer se lo lleva el viento. Gone with the wind. Aquí en donde nunca pasa el viento, y todos los días son nuevos, son el octavo día, el primer día del mundo, y el pasado desaparece de golpe y se lleva las guerras a otras tierras, a otras patrias. Chao, le dice la gente al sol, meneando la mano en el aire, a las seis de la tarde, viendo las batallas que se las traga la

luz, se las traga la selva. Y todo el mundo duerme en paz, usted, yo, soñando con caballeros y caballos blancos que bajan de sus carabelas navegando por la mar. Caballos marinos. Tierra a la vista, gritan, y se lanzan al agua. Suenan las motosierras. Brama la guerra que se baja del barco. *Lasciate omni esperanza, voi qui entrati*. Y se queda aquí para siempre, porque el que llega aquí nunca se va. Qué te ibas a imaginar vos, Ilustrísima alteza de peluca blanca, que tenés toda culpa en esta verdad. Qué te ibas a imaginar vos, Adán de los lunes, que tenés toda culpa en esta mentira. Qué te ibas a imaginar vos, Colón disléxico aletrado, que tenés toda culpa de esta vida que me diste en esta patria de próceres falaces, de deidades mafiosas, de califas tartufos. Gleba mongólica.

PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA

OJOS, TESTÍCULOS Y OTRAS MENUDENCIAS[89]

Katherine Muñoz Osorio

Gordo, grande, de piel blanca, con acento paisa, de cara alegre, manos grandes, de bata blanca… son las características, a grandes rasgos, de Manuel García, un carnicero de los tantos que trabajan diariamente en la galería Alameda.

Don Manuel es un caldense que lleva aproximadamente 30 años en Cali y a quien, por su amabilidad, no se le nota el cansancio que le produce comenzar la jornada desde las cinco de la mañana. Escogió este oficio porque lo aprendió de su padre, quien también fue carnicero, y llegó a esta ciudad persiguiendo un amor que le regaló muchos años de feliz matrimonio pero que desafortunadamente la muerte le quitó.

Yo me vine detrás de la novia, detrás de un novillar –recuerda entre risas– Primero llegamos a Palmira, luego donde un familiar que yo tenía acá en Cali y empecé a trabajar en uno de los puestos de carne que quedaban allí en la 24. Yo limpiaba y fui aprendiendo. Luego me puse a vender vísceras y finalmente monté el puesto acá en la plaza. El resto de mi familia fue llegando gradualmente. Yo acá tengo mucha familia. Ese de allá es hermano, este es mi nieto mayor, ese es mi hermano, el que anda por allá de cachucha es sobrino. Mejor dicho, por acá andamos como unos 30 sobrinos. Yo me traje luego a mi papá con mi mamá. Éramos 16, como buena familia paisa, 7 hombres y 7 mujeres, y ellos 2, 16.

---

[89] Publicado originalmente en la revista *Ciudad Vaga* 1 (mayo de 2007). Su autora nació en Cali, en 1986. Este texto describe la jornada de trabajo de una familia de carniceros en la galería Alameda de Cali. La vida cotidiana en forma cruda.

La galería Alameda es una plaza que alberga todo tipo de productos del campo, en su mayoría vallecaucano; huele a flores frescas, a albahaca, a romero, a sándalo, a limón, huele a almuerzo, a dulce, a granja, se oyen las gallinas que dan su último cacareo antes de ser degolladas. Y se oyen también, casi al unísono, los múltiples ofrecimientos de los vendedores.

Gran parte de la familia de Don Manuel vende carne en esta galería pero cada uno tiene una especialidad distinta. En el caso de Manuel García, su mesón tiene expuestos ojos, cerebros, lenguas, riñones, testículos e hígados, y colgados de la baranda están las tripas y los estómagos de las reses, más conocidos como callo. Entre éstos está el anuncio de la carnicería: Manuel García (*el terror de la policía* como se denomina él mismo recordando una canción) y el número del puesto.

Los ojos se venden pa' caldo, pa' chocolate…Vea, el ojo lo ponen en la pitadora, cuando se enfría le sacan la grasa y el agua la utilizan para batir el chocolate. Algunos le licúan el ojo al chocolate y le echan también clavos, canela, nuez moscada y hasta un huevo se le puede echar. Imagínese eso cómo es de alimento. Eso lo toman las mujeres que acaban de parir, cuando ya van a cumplir la dieta.

Acá hay una señora que viene y me compra el viril de toro, pata y ojo y revuelve todo eso en un caldo.

Con las vísceras hay recetas muy buenas, yo he probado todo eso que usted ve ahí. Mi esposa hacía gelatina de ojo, así como la que hacen con la pata de la res. Si se venden los testículos del toro pa' los hombres recién casados ¿cómo no voy a probar yo esas cosas? Todo lo de la vaca se come, todo se aprovecha, menos el excremento y la hiel. Y ni eso, porque la boñiga sirve de abono y la hiel la compran para echársela en la cabeza cuando se están quedando calvos.

Aquí vienen más que todo las señoras y compran hígado, también se vende mucho riñón y cerebro pa' preparar picadito con huevo, como en perico. Por acá también vienen los universitarios a comprar para estudiar y hacer trabajos.

Vea esto que está aquí –dice señalando lo que está colgado en la baranda– son los cuatro estómagos de la vaca: panza, bonete, librillo y cuajar y ¿el propio nombre de eso es? Mondongo. Porque usted no va a ir a un restaurante a decir: deme un plato de tripa o de callo, sino deme un plato de mondongo. Así se dice en Caldas.

Don Manuel dice que diariamente se vende casi todo, contando que hay días buenos y días malos como en cualquier negocio, que descansa los lunes, que él trabaja hasta las 2 ó 3 de la tarde y diariamente invierte alrededor de quinientos mil pesos. Sin embargo, los fines de semana son los días en los que más se vende porque la gente va a hacer mercado. También podría

pensarse que es poco rentable que trabajen tantos carniceros juntos, pero Jhon Jairo García, uno de sus sobrinos, dice que, primero que todo, cada puesto vende algo diferente: unos venden víscera como Manuel, otros, carne pulpa; otros, cerdo; otros, hueso; otro pollo y demás, y así repartido todos ganan. Y segundo, que la calidad no se improvisa, que él puede vender 200 ó 300 pesos más caro y que la gente lo sigue prefiriendo.

Aquí vendo bastante, puede preguntar. Yo invierto diario 2 millones y medio ó 3 y lo que me queda de saldo es muy poquito. Vea el saldo que quedó ayer: 146 mil, anteayer: $129 mil, $ 85 mil y así sucesivamente–, dijo sacando el cuaderno en el que lleva las cuentas.

Lo que yo tengo acá es de muy buena calidad. Compare con las carnes de los otros puestos; uno tiene que mirarle el color y que sea blandita, que sea ganado tierno, de novillo, no de vaca. Esto por ejemplo es novillo –señalando un trozo de carne que tenía sobre el mesón–, *la vaca es amarilla, amarilla, de un gordo feo. Es mucho más duro. Usted tira un pedazo de vaca al sartén y se recoge, mientras que tira uno de novillo, le bota agüita y es sabrosito, tiene como más sustancia, como más sabor.*

Si la carne es oscura, puede ser de un animal mal sacrificado. ¿Cómo es un animal mal sacrificado? No lo dejaron refrescar, llegó caluroso y lo mataron. Cuando es un animal muy bravo, sale negra la carne. Cuando es un toro muy pesado hay que puntearle la cola para que él empiece a botar sangre dos o tres horas antes de matarlo para que la carne quede bonita.

Aquí todos tenemos alquilado un espacio en el refrigerador que está allá detrás de esa pared blanca, pero la carne puede durar así sin refrigeración, por ahí hasta las 2 de la tarde –cabe recordar que está allí desde las 5 de la mañana– *porque si no se refrigera se daña. Inclusive, póngale pues cuidado, este pedazo es de ayer y la gente prefiere este de dos y tres días y pagarlo más caro, que el de ahora. Esto es lo que llaman carnes maduras.*

Con Jhon Jairo trabajan 5 personas de las cuales una es de su familia, su sobrino, y descansa también los lunes –*día del zapatero,* como él dice–. Curiosamente este gremio está dominado por los hombres y en esta galería pocas mujeres trabajan con carne, algunas la manipulan y la hermana de los García es la secretaria en el puesto de uno de ellos (Gustavo) los fines de semana.

Una persona que trabaje con carnes debe saber hacer lo que está haciendo ese muchacho –señala a uno de sus trabajadores que atiende a un par de señoras– *debe saber cortar, saber tajar. ¿Por qué no lo hago yo? Yo atiendo a la clientela, charlo con ellos, qué quieren, pero yo no sé cortar. Si usted quiere una pieza entera, yo se la parto, pero así tan delgadita, yo no soy capaz. Hay que tener mano y estilo. Además de eso, uno debe ser*

amable con la gente. Yo tenía un trabajador muy bueno y en estos días lo saqué. ¿Por qué? Porque cometió dos fallas. ¿Cuáles? Atender a la gente borracho, oliendo a trago. El cliente se respeta. Además, yo ya tengo mi clientela, me conocen y les gusta que los atienda bien.

A la gente le gusta mucho la punta de anca, el lomo de caracha, la bola negra, lo que es para sudar y lo que es para asar. Y aquí se las vendemos cortadas como quieran, corte mariposa, bien delgadito o para gulash…

Jhon Jairo dice preferir un huevo a la hora de la comida; en cambio a Manuel le encanta la chuleta aunque su plato favorito es la bandeja paisa; y su hermano Gustavo da la vida por una costilla de cerdo. Este último es vendedor de carne de cerdo y trabaja solo a pesar, según él, de que vende más que otros puestos. Invierte $400 mil pesos diarios, es decir un marrano, porque por estos días la venta está muy mala. Sin embargo, Gustavo afirma no vararse por nada porque él también vende chorizos de fabricación casera y porque tiene clientela para todo lo que vende.

Lo que más pide la gente es costilla y carne para chuleta. Y en tiempos especiales en que uno hace fiestas, utiliza el lomo, el brazo que es la carne más durita y sirve para hacer tamales. Hay gente que, la carne está a $4500 y ellos quieren que se las deje a $4000, entonces uno les da del brazo. Gracias a Dios yo tengo buena clientela y todos los días despacho carne para una cosa, para la otra, que necesitan para chuleta, que necesitan para lechona, para chorizos, costilla, lomos…Es que mire la diferencia entre este puesto y otros que no tienen sino pedazos. Por lo menos esto –refiriéndose a un pedazo de costilla– *lo pico ahora, lo vendo y no se me queda nada.*

Del cerdo se come más que del ganado, que de la res. Lo que son las patas, mírelas aquí, el menudo lo usan para hacer rellena, el cuero lo usan para hacer chicharrón, esto se pica y se vende como tocino. Aquí no se desperdicia absolutamente nada.

Aún no es el medio día, pero Gustavo ya vendió casi todo; le quedan dos trozos de pierna, una gran costilla y unos chorizos que cuelgan de la baranda y que son fabricados por un amigo, pero con una receta suya que consiste en no moler la carne, sino picarla y echarle hierbas. No utiliza gordos sino carne bien pulpita. Según él eso es lo malo de los otros chorizos que hace la gente, que aprovecha al moler la carne para rellenarlos con puros gordos.

Las características de una buena carne dependen de lo que esté buscando. La gente viene y dice: vea que necesito carne para chuleta, una libra de carne pulpa, buscan es la pierna. Yo pregunto para qué la quieren. No, que la voy a echar a un mondongo, no, que para esto, que una cosa, que la otra, que para tamal. Lleve esta, uno los aconseja de todas formas. De donde

sale la carne más pulpa es del lomo, es 1000 pesos más cara o hasta $1500 pesos más cara que la pierna, pero la pierna tiene mejor sabor que el lomo. La carne del brazo tiene mucha fibra, pero es muy buena para cocinar, para mondongo, para tamales, todo eso, porque es durita y al cocinarla no se encoge, la pierna se encoge, ese es el detalle.

Además, yo se la vendo como quiera, que no le gustó ese pedacito, yo se lo quito, que no le gustó ese gordo, yo se lo quito; igual a mí me sirve para hacer los chorizos.

Ese es otro detalle, que hay que tratar muy bien a los clientes. Aquí vienen señoras cansonas, pero entre esa joda se llevan alrededor de cien mil pesos. En eso se basa este negocio. O por ejemplo, las que acabaron de venir; la costilla se las vendí a 6500, yo se la puedo dejar a $6000, todavía está dejando algo. Si ellas me dicen: por qué no me la deja a $6000, bien pueda. La carne también, si usted me dice que se la deje más barata, yo se la doy más barata. Puedo negociar y me gusta negociar con el cliente. Como hay otro que me dice: destájemela aquí, quítemele este gordito, cuesta $4000, yo se la cobro a $5000 y no me dice nada, porque se la estoy dejando como él quiere. La idea es que se vaya contento.

A diferencia de su hermano Manuel, Gustavo no conoce ninguna receta mística con la carne y tampoco ha probado. Lo único que sabe es que un amigo suyo prepara queso de cabeza de cerdo y todas las mañanas le vende la cabeza o hasta se la fía. Si no se la lleva él, se la llevan los hueseros que madrugan a la plaza.

Podría decirse que esta particular familia ha monopolizado la venta de carne en la galería. Son reconocidos como los García y abastecen a varios de los comederos de allí mismo y de la ciudad. No obstante, todos tienen sus negocios independientes y aunque hacen sus pedidos en el matadero de *Cavasa* o en el de Yumbo, manejan sus finanzas por separado. En lo que no se separan es en compartir todos los días durante las horas de trabajo y algunos fines de semana o en las reuniones familiares en las que asan carne.

Por lo general el que invita es el que pone la carne, así es más fácil. El resto nos encargamos de llevar el aguardiente.

Asar es muy fácil. No es sino que uno que conoce la carne, la taje bien tajada. Vea, la carne de pecho no se puede asar, es muy dura, el sobaco también, el morrillo, el de aquí –señalándose el pecho– *también, el pecho tiene un sabor decepcionante, el morrillo ni qué decir. Entonces unos se van a asar lomo de caracha, carnes que tienen hasta mil pesos de diferencia. Pero la otra, si usted le echa ablandador o a 10 ó 15 libras de carne les echa usted un par de rodajas de piña licuadas, lo deja, póngale media hora, le queda más blandita que cualquier otra y de un gusto… aterrador. Y eso se puede hacer con cualquier tipo de carne, pero no se puede dejar mucho*

rato tampoco. Hay gente que le echa hasta papaya, pero la papaya con el tiempo se va poniendo amarga y por eso es mejor la piña. Aunque si usted la deja mucho rato en piña, la carne se le desbarata, se le deshace.

Estos hombres bonachones no sólo aprovechan la carne en el trabajo, sino que se deleitan comiéndola. A Gustavo le fascina la costilla, pero si le van a dar chuleta él pide repetir, y eso sí, *que tenga bastante gordito porque ese es el que le da el sabor a la carne*. En general todas las carnes le gustan y preparadas de mil maneras, y si le preguntan o lo ponen a escoger el mejor platillo preparado con carne él contesta: *he ahí el dilema*.

TIERRAS SIN NORTE[90]

Kevin Alexis García

Carlos, un joven de 21 años, está desempleado, el asesinato de Chamorro, un sicario relacionado con más de 500 homicidios, lo dejó sin trabajo. Su tarea de vigilar todo lo que pasa en las calles de Cartago, un municipio del Norte del Valle, en el suroccidente colombiano, ya no será remunerada. Antes tenía una moto, un arma de dotación y un salario mensual; ahora no sabe qué hacer, además de permanecer escondido en las casas de sus amigos y en la de su madre, donde su mujer y sus dos hijos subsisten con sus ingresos.

Está esperando que todo vuelva a "la normalidad", cuando el Estado colombiano termine las persecuciones contra los capos de la droga de la región y otro patrón llegue rápido al pueblo para engancharse de nuevo.

***

Hacia la periferia uno camina al lado de una serie de bodegas altísimas donde funcionan las trilladoras de café. Los rayos del sol atraviesan las ventanas y calientan las puertas metálicas y las fachadas. Sobre la carretera se marcan las siluetas de hombres cobrizos y descamisados, cubiertos por una mezcla espesa de polvo y sudor, entrando y saliendo con las espaldas arqueadas por bultos repletos de café.

---

90 Publicado originalmente en la revista *Ciudad Vaga* 1 (mayo de 2007). Su autor nació en Cartago, en 1983. Este reportaje muestra la descomposición social y la violencia vividas en Cartago, tierras del norte del Valle del Cauca, por causa del narcotráfico. El poliedro de la violencia colombiana nos muestra aquí una de sus caras más atroces.

Años atrás, antes de la tecnificación de las trilladoras, estas bodegas de café estaban llenas de mujeres vestidas con delantales, sentadas sobre una larga plataforma, retirando con sus manos los granos verdes y malos. Mujeres que generaban ingresos para el sustento de sus casas, en los barrios pobres del municipio. Como Amparo Zuluaga, que desde hace 16 años vive en un apartamento con un único cuarto y una cocina de paredes agrietadas que se desmoronan por poquitos, en compañía de su marido y sus cinco hijos.

Se recoge su cabello en una moña agreste y se inclina sobre un pequeño lavadero de cemento para quitar el tizne de sus ollas. En medio de un olor penetrante a metal y una humedad que se filtra desde el baño hasta la cocina y que ella pareciera no sentir, Amparo relata su historia. El 31 de diciembre de 2003 su hija mayor, Lina Maria Betancur Zuluaga, de 18 años, recibió una llamada. No habló mucho, sólo respondió con palabras entrecortadas y, al colgar, caminó con su hermana Paola hacia el cuarto. Hablaron en clave por un momento. De inmediato Lina y Paola se vistieron y salieron con una amiga del barrio. A las seis de la tarde empezaba a oscurecer en el pueblo cuando las hermanas abandonaron la casa. A esa misma hora Amparo llevaba la comida de navidad a su único hijo hombre, internado en una fundación para drogadictos. Al regresar, Amparo sintió un fuerte presentimiento, *"una sensación extraña, una incertidumbre de madre*". Al llegar a su casa, entre la algarabía del año nuevo, la amiga de sus hijas se le abalanzó llorando y diciendo que Lina y Paola ya no volverían.

A la mañana siguiente las hermanas Zuluaga no regresaron y Amparo y su familia iniciaron la travesía. La misteriosa desaparición de sus hijas coincidió con la de Diana Lorena Gómez, otra joven de 15 años que luego la propia Amparo, mientras las buscaba, encontró violada y asesinada en las lomas de El Mesón. Estas lomas conforman una colina a la salida de la ciudad, reconocida porque en ella suelen aparecer los muertos de cada jornada y es allí a donde acuden los habitantes cuando algún familiar no regresa a sus casas.

Pero ni las lomas de El Mesón dieron cuenta de Lina y Paola y con ellas se inició una ola de desapariciones de habitantes, especialmente mujeres, que estremecieron el pueblo. Los pobladores dicen que fueron más de 50, entre los casos denunciados y los ocultos por temor a las represalias de las mafias. Fue el punto de partida de una ola de dolor.

Como Amparo y Carlos cientos de habitantes de Cartago y sus municipios vecinos han vivido las secuelas de la guerra, ocasionadas por el establecimiento de las mafias narcotraficantes que dieron origen al Cartel del Norte del Valle.

El cartel del Norte

Como las más poderosas mafias del mundo, fue conformado por clanes familiares que terminaron distribuidos por zonas, capital económico y je-

rarquías de poder. En Cartago, el municipio más grande del norte del Valle, sus habitantes se han convertido en testigos y víctimas de la violencia de las mafias. Especialmente desde los últimos tres años, cuando las brazos sicariales de los capos Diego Montoya y Wilber Varela se enfrentaron entre sí en una guerra desbordada por las presiones del ejército sobre sus estructuras y las sospechas de traición entre sus miembros. Reconocido por la policía colombiana como el último gran cartel del narcotráfico en Colombia, y uno de los más poderosos del mundo, el Cartel del Norte se consolidó con el debilitamiento de los carteles de Cali y Medellín, sobre una extensa llanura de pequeños municipios agricultores. Una cálida región que hoy está azotada por la guerra.

En el viaje hacia la zona a lado y lado de la carretera se ven extensos cultivos de sorgo dorado y trigo, árboles de eucalipto, guayaba y naranja. La tierra es llana, el clima cálido y a lo lejos se ven praderas con campesinos de sombreros amarillos arando la tierra, trasladando el ganado, retirando la uva, la papaya. Pero la tranquilidad del recorrido contrasta con el miedo de los habitantes en el interior da cada pueblo.

Las bandas sicariales

Para finales del 2003, momento en que las masacres se vivían en su punto más alto, el gobernador del Valle, Angelino Garzón, convocaba a una "Gran marcha del silencio por el fin de la violencia", pues las cifras oficiales ya eran escandalosas y la Fiscalía reportaba 3068 asesinatos en el Departamento. Detrás de esa cifra se escondían toda serie de violaciones a los Derechos Humanos: asesinato sistemático de taxistas, tráfico de mujeres para la explotación sexual en Europa y para el envío de droga al exterior, asesinato de jovencitas, reclutamiento de hombres jóvenes para la creación de bandas sicariales y ejércitos paramilitares, en medio de masacres continuas por las retaliaciones entre los capos.

La "Gran marcha del silencio" no fue escuchada por las mafias y al año siguiente, durante todo el 2004, poderosas organizaciones criminales, conocidas como "Los Machos" y "Los Rastrojos", al servicio de "Don Diego" y Varela, se enfrentaron entre sí por el exterminio mutuo. En Cartago se produjeron 180 homicidios y en los otros ocho municipios de la zona 286 asesinatos.

Preocupado por la violencia desenfrenada, el Estado colombiano reactivó el *Bloque de Búsqueda,* un sofisticado escuadrón móvil de 120 policías judiciales y carabineros, para acabar con el Cartel. Aprovecharon las contiendas internas y las delaciones mutuas para tender una redada contra los principales jefes. La policía anunció capturas en Cuba, Panamá, Bogotá, Cali y en los propios municipios del Valle. Ante la presión, las bandas sicariales enfrentadas emitieron a mediados del 2005 comunicados donde anunciaban que acabarían los enfrentamientos. Pero tal parece que sólo fue

una estrategia de guerra, pues, al finalizar el año, se habían cometido en los 9 municipios del Norte del Valle 407 asesinatos.

En el periódico local *Cartago Hoy*, el comandante operativo de la policía, Luis Gustavo Corredor, anunciaba que el balance era positivo porque, luego de hacer algunos cálculos, deducía que la criminalidad había disminuido en Cartago en un 7%.

Pero mientras, la policía captura los capos, los habitantes de la zona padecen cada alteración en las estructuras de las mafias.

Los enfrentamientos

Cada que muere un patrón de la droga, un pequeño tsunami se vive en la región. No sucede así cuando el narco es capturado porque la gente sabe que desde la cárcel sigue mandando y puede ser peligrosa la traición y muy cruel la venganza. Pero cuando un patrón del narcotráfico es asesinado, se desatan guerras entre quienes le seguían en la jerarquía de su organización y los demás patrones que empiezan a disputarse la zona que controlaba. Generalmente, le aparecen deudas que luego obligan a sus familiares y lugartenientes a entregarlo todo, o a defender los bienes con la propia vida. Los subalternos quedan desprotegidos frente a las otras bandas. De inmediato pierden la entrada de dinero y se hacen vulnerables. Se inicia allí una cacería humana por el control del territorio. Los demás patrones fijan un precio por las cabezas de los sicarios que trabajaban para el difunto y envían sus propios esbirros para exterminar a los sobrevivientes. Así ocurrió con la muerte de Chamorro, a mediados del 2005, el sicario relacionado con más de 500 homicidios. Fue torturado y asesinado. Era el jefe de la banda y con su muerte todos sus lugartenientes quedaron desprotegidos. Algunos fueron asesinados y otros permanecen escondidos.

En Cartago, durante el 2005 los médicos de Medicina Legal tuvieron bastante trabajo, realizaron 220 autopsias por homicidios, 130 a cuerpos de personas menores de 29 años.

En las estadísticas de muertos, Carlos, el joven campanero, pudo ser el 221. Lo sabe y no sale a la calle, aguardando a que se acabe el exterminio para ganarse la protección de otro patrón. Seguirá en el negocio. Ya poco queda de ese joven que años antes jugaba fútbol desprevenido en una cancha polvorienta del pueblo y soñaba con ser el capitán del América. Su vida ha cambiado. La de su madre también. Una mujer envejecida y seria que mira con desdén a cada persona que se acerca a su hijo. Lo crió asando arepas con mantequilla, cuando sus energías lo permitían. Ahora sólo la acompaña la angustia de saber que en cualquier momento podría perder a su hijo.

¿Por qué Cartago se convirtió en una trinchera de la guerra?, me pregunto al ver sus capillas coloniales de una arcilla naranja y dura, su Casa del Virrey, una monumental obra arquitectónica construida hace más de cuatrocientos años para recibir la visita de un Virrey que nunca llegó. Por todo el

pueblo se ven talleres de bordado artesanal, hechos por mujeres. Se reúnen con sus hijas a bordar sobre lino y algodón, y entre madejas de hilos y telas, aplican el *calado, el rococó, las randas, el pasado y el punto de cruz,* para plasmar casas, flores y mariposas de colores. Muchas de las mujeres son viudas que sobrellevan su vida a través del tejido, como una forma artesanal de combatir el delirio de la guerra.

Por su parte Amparo Zuluaga continúa la búsqueda de Lina y Paola. Además de su dolor de madre, debió soportar los señalamientos que la culpaban por la desaparición. Debió atender la crisis nerviosa de Adela y Angie, las dos hijas menores que ahora sólo van en taxi al colegio, y, al regresar de clases, pasan todo el tiempo encerradas en la casa. Todas iniciaron un tratamiento psiquiátrico. "*...Pero eso me hacía más daño, vivía sedada, como boba, me desequilibré y sentí que me estaba enloqueciendo. Dañé los pantalones y camisas de mi marido y luego no recordaba nada".* Cada que veía la camioneta de la Fiscalía que transporta los cadáveres, Amparo caía desvanecida. Esto ocurría muy a menudo, pues la zona urbana de Cartago no son más de 40 calles.

Pocos días después "*no aguantaba más el dolor y la culpa, le pedí dinero a mi esposo y me fui hasta el Viaducto de Pereira".* Un puente colgante de 2.850 toneladas y 55 metros de altura, equivalente a un edificio de 30 pisos. Fue inaugurado en 1997 como un atractivo turístico de la región. Pero se convirtió en el sitio preferido para los suicidas que incluso llegaban desde las ciudades vecinas para garantizar allí su muerte. Cuando Amparo se dirigió hacia el Viaducto, 53 personas ya se habían lanzado. "*Llorando me paré sobre una baranda para lanzarme al vacío".* Pero la policía ya estaba alarmada y había dispuesto varios bachilleres para cuidar. Uno de ellos alcanzó a sujetar a Amparo y otras personas acudieron en su ayuda. Ella nunca ha encontrado los cuerpos de Lina y Paola y ahora confiesa que su única esperanza es que hayan sido vendidas en el negocio de trata de blancas, para prostituirlas en Europa.

Los jóvenes de las bandas

La violencia en el Norte del Valle ha dejado una estela de muerte en las calles, convirtiendo a los habitantes en las principales víctimas; los jóvenes son la población más vulnerable al narcotráfico, pues se vuelven víctimas y victimarios.

"Un día mi jefe me llevó a una de sus casas y me mostró un televisor pantalla plana, un teatro en casa y una nevera llena de comida; tenía ropa fina y zapatos de marca en el piso y me dijo: "sabe qué, escoja lo que quiera", y yo de una cogí los zapatos más bacanos y luego me dijo que si volvía al otro día me entregaba una moto y me decía cómo eran las vueltas. Así

fue como entré", contó en medio de una charla de cuadra, un joven sentado en su moto RX a unos muchachos que lo escuchaban con atención devota.

"Son jóvenes como usted o como yo, sólo que sin empleo, con una mujer que luego de embarazada la llevan a vivir a la casa de su madre y luego de aguantar muchas necesidades, deciden medírsele a lo que sea, con tal de conseguir dinero", dice un hombre de 25 años que vende ropa en un almacén de la ciudad. Lamenta la desaparición de uno de sus compañeros de estudio, vinculado con una banda de sicarios. Mueve las manos de un lado a otro para mostrar vehemencia y agrega: *"Yo no me volví sicario porque a todos los de mi barrio ya los mataron y eso fue algo muy doloroso, pero, tal vez, si estuvieran vivos, seguramente estaría con ellos".*

"Cuando uno sabe que puede ganar tanto dinero, se pierden las ganas de trabajar en cualquier otra cosa, porque nada lo pagan mejor", dice Andrés, un joven que compartió apartamento con un miembro de las bandas. Conoció de cerca las armas, las municiones y las cantidades de dinero que manejaban los sicarios. Confesó que se vio tentado a trasladar un cargamento de droga, era tan grande que recibiría 40 millones de pesos si lograba llegar a su destino. No aceptó por miedo a perder la mercancía en la travesía, pues habría pagado el precio con su vida. Además lo asustó la advertencia de su compañero: "*Pelao, este trabajo es como venderle el alma al diablo, sólo que las culpas no se pagan en el otro mundo, sino que todo lo cobran en vida, con tortura y también con la muerte*". Andrés, que venía hablando claro y pausado, de pronto se emocionó recordando la primera vez que agarró una pistola Pietro Beretta. "*Cuando uno tiene un arma de millones en las manos, se siente algo muy extraño, es un poder muy bacano".*

Poco después recuerda que en una ocasión le ofrecieron un millón de pesos por asesinar a un comerciante implicado en un robo. "*Esa vuelta era facilita, sólo necesitaba alquilar una moto y una arma por 400.000 pesos y tumbar al tipo a las 7 de la mañana que abría su almacén*". Esto lo contó con tanta emoción y tranquilidad que no sorprendería si luego se vincula directamente con la mafia.

Algunos jóvenes confiesan que aspiran ingresar a las bandas para ganar el respaldo de un patrón. Saben que la ciudad es peligrosa y buscan tener un jefe del que puedan decir que son sus empleados, para ganar así el respeto de la gente, que es el respeto del temor. Paradójicamente, buscan entrar a una banda que posea armas y poder para sentirse protegidos.

Como en cualquier oficio se fijan salarios y bonificaciones. Los jóvenes ganan 650.000 pesos mensuales más bonificaciones por trabajos adicionales como cobro de deudas, secuestros o asesinatos. Reciben además un auxilio de transporte en gasolina para las motos y de comunicaciones en

tarjetas de celular. Firman comprobantes de nómina y, a cambio, ofrecen total disponibilidad y lealtad a la banda. Inician como campaneros, que son los que vigilan en las calles.

Alcanzar una riqueza desmesurada es el principal objetivo de quienes entran en el negocio. Los principales narcos del Cartel fueron en su mayoría pobladores rurales, campesinos oriundos con pocas oportunidades de progresar, vendedores ambulantes y jornaleros que un día se revelaron contra el porvenir de la miseria y quisieron tener una casa grande, un carro de lujo, ropa de marca y el respeto de sus coterráneos. Cuando tomaron el control materializaron su poder en ostentosas fincas y estrambóticos sitios de entretenimiento. En la zona rural del municipio, que representa el 94% del área total, grandes extensiones de tierra pasaron a manos de los narcotraficantes. Cuando la policía allanó algunas haciendas de la zona, encontró propiedades por más de 270.000 millones de pesos. Al llegar a Cartago uno se encuentra con *Keop´s*, un centro recreacional con la forma de la pirámide egipcia, piscinas con olas artificiales y una discoteca adornada con tigres disecados y fuentes ornamentales. En el área urbana se construyeron modernos condominios con casas enchapadas en mármol, piscinas, y lagos privados. Algunos ciudadanos expresan su temor de que el Cartel se acabe y con él, todo el dinero ilegal que sostiene la débil economía del pueblo.

Duelo en Cartago

Una vez al mes la Diócesis de Cartago organiza un misa en el interior del Cementerio Diocesano, el mayor de los siete que tiene Cartago. Además de éste, hay un cementerio exclusivo de los evangélicos, otro de los conductores y uno perteneciente a una Sociedad de Auxilio Mutuo, de pobladores que pagan mensualidades para cubrir los gastos funerarios de los familiares que lleguen a morir. Los visitantes llegan al cementerio con ramos de hojas blancas y amarillas y se distribuyen a lo largo de callejones angostos donde, a lado y lado, reposan en, pequeños compartimentos, los restos de las víctimas. Las fosas sobre las paredes permiten que, cada cuatro años, puedan retirarse los restos mortuorios para dar abasto con el número de muertos. Aun así, y a pesar de tener siete cementerios, las fosas escasean por épocas en Cartago.

Antes de que inicie la misa, los visitantes revisan la tumba, quitan el ramo viejo y ponen el nuevo. Son en su mayoría mujeres, algunas acompañadas de sus padres e hijos. Luego inician un susurro de oraciones en coro: *"Oh divino niño, consuelo de los cristianos, tú, que sabes de mis pesares, pues todos te los confío, pongo en tus benditas manos la paz de los turbados y alivio al corazón mío".*

Mientras Carlos, el joven campanero, espera que otro patrón se apodere del pueblo para volver a trabajar, Amparo Zuluaga aún tiene la esperanza de

volver a ver a sus hijas con vida, aunque asegura que la suya nunca volverá a ser igual, "han quedado marcas que nunca borrarán". Por temor en el pueblo sólo se menciona en voz baja que las desapariciones de las jóvenes se deben a que uno de los capos fue contagiado de sida y éste quiso vengarse con las mujeres el pueblo.

La última vez que fui a ver a Amparo la noté especialmente triste. Su padre falleció el 1 de marzo, a sus 89 años, por causa de cáncer en un riñón. "*Parece que Dios me está poniendo a prueba",* me dijo con la mirada clavada en el suelo. No tuve palabras de consuelo. Se despidió con una voz suave y apagada. "*Temo por usted, cuídese mucho*", me dijo mientras regresaba a su casa.

En febrero de 2004 fue asesinado Oscar Alberto Polanco, el director del noticiero local de televisión CNC. Algunos periodistas del pueblo confiesan que cuando la policía realiza alguna captura, si es un jefe con poder, omiten la noticia.

El Bloque de Búsqueda ha capturado los principales capos, Arcángel Henao alias "El mocho" y Luis Hernando Gómez Bustamente, alias "Rasguño" ya están tras las rejas, pero los habitantes saben que sólo es cuestión de tiempo para que otros asuman el control, mientras las pequeñas guerras para defender los pequeños poderes y fortunas continúan. Los cartagüeños, que a un viajero desprevenido no dejan de parecer amables, siguen llevando la procesión por dentro.

A pesar del dolor, la vida debe continuar en Cartago. En épocas especiales los colegios desfilan con sus bandas marciales, entonando hermosas canciones por las calles, mientras las mujeres tejen en sus casas paisajes de campos fértiles y sosegados, como si estuviesen reconstruyendo así el tejido de sus propias vidas.

SE NECESITAN DOS PARA BAILAR UN *SON*[91]

Luz Karime Figueroa

> "Las personas que venimos de barrios populares carecemos de la educación pero nacemos con el talento. Nuestras necesidades nos hacen más fuertes para llegar a nuestros objetivos".
>
> Ricardo Murrillo
> (Bailarín profesional)

La *sucursal del cielo* es un paraíso olvidado; un infierno enfrascado en 37 grados centígrados; un sueño nunca convertido en realidad que brinda la oportunidad de seguir soñando. Santiago de Cali posee el elogio a la dificultad, ese encanto de la fruta prohibida que consolida el espejismo de la capital de la salsa.

La Fortaleza es un barrio, denominado "popular", situado en el sur oriente de la ciudad. Sus calles, envueltas en la ilusión de lo urbano, producen una armonía de colores chillones entre buses, casas y tiendas. Un arco iris de tonos fluorescentes que convierten este territorio en un lugar ideal para una fábula melodiosa en la voz de Willie Colón:

Por la tarde no hay nada / salgo a buscar mis panas / nos paramos en la esquina / no hay nada por la avenida. / Vamos a dar / una vuelta, / un serrucho para la botella / nos sentamos / en la escalera / y cantamos canciones

---

[91] Publicado originalmente en la revista *Ciudad Vaga* 2 (noviembre de 2008). Su autora nació en Cali, en 1987. Este reportaje cuenta las peripecias de una pareja de baile de salsa, campeones mundiales en Las Vegas, sus expectativas, sus sueños y sus frustraciones. Recupera, entrelazándolas, dimensiones muy profundas de la cultura popular caleña: el cuerpo, la música, el baile.

viejas: Hay mamabuela / tiempo pa' matar/ Ave María morena / tiempo pa' matar/ Mataron al negro bembón y sólo por un maní / tiempo pa' matar / A Dolores la Pachanguera / tiempo pa' matar / El charlatán le dio una pela / tiempo pa' matar/ No encuentro las llaves de la casa de Marcela.

Un equipo de sonido amplifica a la Orquesta Olivieri y magnifica las voces que tararean desde una fuente de soda *"Por eso vivo la vida / tíbiri tabaratiando / esta vida hay que gozarla /antes que me lleve el diablo./ Tíbiri-tabará / yo sigo con mi tíbiri-tabará"*. Esas son las fortalezas de un 'barrio de plástico, de esos que vemos por ahí, de mirada esquiva y falso reír' que hacen honor a Amparo Arrebato y uno que otro gran varón. En este lugar se sitúa la academia de baile 'Estilo y Sabor', fundada por Carlos Andrés Realpe y la pareja ganadora del campeonato mundial de salsa en el año 2006 realizado en Las Vegas, Ricardo Murillo y Viviana Vargas.

Ricardo practicó sus primeros pasos frente a un espejo. Intentaba copiar a "los duros del Acuaparque de la Caña" un lugar que para él fue la inspiración de su pasión. La devoción se inició en el Vergel y en el Poblado, dos barrios del distrito de Aguablanca. Allí él se inclinaba por la música electrónica mientras sus amigos hacían fiestas en las que sacaban grabadoras a las calles y se enfrentaban cuerpo a cuerpo imitando el *break dance* de New York, ritmo que él nunca pudo aprender a bailar.

"Me enteré que existía la familioteca del Acuaparque de la Caña los domingos y comencé a buscar la manera de entrar sin falta. Empecé a practicar, a invitar a las niñas a la pista y paralelamente observaba a tres personajes que eran los que más bailaban, imitaba sus pasos y a cada uno les sacaba la mejor parte. En ese lugar fue la primera vez que me involucré en un concurso y la primera vez que gané. Fue y es uno de mis triunfos más importantes porque vencí a los grandes que continúan siendo punto de inspiración".

Ricardo Murillo

Se necesitan dos para bailar un *son*

–"Yo entré a bailar porque no tenía nada que hacer, me gradué a los 15 años y mis papás no tenían para pagarme una carrera. Mi mamá me ofrecía cursos de enfermería y carreras técnicas pero yo no quería nada de eso, lo que yo quería era bailar"–.

Viviana Vargas
(Bailarina Profesional)

Por accidente y por desocupe, como ella lo afirma, se inició en este arte de llevar el ritmo más interno que en la sangre. Cuando tenía 15 años se involucró en la escuela 'Son de Luz', donde Ricardo Murillo era su profesor.

Sin embargo, aspectos económicos y familiares la llevaron a bailar en otra academia.

–"Mi familia quería que yo entrara a estudiar otra cosa que no se relacionara con el baile y yo quería seguir bailando. Por poco me vuelvo la protagonista en la canción de Lupita en todos los sentidos"–

Con la espontaneidad que caracteriza su sonrisa empieza a corear el estribillo.

–¿Qué le pasa a Viviana? No sé… ¿Qué le pasa a Viviana? No sé… ¿Qué es lo que quiere? Bailar ¿Por qué ella no baila? Su papá ¿Qué dice su papa? Que no ¿Qué dice su mama? Que sí / Que baile Viviana / sí, Sí. / Que baile Viviana / sí, Sí. Qué quiere bailar / mambo / Sí. Sí. Sí. Mambó – mambó – mambó – mambó sí. Sí. Sí."–

Después de año y medio, Viviana logró regresar a 'Son de Luz' para trabajar con la compañía pero no con Ricardo. Él ya tenía cuatro competencias ganadas con la que en ese momento era su pareja.

–"Por medio de la compañía me gané un cupo para viajar a Europa, Ricardo tenía que bailar 'No le pegue a la negra' pero su pareja era rubia. Por coherencia con mi piel canela y cabello negro, bailamos juntos"–

Después de esa gira decidieron inaugurar en Cali una academia de baile, cada uno con sus respectivas parejas, fundaron 'Estilo y Sabor'. Sin embargo, la compañera de Ricardo decidió incursionar en el tango, lo que impulsó poco a poco la formación de un nuevo dúo, Ricardo y Viviana. Ellos empezaron a ensayar y a sonar como un buen *hit* radial. No obstante, las condiciones en las que un artista colombiano logra una buena obra de arte, siempre harán referencia a una historia con muchos sacrificios.

Con sus propios recursos decidieron emprender un viaje para competir en Miami. Al ganar ese certamen resolvieron ir a visitar otro concurso llamado 'Rueda de las Américas', y solicitaron al organizador, Alberto Torres, que los dejara hacer una exhibición para mostrar el estilo con el que se baila en Cali.

"Íbamos a participar sólo con una exhibición porque nuestro estilo como caleños es muy diferente. Se marca la tendencia de los pasos rápidos, la agilidad que es envidiada por bailarines de otros países".

Ricardo Murillo

–"Allí, por ser medio imprudentes, logramos que Alberto Torres nos apadrinara y nos llevara a los Ángeles, San Francisco y Nueva Cork, impulsándonos a participar en Las Vegas"–

Mientras Viviana habla, el video del campeonato mundial de salsa en Las Vegas se proyecta en el televisor: fotos de cada contrincante que lo dio todo en el escenario, ensayos en los pasillos y en los ascensores. En un instante todo se torna en silencio, las personas que se encuentran observando el televisor asumen una actitud casi religiosa. Las imágenes proyectadas de los bailarines recrean cada paso en cámara lenta. El vestuario y la rapidez en la armonía de sus pies, originan líneas de luces en el inmenso escenario al que no han sido acostumbrados. Con su destreza en el baile reconstruyen las sonrisas y la emoción de un pueblo tricolor acostumbrado a la tristeza.

–"Esto no es color de rosa, es muy bonito que vayas a otros lados y te aplaudan y que la gente te conozca pero tiene su sacrificio. Hay muchos esfuerzos que se deben hacer; físicamente llega el momento en el que no das más y emocionalmente debes estar dispuesto a alejarte de la familia, del novio y de los paseos de olla a Pance por mucho tiempo"–, afirma Viviana.

Un sacrificio que compromete la devoción de una ciudad que bailando intenta olvidar sus penas. En el último instante, Viviana se acopla de tal manera a su parejo que desciende por su cuerpo convirtiendo cada compás de la música en una partitura visual de movimientos. Sin embargo, un error casi imperceptible expone una falla de la pareja, en el giro final el tiempo se hace más corto y Viviana llega tarde para el cierre de la coreografía. Se escuchan los aplausos amplificados a través de la pantalla, por un momento se les ve caminar hacia el camerino con cierto sabor a derrota, esa hiel amarga que nadie quiere probar.

En el final de las presentaciones los preferidos erguían sus cuerpos listos para ser premiados; en un rincón se observaban abrazados un dúo de ilusiones que no quería un premio de consolación. De repente, tras haber otorgado el galardón al tercer y segundo lugar y esperando el anuncio del primer puesto, se dan cuenta que no ganaron y se abrazan más fuerte para soportar la tristeza de un intento fallido. Pero todo ha sido una confusión y las emociones se vuelven indefinidas, las personas a su alrededor les piden salir para ser aplaudidos por una multitud que premia el talento y la perseverancia. Improvisadamente surge una bandera de Colombia y los caleños, con su insignia en alto, se dirigen a recibir la ovación de un mundo unido a través del baile que olvida la guerra por un instante y se entrega a la fantasía de convertir las armas en notas musicales de un pentagrama.

–"Cuando nos fuimos de aquí no teníamos ni idea de esa competencia, no sabíamos que era transmitida por ESPN, ni que tenía un escenario tan espectacular. Llegamos novatos, nadie creía en nosotros. Fue una sorpresa ganar hasta para nosotros mismos"–.

Viviana Vargas

Ricardo y Viviana no sólo transmiten el sabor invisible de la victoria: muestran con el cuerpo trucos indescifrables y elaboran la alegría de poder vivir un sueño con dificultades.

"Como dice Héctor Lavoe, a veces creen que uno se gana la vida bailando y feliz pero… nadie pregunta si uno sufre, si llora, si tiene una pena que hiere muy hondo… Por lo menos todavía no hemos podido ir a defender el título mundial porque de viaje hacía Bogotá para ir a pedir la visa para Japón y México –países a los que nos habían contratado por medio del campeonato– en el bus en el que íbamos se subieron unos ladrones y nos robaron el maletín en el cual estaban los pasaportes y la carpeta de diplomas. Perdimos ese contrato y se nos cerraron las puertas; debido a que se extraviaron nuestros documentos, nos castigaron la visa norteamericana por seis meses por haberlos perdido".

Ricardo se entristece relatando un poco lo paradójico del éxito y Viviana sólo acierta con su rostro las tragedias. A veces sonríen relatando la delincuencia común, se sonrojan de lo ridículos que pudieron verse debajo de una silla mientras los asaltantes disparaban al interior del vehículo, pero sobre todo, a pesar de recordar cómo el sacrificio los llevó tan lejos y el destino les enfrascó hasta los sueños, han aprendido a levantarse de las caídas para seguir bailando.

"Pero hay que aprender que son cosas que pasan y pese a todo tuvimos la oportunidad de quedarnos trabajando con nuestra gente de Cali, con aquellas personas que querían vernos. Me divertí mucho con mi grupo de bailadoras del Club Campestre y este año Viviana y yo hicimos una gira más grande por Inglaterra, Dinamarca, China y la India".

Ricardo Murillo

En las fachadas de las casas del barrio La Fortaleza empieza a atardecer; en la tienda de la esquina exhiben un periódico de ayer que nadie quiere comprar y venden la lotería para que antes de la muerte a alguien le cambie la suerte. La ley del rebusque impera en los semáforos; niños descalzos elevan su torre de babel sobre la calle que es una selva de cemento y de fieras salvajes. El hombre es un animal que no quiere a nadie.

Ricardo y Viviana siguen hablando de esta ciudad, aunque han conocido varias partes del mundo, al ritmo de sus pies. Aseguran que en este lugar es donde se baila la mejor salsa del mundo.

"*Para la muestra un botón, fuimos campeones mundiales*"

Ricardo Murillo y Viviana Vargas

Estos personajes salidos de la realidad abordan el mundo con sus trajes de luces y la sonrisa impecable lista para el público. Como buenos rumberos se dirigen a entregarlo todo en el escenario, así pasen los años, para recibir el mejor pago: los aplausos.

TRES CONVERSACIONES, TRES MAESTROS[92]

Miguel Tejada

Un hombre bosteza y toma apuntes

Agosto de 2007. Institución Educativa Juana de Caicedo y Cuero, comuna 20 de Cali.

Voy en un taxi hacia el occidente de la ciudad por toda la Avenida Guadalupe, casi llegando al punto de intersección con la Avenida Circunvalar. Pronto estaré de nuevo en el infierno de las 3 de la tarde a 32 grados centígrados. Disfruto los escasos segundos que el taxi se demora en atravesar el último tramo de la Avenida Guadalupe antes de encontrarse con la Circunvalar. Hace un calor del diablo, pero no lo siento en este momento. No existe. El tramo por el que nos movemos está protegido de la canícula por cientos de enormes árboles seculares. Pienso en mis cosas; en la entrevista que voy a realizarle a Sonia Bernal, una profesora de español compañera de trabajo de mi madre. Pienso que toda la ciudad debería ser como este bosque improbable, pero el taxi finalmente llega a la avenida circunvalar y los árboles desaparecen. En cuestión de segundos tomamos la calle primera hacia el norte y llegamos finalmente a la glorieta de la carrera 52. Hacia el occidente se levantan miles de casas en miniatura sobre una montaña de arena. En torno a la glorieta están la estación de bomberos de la comuna 20 y la plaza de mercado de Siloé. Justo atrás de ésta, como en una suerte de lote

---

92 Publicado originalmente en la revista *Ciudad Vaga* 2 (noviembre de 2008). Su autor nació en Cali, en 1982. Este texto refiere tres conversaciones con tres maestros de escuela, esos seres tan marginados como claves en la sociedad, en las que se trasluce, en general, la vida de los maestros de las escuelas públicas colombianas.

anexo a la plaza, están la Institución Educativa Juana de Caicedo y Cuero y el centro de salud de Siloé. Le digo al taxista que se detenga.

Mi madre trabaja en esta institución como profesora de inglés desde hace varios años, y está esperándome en la entrada. Tengo treinta minutos de retraso. Cómo explicarlo.

Sonia, profesora de español y literatura

Tengo al frente a Sonia Bernal, pero aún no cruzamos palabras.

Días atrás, mi madre, haciendo de intermediaria, me ayudó a conseguir algunas de las entrevistas mientras yo esperaba en casa, engordando de una manera vergonzosa.

SONIA BERNAL (a *mi madre*): Bien, bien…
¿Y cuánto es que necesita tu hijo?

MI MADRE: No, él sólo quiere entrevistarte. Él…

Yo lo sabía *todo*. Todo. Lo que viene siendo la versión de mi madre de su experiencia en el mundo docente. Quejas cansinas por la falta de colaboración, por la mediocridad de algunos profesores y la mezquindad de otros. Siempre hablando de los problemas con los estudiantes, la violencia viva, elástica y plasmática, que parece ser el propio oxígeno; los embarazos precoces, varios casos por semana…, las desgracias, las tragedias, las historias increíbles. Pero también hablaba de las amistades, de los gestos bondadosos y de las cosas agradables que saltan los muros enormes y esperpénticos que rodean la escuela.

Sonia es una mujer seria que aún conserva el acento nariñense. Tiene la piel blanca, y un corte de cabello muy particular, como el que solían hacerse los nazis. Mi madre me ha hablado de ella en muchas ocasiones en los últimos meses. ¿La razón? Bueno, podrían ser dos: una, es que Sonia hizo estudios de literatura hispanoamericana en el Instituto Caro y Cuervo. Suena raro, pensando en el contexto de los maestros de educación básica en el sector oficial. Uno se imagina que alguien egresado del Caro y Cuervo termina trabajando para una editorial o dando clases en una facultad de literatura. Uno se imagina muchas cosas, y por eso al final no sabe nada de nada. La otra razón es que Sonia se dedica, además de la docencia, a prestar dinero. Ya sabrán entonces por qué le peguntó a mi madre cuánto necesitaba yo.

Así que como ya sabía *todo*, sólo atiné a reírme cuando mi madre me contó que Sonia, la profesora de español y literatura, creyó en un comienzo que yo le iba a pedir dinero prestado.

MIGUEL TEJADA: Jorge Isaacs. Gran tipo, inquieto y apasionado.
¿Qué le dice ese nombre?

SONIA BERNAL: Orgullo. Fue un gran hombre de letras, alguien que abrió un camino glorioso para la literatura colombiana.

MIGUEL: Sí, sí. ¿Sabe qué tiene que ver Isaacs con la educación pública en Colombia? Hace poco estuve leyendo algo sobre la historia de la educación…

SONIA: No, no, la verdad no.

Nos sentamos sobre un borde de concreto que sobresale horizontalmente de un gran muro de unos cuatro metros de altura. Estamos en el parqueadero de la escuela. Parece que nos estuviésemos escondiendo entre los carros de algunos profesores. Hay bastantes carros, interesante. Los estudiantes regresan a sus aulas, el descanso ha finalizado. Sonia luce incómoda, pero ante mi comentario sobre Isaacs, responde con moderado–pero perceptible–entusiasmo. Isaacs nunca se dedicó a la docencia. Tal vez era demasiado inquieto como para estar en un solo lugar. Tenía que moverse por todo el país. Y su espíritu alocado y salvaje, motivado por el creciente fervor del radicalismo, sirvió para que lograra que la educación en Colombia fuera, por algún tiempo, de carácter obligatorio y con una orientación laica. Isaacs también luchó para que los sectores miserables tuvieran escuelas, para que las minorías se alfabetizaran, porque estaba absolutamente convencido de que un pueblo ignorante estaba condenado al fracaso. Isaacs era tildado por la iglesia católica y por los conservadores de hereje y lunático. Tenía pesadillas con eso. Tal vez es mejor dejar a Isaacs tranquilo, perdido en la noche y en la muerte, ignorante de lo que hoy somos, ignorante de lo que pasó después, muchos años después.

SONIA: No tenía idea…

MIGUEL: ¿Por qué se hizo maestra?

SONIA: Herencia familiar. Herencia de mi madre. En la familia somos tres maestras. Crecimos con eso… esta labor es muy linda, porque… ¿sabe? … le da a uno la oportunidad de conocer a mucha gente. Yo trato con más de 600 personas en la semana, entre padres de familia y alumnos ¿Se imagina? Y luego está la cuestión del afecto, a uno lo reconocen en la calle, uno se encuentra a los alumnos en todas partes.

Tiene razón: en repetidas ocasiones mi madre ha sido reconocida por niños que venden golosinas en los semáforos. A veces tocan la ventanilla del taxi o del carro en el que vamos, y mi madre, después de sobresaltarse, los saluda. Un día, cuando salía de la casa, mi madre vio que alguien –o algo– se escondía entre unos tarros de basura. Era una niña de unos doce

años. Tenía la cara sucia pero mi madre la reconoció. Trabajaba junto con su madre escarbando en la basura, en el negocio del reciclaje. La niña había sido su alumna meses atrás. Mi madre se acercó y la regañó: le dijo que le parecía muy mal que se avergonzara de su trabajo, luego le dio un pequeño sermón sobre la dignidad y la belleza de esas cosas. La niña tenía puestos unos guantes de látex, me contó después mi madre. "Lo admirable es que uno la ve en la escuela y luce impecable, más limpia y mejor presentada que muchos de los otros alumnos".

MIGUEL: ¿Qué cree que hubiera sido si no se hubiera dedicado a esto?

SONIA: Abogada, sin duda. No soporto la injusticia. Siempre estoy pensando en la defensa del más débil.

Si el lector ha seguido con algo de interés este relato, pensará que justo en este momento un comentario ligeramente malicioso sobre su labor de prestamista hubiera caído bien. Pero no. Lo pensé, pero mi proceder fue lento. Un alumno se acercó a preguntarle algo a Sonia. Yo aproveché para dar una mirada a las instalaciones de la escuela. Había estado allí varias veces en mi niñez y siempre me pareció un lugar hostil y olvidado por la divinidad, como las ruinas de una aldea africana tras una explosión nuclear. Pero ahora, el lugar no lucía como cuando era niño. Seguía sintiéndome en un paisaje agreste; ahora representado en un enorme parqueadero al aire libre, lleno de carros y con capas y capas de asfalto negro que hierve al mediodía. Una meseta de alquitrán y arena cubría lo que antes eran pequeñas dunas de polvo amarillento. Los bloques de aulas habían sido pintados hace poco de un color amarillento pálido. Todo parecía nuevo pero construido a la carrera, como si diera lo mismo que el lugar se destinara para chatarrizar carros, matar ganado o educar a niños y jóvenes.

MIGUEL: Por mera curiosidad, y no con el ánimo de hacer un juicio sobre sus decisiones… ¿Por qué enseña en una escuela pública, habiendo hecho una especialización en el Instituto Caro y Cuervo?

SONIA: Bueno, lo que le decía ahora. Esta experiencia, a pesar de los problemas, es gratificante. He trabajado en universidades privadas, pero me siento mejor aquí, en este medio.

MIGUEL: Es casi inevitable que le pregunte por los problemas…

SONIA: Uno siente que trabaja con las peores condiciones. Y me refiero a algo que va más allá de lo físico, de los salones que se inundan y de la absoluta escasez de materiales, del abandono… hablo de lo que uno siente a sus espaldas, los pasos grandes, las jugadas políticas que buscan acabar con la educación pública, todo disfrazado y disimulado, para que

la gente no se dé cuenta…Mire el asunto de la cobertura educativa, lo de la *"revolución educativa*", para ser más precisos; el Gobierno traslada poco apoco a los estudiantes hacia colegios privados, entonces, empiezan a sobrar maestros…

MIGUEL: Como otras cosas: se le encarga al sector privado lo que no puede hacerse bajo el fuero estatal… Y hablando de lo mismo, Sonia, ¿Ha oído hablar usted sobre la *Alianza para la educación*?

SONIA: No tengo la menor idea.

MIGUEL: Es un convenio que tiene el Gobierno nacional con *Microsoft*, para dotar de computadores a las escuelas públicas.

SONIA: ¿Y para qué? Hace más o menos cuatro años construyeron aquí la sala de sistemas y eso fue todo, los computadores están cubiertos de polvo y telarañas. Todo parece estancado. Es que es eso, precisamente: yo la verdad no me quejo por mi salario, gracias a Dios, tengo un esposo y una familia y me siento apoyada; nuestra situación económica es buena, pero esto aquí es una locura de pobreza. Es decepcionante.

MIGUEL: Entiendo. Entonces, ¿Qué más hace usted además de trabajar aquí? ¿Hay otra cosa que le interese aparte de esto?

SONIA: La verdad, cuando pienso en eso siento mucha tristeza. Yo solía leer mucho, pero un día mis ojos ya no dieron más. Fue como si de un momento a otro me empezara a quedar ciega. Yo no soy una muchacha, pero tampoco tengo ochenta años, así que para mí esto ha sido terrible. Hoy en día no puedo leer gran cosa. Mis ojos no resisten, están acabados…

MIGUEL: ¿Cuál fue el último libro que pudo leer completo?

SONIA: Uno sobre dianética…

Mi gesto de desconcierto (o de burla torpemente disimulada) no pasa desapercibido. Sonia no sonríe. No puedo imaginarla en medio de la agitada vida docente en esta escuela, en medio de la efervescencia infantil y adolescente, enriquecida por la actitud desafiante y escéptica de los estudiantes que han caído en este mundo para enfrentarse a gente mentirosa, cruel y arribista. No puedo imaginarla, con su frialdad y su discurso lacónico, haciéndose entender en medio de gritos y escenas dramáticas de desesperanza y desencanto.

SONIA: La dianética es básicamente la misma cienciología. A mí me llama poderosamente la atención el hecho de que no hayamos explotado

el poder de la mente. Pero mire, si le voy a hablar de esto a un estudiante o a un padre de familia, dirán que estoy loca…

Yo creo que hay que estar loco para creer que un par de sesiones de aeróbicos psicológicos y espirituales (un coctel de fe y astronomía) pueden reparar los defectos de la mente y curar las heridas que la vida produce en la conciencia. Yo creo que hay que estar loco para creer en el fanfarrón de Tom Cruise y en su disparatado discurso sobre esta metarreligión.

Qué diablos. Sonia me dice que tiene que marcharse. Yo le agradezco el hecho de haber aceptado la entrevista. Ella me asegura que lo hace con gusto, se levanta con un montón de papeles que durante toda la charla sostuvo contra su pecho, como si temiera que alguien fuese a arrebatárselos, y se marcha. Camina hacia el fondo del parqueadero y la veo perderse entre un grupo de gente. Me quedo pensando en cosas sin importancia mientras la observo: Sonia parece estar en otra parte; habla con excesiva calma y es como si caminara entres sombras, entre seres mudos e inofensivos. Esto que veo no se parece a lo uno se imagina tantas veces cuando piensa en el escenario de la escuela pública. Es probable que Tom Cruise esté en lo cierto.

Gladys, profesora de ciencias sociales

A la siguiente semana volví a la escuela pero no había pactado ninguna entrevista. Nadie me esperaba. Sólo le dije a mi madre que probablemente pasaría por allí. Tenía pensado estar un rato en el lugar simplemente para observar, tomar algunas fotos y tal vez hablar con alguien. Llegué justo a la hora del descanso. Cuando por fin me dejaron entrar, encontré una imagen distinta. (El vigilante mandó a llamar a mi madre de muy mala gana; era un tipo rubio malencarado con rasgos antioqueños, que a juzgar por su apariencia parecía un reinsertado, un ex paramilitar amargado por sus recuerdos. «Es mi hijo, él viene a hacer unas entrevistas…» El portero gruñó y me dejó seguir). El parqueadero estaba lleno de estudiantes. Algunos gritaban y corrían por todas partes. Niñas jugando rayuela en el asfalto recalentado, muchachos pateando una pelota quién sabe a dónde, otros comían y reían. Me pareció que todos lucían infinitamente felices. Tuve que hacerme paso entre tanta gente y esquivar unos cuantos pelotazos para poder ubicarme en un sitio más tranquilo. Si uno camina hasta el final del parqueadero encuentra la tienda, una caseta de hojalata pintada con los colores de una famosa empresa nacional de refrescos. Al lado pude ver lo que parecía ser un improvisado comedor en medio del parqueadero: una carpa de plástico con una mesa y dos sillas debajo. Sentada en una de las sillas *Rimax,* estaba Gladys, la profesora de sociales. Saboreaba una enorme ensalada de frutas. Me saludó y me invitó a sentarme. Estaba sola, sobre la mesa tenía una enorme bolsa llena de carteras y agendas hechas

con fibras naturales (calceta de plátano, iraca…) y papel reciclado. Gladys es amiga de mi mamá desde hace varios años, pero yo sólo tuve la oportunidad de hablar con ella por primera vez algunos meses atrás. Gladys me había pedido el favor de que le ayudara a poner en una página de Internet fotos y textos sobre su proyecto de artesanías y trabajo ecológico con algunos estudiantes y padres de familia del sector. Yo acepté ayudarle. Así empezó un proceso de varias semanas en el que tuve que escuchar su experiencia con el trabajo ecológico y artesanal, su preocupación por el medio ambiente y la ecología. Tomé no sé cuántas fotos a todos los productos que han elaborado los estudiantes y los padres de familia participantes en el proyecto: carteras para mujer, pulseras, separadores para los libros, agendas y libretas hechas con papel reciclado; me mostró las dos notas de prensa en las que se registró su trabajo, dos recortes que ya lucen amarillentos… Acepté ayudarle, pero reconozco que sólo fue por el dinero que había prometido darme si le colaboraba con el diseño de la página de Internet. Durante casi media hora Gladys me estuvo contando sobre los avances del proyecto: hay nuevos productos y parece que algunas ONG están muy interesadas en apoyar el trabajo. Gladys está contenta, a pesar de que hay noticias lamentables por otro lado: parece que va a tener que trasladarse a otra escuela en el sector de la Buitrera porque no pudo resistir más la falta de colaboración y el desinterés de las directivas y algunos profesores de la escuela por su iniciativa de trabajo ambiental y liderazgo en las comunidades estudiantiles.

GLADYS REYES: A mí no me importa que algunas personas desestimen mi interés por el trabajo con la comunidad…esto no es una cuestión de orgullo. Lo que me parece increíble es que parezca incomodarles el hecho de que los estudiantes tomen conciencia, que piensen y actúen sobre su entorno, que hablen y opinen en las clases, porque sienten la confianza y el entusiasmo para hacerlo. Mucha gente ve como algo negativo que estas iniciativas sirvan para que los estudiantes cuestionen y piensen la sociedad. Es terrible…

MIGUEL TEJADA: Sin duda. Eso y el hecho de que todo se administre con técnicas empresariales. El arte, la educación, la salud…
Que me disculpe el lector. No sé qué diablos estoy diciendo.

GLADYS: Es que mira: de la década del ochenta para acá vivimos en un gran retroceso. Todos los días perdemos cosas que habíamos ganado en los sesenta y en los setenta con el fortalecimiento de los movimientos sindicales… hubo en esos días una respuesta, una manifestación intelectual de los maestros, pero ahora las cosas son difíciles, porque hay mucha apatía dentro del mismo gremio…

MIGUEL: Sí, eso lo nota uno, pero también, si uno mira con cuidado y lee con calma, puede percibirse también un esfuerzo sutil en los grandes medios por desprestigiar el movimiento sindical. Por supuesto, siguiendo las directrices de personas poderosas que encuentran incómodas estas manifestaciones. Es cierto que existen inconsistencias (¿dónde no existen?), claro, pero el problema es que cuando un asunto es atrapado por la agenda mediática, pasa a ser una percepción generalizada, una nueva y engañosa *realidad*…

Gladys me escuchaba con atención, hasta que llegaron dos niñas de unos diez años a pedirle una pastilla para el dolor de cabeza. Gladys, que parece una joven exploradora, saca de un morral de alpinista un pequeño botiquín y le da un *dolex* a una de las niñas.

GLADYS: Disculpa, Miguel…respecto a lo que decías, es cierto, pero la gente no es estúpida…es decir, los medios dicen las cosas porque están siempre del lado oficial, del lado de los Gobiernos y de las empresas, pero lo que pasa es que la gente no tiene cabeza para pensar en luchas por una razón muy simple: la situación económica.

MIGUEL: De acuerdo, la gente no traga entero, lo que pasa es que está muy cansada y muy desencantada como para manifestarse.

GLADYS: Recuerdo que cuando estaba haciendo una especialización en la Universidad Santiago de Cali nos reunieron para una especie de asesoría psicológica. Éramos más o menos 30 maestros. Cuando nos preguntaron por qué estábamos haciendo la especialización, 28 respondieron que lo hacían para mejorar el sueldo. No les interesaba nada más.

MIGUEL: Pero entonces ¿Puede uno criticar su actitud, viendo que las condiciones laborales y las prestaciones sociales son desfavorables?

GLADYS: Es duro, pero si nadie hace nada estaremos peor…Los gobiernos han hecho cosas terribles en los últimos años, como nombrar a un zootecnista como ministro de educación (¡¿?!)…pero a mí me cuesta aceptar que a muchos maestros no les interese luchar por mejorar las cosas…

MIGUEL: De todas formas, como siempre, miramos de entrada una radiografía en su conjunto ¿No hay cosas rescatables?

GLADYS: Las hay, lo que pasa es que, como te digo, se trata de tener un espíritu que no sea mediocre y derrotado. A uno las adversidades no lo pueden condenar a vivir en la mediocridad. Hay muchas cosas rescata-

bles. Por ejemplo, mi primer trabajo en una escuela de la ciudad fue en el barrio 7 de agosto. El impacto inicial fue muy difícil. La escuela estaba gobernada por una especie de clan familiar. La directora había puesto a casi toda la familia a trabajar en el colegio. Abandono estatal absoluto. Recuerdo que en una reunión de profesores un profesor sacó un cuchillo para amenazar a otro. Simplemente le caía mal porque era negro. Y era como si no ocurriese nada. Había otro profesor que estaba loco, totalmente deschavetado. Un día se quitó la ropa y empezó a correr por todo el colegio con un hacha en la mano. Era el cuñado de la directora, así que nadie hizo nada, nadie protestaba. Después el tipo se subió a un árbol y empezó a gritar como un simio. El tipo se creía un simio. Pero a pesar de todo, Miguel, yo hice el esfuerzo por no dejarme afectar por todas estas cosas. Venía de tener una experiencia preciosa en una escuela rural, en la zona montañosa de Pradera (Valle). Tenía que subir a caballo a la escuela, que estaba trepada en la montaña, a 2500 metros sobre el nivel del mar. Estuve trabajando un año en ese lugar y hoy te digo que fue una de las experiencias más hermosas que he tenido. El paisaje, los niños y su amor por la agricultura y por su tierra, todas esas cosas le dan a uno fuerzas para aguantar lo problemas: el viaje tan pesado, los combates entre la guerrilla y el ejército…estábamos en medio de un constante cruce de balas, pero hacíamos nuestro trabajo, los niños aprendían y nosotros también aprendíamos como maestros, conocíamos nuestra zona rural y la labor de nuestros agricultores. Es un hermoso recuerdo…

El sol pierde fuerza. La brisa de la montaña desciende sobre la escuela. Allí estamos sentados Gladys y yo, en pleno parqueadero. Miro una vez más de forma panorámica toda la planta física de la institución. La brisa refresca mis pensamientos. Hay demasiado asfalto y los bloques de aulas parecen los bloques de una penitenciaría. Gladys se excusa y se retira para hacer una llamada. Me quedo sentado. La entrevista ha terminado, pero siento que aún no es hora de irme. Sonia, la profesora de español que había entrevistado una semana atrás, acaba de salir de clase. Tiene otra vez los libros apretados contra su pecho, los abraza con fuerza. Se sienta enfrente, al otro extremo de la mesa. Me saluda, me pregunta cómo va el trabajo. Yo sonrío. Luego Gladys regresa y saluda a Sonia. “Siempre tan juiciosa”. Sonia sonríe. Nunca la había visto sonreír. “Sí, tengo que hacer mis cuentas…” Gladys sonríe y me mira. Yo creo saber qué me está queriendo decir. Sonia saca un enorme cuaderno cuadriculado. Tiene consignados nombres y cifras. Hace cuentas con una calculadora. Apunta, piensa por unos segundos, vuelve y escribe, hace otra operación en la calculadora… Gladys sonríe otra vez.

"Ella enseñaba español, lo recuerdo" (Jesús, profesor de educación física)

A Jesús lo conocía de vista. Hace dos años lo vi por primera vez cuando fui a la escuela a llevarle unos documentos a mi madre. Ambos estaban parados al lado de la entrada, un portón de hojalata pintado por los trabajadores de la empresa de aseo de la ciudad. Parecía que estuvieran haciendo vigilancia. Mi madre llevaba media hora esperándome y charlaba con Jesús. «Este es mi hijo, a él también le gusta la fotografía». Jesús me miró y sonrió. Tenía una cara inmensa, llena de cicatrices producidas por un acné malvado. Era alto y fuerte, como un inmenso pielroja. "Imposible negarlo", le dijo a mi madre, "son idénticos".

Cuando regresé al colegio para hablar con algunos profesores vi a Jesús por accidente. Estaba en una panadería ubicada a cuadra y media de la escuela, sobre toda la avenida Circunvalar. Yo acaba de hablar con dos profesoras y sólo quería irme a casa a dormir. Me paré a esperar un taxi, cuando Jesús me reconoció. "El hijo de Cristina". Llevaba el pelo más corto y me pareció que había engordado bastante. Lo saludé con desgano, pero igual se me acercó. Me estrechó la mano, un apretón exagerado. Odio que la gente haga eso. Él, como muchos compañeros de mi madre, ya sabía en qué andaba yo. Todos sentían curiosidad y eso me irritaba un poco.

Me ofreció un pandebono pero lo rechacé. Los pandebonos yacían como pequeños cadáveres alineados sobre un mostrador metálico, al aire libre, arropados con una fina capa de polvo y polución. Jesús pidió uno y se lo devoró en tres bocados. Tenía puestos unos lentes de sol oscuros. Puso sobre una mesa un enorme casco de motociclista. Yo no sabía si era profesor de educación física o de español. Mi madre hablaba de él pero yo casi nunca le prestaba atención. Sólo recuerdo que decía que a él también le gustaba la fotografía, y que muchas de las fotos de los eventos y los paseos de la escuela las hacía él.

MIGUEL TEJADA: Sí… estoy escribiendo un texto para una revista de la Universidad del Valle.

Miré el reloj y eran apenas las cuatro de la tarde. Podría ir a casa y dormir, pero eran apenas las cuatro de la tarde y nadie podía dormir con un calor semejante.

JESÚS PIAMBA: Tengo una cita con el dentista a las cinco. ¿Usted estudia periodismo?

MIGUEL: Ummmm.

Así me ocurren muchas cosas. Juro que no lo voy a hacer y al cabo de un buen rato estoy en problemas. Saco mi cuaderno y me meto el lapicero en la boca. Sabe a monedas. Me voy a morir de septicemia.

JESÚS: Yo me crié con dos hermanos y con mi padre. Mi madre murió cuando tenía seis años y mi padre nunca más volvió a casarse. El vendía cosas, ya sabe… cosas baratas, trampas para ratones, cremas dentales ecuatorianas, pilas coreanas, cortaúñas, peinetas y en alguna ocasión también vendió revistas viejas. Es curioso: fue gracias a esas revistas que él llevaba a veces a casa, y que por lo general se quedaban ahí (porque nunca las vendía), que me enamoré de la fotografía. Recuerdo mucho que había una revista francesa sobre aviación. Era como de mediados de los sesenta. Tenía unas fotos espectaculares de cazas de la fuerza aérea francesa, todo tipo de reactores supersónicos y cosas por el estilo. Siempre me causaba mucha admiración y curiosidad pensar cómo lograban tomar esas fotos en el cielo. ¿Verdad?... cómo podrían congelar en una imagen un aparato que viajaba casi a la velocidad del sonido .Muchas fotos eran de un famoso avión francés, el Caravelle.

Días después busqué en Internet fotos del Caravelle. Un avión muy francés. Aburrido y simplón. Ni un estallido sónico logra conmoverlos. Luego busqué fotos de aviones jets de la década del sesenta. Casi todas las imágenes que aparecieron eran ilustraciones similares a las tiras cómicas del Hombre Araña.

MIGUEL: Creo que los primeros que desarrollaron un avión a propulsión fueron los alemanes, justo antes de la segunda guerra mundial…

JESÚS: Los nazis tenían buena ingeniería, pero siempre hicieron aviones feos. Pero bueno, más allá de esas fotos, yo sentía una pasión muy particular por la fotografía de las revistas en general; fueron muchas más cosas para inspirarme: las portadas de las revistas de moda, la revista *Life* y esas fotos espectaculares de la llegada del hombre a la luna. Aún las conservo. No sé de dónde salían esas revistas. Casi todas estaban en inglés. “Pura basura. Nadie compra eso”, decía mi padre. Yo sólo pensaba en tener una cámara y tomar fotos como las de las revistas. Ese fue un sueño constante de juventud. Mi padre decía que a los fotógrafos no les iba muy bien, que terminaban en fiestas de ricos, como un primo de él, decía, y casi nunca les pagaban. El primo Israel se había suicidado y a mi padre eso le parecía inaceptable. Siempre nos contaba la historia del primo Israel para impresionarnos. Un contraejemplo. Cierto día al tío lo habían contratado para que tomara fotos en un bautizo. El padre de la

criatura había llegado borracho y la mujer le hizo un escándalo. La fiesta se arruinó, hubo insultos por todo lado y las familias de ambos padres terminaron arrojándose botellas de cerveza y pedazos de pastel. Cuando el tío Israel fue a cobrar su plata, el padrino lo amenazó con un pico de botella. A mí me parecía que los fotógrafos que trabajaban en esas revistas debían ganar mucho dinero.

Pedí una cerveza y un cigarrillo. Jesús recibió una llamada al teléfono celular. Habló en voz baja. Colgó en menos de un minuto.

JESÚS: Es mi hermano, me dice que la esposa ha tenido que ser llevada de urgencias al hospital.

Yo creo que va a decirme que paremos la entrevista, así que apuro mi cerveza y empiezo a recoger mis apuntes. Ya estaba emocionado. Siempre me pasa.

MIGUEL: ¿Es algo grave?

JESÚS: Apendicitis. Supongo que la operan y ya está. El problema es que mi hermano tiene una ferretería y me dice que no puede dejar a nadie encargado. Después de que uno de los trabajadores de mayor confianza lo robó, se ha hecho cargo del negocio él solo. Se está acabando la vida. Me dice que ya no puede dormir bien. Yo le digo que tiene encontrar a alguien de confianza, pero él dice que ya no cree en nadie. En vacaciones paso algunas semanas en el negocio, colaborándole. Él me da algo de plata, como para la gasolina de la moto, me dice. Yo no suelo salir en la temporada vacacional. Lo hacía hace años, me iba para el Cauca y tomaba muchas fotos, pero ahora como están las cosas, a uno no le dan ganas de moverse a ninguna parte…

Hice una breve pausa. Un silencio de diez segundos, tal vez quince. Por alguna razón no asocié eso de *« como están las cosas»* con la conversación de siempre: los problemas de inseguridad y el terrorismo, los paseos millonarios… Pensé en su evidente soledad, pero dada la falta de confianza era más que necesario que le preguntara por otras cosas. El problema era que ya había escuchado historias de maestros y todas me aburrían. Todas decían lo mismo, con sus matices apenas rescatables, todas terminaban hablando mal del Estado y de las políticas educativas. ¿Es útil seguir hablando? Para eso están los estudiantes de sociología. Después se cansarán o se volverán profesores.

MIGUEL: (*Termino la cerveza en dos segundos, como un camionero*). Podemos dejar aquí, para que usted vaya y reemplace a su hermano, yo entiendo.

JESÚS: (*se levanta hacia el mostrador* y *pide otro pandebono*) No, no, yo le dije que iría más tarde.

Siento un terrible dolor en el pecho. La cerveza se ha quedado atorada, ante la prisa con la que bebí. A duras penas sé cómo poner en marcha un Twingo y pretendo beber como un tractomulero. Saco otra vez mi libreta de apuntes. Jesús me mira a través de sus lentes oscuros.

JESÚS: ¿Por qué no hacés las entrevistas con grabadora? ¿No es mejor así?

MIGUEL: Prefiero tomar apuntes.

JESÚS INSISTE: ¿Pero no es más fiel la grabación?

MIGUEL: (*Escribo unas cosas en la libreta y me demoro en responder*) Sin duda, pero en este caso no pienso escribir sobre todo lo que hablamos; quiero recoger algunas impresiones solamente, conversar con la gente. En muchos casos las grabadoras producen intimidación.

JESÚS: Eso es cierto. A mí, por ejemplo, me pasa eso con las cámaras de televisión. En varias ocasiones me han intentado entrevistar en la calle y yo he huido.

MIGUEL: Y sin embargo, le gusta tomar fotos…

JESÚS: No, no, la fotografía es un arte. Lo que usted hace con una cámara de video es algo totalmente distinto. A mí me parece una falta de respeto, cuando quieren sacarlo a uno en televisión, me parece…

MIGUEL: Aberrante…

JESÚS: Peligroso. A usted lo pueden grabar en la calle y créame que no sabrá qué pueden hacer con eso. Y lo mismo pasa con la fotografía digital; uno nunca sabe qué es lo que está viendo.

MIGUEL: (*Bostezando)* ¿Qué piensa de las relaciones por Internet, de los amores cibernéticos?

JESÚS: Bueno, cuando decía lo de las fotos digitales, hacía referencia a las alteraciones, a los fraudes que se pueden hacer. Usted sólo necesita un programa y listo, cambia lo que se le antoje. Lo de los encuentros por Internet es algo que ha surgido por necesidad…, creo, porque el hombre de ahora no tiene tiempo para vivir periodos extensos de conquista y mucho menos para ir de un lugar a otro. Recuerdo que cuando estudiaba en la universidad tuve una novia que era de Palmira. Usted dice que

Palmira está cerca, pero haga ese viaje dos veces por semana y luego haga la cuenta de todo el tiempo de su vida que pierde sentado en un bus. Al final ni supe por qué me pegaba ese viaje. Una vez llegué, como a las doce del día al terminal de buses de Palmira y cuando me bajé del bus sentí que estaba malgastando mi tiempo y mi plata pendejamente. Me compré un tinto y me devolví para Cali. Yo intenté una vez tener una cita con una muchacha que conocí por Internet y la cosa iba bien hasta que empezamos a hablar de encontrarnos. Uno no se aguanta esa frialdad. El problema era que ella vivía en Australia.

MIGUEL: Australia o Perú: ésa es precisamente la gracia, no importa si vive en Hawai o en Palmira, uno sabe que todo se puede acabar en medio segundo, pulsando una tecla.

(Jesús bosteza. Justo cuando siento que estoy logrando algo con la conversación, cuando por fin veo una imagen interesante sobre su extraña vida de fotógrafo profesor de algo, Jesús arruga mi felicidad como si fuera una servilleta usada. Nada parece afectarle. La vida es una serie de monótonas diapositivas en sepia pero nadie llora por eso. Hay cosas peores, como las malformaciones genéticas o los androides japoneses apoderándose de los gobiernos y secuestrando a todas nuestras mascotas. Jesús me mira a través de sus lentes de motociclista solitario. Parece un caza recompensas de Hollywood en los años ochenta. Golpea la mesa con una gruesa argolla de plata que tiene en el dedo medio de su mano izquierda. Nada. Tal vez yo me quejo por todo. “Mire”, me dice, señalando hacia la avenida. “Esos bellacos se volaron de clase”. Yo miro hacia la calle. No veo nada. Hay tanta gente que no sé hacia dónde mirar. “Allá, esos dos. Son una parejita que está en noveno. El muchacho fue alumno mío hace dos años. Tiene otros cuatro hermanos…tenía cinco, pero uno murió aplastado por un camión de Coca-Cola, era un bebé. Cuando hablé con la madre me contó toda la historia: la señora estaba en el andén, justo afuera de la casa, el niño de dos años estaba con ella, pero en un segundo se perdió. Lo único que ella recuerda es un sonido espantoso de llantas quemándose contra el asfalto, y luego, gente gritando y corriendo hacia ella. Ella nunca vio nada. El conductor del camión tampoco. Seis toneladas encima de una cosita que a duras penas caminaba. Lo mejor es que la mamá del niño después me dice que a pesar de todo fue una bendición, porque imagínese, era una boca más”. Jesús vuelve y me señala a la pareja de adolescentes. Por fin los veo, están cruzando un puente peatonal por encima del canal de aguas negras que divide la avenida. “Lo que son las cosas de la vida: la novia del muchacho abortó hace cuatro meses y a pesar de todo siguen juntos… ¿No le parece increíble?”. Un momento de debilidad para ambos, sin duda. La muerte y el amor, la

desgracia, la Santísima y única Trinidad. El caza recompensas y el entrevistador idiota que se cree Humpter Thompson suspiran.

MIGUEL: Me habló de otros dos hermanos. ¿A qué se dedica el otro?

JESÚS: Sí, mi hermano menor, vive ahora en España y se dedica prácticamente a todo. En estos momentos creo que trabaja en construcción. La verdad es que el hombre nunca fue muy juicioso. Con mi papá tuvo muchos problemas, sobre todo en la adolescencia. Recuerdo que una vez yo estaba dormido y él llegó a eso de las 4 de la mañana. Mi padre lo estaba esperando despierto y terminaron agarrándose a golpes. Mi otro hermano y yo tuvimos que intervenir. Al otro día me di cuenta de que había llegado drogado, apestando a marihuana. En el colegio le decían 'fosforito' porque era bastante temperamental. Todo el tiempo se la pasaba peleando con los profesores y con otros muchachos. Finalmente, en octavo de bachillerato abandonó los estudios. Tenía más o menos 16 años. Tengo un alumno que es igual. Cada vez que lo veo me acuerdo de mi hermano. Es una verdadera lástima.

MIGUEL: Bueno, cuénteme más sobre este interés suyo por la fotografía.

JESÚS: Cuando yo estaba en el bachillerato, en el colegio Santa Librada, tuve mi primera cámara. Mi padre la consiguió a manera de pago por una deuda que tenía con un compadre. "Me estafó, me dio en la cabeza", decía el viejo cuando me dio la cámara. Siempre decepcionado de sus familiares, mi padre se quejaba siempre, pero nunca me pareció que fuera un hombre amargado. Dijo que me regalaba la cámara de cumpleaños, pero que pensara en estudiar medicina o negocios. "Hoy en día, los negocios y la medicina son lo único que da plata. Y el inglés, claro, hay que saber inglés". Yo no me interesé nunca por el inglés, a pesar de que lo tuve siempre a la mano…por las revistas…

MIGUEL: Pero supongo que tuvo la oportunidad de hacer algunas fotografías…

JESÚS: Muy pocas. Un día salí del colegio y me robaron la cámara, llegando al Club Noel. A mi padre lo decepcionó la noticia, pero como siempre reaccionó con calma. Las fotos que tomé, de todas formas, no eran muy buenas; la cámara era una de esas baratas y no estaba en muy buenas condiciones. En ese entonces se pegaban de cualquier cosa, no como hoy, que cuando te van a robar primero ven la calidad de tu teléfono celular. Hace poco un ladrón me escupió en la cara: "¿qué putas voy a hacer yo con esto?". Y me devolvió mis cosas. Uno no sabe qué es peor. (Risas. Ambos reímos).

MIGUEL: ¿Y después del bachillerato qué pasó?

JESÚS: Mis puntajes no fueron los suficientemente buenos como para estudiar medicina, y los negocios nunca me llamaron la atención. Después de que me gradué estuve desocupado un par de años. Solía ayudarle a mi padre con las ventas. En ese entonces había conseguido hacerse distribuidor de aparatos para medicina. Las cosas lo persiguen a uno. Vendía estetoscopios, tensiómetros y repuestos para esas vainas. El trabajo daba más dinero, pero era muy agotador. Tenía que ir a hospitales y consultorios médicos todo el día. Recorría la ciudad de arriba abajo. Siempre se veía muy cansado, pero al hombre le gustaba ese ambiente, siempre hablaba con entusiasmo de sus amistades con los médicos y en varias ocasiones, cuando yo estaba con él, me presentaba a los clientes. Nunca sentí que me presionara directamente, pero sí lo hacía con la intención de que yo me sintiera atraído por ese mundo. También insistía en transmitirme su gusto por los negocios, decía que podía tener mi propia empresa. "Es mejor trabajar para uno mismo, responder por sus propias cosas". Mi padre murió en 1985 de cáncer en el estómago. Ya no vivía con él. Trabajaba con un primo en un almacén de ropa en el centro. Después entré a estudiar licenciatura en educación física.

Siento cierta pesadez en la conversación y decido guardar silencio por un rato. Jesús se ha comido el otro pandebono y está bostezando. Se quita los lentes de sol y me mira. Tiene unos ojos claros, ajenos a su color de piel, oscuro y tostado por el sol. No me dice nada.

Intento volver a su relato: ¿Educación física?

JESÚS: Sí, siempre me ha gustado. Era la clase que más disfrutaba cuando era estudiante. No porque tuviera un interés especial en un deporte en particular, sino porque siempre me sentía libre cuando hacíamos educación física. El pupitre siempre me picaba. Hay que ver la emoción de los muchachos cuando tienen clase de deporte. A mí me hacía falta estar en un espacio abierto, eso siempre fue un problema a la hora de rendir en otras materias. La verdad, sólo me gustaba correr por correr. Jugaba cualquier deporte, todos me parecían iguales…

MIGUEL: ¿No toma fotos en sus ratos libres?

JESÚS: Por ahora no, pero tal vez lo haga cuando ya no trabaje en esto. Lo hice hasta algún tiempo, ya estaba nombrado en un colegio en el oriente de la ciudad, pero tuve una experiencia un poquito amarga y decidí dejar a un lado la fotografía por un tiempo. Es como una cuestión de agüero. Había en ese colegio una profesora que me gustaba mucho. Ella enseñaba español, lo recuerdo. Tenía una voz

preciosa. Yo siempre le decía que debería dedicarse al canto. Se llamaba Rosa. En las izadas de bandera ella era la que cantaba los himnos. Una noche me llamó para contarme que había perdido todos sus documentos en la calle. Cosas que pasan. Pero entonces, la muchacha pensó que sería buena idea llevar copias de los papeles en vez de los originales, en caso de que los volviera a extraviar. Yo tenía una cámara Zenit con la que de vez en cuando hacía fotos de paisajes y fotos de la ciudad. Enamorado como estaba, me ofrecí a hacer una foto de su cédula y luego se la hice laminar. Usted no hubiera podido notar la diferencia entre la cédula original y la foto que le saqué. Era una copia perfecta. Gané buenos puntos con eso. El problema llegó después cuando decidí hacer lo mismo con mis documentos. Mala idea. Una vez, cuando salía de una fiesta como a las 5 de la mañana, la policía me detuvo. El desgraciado que me revisó los papeles tenía un ojo de águila, porque sin pensarlo me dijo que le cédula era falsa y que por eso me iba a llevar preso. Estuve unos cuatro días en Villahermosa, hasta que se resolvió el asunto. Las audacias del hombre enamorado.

MIGUEL. Hay mucha gente sindicada en esa cárcel. Duermen uno encima del otro.

JESÚS: Bah... la cosa no fue tan mala. Es más lo que uno se imagina. No dormí ninguna de las noches, porque el calor y los zancudos son insoportables, pero la gente es amable, a pesar de que uno siente que todo el mundo lo está vigilando a cada momento, no sólo los guardas, sino los mismos presos, lo miran a uno y uno sabe cuándo es *'sí'* y cuándo es *'no'*, y todo el mundo tranquilo. Como estaba en espera de que se resolviera mi caso, me tuvieron en una celda grande con varios tipos. Terminé detestando esos programas de fútbol en la radio. Es lo único que se escucha allá.

MIGUEL: ¿No le gusta el fútbol o no le gustan los locutores?

JESÚS: Ninguno de los dos… (*se ríe, se le va el aire*) Me gusta el fútbol europeo.

MIGUEL: ¿Y qué pasó con la profesora de español?

JESÚS: Las cosas se pusieron raras cuando salí. A ella como que poco le importó lo que me había pasado, y yo empecé a perder el interés. Mire muchacho: yo nunca he sido un hombre obsesivo con las cosas. Cuando uno ve que el asunto no promete, lo mejor es olvidarse. Después supe que se había casado con un negociante, un tipo adinerado. Dejó el puesto y nunca más volví a saber de ella…

Respiro aliviado. Ya no me duele el pecho y el sol ha dejado de castigarnos con toda su furia. Cuatro y cincuenta. Los ojos de Jesús son verdes.

JESÚS: Aquí entre nos, yo creo que el tipo era un mafioso, de esos…, porque la verdad, a la muchacha le iba bien. Mire, hay mucha gente que enseña en esta escuela y tienen más plata que el diablo, pero igual siguen enseñando, siguen trabajando aquí, porque tienen sus negocios o sus herencias y eso les da un alivio.

Miro el reloj de la panadería: Coca Cola dice que son las cinco. Coca-Cola aplasta bebés en barriadas miserables. Jesús mira su reloj, imitación *Timex*. Me cae bien este hombre, hasta que me llama *señor periodista*…

JESÚS: Bueno, señor periodista, se me van a caer todas las muelas.

MIGUEL: Espero que no. Mucha suerte con eso…

JESÚS: Igualmente.

¡SON DE MÁQUINA, MARÍA![93]

Miguel Varela

Manitas en el aire armando pajaritos, chiquitos, juntitos, en silencio. Calladitos en sus movimientos, tímidos en sus silbiditos, se recuestan en los labios de María, labios apretados, llenos de pajaritos igualitos a los del espejo; espejo seco y sin cielo. Por un pedazo del espejo la madre se asoma con una mirada tibiecita y unos ojitos que se cierran y se cortan en lágrimas. María la mira y sonríe, sin dejar de moverse. La mira y la deja caer en un suspiro. Nada es de ella, las lágrimas son del espejo.

Zapaticos, quietos, quietos en su color blanco; hundidos en los pies de la niña. Zapaticos al aire, jugando a la alegría, pisando pajaritos: después del blanco, puros pajaritos. Zapaticos, uno, dos, tres. A un lado la patica izquierda. Se mueven. Aquí la luz deja pasar libélulas, de morado color, de torpe alegría. Por el patio se escapa el cielo que no está en el espejo. Por el patio pasan las sombras, dejando el corredor lleno de ruido, de sus hermanas que descansan en las paredes desnudas.

Esa soy yo

Movimiento al tiempo. Si tú mueves el ojo yo lo muevo. Elegancia, porte, marcación. Esa soy yo, la del espejo. A mí me dan la vuelta, me sacan por aquí, por aquí, me desbaratan. El disco lo dice. Y así vieja como me ve,

---

93 Publicado originalmente en la revista *Ciudad Vaga* 2 (noviembre de 2007). Su autor nació en Cali, en 1987. Este texto narra la historia de una adolescente que, a escondidas de su padre, acostumbra ir a bailar arguyendo que va a misa. Con un lenguaje poético, este reportaje muestra aspectos muy enraizados en algo que podría ser llamado *caleñidad.*

yo bailo el disco, me pongo mi baúl y allá voy a dar… Y ella, y sus tacones negros, no deja sopa en la botella cuando en la timba suena el guaguancó. Tacones negros que marcan el piso, buscan un beso largo entre los dos.

Que no,

Que no,

Que no se besan.

Silencio. Arriba el Sol, al fondo una voz tragándose las nubes y las matas del espejo. Todo en silencio porque está él, porque la madre ya se fue. Sólo queda el padre espantando con una palmada los pajaritos de María. Los espantó, se fueron, se llenaron de miedo y se fueron.

¡Son de máquina, María

Son de máquina, María!

Para salir a bailar tuve mamá. Mamá era, mamá, amiga y eso. Yo tenía que irme a cambiar a una casa vecina. Mi mamá me llevaba el vestidito, –y… bueno mijo, me voy pa' misa con María. Voy pá misa con María, mijo–. Mi papá- ah bueno mija-. Cuál misa, pa`llá, a bailar, a la cosa y eso. Paticas. Nos veníamos y me cambiaba, donde la amiga, donde la vecina, la ropa que llevaba para bailar, tú sabes y me ponía la ropa de misa y tales…

Con su vestidito blanco, de la mano de su madre, se encuentra con él, con un hombre erguido, con una mirada estrecha. Una mirada sin sombra, viento oscuro, que acaricia la soledad de sus manos. Mira sus manos, blancas como de muerto; se mueven rápido, sin temblar, tiesas. Se retira del espejo para estar solo. Camina y niega el silencio de sus dudas. Se acomoda las cejas y se pierde en el patio. La niña pasa por sus ojos, la niña de color blanco pasa por sus ojos quietos, quietos y amargos. Pasa muda, negando el viento de su padre.

Callada

recoge sus pajaritos caídos

se los mete en su bolsillito café

y los esconde para que su papá no los vea.

Mi mamá era la que se las arreglaba con el hombre, porque yo, lo que era yo, estaba debajo de la cama mía, cuando ella le dijo: –Vea mijo lo necesito arreglado porque María ya está lista–. Y me vio vestida, mi papá me vio

vestida. –¿Usted si sabe bailar? ¿Qué va a hacer usted por allá?– Yo le dije: tranquilo, tranquilo, ahora me ve. Y yo debajo de las naguas de mi mamá, y él callado. Todo callado…

Y ella, y sus tacones negros, no deja sopa en la botella cuando en la timba suena el guaguancó. Tacones negros que marcan el piso, buscan un beso largo entre los dos. Él no dice nada, él la mira, buscándole los ojos. Él no dice nada, serio. Arruga las cejas. María Tovar y su parejo Wuatusi Rivas Cuero representan a Cabo Rojeño del bario Salomia. Ella sale bailando ahí, tatatá, con el parejo y la cosa. Dos temas largos para presentar a las parejas en el campeonato. La gente aplaude. Una parada, un saludo. Estado físico y pa`las que sea, a bailar.

Se vencen,

ante la súplica de la música, las piernas.

Las piernas se vencen ante la sangre caliente,

sangre en gotas que se inclinan ante la canción.

De perfil está ella parpadeando, dejando al parejo, la figura del hombre, en momentos, en pasos, estallados, chupados. Acaricia las estrellas dormidas en las manos del hombre, suaves y humildes. El suelo lame sus zapatos. El padre la mira buscando en los ojos un abrazo de sus labios. Él no dice, no dice nada al ver los ojos de María, llenos de pajaritos, aguados, en gotas. No dice nada y llora, su padre llora porque María, la del espejo, es La Campeona Mundial de Salsa del año 1974. María, sí, esa soy yo: ¡Son de máquina, María! ¡Son de máquina, María!

PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA

JENNY BAILA ENTRE COLORES[94]

Nathalia Ríos López

El sonido de los tambores, de las trompetas y de los timbales la llevaban medio volando, como flotando por encima del andén hasta la fuente de soda. Su hermana la bañaba los fines de semana, la arreglaba y la sacaba al antejardín para que los rayos del sol le acariciaran la piel y le arrebataran de las puntas del cabello las últimas goticas de agua que se resistían a morir. Entonces la música le llenaba los oídos y se la llevaba, se la llevaba hasta la fuente de soda, donde se ponía a bailar con pasitos corticos hasta que se quedaba dormida. Su hermana recogía contenta las monedas de los policías jubilados y de los otros vecinos que se habían refrescado la tarde viendo a la niña **Jenny Ortega** bailar sus primeros pasos.

Los hilos que danzan en círculos acostados, se enredan, caen al suelo, se estiran por el espacio. Jenny baila frente al espejo como flotando entre telas vaporosas; se mira detenidamente, mira su piel, se mueve sumergida en colores.

Un, dos, hacia la derecha, hacia la izquierda, hacia delante, hacia atrás; una vuelta y el cabello le baila al aire, ella sonríe y atrás las *Doñas* y los *Señores* tratan de imitarle los pies. Todos son felices. A Jenny la música le produce cosquillitas en el cuerpo; le gusta que sus alumnos se sientan como ella, que la música les ponga la mente de colores y por dos horas no exista

---

94 Publicado originalmente en la revista *Ciudad Vaga* 2 (noviembre de 2007). Su autora nació en Cali, en 1986. Este reportaje cuenta la historia de una mujer apasionada por el baile de la salsa. Escrito con una gran fuerza poética, este texto nos recuerda espacios y prácticas que han terminado por configurar una manera de ser en Cali, muy característica de los barrios populares.

nada en qué pensar. Jenny da clases de salsa, pachanga, boogaloo, chachachá, pasodoble, fox, tango, milonga, bolero… A Jenny le gusta enseñar, le gusta ver las caras sonrientes de sus abuelitos, de sus viejitos que juegan con el baile como niños inocentes.

Jenny es Dibujante Publicitaria, contadora, decoradora de interiores, cosmetóloga y otras cosas más; pero lo que más la hace feliz es trabajar con adultos mayores, porque con ellos se siente segura, porque los puede *chocholiar* y seguirles los caprichos. Cuando estaba pequeña, con su hermana jugaban a desenredarle el cabello a la Abuela; jugaban a peinarle los recuerdos grises, largos, casi inacabables. Ella miraba las cejas pobladas de la Abuela y se quedaba como extasiada porque ella, la Abuela, parecía saber todos los secretos del mundo. La gelatina le quedaba tan rica que Jenny se la pasaba por cada uno de los dientes, por el paladar y por el corazón, para que el sabor se le quedara para siempre. A la Abuela también la recuerda haciéndole bordados a su hermana. Ella era alcahueta con todos menos con Jenny, pero a ella eso le gustaba porque así sus manitos aprendían a moverse como las de la Abuela. De ella aprendió todo: aprendió a cantar, a recitar, a escribir, a pintar, a sonreír… igual que lo hizo su padre, Armando Ortega, de quién Jenny aprendió sus primeros pasos de bailarina.

Un, dos, un, dos, hacia la derecha, hacia la izquierda, hacia delante, hacia atrás, y en la casa de Jenny, allá en el barrio Calima, de la ciudad de Cali, no paraban de sonar la música y lo sones, otra vez Jenny con los ojos cerrados ve sus pensamientos de colores.

Figuras de papel clavadas sobre la tela; Jenny corta sus pensamientos, mueve sus hombros al compás de la tijera. Sus pensamientos caen recortados en pedazos asimétricos que se chocan contra el piso frío. La mirada se le va perdiendo entre los retazos de recuerdos.

A Jenny la conocían en el barrio por ganarse todos los concursos de baile, junto con otros amigos vecinos, cuando toda la cuadra se iba de paseo a alguno de los balnearios de Dapa. Cuando era niña se subía a las tarimas que ponía Café Águila Roja en el barrio; Jenny se paraba en la mitad y bailaba, cantaba, declamaba; abajo su papá, su mamá y la Abuela chamuscaban el viento de la calle con sus manos sonrientes. Cada reunión familiar era una fiesta de obras de teatro, declamación de poemas, cantos, bailes, aplausos, risas, los ojos brillantitos de la Abuela abrazando sus próximos recuerdos. La primera vez que Jenny se presentó ante su familia tenía un vestido rosado bien elegante; declamó un poema escrito por ella, un poema de gatos que le hizo a su papá, para que cuando la viera así de bonita e inteligente se pegara de su pecho y juntos celebraran que por fin estaban juntos, que por fin él había regresado de Estados Unidos.

La música de la máquina de coser se tropieza con las paredes, con las pinturas, se extiende por la casa, se mezcla con las notas del radio que canta una salsa entre dulce y amarga. La aguja de la máquina marca tac-tac-tac-tac rapidísimos sobre la tela. Jenny para de vez en cuando para escuchar bien el ritmo de la salsa y se imagina subida en sus tacones mirando de reojo sonrisas fantasmales. Vuelven los tac-tac- tac-tac y se tropiezan con la foto de la Abuela. Jenny la recuerda bordando mariposas azuladas mientras ella trataba de contarle los últimos cabellos negros que sobrevivían entre las canas.

Los últimos días de la abuela estuvieron llenos de bananas de leche. Edwin, el hijo menor de Jenny, corría a las manos dulces de su bisabuela y mientras saboreaba su imagen, ella le enseñaba los últimos tonos de su voz…. *Tus ojos que contemplo con delicia/ tienen el mismo brillo de la aurora/*. Jenny todos los días le leyó la Biblia; cada día le pasó lápiz y papel a la Abuela para que escribiera sus últimos saludos, tal vez sus últimos adioses diarios a quienes estaban en el exterior. En el bus que los llevaría a despedirse para siempre de la mirada ensoñada de la Abuela, Edwin se aprendió la canción "A unos ojos", la canción de tardes dulces que cantaba su Bisabuela… *Recuerdo que tu vida está en tus ojos/, ellos son mi alegría y mi amargura/*… Jenny lloró los ojos, los recuerdos grises de la Abuela, la lloró mientras su hijo cantaba.

El cuarto gira alrededor de Jenny que ha estado medio envuelta en pedazos de rojo, pedazos de tela que bailan en su cuerpo mientras el cuarto gira. Una mujer parecida a Jenny, dibujada en la pared, la mira teñida de pedazos rojos y canta imaginariamente para ella. Entre giro y giro Jenny se vuelve más de rojo, sus pies bailan frente al espejo saludando a un público soñado. Círculos plateados brillan en la cama. Jenny juega como niña a pegarle estrellitas fugaces a su vestido de noche. El cuarto, mientras tanto, respira la luz que entra por la ventana; respira hondo, respira y Jenny se acomoda feliz entre el reguero de telas, canutillos, lentejuelas que duermen sobre su cama.

A Jenny la obsesionaban los gatos. En el patio de la casa había 5 llenos de colores. Quizás le obsesionaba su caminar cadencioso, como bailando al compás de un tiempo perdido entre la humedad de las paredes del patio. Un, dos hacia la derecha, un, dos, hacia delante, hacia delante va Jenny entre caminando y bailando y detrás de ella van los gatos que la siguen por el corredor de la casa moviéndose entre sus piernas; va Jenny baliando, va Jenny cantando con las manos agarrando las pinturas y los pinceles. Una puerta se cierra. Adentro hay un mundo de gatos con ojos azules y verdes, gatos de pincel, leones de pincel, prados de verdes brillantes, árboles, palomas es-

tancadas en la pintura del viento; también está Jenny montada en un caballo blanco. El cuarto de Jenny: su oficina, su pequeño mundo imaginado. Dicen de Jenny que tiene una cara popular; Jenny dice de ella que es introvertida, que siempre prefirió quedarse en su cuarto haciendo muñequitas de tabla con sus manos. *Hace los primeros pasos de la coreografía. El vestido rojo destella brillos de plata sobre sus muslos en movimiento. Se mira sonriente y al otro lado del espejo encuentra la sonrisa de la Abuela. El corazón le palpita rápido, se imagina llevada en hombros por entre las luces y el humo tibio de la pista de baile, mientras los aplausos la aclaman…lluvias de aplausos rebotan aquí y allá en los pensamientos de Jenny. Ella vuelve a encontrar sus ojos en el espejo, ojos que la miran vestida de reina, vestida de bailarina.* Jenny: una muchacha de ojos oscuros, cachetes amables, boca de seda, piernas inquietas, muy inquietas, que van de adelante hacia atrás, que van dando vueltas como queriéndosele escapar al suelo. *Jenny baila dentro de su vestido de estrellas luminosas que vuelan alrededor de ella como una constelación que la sigue mientras gira. No para de sonreír mientras su cuerpo cae en la descarga… Están tocando como bestias… baila como bestia… lágrimas de sudor se le pegan al cuerpo; un cuerpo que llora el feliz encuentro del alma y la música.*

Un, dos, hacia un lado, un, dos, un, dos, Jenny da vueltas como una reina vestida de luces. Jenny es la reina de los bailarines de la vieja guardia. El día de la coronación la cargaron en los hombros; pasó de brazo en brazo, de sonrisa en sonrisa, bocas llenas de dientes escarchados le dieron la bienvenida; los bailarines de la vieja guardia le hicieron pasos de honor, le amarraron los pensamientos de colores a su corona de reina… Jenny se sintió como volando, como si una fiesta de sonidos se le apoderara de la cabeza y le bajara por el cuerpo como mariposas resplandecientes. A Jenny le gusta ser la reina de los recuerdos plateados; le gusta dar pasos sonrientes mientras detrás de ella las Doñas y los Señores tratan de dibujar pasos acompasados igualitos a los de sus pies.

TANGO[95]

Nora Elena
Zúñiga Buitrago

Sobre el asfalto, el profundo olor a humedad, las lluvias de los últimos días y las huellas que se levantan con el pasar del tiempo. El camino de siempre, la esquina de todos los días: cientos de transeúntes afanados por el bus que no pasa, por el taxi que no llega, por los niños que deben ir a la escuela, porque está tarde, porque ya casi son las siete.

El bahareque que está a punto de caer, una puerta que parece sostenerlo sin mayores complicaciones; la ventana oculta por las telarañas, y en el andén un inveterado árbol de almendro, que cubre la banquita de madera todavía café, todavía vieja. Así son las cosas desde afuera: la casa semidestruida, el arbolito que sirve para protegerse del sol o la lluvia, la banquita para esperar el bus…

"*Ya casi son las siete de la mañana porque los carros empezaron a pitar y se escuchan los pasos de la gente*" –dice la mamá de Eduardo, con la trémula voz que imponen los años, antes de que un nuevo día de trabajo inicie para su hijo. Él toma entonces la taza de café que ella le tiene preparada, se arregla rápidamente y abre al público su negocio: el mismo que se le ocurrió poner desde hace más de treinta años. Algunos a quienes antaño conoce le saludan con cordialidad; otros jamás lo han visto, así que no lo determinan; los demás tratan de abordarlo sin poder disimular lo mucho que les conmueve el defecto que recae sobre su humanidad. Nadie podría habitar allí, de no

---

95 Publicado originalmente en la revista *Ciudad Vaga* 4 (noviembre de 2008). Su autora nació en Cali, en 1986. Este texto narra la dramática historia de un enano, zapatero, que, frente al vértigo de su próxima soledad, recuerda una vieja e imposible enamorada a través de los tangos de Astor Piazzola.

ser una persona un tanto excéntrica, un poco solitaria o quizá sin familia, eso es lo que opinan algunos de los vecinos de Eduardo López.

En medio de la cerrazón de aquella mañana, en un negocio del norte de Cali, podía leerse con dificultad el siguiente letrero: "se arreglan sapatos". Al cruzar la puerta, aparece la imagen de Eduardo, un hombre de 55 años de edad, que sedente trabajaba guareciendo un par de zapatos negros con una franela sucia. Hace mucho tiempo se dedica al oficio de ser zapatero. Su padre siempre tuvo negocios de este tipo. Cuando murió, Eduardo heredó los utensilios para montar uno de ellos, sólo que en un barrio diferente. Dispone de una mesa larga hecha con tablas de madera, en la que pone los zapatos que le llevan los vecinos. Allí también tiene pinturas marca *Gama*, pegante bóxer, martillos, moscas (puntillas pequeñas), cuchillos, hormas, una máquina en la que pule los zapatos, lijas…

De un antiguo radio color negro se escuchan tangos compuestos por Piazzolla. "*Alguien tuvo la gentileza de regalarle algo a un enano*", dice riéndose con un gesto de tristeza a la vez. Eso fue por la época en que conoció a Lucía, ella era una mujer muky bella, tenía los ojos claros y el cabello color azabache. "*Un día se me apareció con un cassette de éstos y yo empecé a escucharlo todo el tiempo; aunque su música era diferente de la de Gardel, me gustó. Ella ya no vive por aquí, pero fue una de las personas que me tuvo cariño*".

Eduardo mide un metro catorce centímetros, jamás ha vivido con alguien diferente a sus padres. Hoy sólo está acompañado por una mujer que lo ama con franqueza y dedicación, pero que muy pronto lo tendrá que dejar en el vacio mundo en el que él habita. Nunca ha tenido una relación estable. Se enamoró cuando era muy joven, quiso casarse pero su novia decidió que no. *"… que yo era una bella persona, que mis sentimientos eran transparentes… Pero detrás de eso estaba lo de mi estatura, ¡qué se iba a ir con un enano!*" A los nueve años tenía una notoria alteración del crecimiento, que de no ser por la negligencia de sus padres, hubiera podido solucionarse con un tratamiento simple. La ausencia de éste le produjo cretinismo, consecuencia de una enfermedad en la glándula tiroides. "*En la calle la gente es considerada con los ancianos, mendigos, desplazados, mujeres embarazadas, niños… Pero con un enano cuándo. Si uno se demora subiéndose al bus, no piensan que uno necesita ayuda, sino: 'miralo tan chistoso como salta… miralo cómo culea de bueno pa' subirse al bus'. Cuando uno no alcanza el mostrador a la hora de recibir la gaseosa: 'miralo como se empina'. Y la gente espera que uno les haga chistes porque me asocian con un personaje del circo, porque hay enanos que trabajan en circos, pero yo soy claro y exijo respeto*".

Los banquitos aparecen en todo lado, le son útiles para alcanzar lo que su estatura no le permite: un estante, el lavamanos, el grifo del lavaplatos, el pan encima de la nevera… Así es como recuerda que en los primeros años de su vida, trató de aprender carpintería haciendo sus propios muebles,

aquellos que le permitieran ser recibido como un hombre de sentimientos grandes pero de baja estatura. Con una aguja capotera en la mano cose el corte de un zapato mocasín con el que alguien irá a una fiesta. Mientras tanto recibe el desayuno que la madre ha preparado especialmente para él. Entonces dice yerto: "*soy el único de la familia que es así*". Ninguno de sus familiares tuvo que enfrentar, en ningún momento, un problema como el enanismo. "*Ahora estoy con mi mamá. Cuando ella me falte nadie va a estar conmigo, eso yo lo sé muy bien*".

Siempre quiso trabajar en un lugar tranquilo, sin molestar a nadie y sin necesidad de salir frecuentemente de la casa. Un barrio nuevo, el respiro de un pequeño cambio… La primera semana sacó un aviso en el que ofrecía sus servicios y después empezó a ser distinguido por personas del sector. Sin embargo, desde que él mismo se conoce no ha dejado de ser objeto de las bromas pedestres con relación a lo caricaturesco de su cuerpo: de cabeza grande, hombros contraídos, tórax pequeño, glúteos abultados y piernas cortas: "*Tener que salir es una tortura*". Y aunque resulte serlo, López no puede escapar a los impases y exigencias de la vida doméstica en una vivienda ocupada por él, un enano, y su madre, una anciana. Salir de la casa es una labor homérica: cruzar las calles con premura porque sus pasos son cortos; llegar a la panadería, esperar que alguien lo vea o tocar la vitrina con una moneda; volver a la casa, la chapa de la puerta adaptada para su estatura; las escaleras allí, cuatro peldaños para entrar en el domicilio de la esquina; la zapatería, una parte de su mundo; el corredor son las materas, es el jardín de la madre; los banquitos esparcidos en el recinto visibilizan un universo adaptado para él.

La lluvia vuelve a caer… Parecía una mañana de esas en las que el sol tiene otra vez la capacidad de fulgurar y, sin embargo se ausenta para darle paso al sonido de la lluvia, la lluvia que vuelve a caer… La banquita para esperar el bus… la damita que se protege porque la lluvia vuelve a caer…

–Si quiere puede entrar, señora.

–Gracias, estoy bien aquí –responde ella con un gesto de impaciencia.

En esos momentos regresan las imágenes… observa sus manos cortas, mueve la cabeza hacia los lados y se admite como el mismo de siempre: amable, decente, conocedor de su cuerpo incómodo, pero amable… ¿Nadie puede serlo acaso? La dignidad no es la postrera en la vida de un hombre que ha luchado por el espacio que ocupa. Difícilmente se arriesgaría al amor otra vez, a tener una pareja… Entonces, cuando la lluvia vuelve a caer él sólo quiere ser amable. "*Porque el tango es, al mismo tiempo, mi amor y mi consuelo: la música del amor, la música de la decepción*", dice Eduardo con el reconcomio que le causa la intolerancia de los demás.

PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA

BLOGS: LAS VOCES INFILTRADAS[96]

Paola Ochoa B.

Nuevas rutinas, nuevos retos, nuevas posibilidades

Muy temprano en la mañana Olga Lucía Criollo enciende su radio en busca de noticias. Parte de su rutina diaria es escuchar y revisar durante todo el día los distintos medios pues, además de ser periodista, es la editora de la sección *Opinión* del periódico El País. Desde su oficina escucha la radio, ve el televisor que está en el pasillo y revisa las noticias en Internet. Ha estado el tiempo suficiente en el periódico para vivir los cambios que las nuevas tecnologías han traído para el periodismo.

La inmediatez, la simultaneidad y la interacción han adquirido preponderancia gracias a las nuevas tecnologías, especialmente a la Internet. Dando *click* en su pantalla, Olga puede conectarse en pocos segundos a las distintas fuentes de información, conocer las diversas opiniones y versiones que existen hasta el momento sobre un hecho; sabe, además, que en cualquier instante puede aparecer nueva información. "Puedo tener acceso a la información que nos manda la gobernación, el municipio y todas las oficinas de prensa del sector público y privado, y sobre todo a todos los medios digitales. En un instante ya estoy viendo la página de El Tiempo, Caracol, la W, RCN, Semana, El Espectador, las mayores publicaciones… Puedo acceder a toda esa información muy rápido y sin moverme de mi escritorio". Internet se convierte entonces en una herramienta de trabajo muy útil para el periodista y lo convierte también en un *usuario de la información*.

---

96 Publicado originalmente en la revista *Ciudad Vaga* 2 (noviembre de 2007). Su autora nació en Cali, en 1988. Este texto describe los procesos de implantación de los blogs y de los bloggers en las nuevas prácticas de producción informativa.

Olga cuenta que anteriormente la inmediatez era un privilegio de la radio. Si ocurría un evento a última hora era ésta la que lo informaba. Había que esperar hasta el otro día para que el periódico contara lo que había pasado, y muchas veces no decía nada nuevo ni diferente de lo que ya se había oído el día anterior. "El reto ahora es entender que el periódico es otro espacio donde no sólo se informa lo que está pasando, sino que se da el análisis de los hechos, los antecedentes, la visión proyectiva del acontecimiento". La Internet le ha permitido entonces al periódico, en su versión *on line*, equiparar en inmediatez a medios como la radio y la televisión, pues disponen de posibilidades como la de actualizar la página o *colgar* nueva información en cualquier momento del día. Estas nuevas condiciones permiten que el periódico tenga ahora un lugar importante en la competencia por la "chiva" o primicia informativa.

La Internet ha abierto posibilidades de interacción entre el periodista y el lector. Según Olga, el lector tiene cada vez más espacios para expresarse. Anteriormente quien quisiera opinar debía llevar su carta hasta el periódico o recurrir al correo urbano, lo que limitaba mucho la libertad de expresión. Pero hoy en día quien tenga el deseo de opinar puede hacerlo desde la comodidad de su casa sin ningún problema. También se ha permitido que el lector colabore en espacios como la "Foto Denuncia" y que participe sugiriendo temas que le gustaría ver publicados. "La gente siente que puede reclamar más, puede decir qué le gusta, qué no, y participar en el desarrollo del periódico". Se da entonces un *feedback* comunicacional, pues ahora el periodismo permite que el usuario del mensaje pueda comentarlo, refutarlo, incluso modificarlo y aportar datos nuevos.

El uso del correo electrónico y la lectura digital de diarios *on line* permite una auténtica e inmediata interactividad entre el periodista y el lector, lo cual antes resultaba casi imposible. El periodista se enfrenta al reto de comunicar no sólo a un público *hipersegmentado*, sino también replicante. "En un mundo donde prolifera la información, la gente ya no quiere sólo saber lo que pasa sino opinar sobre eso, la gente quiere ser escuchada y que lo que dice sea conocido por muchas personas. Ahora esto es posible gracias a la globalización y a las nuevas tecnologías".

Pese a lo anterior, Olga no ha podido cambiar del todo sus rutinas como periodista y lectora. Aún prefiere acostarse en su cama, tomar el periódico entre sus manos y ensuciarse con la tinta mientras lee, mirar las fotos y conservar el periódico. Jamás remplazaría su rutina por estar en un computador leyendo las noticias en una posición rígida. Pero por su trabajo se ve obligada a adaptarse a este nuevo medio, pues "un periodista que no conozca Internet está desperdiciando una herramienta valiosa, que está allí pero que nunca será el sustituto del hombre".

Experimentando con el blog

El 9 de Agosto de 2007 El País *on line* tuvo una realineación. Además de mejorar los contenidos y lograr una visualización más atractiva, surgieron los primeros *blogs* para esta publicación. Luis Alejandro Amaya, redactor de *elpais.com*, fue uno de los promotores de la publicación de *blogs*. Él mismo tiene uno llamado *Recuerdos pendejos de los ochenta* donde busca "revivir nostalgias de la década perdida", con artículos como "la gaseosa en la olla" y "la tele que nos tocó".

¿Qué es un *blog?* También llamado en español bitácora, es una especie de diario que funciona exclusivamente en Internet. Su autor o autores tienen la libertad de publicar periódicamente lo que crean pertinente. Quien lo desee puede acceder a la información publicada acerca de los artículos; a su vez los lectores pueden escribir sus comentarios y el autor darles respuesta, de forma que es posible establecer un diálogo. No obstante es necesario decir que las herramientas permiten diseñar *blogs* en los cuales no todos los internautas –o incluso ninguno– puedan participar, si así lo quiere el *blogger* o autor. El tema de cada *blog* es particular. Los hay de tipo personal, periodístico, empresarial o corporativo, tecnológico, educativo (edublogs), político, etc.

Amaya diferencia la columna de un periódico *on line* del *blog,* pues la primera se encuentra enmarcada en políticas editoriales y por lo tanto sus columnistas son afines a la filosofía del medio. Las columnas requieren de la aprobación del editor de *Opinión* y brindan espacios muy reducidos para la libre expresión. En cambio el *blog* hace una ruptura con el medio, pues sigue lineamientos personales más que los de una empresa. Ya no es necesario ser un columnista avalado por el medio para poder opinar y las temáticas son más amplias pues un *blogger* puede hablar "de lo que le dé la gana". Sin embargo los *bloggers* adscritos a un medio no tienen la libertad absoluta, pues ciertas opiniones pueden no ser convenientes para el medio.

El País *on line* se encuentra apenas en una etapa de evaluación y experimentación en el desarrollo de *blogs*. Existen diecisiete *blogs* actualmente. Entre los *bloggers* hay de todo un poquito: están Umberto Valverde, Juan Manuel Ruíz, Esteban Jaramillo, Guillermo Díaz Salamanca, Jaime Saldarriaga, Jota Mario Arbeláez, Mheo, Pericles, Andrés Otálora, Meryt Montiel, etc.

En el mundo existen publicaciones de *blogs* que funcionan como periódicos ciudadanos, y se han convertido en una alternativa frente a las publicaciones tradicionales, pues ofrecen más libertad de opinión. Pero también tienen el gran reto de competir con estas otras publicaciones que ya están legitimadas y que gozan del prestigio que de antemano tiene su nombre (o su marca). Los *blogs* se convierten en diarios ciudadanos que sirven para la denuncia y que en algunas partes del mundo como Estados Unidos e Inglaterra han logrado ganarse su puesto como medios alternos. "Sin embargo,

en Colombia todavía no son competencia para los medios tradicionales. El día en que Colombia sean realmente competencia, los medios tendrán que replantearse su papel, pues esto significaría el *empowerment* (empoderamiento) del ciudadano común y corriente sobre la información".

Amaya resalta que los *blogs* traen características nuevas; por ejemplo, pueden ser más interactivos con el usuario, pues se pueden integrar recursos como audio, imágenes, videos y *links* con páginas relacionadas con el contenido. "El *blogger* puede ilustrar al lector con muchas otras cosas más que lo que podría hacer un columnista".

Cada vez los medios digitales están ganando más usuarios. El País mantiene entre 40.000 y 45.000 usuarios diarios sólo en la versión *on line*. Esta versión tiene la ventaja frente a la impresa de que su alcance es global. Una publicación en Internet es todo un reto, pues se da en una plataforma que todavía está por explorarse y que implica muchos cambios. Uno de ellos se relaciona con la lecturabilidad, que es distinta a la del impreso, pues implica un cambio de soporte. En Internet existe la posibilidad de *hipertextualidad*, lo que representa un gran vuelco a los hábitos de lectura, pues lo que consumimos como usuarios es cada vez más fragmentado, en contraposición al periódico tradicional que todavía conserva una lectura muy lineal.

Hacia una democratización de la opinión pública

De alguna manera los *blogs* rompen con el monopolio informativo de los medios tradicionales. Mientras anteriormente sólo unos pocos tenían el privilegio de hacer pública su opinión, el resto de ciudadanos se limitaban a un rol de espectadores. Pero poco a poco se está haciendo posible, mediante un acercamiento al periodismo público o ciudadano, la democratización de la opinión pública.

Según Rosalía Winocur, Doctora en Ciencias Antropológicas y autora de *Ciudadanos mediáticos*, existen cuatro mecanismos de inclusión en las sociedades mediáticas: las encuestas de opinión o sondeos; la aparición de representantes de grupos en algún noticiero o programa de opinión; la participación de los ciudadanos en radios y canales de televisión comunitarios; y por medio de comunicaciones mediatizadas-virtuales, como las cartas de los lectores, faxes, correos electrónicos, chats, etc. Estos mecanismos se suponen como espacios públicos de traducción y amplificación de las demandas ciudadanas. Sin embargo, no son efectivos, o suficientes, o todavía no tienen la fuerza como para superar los espacios que los medios tradicionales ocupan en la opinión pública. Siguen siendo éstos los que tienen mayor influencia en la agenda pública, traduciendo en mayor parte las necesidades, opiniones y conveniencias de quienes tienen el poder.

El ciudadano común exige la democracia y la libertad de opinión. Pero son pocos los espacios para que éstas ocurran. El *Blog* es ese nuevo espacio en el cual podemos emitir opiniones, ideas, participar y promover el debate

público o simplemente comunicarnos con otros, amparados por el derecho fundamental a la libertad de expresión y sin restricciones o coacción alguna. Gracias a los *blogs* nuestra sociedad tiene la posibilidad de ser hoy en día más activa, dialógica y participativa que nunca, sin que esto quiera decir que los *blogs* son la panacea. Todavía hay muchos problemas por superar para que esta nueva herramienta sea efectiva. Uno de ellos es el *analfabetismo digital,* que se refiere a la escasa habilidad o competencia para manejar herramientas tecnológicas, al desconocimiento de los elementos en común y sus procesos que permiten la comunicación dentro de un sistema. Un ejemplo de esto es que una persona no pueda comunicarse electrónicamente con sus posibles contactos a causa del desconocimiento del uso del sistema de correos.

Otro problema sería el cubrimiento. Según el informe semestral "Internet", de la Comisión de Regulación de Telecomunicaciones, Colombia 2007, mientras en Estados Unidos el 21.2% de la población son usuarios de Internet y en Europa el 28.5%, en Latinoamérica y el Caribe sólo un 8.1% de la población tiene acceso a este medio.

A estos problemas se agrega que si el uso de los *blogs* aporta a la libertad de opinión, no necesariamente aporta a un periodismo público.

En Colombia no existen aún grandes comunidades de *bloggers* que sean propias del país y que formen esa competencia alternativa que tanto se necesita. Sin embargo, ya muchos se han adscrito a comunidades mundiales como *blogger.com* o *alianzo.com.* Según los creadores de la primera de ellas, su propósito es "ayudar de manera gratuita a la gente para que tenga voz propia en Internet y organice la información del mundo desde su perspectiva personal".

Sería un gran avance para nuestra sociedad que todos los ciudadanos empezáramos a hacer parte del gran movimiento de los *blogs*, pues es una posibilidad para acercarnos sino a una democracia de la opinión pública, a una mayor libertad de opinión, que refleje esa polifonía de voces que tal vez aporte a una búsqueda colectiva de consensos.

PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA

TANGO ENANO[97]

Stephanie López

Este es un *show* a plena luz del día y el día acá en este lugar del planeta es de color gris ratón, cosa buena porque entonces la iluminación es precisa: triste y elegante. El escenario es una calle de San Telmo tan angosta que los carros deben transitar en una fila y en un solo sentido de lunes a sábado, hoy no porque los domingos son de ferias y los coleccionistas de la ciudad salen a vender monedas de todo el mundo, teteras oxidadas, radios viejos y otros objetos inútiles, en unas tienditas improvisadas con cobijas y manteles. El frío empieza a doler en los tobillos y un vendedor está pensando en desarmar su tienda para cobijarse. En este evento el público no quiere serlo; son transeúntes que caminan por ahí, personas seguras de ser grandes, ganadores, campeones que han nacido en el continente equivocado y lo creen en serio, hasta han logrado verse altos, tanto que una persona de estatura normal (1.70 metros, digamos) le llegaría a las rodillas a cualquiera de estos presumidos. En todo caso, caminan con prisa sin querer ver el espectáculo.

Los árboles están calvos y flacos. El adoquín que eligieron es de muy buen gusto, parecen piedras de un río de color violeta, pero la señora que viene caminando las debe estar maldiciendo no sólo porque ya es complicado traer una silla y un radio al hombro sino también porque las puntas de sus tacones se atrancan es cada surco que se hace entre piedra y piedra. Es una señora de 55 ó 60 años pero parece de más; tiene sobrepeso y mal genio,

---

97 Publicado originalmente en la revista *Ciudad Vaga* 2 (noviembre de 2007). Su autora nació en Cali, en 1987. Este reportaje narra la experiencia de una joven viendo bailar tango a una mujer vieja y frustrada en San Telmo, ciudad de Buenos Aires. Un texto con humor muy sutil, bien escrito, corrosivo.

ojos azules, cabello amarillo con crespos necios recogido con una moña alta. La cara está muy maquillada, los labios rojos, rayas negras bordeando los ojos y las pestañas gruesas y tiesas. La ropa es…terrible: es un vestido negro ajustado con una distinguida aplicación en bisutería brillante que le adorna el escote del pechote; la espalda también va descubierta y se ajusta con una cuerdita cruzada de lado a lado que le aprieta duro y le saca pliegues con la piel que le sobra; las hombreras la hacen ver más musculosa y sin cuello. El vestido es corto, muy corto, más de lo que uno quisiera.

Las piernas de los gigantes siguen transitando por los andenes meneando sus gabanes y haciendo pasos pronunciados con sus botas de cuero. En medio de tantas extremidades camina una joven despelucada que no ha sido invitada al espectáculo y se ha sentado al borde del andén a observar la figura de la señora de negro, burda y creída; la señorita para disimular su interés juega a delinear las piedras de la calle con una ramita que tiró un árbol y mira de reojo a la señora que se acaba de sentar en la silla de madera con el radio en las manos. Está buscando emisoras con el radio a todo volumen y al fin deja el dial en el que habla un hombre apuesto o al menos con voz de apuesto. La señora pone el aparato en el suelo, se fuma un cigarrillo, mira a un punto fijo y piensa.

"–…un domingo para meditar, para disfrutar de la soledad y para llamar a solicitar una canción. Aló, hola ¿con quién tengo el gusto?–

–Si bueno, con Fernando Antonio Rosas, sabés, quisiera solicitarte una canción…–

–Claro que si, un tango leal para un oyente fiel como vos, aquí está tu canción…"

Termina de hablar el locutor y la señora tira con prisa el cigarrillo al piso, se pone en pie y acomoda su cabello para darle forma (¿?). La canción empieza a sonar y a la señora le da un ataque de tos seca y escupe pero no cae nada. La joven que espía el *show* público piensa que el cigarrillo mata a la gente y que en esa ciudad lo más barato de la canasta familiar son los cigarrillos y la cerveza. Con carraspera en la garganta la señora ha recobrado la compostura: el cuerpo rígido, las piernas un poco flexionadas, los brazos estirados y al final las manos abiertas como estrellas. Sonrisa de artista o de porrista, un saludo a su público, o sea, a las rodillas de quienes pasan por ahí sin mirarla. La canción entra suave y ella espera con quietud, todo indica que vendrá el momento de la explosión… ¡sí señores! El contrabajo estalla y ella da un brinco chiquito. Eleva una mano para fingir un antifaz sobre los ojos, esa misma mano la desliza sobre su cuerpo pasando por el pecho y cuando llega a la altura de la cintura simula tener un parejo y baila con él. Sobre la superficie rocosa van: un, dos, tres, voltea, un, dos tres,

gira. Mirada sensual y levanta la pierna derecha hacia atrás para mostrar la suela del zapato. Baila y baila, a veces se olvida del parejo, goza, camina en círculos como un torero saludando en el ruedo, se ríe y se siente atractiva. La jovencita del andén está disfrutando del número pero se distrae al tratar de definir si las rayitas verdes de las piernas son venas várices o bordados verdes en las medias veladas.

El tango suena melancólico y el parejo se ha parado detrás de la señora para tomarle por la cintura (o eso parece), ella puso sus manos sobre las del hombre y ha empezado a bailar mirándole de perfil, otra vez, seduciéndole. La señorita despelucada del andén se olvida de las piernas y piensa que es más sexy imaginarse a sus padres copulando y siente pena ajena. La señorona suelta a su parejo invisible e intenta hacer una acrobacia sostenida de la silla; el mueble se mece y ella casi se cae, disimula y mejor vuelve a coger a su parejo, lo ubica a su lado derecho y ella con pie derecho hace puntada adelante, al lado, atrás, al centro con fuerza y vuelta. ¡Huy!, piensa el público (o la joven) y se imagina que del cielo caen celofanes de colores y brillantinas.

Pero ha sido mucha exigencia, la respiración se complicó. El radio se puso ronco. La bailadora le baja al ritmo y da vueltas mirando al cielo para terminar. Se aplaude y se abraza como dándose cariño y cae sentada o chorreada sobre la silla. Respira profundo, se mira los pies y se ríe de ver que les cuesta trabajo meterse en el par de tacones, mejor se los quita. La espectadora quiere aplaudir, pero no lo hace, mejor bate la ramita del árbol como si fuera domingo de ramos. La señora apoya los codos sobre las piernas abiertas, sostiene la cabeza en sus manos y sigue mirando al suelo. La joven deja de batir la rama y se preocupa porque cree que la bailarina va a llorar. Pasan un par de minutos. La canción aún no se termina y la señora está desconcertada, turbada o trastornada tal vez pensando en su edad, en sus hijos que la han abandonado, en el esposo muerto, en su madre que nunca la perdonó o en esa canción que aún suena y que no pudo bailar completa, no se sabe.

En medio del sonido ronco del radio y del zapateo de las piernas que caminan por ahí se escuchan varios golpes musicales que se acercan al escenario. Es una canción alegre tocada con instrumentos de percusión; la joven se levanta para entender qué ocurre, la señora no se inmuta. Son varias personas vestidas de colores frutales, acompañados de tambores, banderas, panderetas y varias muchachas bien dotadas bailando y meneando sus atributos al son de los redoblantes. La algarabía es como una procesión de alegría y sabor que preparan, todos los domingos, unos jóvenes músicos brasileros que residen en esta ciudad. Los gigantes transeúntes se han inclinado, un poco, sólo un poco, para ofrecerles una mirada y un par de monedas a sus hermanos latinos. La señorita tiró la rama, se paró y practicó un par de pasos de samba que alguien un día le enseñó, pero debió haberse quedado sentada.

El bullicio se está yendo y entre el tumulto de felicidad está la silla, el radio y la mujer mirando al suelo. Pasan y ella sigue ahí, impávida.

Sentada, sin moverse, ha tirado una cartera al suelo esperando que alguien le pague por el *show* que ella acaba de brindar, pero ninguna de las piernas de los grandulones se ha siquiera percatado de su presencia. El locutor de la radio anuncia una nueva canción. La mujer da muestras de entusiasmo y baila así, descalza y sentada. Tararea la canción y cierra los ojos como dedicándole la letra a algún amor. La señorita que aún sigue disfrutando de la función se ha sentado de nuevo en el andén pero un poco más cerca de la señora. Patea el radio para callarlo, la señora, y se levanta para recoger la cartera sin monedas, saca un segundo cigarrillo, lo enciende y tira la cartera de nuevo.

Hay silencio, sólo se escuchan las voces de los vendedores de la feria que sin suerte han empezado a recoger sus tiendas; este fin de semana ha sido difícil, se está celebrando el día del niño y tal parece que ninguna de estas criaturitas quiere de regalo una tetera o una linterna a gasolina, entonces hoy se van más temprano haciendo más notoria la ausencia de interesados en el baile de la señora. Por fortuna las piernas no dejan de pasar, la señorita del andén ya se está mareando de verlas con tanta prisa. El cielo se está poniendo mucho más oscuro, como de color gris mugre y parece que va a llover. Pero ni lloviendo deja de venir un domingo esta mujer a hacer su *show*, ella es la más puntual, ha dicho un vigilante que pasaba por ahí.

Nuestra artista sigue sentada en la silla, con una mano descolgada, la otra en el cigarrillo, los zapatos y la cartera tirados en el suelo. La moña alta ya se le bajó y varios crespos se le han escapado. Se rasca el pecho porque le pican los adornos que tiene el vestido y habla sola en voz baja. Empezaron a caer goterones gruesos de lluvia. Las piernas largas corren y atraviesan la calle buscando techo. La señora sube la mirada como esperando a que le caigan gotas en los ojos, entonces alguien la interrumpe:

–*Señora disculpe. Vi lo que hizo*–, le dice la jovencita que tímidamente se ha atrevido a acercársele.

–*Sí, ya sé*–, le responde sin dejar de mirar al cielo.

–*Espero que no le moleste, a mí me gustaría hacerle unas preguntas…*–

–*Unas preguntas de qué, para qué…*–

–*Señora es que yo estoy interesada en…*

–(Interrumpió con una gran carcajada) *¿Y quién sos vos?–,* respondió y está vez sí me miró a la cara.

Miré alrededor sin decir nada mientras seguía escuchando la risotada de la señora, me dio mal genio y entonces pensé que ella es otra más de esos campeones que perdió y jamás lo dirá. Le saqué la lengua y me fui.

ADDO OVED POSSÚ: LUTHIER NEGRO[98]

Susana Caldas

Addo Oved Possú es un fabricante de instrumentos de percusión. Lleva en eso más de veinte años. Este caleño nacido en Popayán, hijo del campo, es un investigador de la fabricación de instrumentos folclóricos que ha recorrido el país entero en busca de sus secretos.

Katanga: Colombia folclórica en los ojos de Addo

El primer viaje que hizo fue a Guapi y a Timbiquí, junto con unos compañeros de la Escuela de Danzas del Instituto Popular de Cultura (IPC), otros "inquietos" como dice con gracia; fueron a investigar la música y la manufactura de los instrumentos. Addo estaba relativamente familiarizado con este último campo ya que en el IPC era el encargado de arreglar los instrumentos dañados. Allá se conocieron con personas que los acogieron como su familia y con los que dejó construidos lazos que permanecen estrechos hasta hoy. Desde ese entonces y durante nueve años, convivió con la gente de la región; por temporadas de un mes, dos meses, algunas veces más, en particular con la familia de don José Antonio Torres, *El Viejo*, padre del maestro *Gualajo,* eminencia musical y folclórica en la región. Aquél lo tenía como un hijo y éste como un hermano. Con el tiempo montaron un taller a orillas del rio Guapi, sobre la vereda del Tamuey, donde pudo recoger "muchos conocimientos del monte, contactando y aprendiendo".

---

98 Publicado originalmente en la revista *Ciudad Vaga* 3 (mayo de 2008). Su autora nació en Cali, en 1985. Este reportaje relata la historia de Addo Oved Possú, un luthier de instrumentos de música negra: su pasado, su vida actual, sus sueños. Un viaje por uno de los universos más desconocidos y hermosos del país.

Gracias a esta compenetración con la región intentó recopilar el saber de los constructores de la zona. Con el tiempo empezó a traer tambores desde allá para la venta en Cali y en Buenaventura. Más adelante a transportar bases de madera, de fácil transporte por el río hasta el mar, ya que sólo hay que dejarlos rodar, y de allí se trasladan en barco hasta Buenaventura, para después armarlos en Cali. Sin embargo, se fue dando cuenta, a medida que adquiría más experiencia, de que los fabricantes de instrumentos, no sólo de Guapi o de Timbiquí sino de todo el país, tienen mucho recelo con los secretos de su oficio. Lo que hizo que todos sus viajes fueran fructíferos, si se le mira desde un punto de vista positivo, pues siempre había algo nuevo por aprender. En cuanto al sentido negativo, pasó mucho tiempo antes de que pudiera aprender los secretos que con tanto cuidado guardan los fabricantes tradicionales. "Hay mucho egoísmo por parte de los constructores, de los protagonistas de estos procesos". Para muchos aspectos de la construcción le tocó esperar mucho tiempo antes de que le revelaran secretos que nunca eran contados en su totalidad o que muchas veces eran mentiras. "Cosas sencillas, bobas, que una vez que se saben no significan mucho, pero que son cosas desconocidas y cuando uno no las sabe pueden costarle al constructor la afinación del instrumento, su duración, el volumen, etc." Por ejemplo, la marimba, en el toque y en la construcción tiene secretos como la elaboración de los tacos, la preparación del caucho para forrarlos, etc., que los marimberos se guardan como lo más preciado que tienen.

Pasaron muchos años antes de que Addo pudiera encontrar el 'toque secreto'. "Es difícil", le decían; o también: "Ah, sí…, eso sí que es duro…" Hizo mucho trabajo en la costa Atlántica; en Arboletes, Antioquia; en Carmen de Bolívar, en la Guajira, y por todas partes encontró este fenómeno. Mentiras, tapujos y toda clase de estrategias para evitar compartir el conocimiento. La explicación es muy sencilla, y en todo caso no es, como podría creerse, para conservar la tradición en la familia: es una cuestión económica. En el campo las personas valen por el saber que tienen y por el oficio que desempeñan. Si otra persona aprende a hacer lo que sólo una persona conoce, en un lugar donde no hay comercio o publicidad o grandes clientes, los pocos compradores pueden tener varias opciones para comprar un instrumento. A pesar de estos inconvenientes, Addo ha tenido la oportunidad de inventar sus propios métodos de construcción a partir de los que ha descubierto a lo largo de su vida, Pero también se ha dado la oportunidad de compartirlos con otros por medio de cursos, talleres, capacitaciones y conversaciones. Se niega a destacar una experiencia en particular. Insiste en que todo en la vida es un proceso y que esto es un aspecto hermoso del aprendizaje.

En el camino se fue creando *Katanga*, la fundación en la que ha trabajado desde hace quince años junto con su esposa. De traer las bases de los tambores por mar y tierra pasó a transportarlas por avión hasta el aeropuerto

de *Palmaseca*. Muchos viajes a un costo altísimo para poder surtir la producción que ya se estaba haciendo en Cali. Finalmente, no tuvo que seguir dependiendo de un viaje hasta el extremo sur del Cauca sino que empezó a conseguir la materia prima acá mismo en el Valle del Cauca.

Durante el proceso de conformación siguió haciendo viajes a todas las regiones del país: San Basilio de Palenque, Los Montes de María, El Carmen de Bolívar, etc. En la zona oriental de Colombia también estuvo conviviendo con los habitantes de los Llanos. En el Meta, en Casanare, en Arauca, conociendo pueblos y veredas que sólo se podían recorrer a caballo, incluso durante toda la noche. Cuando no había ni guerrilla ni paramilitares. Cuando no había peligro de muerte si se quería recorrer el propio país. Conoció constructores de allá, "de la mata", fabricantes de arpa, de cuatro, y demás instrumentos característicos de quienes aprendió infinidad de datos no necesariamente relacionados con la construcción y que no sirvieron directamente para la fundación (esta zona se especializa en percusión y en los Llanos hay sobretodo cuerdas). Tuvo, allá, la experiencia de intercambiar métodos de trabajo y conocimientos sobre la historia y las características del folclor de sus respectivas regiones. El único instrumento que en *Katanga* se fabrica de esa zona es el capacho, idiófono* que hace parte de la batería de la región.

En cuanto al Amazonas, Addo cuenta que casi no hay membranófonos; sólo el *magüaré*, tambor de señales, que se le llama así porque lo emplean para comunicarse. De ese lado del país casi no hay constructores pues sus instrumentos son más que todo semillas de la zona que utilizan en sus bailes rituales. Una de las características de los nativos de esta zona es la de hacer música con su cuerpo por medio de los sonajeros que amarran en sus tobillos, en las rodillas, haciendo de sus portadores "música viviente", relata con admiración. Entre sus bailes tradicionales, que son sobretodo ritos de las comunidades indígenas, se encuentran, por ejemplo, el rito funerario, el rito de pubertad, el canto a la cosecha, el canto de cuna o arrullo, el baile de preparación de bebidas y demás celebraciones muy ligadas a los religioso y a lo místico, donde sobretodo se utiliza la voz y el cuerpo. Estas ceremonias también suelen ir acompañadas de bastones y palos con semillas, pezuñas de venado y, por supuesto, el palo de agua, utilizado en muchas comunidades colombianas.

La zona que más llegó a conocer fue Buenaventura y, en especial, sus zonas rurales, que es de lo que está compuesta en su mayoría. "Yo vivo en la ciudad pero donde mejor me siento es en el campo, en la zona rural. Soy una combinación de los dos. Además mi formación es de pueblo".

Hay una característica general de los constructores de instrumentos folclóricos del país. Los de zona Pacífica sólo construyen instrumentos propios del Pacífico, los de la Costa Atlántica, solo de la zona Atlántica, y así. Addo,

sin embargo, cuenta con orgullo que en *Katanga* se producen todos los instrumentos de percusión mayor y menor del país, gracias a su constante búsqueda de las tradiciones musicales colombianas.

Los Materiales

Unos cuantos los conoció Addo Oved gracias al saber tradicional de los abuelos, como los árboles, las guaduas, o los bejucos. Sin embargo, la mayoría de los materiales se fueron descubriendo en el camino. Gracias a ese constante espíritu de búsqueda y de reconocimiento de los saberes de otras regiones que no le fueron tan cercanas.

La madera más conocida es el balso. Además se utilizan aguacatillo, cedro, aceitemaría, luna, aliso y demás árboles que se consiguen en distintos municipios o pueblos desde donde se los mandan. Con las pieles sucede lo mismo, pues no sólo cada instrumento se hace con distinto cuero dependiendo de su región, sino que también varían los gustos de los clientes. En la costa Pacífica sobre todo se utiliza el venado y el tatabro, en la costa Atlántica el chivo, en la zona Andina el ovejo o el becerro, etc. En *Katanga* se utilizan de todos ya que de igual manera les mandan de todas partes. Mensualmente reciben del Huila, de San Juan de Nepomuceno en la Costa Atlántica, de Silvia, Cauca, y demás. Algunas pieles vienen ya afeitadas, otras vienen con la grasa y la carne del animal todavía pegada y "oliendo a diablo". En cuanto a los tensores, se utilizan sobretodo cuerdas plásticas o de polipropileno, ya que aguantan la lluvia y no ceden, en comparación con la cabuya, el lazo o el rejo que son los que tradicionalmente se han utilizado en la construcción de la batería. También se utiliza rejo, bejuco, piola, dependiendo del cliente.

La empresa familiar

Algo de lo que se siente afortunado es que nunca tuvo que obligar a sus hijos a participar de los procesos de la microempresa. En un principio, cuando estaban muy niños, sus tres hijos –"la mayor, la menor y el niño"– vivían metidos en el taller. Cortándose y fregando, untándose de lo que hacía su papá, lo que influenciaría fuertemente sus intereses del futuro. Él los dejaba. Actualmente hay dos que están prácticamente metidos de lleno en el asunto, que combinan con sus estudios. La mayor trabaja en gestión y el hijo del medio trabaja en la producción. El "niño", como todavía lo llama, aunque tenga diecinueve años, está terminando el colegio y es el que más seriamente le ayuda en la empresa. Addo hijo es su orgullo. Se le nota en los ojos cuando habla de él. Toca, canta, baila, fabrica instrumentos. La menor, que todavía está en el colegio, no está metida todavía en el oficio. Addo también tiene una sobrina, a quien acogió como su hija, que ha iniciado carrera en el Instituto Popular de Cultura en Danzas Folclóricas y en la Universidad del Valle hace carrera de Música.

Además, Addo y su familia tienen como actividad colectiva un conjunto de chirimía. Ensayan y se presentan, y aunque algunas veces genere algún ingreso, esta es una actividad que existe, recalca, por diversión. Es el complemento de la actividad a la que se dedica.

Cuando sus hijos no existían, y durante la época en que todavía eran muy niños, su esposa Vilma estaba más metida en el taller. Era su mano derecha y se encargaba de la producción de instrumentos menores: guasás, maracas, esterillas, etc. Más tarde, cuando Addo estaba viviendo en Bogotá, su esposa se quedó al frente de la producción de Cali, ayudada por un joven aprendiz. Ahora le queda muy difícil ya que es docente. Además, cuando llega, con los hijos a las tres y cuatro de la tarde, prefiere dedicarle el tiempo a su familia.

Katanga, confiesa Possú, fue el causante de su matrimonio con Vilma. Sus familias siempre fueron amigas y ellos se conocían. En esa época *Katanga* tenía actividades que incluían viajes de grupos folclóricos a Europa, que Addo mismo gestaba. La entrada de ella al grupo ayudó a afianzar coqueteos que existían desde antes. Viajaron en el 81, con ese grupo de baile y danza, a Francia, Alemania y Suiza. Un año después se casaron.

Además de la familia nuclear, en la empresa también trabaja Reinaldo. Un guapireño primo de Addo. Un negro chiquito y hermoso que se encarga de la mayor parte de la producción de las dos sedes que en este momento tiene Katanga en Cali.

El anhelo de Addo Oved Possú es seguir viajando. Sueña con ampliar y divulgar el conocimiento al que tiene acceso. Nada de Miami o Europa. "Apenas tenga plata me voy pa'l Festival de la Cumbia en El Banco, Magdalena, al Festival del Pito Atravesao en Monroa, al de las Gaitas en Ovejas, Sucre, el del bullerengue en Narcoletes, a los Carnavales de Pasto…"

* Los idiófonos son instrumentos que hacen parte de uno de los cuatro grupos de clasificación de los instrumentos (junto con los membranófonos, los cordófonos y los aerófonos) y se caracterizan por producir sonido gracias a su propio cuerpo, por agitación (como las maracas), frotación (esterillas, choque –triángulo o concusión –platillos–).

Universidad
del Valle

Programa Editorial

Ciudad Universitaria, Meléndez
Cali, Colombia
Teléfonos: (+57) 2 321 2227
321 2100 ext. 7687
http://programaeditorial.univalle.edu.co
programa.editorial@correounivalle.edu.co